



EL DUQUE
DEL
CIELO

R.M. DE LOERA



El duque del cielo

R.M. de Loera

El duque del cielo

Published by R.M. de Loera at Amazon

© 2019 R. M. de Loera

ISBN: 9781092768252

Derecho de autor de portada: Isa Quintín

Derecho de autor de imágenes interiores: Pixabay, Unsplash

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Aunque se hace referencia a la familia real de Suecia todos los nombres, personajes, títulos nobiliarios, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor y usados de manera ficticia. Cualquier parecido con alguna persona viva o muerta o eventos actuales es pura coincidencia.

Este libro está ambientado en una población que existe en la realidad y se hace referencia a títulos nobiliarios reales. Cuando se hace mención de ellos es de una manera ficticia, y como tal deben tomarse. La autora le ofrece sus respetos al pueblo de Suecia, al pueblo de Bosnia y Herzegovina y sus magnificas culturas.

Facebook: rmdeloera

Instagram: rmdeloera

Para mi esposo:
Porque siempre que hacíamos
un viaje largo en México
la música nos acompañaba
y, mientras, yo soñaba con historias...

... y con los extranjeros
no tiene buenas intenciones.
La adivinanza
Cuentos de niños y del hogar
Jacob y Wilhelm Grimm

La gente es buena o mala.
La raza, el origen, la religión,
la educación, la riqueza:
ninguna significa nada.
Lo único que importa es el tipo
de ser humano que eres.
Irina Sendler^[1]

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

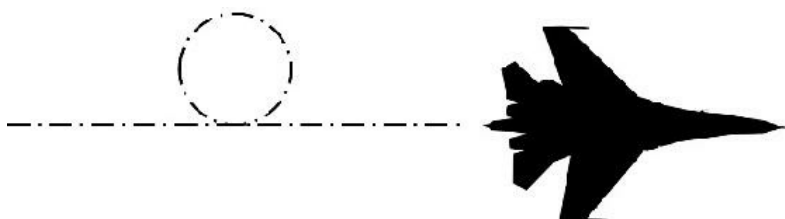
[30](#)

Epilogo

[AGRADECIMIENTOS](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

Prólogo



El helipuerto de Brčko, un antiguo asentamiento del ejército de los Estados Unidos, en Bosnia y Herzegovina, no tuvo un minuto de descanso en las últimas cuarenta y ocho horas. El sudeste de Europa sufría de inundaciones a causa de una baja presión y el helipuerto, que fue abandonado en el año dos mil cuatro, intentaba funcionar a pesar de la pista de grama e instrumentos de una tecnología anticuada, pero que trabajaban a la perfección, gracias a la finca de cultivos que se encontraba a un par de metros del lugar.

La decisión de utilizar el helipuerto fue tomada por la asamblea municipal hacía setenta y dos horas. El distrito de Brčko no podía quedarse de brazos cruzados mientras los damnificados de diferentes países necesitaban un refugio y alimentos. Además, era un punto adicional en Europa para que los helicópteros pudieran abastecerse de combustible. Estaban capacitados con todo el equipamiento necesario contra inundaciones gracias al proyecto «Emergency Response Now – ERNOW.» La iniciativa fue aprobada en enero de 2018 y contaba con fondos de la Unión Europea y el respaldo del alcalde del distrito de Brčko y el alcalde del municipio de Brčko.

Tanto los alcaldes, como el diputado y presidente de la asamblea tenían claro a quién le encomendarían la tarea. Era de las pocas veces en que todos compartían la misma opinión.

Fue gracias a Mirela Imamović que helicópteros de diversas partes de Europa podían ejecutar tal hazaña en tan precarias condiciones. Ella era una

bosníaca^[2] que tenía solo cuatro años cuando la guerra de Bosnia estalló. Durante un año no entendió lo que sucedía, a qué se debía el estruendo en la ciudad y por qué su mamá no dejaba de llorar. Hasta que una noche sus padres la sacaron del único hogar que conocía para cruzar el río Sava y llegar a la ciudad croata de Gunja. De este modo, Mirela experimentó hasta dónde era capaz de llegar la intolerancia.

De la mano de sus padres conoció Europa, quizás eso fue lo que la llevó a amar tanto los aviones. Aunque era emocionante estar dentro de uno, lo que la enamoraba era observarlos surcar los cielos. Siempre tuvo muy claro a qué se dedicaría y se empeñó en conseguirlo. Trabajó en el aeropuerto más pequeño hasta dirigir la torre de control de Heathrow en Londres. Su labor era impecable. Sin embargo, en el año dos mil catorce Mirela regresó a su lugar de origen, sus padres lo hicieron diez años antes. El motivo de su retorno fue el cáncer de pulmón que enfrentó su madre hasta el último año. Después de su muerte no deseaba dejar solo a su padre.

La controladora aérea llevaba más de veinte horas al frente de la torre de control. A pesar de las súplicas de sus compañeros y hasta de su padre, el imam de Brčko, Mirela no abandonó su puesto. Desde que se dio la voz de que el helipuerto estaba disponible, muchos pilotos comenzaron a llegar con los damnificados. Si ellos estaban dispuestos a solo reabastecerse para volver a salir, Mirela los dirigiría.

A través de ellos pudo confirmar que hubo un cortocircuito en una instalación eléctrica en Croacia. El fuego estaba fuera de control a pesar de las inundaciones. Debido a las dimensiones del helipuerto, Mirela no podía recibir los aviones antincendios que asistirían en el control de la catástrofe, pero llegaron más helicópteros pues los demás aeropuertos estaban saturados.

Mirela se preparaba para otorgarle el permiso de salida a un AS350 Firefighter que terminaba de reabastecerse cuando llegó el pedido de auxilio de un avión desconocido.

—*Mayday, Mayday, Mayday*, Torre de control de Brčko, Orión P – 3A, solicito guía para aproximación inmediata.

Mirela contuvo el aliento pues ese modelo fue utilizado como bombardero en la guerra. Al verlo, los ciudadanos de Brčko, revivirían esos momentos tan dolorosos. Sin embargo, ella estaba consciente que el avión también era utilizado como plataforma antincendios en los últimos años.

La controladora respiró con profundidad antes de responder.

—Orión P – 3A, esta es torre de control de Brčko. Indique su problema.

Mi pista no es lo suficientemente grande para usted.

—Aquí Orión P – 3A, mis instrumentos fallan, torre de control de Brčko. Escuché algunas transmisiones que los mencionaban, aunque no los tengo en mis cartas aeronáuticas. Intento ubicar el helipuerto.

—Recibido, Orión P – 3A, espere. AS350, aquí torre de control de Brčko. Aprobado.

—Torre de control de Brčko, aquí AS350, recibido.

Luego de que el helicóptero despegara y Mirela se asegurara que todos a su cargo tuvieran combustible, despegó la pista y el espacio aéreo.

—Orión P – 3A, esta es torre de control de Brčko. ¿Cómo me recibe?

—La transmisión es fuerte y clara, torre de control. Espero instrucciones.

—Orión P – 3A, aquí torre de control. Empiece a girar hacia el sur. Comience a buscar el helipuerto, está a su izquierda rumbo 090° y descenso a 3000 pies. Tenga precaución para las áreas del centro de la ciudad.

—Por la izquierda a rumbo 090° y descenso a 3000 pies, Orión P – 3A.

La controladora le indicó las coordenadas exactas y la frecuencia específica para el piloto mientras monitoreaba sus movimientos.

Sus compañeros exclamaron al mismo tiempo al ver aparecer el avión sobrevolando los cielos de Brčko... A Mirela no le pasó desapercibido su aprensión.

Dirigió al piloto en todo momento pues ella era los instrumentos que él necesitaba en ese instante.

—Orión P – 3A, autorizado a aterrizar, viento 350°, 10 nudos —le informó ella.

—Autorizado a aterrizar, Orión P – 3A.

Ya los paramédicos y bomberos esperaban a solo unos metros del helipuerto. El jadeo de sus compañeros le confirmó a Mirela su temor.

—Orión P – 3A, vas muy rápido.

—Eso díselo a mis instrumentos, Brčko —La voz del piloto se escuchó tensa como si hiciera un gran esfuerzo por controlar la aeronave.

Un silencio filoso se apoderó de la torre de control, incluyendo la frecuencia de radio, algo inusual debido a la emergencia que se enfrentaba. Si bien, Mirela experimentaba su propia contingencia y debía actuar con cautela. Un movimiento herrado sería fatal.

Uno de sus compañeros le informó el instante en que el tren de aterrizaje tocó la pista. Todo dependía del piloto y sus destrezas.

—¡Arriba, Orión! —exclamó Mirela al percatarse que la pista se

terminaría y el avión se estrellaría en los sembradíos. Lo menos que deseaba ella era que el aviador sufriera una lesión.

El piloto logró levantar el gran avión a tiempo para entonces crear una trayectoria circular y cerrada. De inmediato recuperó el vuelo recto y nivelado que le permitió el aterrizaje.

Los compañeros de Mirela se quedaron estupefactos al presenciar un looping^[3] interior preciso en una aeronave tan grande. No había dudas de que quien manejaba el Orión era un experto.

—Sin maniobras en mi pista, piloto —lo amonestó Mirela, aunque sus labios mostraron una sonrisa fugaz.

—¿Por qué? —La voz de él se escuchó muchísimo más relajada, incluso con un toque sensual—. No hay nada más satisfactorio que ejecutar una acrobacia con propiedad, aunque esta vez no fue intencional.

El piloto llevó el Orión a un punto que permitía el aterrizaje y despegue de los helicópteros que llegaban a reabastecerse o dejar damnificados. La controladora aérea le solicitó al personal que se le asistiera en todo lo que él necesitase, incluso que se le entregara una comida caliente y un abrigo en caso de que él no contara con uno.

Demasiado pronto la actividad en el helipuerto regresó. Mirela no tuvo ni un minuto de descanso en las siguientes horas, si bien, de vez en cuando ojeaba la cola del Orión y solo en una ocasión pudo ver el uniforme de su piloto... Sus miradas se encontraron, aunque ninguno de los dos lo sabía. Existía demasiada altura y distancia como para percatarse.

Cerca de las seis de la tarde, Mirela reconocía que el cansancio jugaba en su contra, mas no deseaba abandonar al aviador que en ese instante volvía a encender su avión. Uno de sus compañeros le informó que el ingeniero mecánico de la comunidad y el piloto se encargaron del funcionamiento correcto de la aeronave.

Una vez más ella despejó los cielos. El piloto se deslizó por la pista y esperó la orden de la torre de control pues no existía ningún motivo para impedir el despegue y continuar con su labor humanitaria.

—Orión P – 3A, aquí torre de control de Brčko, antes de dar el permiso de salida tengo una solicitud.

Mirela estaba nerviosa, aunque como buen controlador aéreo mantuvo su voz serena. Quizás la hoguera en su pecho se debía a los acontecimientos durante las últimas cuarenta y ocho horas y no al piloto que irrumpió en su radar ese caótico día.

—Brčko, aquí Orión P – 3A, por sus atenciones Gotland está en deuda — contestó con solemnidad el piloto.

—No solicito la bondad de Gotland, sino de ti.

—Prosiga —respondió él.

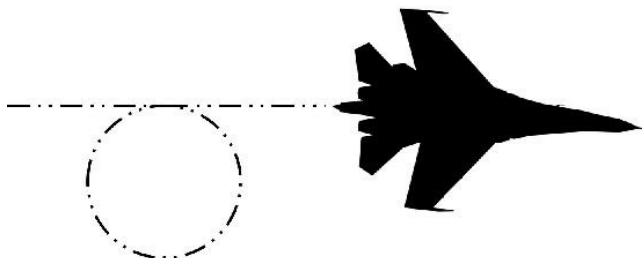
Ella no pudo evitar el rubor que cubrió sus mejillas. En un exabrupto rompió con el protocolo, pero ya no podía dar marcha atrás. Todos los pilotos en su radio escucharían las palabras.

—Solicito que prometas regresar para mostrarme uno de tus movimientos. —Mirela esperaba haber podido ocultar la urgencia en su voz.

—Recibido... —El piloto hizo una pausa. Mirela imaginó que debía pensar que ella era poco profesional. Nada la preparó para lo que escuchó—: Para este duque tu petición es un decreto.

Érase una vez un duque cuyo escudo eran las leyes y su espada la verdad y la virtud... Su guerra todavía no se desataba... Y su destino acababa de transformarse.

1



Mirela rio a carcajadas cuando al bajar de las tazas giratorias el duque se tambaleó de un lado al otro y fingió desmayarse a sus pies.

—Eres la dueña de mi corazón —le dijo cuando abrió los ojos con una sonrisa pícaro en los labios.

La tomó de la mano y corrió por el parque de atracciones Liseberg en Gothenburg. A ella le parecía el hombre más guapo con sus ojos de aguamarina que resaltaban por el color caramelo de su cabello. Le robó la razón hacía cuarenta y ocho horas cuando lo vio danzar en el cielo en el festival aéreo que se llevó acabo en la ciudad. Su corazón ya le pertenecía.

Cuando aceptó ser juez de la categoría de principiante e intermedia de acrobacias en el festival, Mirela no se imaginó que se reencontraría con él.

Ese día se acercó al escuadrón de Gotland junto a su padre para felicitarlos por su presentación. Sin percatarse se quedó a solas con uno de los pilotos y perdió la noción del tiempo mientras le preguntaba por sus aviones y maniobras.

Entonces fueron interrumpidos por uno de los hombres del escuadrón, quien, llevó la mano a la frente en un saludo militar. Ella dio un paso atrás mientras su corazón se desbocaba. Era una mujer que trataba a todos con respeto, si bien, solía mantener alejados a los militares... Ellos evocaban recuerdos dolorosos. Pero él dijo —:

—Duque, tenemos que irnos.

Un estremecimiento recorrió a la mujer pues recordó las palabras de aquel piloto que conoció un par de meses antes durante las inundaciones. Mirela agradeció que el destino volviera a unirlos.

Se atrevió a guardar sus temores, incluso desechó los prejuicios. Era consciente de que generalizar era un error y cometería la misma injusticia por

la que su pueblo sufrió. A pesar del temblor en las manos ella permaneció a su lado y hablaron unos minutos más, aunque el soldado apremiaba al duque. Sin embargo, parecía que a él se le dificultaba apartarse de ella.

No obstante, él se despidió en un tono frío y Mirela frunció el ceño. Recordaba la solemnidad en su tono de voz, sin embargo, esperaba que, para él, aquel momento fuera tan significativo como lo fue para ella.

—Gracias por mostrarme tus movimientos —exclamó Mirela con un rubor tenue en las mejillas y una sonrisa tímida—, aunque esta vez no has hecho muchos loopings.

Por las expresiones en el rostro del duque supo que él no la recordaba. Ella sabía que era muy tonto haberse hecho ilusiones por unas palabras, además pasaron meses y él no regresó. No obstante, eso fue lo que sucedió.

Él se fue y ella se prometió así misma olvidar todo. Tenía que centrarse en la realidad. Así hubiera sido si no fuera porque, en la siguiente presentación, la rutina consistió casi en su totalidad de círculos complejos y hermosos dibujados en el aire. Si bien, él no fue tan preciso como aquella vez.

Ante esa demostración ella subió a la torre de control y le pidió al controlador aéreo de Gothenburg que le permitiera dar el permiso de salida del jet. Mirela retuvo el despegue lo que provocó que el duque levantara una sanción en su contra. Cuando se reencontraron él se abalanzó sobre ella y por primera vez Mirela conoció los labios y el furor de un hombre.

—¿Aún estás conmigo? —Él la sacó de sus pensamientos con una sonrisa ladeada y una mirada penetrante.

—Solo recordaba nuestro encuentro. —Un suspiro de ensoñación escapó de la garganta de ella.

Llegaron a la fila para subir a la Valkiria. Estaban rodeados de espadas y escudos vikingos. No obstante, Mirela no se percató pues la sonrisa en el duque se amplió y en menos de un segundo estuvo acorralada por su cuerpo. Ella no pudo ocultar el rubor que cubrió sus mejillas. El pecho de él subía y bajaba descompasado. Ella levantó la mirada y se encontró con esos ojos que amaba embriagados en deseo. Mirela contuvo el aliento.

—Te amo —le susurró él al oído mientras mantenía las manos detrás de la espalda como si no confiara en sí mismo. Ella podía percibir que contenía las ansias de tocarla.

Un estremecimiento la recorrió cuando él volvió a tomar su mano con suavidad. Dieron un par de pasos entre miradas furtivas y traviesas. Ambos deseosos de regresar a la habitación de hotel para poder darle rienda a la

pasión que recorría cada centímetro de su piel.

Un par de conejos con trajes coloridos aparecieron para entretener a las expectantes personas que esperaban subir a la atracción. Ambos sonrieron para la fotografía. El rubor se apoderó de las mejillas de ella cuando él la abrazó pues no debía tocarla en público.

Una sonrisa tímida iluminó el rostro de Mirela en el momento en que él colocó una rodilla en el suelo y le ofreció una rosa que le entregó uno de los conejos. Los personajes llevaron las manos a sus rostros en señal de sorpresa y agrado. Entonces le dedicaron su atención a un par de niños que se encontraban en el lugar.

Al llegar a la primera hilera de asientos el duque hizo una cortesía y le señaló el lugar. Ella imitó el gesto antes de subir.

La atracción comenzó a moverse y Mirela pudo apreciar el azul del cielo hasta el horizonte. Él mantenía la mirada fija en ella.

—Por eso es mi favorita —le dijo él al oído mientras dejaba un beso en el mismo punto, que, encendió el corazón de ella y provocó una electricidad dulce en sus venas hasta humedecer su intimidad.

—Amo el cielo —susurró ella con el nervio de que alguien pudiera verlos, si bien, el cuerpo de él ocultaba el suyo.

—Y por eso te amo a ti.

Mirela no podía dejar de sonreír.

Por un segundo se perdieron en la mirada del otro hasta que la atracción hizo una pausa. Él entrelazó sus manos como si deseara protegerla y asegurarse de su bienestar. Los rostros se iluminaron antes de comenzar a caer a cincuenta metros de altura a una velocidad de ciento cinco kilómetros. Ninguno de los dos gritó. En sus rostros una sonrisa resplandeciente, entretanto, disfrutaban de las vueltas bruscas a la derecha y a la izquierda. Subieron hasta quedar de cabeza durante unos segundos para volver a caer.

La montaña rusa disminuyó su velocidad. Antes de llegar a la salida, él deslizó con suavidad los dedos en el rostro de ella, quien, le regaló una sonrisa magnífica. Un gruñido reverberó en el pecho de él y se lanzó sobre los labios de ella para imitar con sus lenguas todos los movimientos que acababan de experimentar.

Llegaron al restaurante del lugar minutos después, sin embargo, Mirela esperó más de una hora por él, ya que, recibió una llamada importante después de que él ordenara el almuerzo para los dos.

La comida estaba fría cuando el duque regresó. Ella tomó el tenedor para

comenzar a comer, pero el hombre junto a ella perdió la chispa que lo caracterizaba.

—¿Está todo bien? —Mirela extendió la mano y rozó los dedos de él unos minutos después pues no le respondió—. ¿Erik? —Si bien, él seguía sumido en sus pensamientos—. ¿Erik? —Ella entrelazó sus manos con las de él e insistió—: Mi amado duque de Gotland, ¿dónde estás?

Al fin logró captar su atención, pero la mirada de él estaba apagada y pudo percibir la molestia en su semblante.

—Sabes que no me gusta que me llames así —dijo cortante.

—Discúlpame. —Mirela bajó la cabeza y colocó las manos en su regazo.

Un resoplido escapó de la garganta de él. Entonces acercó la punta de los dedos al rostro de ella y lo levantó.

—No quiero que arruinemos el día, eres lo más preciado que tengo. —Su voz baja.

Ella asintió con vehemencia.

—Tú también eres lo más importante para mí —susurró.

Él sonrió, aunque, esa alegría que deseaba transmitir no llegó a su mirada. Tomó las manos de ella con delicadeza y dejó un beso en la palma.

—Establezcámonos aquí. Que este sea nuestro hogar... Hemos sido tan felices en estos dos días. —En el tono de él la urgencia de los enamorados que creen que los siglos no serán suficientes para amarse.

Mirela sonrió con un cariño inmenso. Con el deseo de reconfortarlo. Sabía que aceptarla a ella y su pasado sería difícil para cualquier hombre... Y a él le dolía. Lo supo desde que le hizo el amor por primera vez... Cuando tuvo que taparse porque a él le angustiaba su desnudez.

—Sí —Su tono dulce y comprensivo.

Él sonrió complacido.

—Me gusta que me digas que sí a todo, que cuando levante la mirada estés ahí, esperándome. Con esa ilusión y entrega tan presente, ¿siempre será así?

—Sí —respondió ella con convicción.

Él abandonó la mesa con la mano de ella aprisionada entre las suyas. Pagó a prisa los alimentos que no fueron consumidos.

Al cerrar la puerta del hotel, levantó su falda y la empujó contra la pared. Entre besos apasionados y súplicas desgarradoras poseyó su cuerpo y su alma hasta convertirse en uno. Ella respondió a sus caricias con ardor. Se entregó al hombre que amaba una y otra vez hasta que el cansancio y el sueño no le

permitieron continuar... Necesitaba demostrarle cuánto lo amaba.

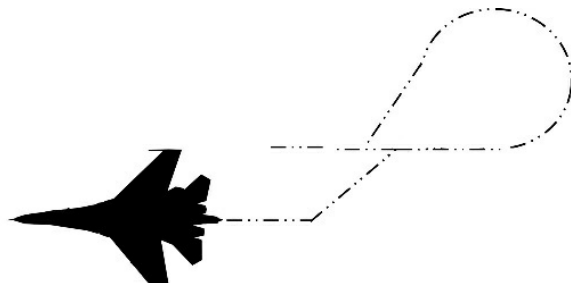
Al despertar giró en la cama con una sonrisa tan radiante que iluminaba la habitación. En el cielo ese punto entre la noche y el día. Sin embargo, él no estaba junto a ella.

—¿Erik?

No recibió respuesta. Sin perder el aire de mujer enamorada y feliz tomó el sobre sobre la mesita de noche.

El duque solía dejarle notas escondidas que le profesaban su amor.

2



3 meses después

Mirela estaba perdida en sus pensamientos cuando subió al ferry que la llevaría a Gotland. Lo único que la sacó por unos segundos de ellos fue el vértigo que se apoderó de ella en cuanto zarparon del puerto. Amaba el cielo, pero no sucedía lo mismo con el mar.

En las tres horas que duró el viaje no se percató del azul del firmamento y el reflejo de éste en el agua, así como tampoco de los islotes con sus hermosos faros. El barco vikingo que apareció en algún momento le pasó desapercibido. Incluso la fuerte brisa marina no la sacaba de ese automatismo autoimpuesto. Ni siquiera la majestuosidad de los acantilados, señal inequívoca de que llegaban a Gotland, logró captar su atención.

Sus pies caminaron por voluntad propia por la aduana del puerto. Para Mirela solo pasaron minutos cuando su familiar y ella fueron detenidos durante hora y media por las autoridades de migración para revisar la documentación que ya había sido aprobada en Suecia después de dos horas de espera.

Tuvieron que aguardar media hora más en lo que un taxi decidió llevarlos a su destino. Los murmullos de las personas al observarlos eran evidentes... les temían.

Todo era distinto a lo que conocían. A la izquierda se encontraba el mar Báltico y la marina estaba repleta de botes de vela. A la derecha estructuras en piedra y techos de tejas. Cada una de ellas con ventanas francesas y puertas con carácter e historia. Las calles de Gotland cubiertas de adoquines colocados a la perfección. En las esquinas arbustos de rosales que deleitaban por su color y aroma. El único indicio de modernidad eran las personas a su alrededor y uno

que otro automóvil que pasaba por el lugar. Por supuesto que tan ensimismada como estaba no podía apreciarlo.

Llegaron a un palacio de tres pisos, con más de ocho siglos de historia, si bien, sus paredes de piedra estaban muy conservadas y hasta parecía un gran bloque cincelado en el lugar. Además del techo a dos aguas en rojo ferroso, del tercer piso sobresalía un balcón de hierro con tres coronas labradas. Frente al lugar un pequeño parque con un árbol frondoso, varias bancas de madera y una diminuta fuente de una cabra.

De pronto, se escuchó el retumbar indiscutible del romper de las barreras del sonido y ante ellos aparecieron cinco SAAB JAS 39 Gripen en formación. Mirela salió de su ensoñación en ese instante.

Por primera vez en días sonrió. Inhaló profundo y soltó el aire con lentitud. Sabía que estar allí era lo correcto.

Esos días al lado de él cambiaron su vida y era el motivo por el que se encontraba en la isla en ese momento. En su corazón estaba segura de que el duque la recibiría.

Mirela observó el espectáculo embelesada. No obstante, sabía a la perfección que él no era uno de los pilotos.

Su familiar sonrió al ver que ella recobraba el entusiasmo. Sabía que estaría a salvo en ese lugar. Cerró los ojos y asintió varias veces, agradecido de que pudieran llegar sin los contratiempos esperados. El alivio lo inundó al percatarse que su misión llegaba a buen término.

Permitió que Mirela entrara sola al palacio pues esas eran las órdenes de su imam.

Mirela se sorprendió al entrar a palacio y encontrar a las personas vestidas con finas telas y joyas esplendorosas. Al parecer se celebraba algún acontecimiento.

Era algo que no esperaba, pero estaba consciente de que debía continuar pues no podía regresar a casa. Tenía que encontrar al duque, aunque ella preferiría que fuera en otras circunstancias. Deseaba localizar al encargado de palacio y solicitarle una audiencia privada con él, no obstante, no conocía quien podría ser esa persona.

Un magnífico candelabro le dio la bienvenida a un salón de ensueño y grandes ramos de rosas se esparcían por puntos estratégicos. Las copas de

champagne iban y venían y la música de fondo la arrullaba hasta sentir que viajaba en el tiempo.

Ella caminó un poco más. Mantenía las manos pegadas a su cuerpo y observaba de un lado a otro. La majestuosidad y elegancia del interior la hacían sentir muy pequeña.

En ese instante un hombre se dirigió a ella con formalidad.

—Disculpe, su alteza, no sé a quién anunciar.

Mirela abrió los ojos en exceso por el recibimiento. «¿Acaso conocían quién era ella y la esperaban?», se preguntó.

—Solo deseo hablar con el encargado de palacio —dijo en un tono bajo pues no deseaba que nadie más la escuchara.

—Soy yo, su alteza. Sir Liam Jensen, mariscal de la corte. A sus servicios.

—Sé que el momento no es adecuado, pero solicito ver al duque.

El hombre frunció el ceño.

—Lamento informarle que no podrá ser en estos instantes pues se celebra el compromiso de uno de los miembros de la familia.

—Qué alegría por ellos. —La sonrisa en los labios de ella iluminó su rostro y más de uno cayó rendido a sus pies.

Todos en la fiesta observaban a la recién llegada. Era una mujer hermosa con la piel oliva y ojos negros que resaltaban por el maquillaje cargado y el vestido crema sobrio que utilizaba. Era muy distinto a la piel de porcelana y ojos de zafiro que predominaba en el gran salón. No obstante, lo que la hacía sobresalir era el hiyab^[4] que escondía su larga cabellera negra. Parecía una princesa recién salida de alguna leyenda musulmana, aunque, no podrían estar más equivocados con su origen. Sin embargo, ese fue el motivo por el que los guardias reales permitieron su entrada. Pensaron que era una destinataria invitada al festejo real.

Si bien, algo más la hacía destacar... Y ese era el motivo por el que se encontraba allí.

—¿A quién anuncio, su alteza? —insistió el hombre quien se sentía muy avergonzado pues memorizó la lista de los más de mil invitados. Después de todo era el primer contacto con quien se encontrarían los asistentes y deseaba dejar una buena impresión sobre la familia.

—Mirela Imamović de Brčko. —El mariscal frunció el ceño una vez más pues no recordaba que alguno de los invitados fuera de ese lugar—. En realidad, soy Mirela, duquesa de Gotland... —Cuando el gesto en el hombre

se agudizó, ella añadió —: Soy la esposa de Erik.

Al instante el lugar se quedó en silencio y el hombre frente a ella palideció. Un murmullo de asombro comenzó a inundar el lugar y Mirela bajó la cabeza y entrelazó las manos para ocultar su temblor. Su padre le advirtió que no se amilanara. Era su deber y derecho estar allí, pero ella no esperó hacer esa declaración frente a miles de personas.

—Su... Su... Su alteza —logró decir el encargado de la corte luego de unos minutos de quedarse paralizado por la noticia—, por favor, discúlpeme. Yo... yo...

Ella levantó la mano para llamar la atención de él y le sonrió. La tranquilidad en su mirada le ayudó al mariscal a calmarse.

—Por favor, solo deseo verlo.

El encargado de la corte asintió y su vehemencia aumentó al percatarse de una incipiente barriga que se asomaba a través del vestido de la mujer.

—Su alteza... —dijo contrariado pues no podía abandonar el puesto.

—¿Podría quedarme? Me confundiré entre la multitud y cuando haya terminado con su labor podrá avisar al duque de mi presencia. No tengo apuro —respondió ella muy calmada en un tono lleno de comprensión.

El asintió cuando una especie de alivio lo embargó.

—Muchas gracias, su alteza.

Mirela hizo una cortesía y, tal y como le mencionó al mariscal, se confundió entre los invitados. Si bien, su presencia no pasó desapercibida.

Nadie se acercó a Mirela en las horas que llevaba en el palacio y ella lo agradeció. El mariscal de la corte la recibió con un perfecto inglés y sabía que en la península dominaban ese idioma, si bien, no estaba segura cómo sería en la isla y su conocimiento en sueco se delimitaba a preguntar dónde estaba el baño. Además, solo deseaba refugiarse en los brazos de Erik y así poder descansar.

No sabía si sería bien recibida y creía que él se molestaría con su presencia. Su matrimonio con Erik fue un acuerdo sellado por él y su padre, quien, temeroso por su honor, se reunió con el duque a solas... Los acuerdos de ese matrimonio ella los conocería después.

Caminó por el palacio deleitándose en las paredes de piedra, los cuadros de personas que no conocía y el escudo de armas de la familia. Algo que jamás imaginó... Todo era como un cuento de princesas, si bien, ella no era

una. No le interesaban los títulos, solo deseaba tener al duque a su lado. Por eso no insistió en viajar con él cuando el deber requirió su regreso a Gotland. Se conformó con la promesa de volver... De eso hacían casi tres meses.

—Buenas noches, princesa.

Mirela dio un pequeño brinco ante el tono severo del hombre. Al girar, se encontró con los ojos más azules... como el topacio de Neptuno.

—Lo siento. —Sus labios tiritaron—. ¿No debo recorrer el lugar?

Él permaneció en silencio para escrutar a la mujer que tenía al frente. Comparada con él era muy pequeña y tenía que inclinarse para poder observar sus ojos. El caballero contuvo el aliento al percatarse de una incipiente barriga. En cualquier otra mujer las causas podrían variar entre retención de líquidos o una enfermedad, pero por algún motivo, en ella era evidente el origen... Un embarazo, si bien, no debía pasar de las doce semanas.

Tras aclarar la garganta él dijo —:

—¿Busca algo en particular?

—Escapar de la celebración. —En los labios de ella una sonrisa incierta.

Él entrecerró los ojos pues era la respuesta que menos esperaba. Pensaba que una mujer como ella desearía darse a conocer en la alta sociedad, incluso las familias reales que se encontraban en el salón de palacio en ese momento. Mas, el mariscal de la corte le informó que mantuvo un perfil bajo y que no platicó con nadie en el lugar. Todos estaban conscientes de la presencia de la mujer, pero ella parecía desconocer la de ellos. «¿Tan grande sería su vanidad?», se preguntó.

El caballero continuó con su observación. Ella pasó la mano en su barriga como si deseara aliviar algún malestar. Bajó la cabeza y la vio sonreír, si bien, sus ojos parecían fatigados y debía sentirse incómoda en esos zapatos de tacón pues sabía que, para ella, el viaje a Gotland duró el triple de tiempo de lo que sería para alguien más. Las primeras informaciones que llegaron detallaron su viaje desde Brčko a primera hora de la mañana y que fue acompañada por un hombre que ya había salido del país... Estaba sola.

—¿Desea descansar, princesa?

Él pensó que no pudo ocultar la sorpresa y duda en su tono, incluso ese tinte de desprecio al decir la palabra «princesa», pero para Mirela su voz fue tan severa como cuando la saludó. La mujer sonrió, si bien, él reconoció un dejo de tristeza en su mirada.

—Solo quisiera ver a Erik... Hablar con él. —Mirela hizo una pausa

para no añadir: «Que me tome entre sus brazos y me prometa que saldremos adelante»—. Pero si usted está aquí asumo que ya fue informado de mi llegada.

—Así es, princesa. Erik ya fue informado. —Él calló, pero sintió la obligación de decir—: Mandaré a preparar una habitación para usted. Discúlpenos que tenga que aguardar un poco más, es que no esperábamos su llegada.

—Es usted muy amable. —Ella asintió con una sonrisa incierta pues no le confirmaba si podría verlo ese mismo día.

El hombre hizo un gesto con la mano y le señaló el pasillo que la devolvería a la celebración.

—Por favor, coma algo y regrese al salón. Será más fácil encontrarla allí. Mirela no pudo evitar el rubor en sus mejillas.

—Sí... Lo siento... Yo...

—No tiene que disculparse. Aquí se suele respetar los deseos de los individuos.

Él hizo una reverencia y ella la contestó. Se sentía contrariada con las palabras de él, como si hubiera marcado una diferencia entre ellos y ella. Aunque estaba acostumbrada a esa distinción, jamás la sintió al lado de Erik. «¿Acaso no sería bien recibida en el lugar?», pensó. Descartó la idea de inmediato, ya que ellos no la conocían. De seguro sus ideas eran provocadas por el cansancio de viajar tantas horas.

En cuanto regresó se percató que los invitados estaban sentados para disfrutar de la cena y que no quedaban espacios disponibles en las mesas. El pequeño retoño en su vientre le recordó que no comió bien en los últimos días pues sintió una cosquilla recorrer el abdomen de un lado al otro. Ella sonrió y pasó su mano en una caricia ligera como para que él supiera que entendió el mensaje.

Mirela se acercó a la mesa de los bocadillos que vio unas horas antes y se sirvió unas tostadas de rebonzuelo —un tipo de hongo— y arenque. Tomó una porción de ensalada y algunas frambuesas que se le hicieron apetecibles, además de que dejarían ese sabor dulce que tanto le gustaba. Encontró una esquina con una silla y desde ahí comió y observó el ir y venir organizado de los encargados del banquete.

Así la encontró uno de los mayordomos cerca de cuarenta y cinco minutos después.

—Lo siento, su alteza. Hoy es un día difícil. Le traeré de cenar de

inmediato.

—Gracias. Ya he comido algo.

El hombre se apresuró a tomar el plato.

—El duque ha solicitado que sea recibida como de la familia y le ha indicado al mayordomo mayor que le asigne una habitación en el ala real.

Los ojos de Mirela resplandecieron ante la mención de su esposo.

—¿Erik les pidió eso?

—Sí, su alteza.

Alguien se acercó al mayordomo a consultarle algo que ella no escuchó. En su rostro reconoció que no sabía qué hacer.

—Si me explica cómo llegar no tendrá que acompañarme. —Mirela sonrió.

Él agradeció el gesto y le dio instrucciones precisas de cómo llegar a la habitación que Erik destinó para ella. Tenía esperanzas de encontrarse con él.

Sus pasos fueron cortos y apresurados por un instante. Sin embargo, la felicidad por poder verlo menguó al recordar cómo le recaló que él volvería por ella y que no debía buscarlo.

Entonces caminó despacio por el lugar. Era una maravilla estar en un edificio tan antiguo y que este resistiera de ese modo el paso de los siglos. En el interior sobresalían las paredes en piedra, candelabros con anterioridad a la energía eléctrica y colchas de lana sobre los muebles. Hileras de cuadros de todos los tamaños y personas que ella no reconocía adornaban los interminables pasillos.

Observó a su alrededor con detenimiento pues no deseaba llegar a la habitación. Pensaba que se encontraría con Erik en un despacho y ambos hablarían sobre su matrimonio y el embarazo... Por más que lo amara Mirela no se engañaba. No deseaba que él se viera forzado en un compromiso que tenía fecha de caducidad... Si bien, en el fondo de su corazón esperaba que él la amara tanto como ella lo hacía y pudieran ser felices para siempre.

«Solo quiero verlo.», pensó. No le interesaba la habitación.

Luego de dos horas merodeando entró a los aposentos que debían ser los suyos pues reconoció el picaporte de rosas que le indicaron. Se detuvo en seco al encontrarse una vez más con quien pensó era el jefe de los mayordomos.

—Buenas noches, princesa.

Mirela abrió los ojos pues no pensó reencontrarse con ese hombre tan imponente y su severidad... Existía cierto comando en él. Sin embargo, lo que

más la incomodaba era que fuera él quien la recibiera y se preocupara por su bienestar y el de su bebé.

—¡Oh! Lo siento tanto. ¿Acaso me ha esperado? Me entretuve en los pasillos del palacio y debí perder la noción del tiempo. Es tan hermoso. —Al ver que el hombre no respondía continuó—: Pero qué modales los míos. Soy Mirela Imamović de Brčko.

Extendió la mano. No obstante, él no respondió.

—¿Por qué vino usted sola? ¿Acaso alguno de los sirvientes no le dio mi mensaje y se ofreció a acompañarla?

—¡Sí! —Se apresuró ella a contestar por miedo a que alguien recibiera una sanción por su culpa—. Todo el personal me trató con amabilidad. Yo insistí en venir sola. Ellos estaban muy ocupados con la celebración.

—Di órdenes precisas. La he esperado durante dos horas. Se ve cansada y eso no puede ser bueno en su estado.

—Lo siento —respondió ella al bajar la mirada por la reprimenda, ya que, sabía que él tenía razón—. No pensé que me asignarían una habitación.

—¿Tiene dónde hospedarse o familia en la isla? —El tono de voz de él lleno de dudas mientras mantenía los ojos entrecerrados.

—Solo a Erik. —En los labios de Mirela una sonrisa incierta.

—Si es así, ¿cómo podría pensar no ser recibida en palacio?

—Creí que el duque solo se reuniría conmigo en su oficina.

Su actitud le parecía inverosímil al caballero. Deseaba que ella ganara confianza y se delatara así misma. Lo prefería a tener que esperar por el servicio secreto y sus investigaciones. Después de todo estaba embarazada y una vida en la cárcel no sería lo ideal para su bebé. «¿Acaso era tan insensata?», pensó.

Sin embargo, lo desesperaron sus palabras... Lo bien que actuaba.

—¿Sí es su esposa? —A ninguno de los dos le pasó desapercibida su hostilidad.

—Sí.

Él tuvo que leer los labios de ella pues la voz la abandonó. El dolor y el amor entremezclados en su mirada lo obligó a claudicar en su interrogatorio... Ella creía que no mentía.

Suspendería la investigación en el Säpo^[5]. Él mismo se encargaría de descubrir lo que sucedía para entonces poder informar a la familia. «¿Qué deseaba esa mujer? ¿Cuál era el propósito de su viaje?», se preguntó.

—Disculpe los inconvenientes que le causara, fue un placer conocerlo.

—Una vez más la mujer extendió la mano y otra vez él no respondió. Entrecerró los ojos ante el gesto pues tenía entendido que, si no era parte de su familia, no podía tocarla—. La habitación no es necesaria. Yo... Vendré mañana o en un par de días cuando no estén tan ocupados y pediré una audiencia con él.

No la podía dejar ir. Lo mejor era mantenerla cerca y que ella misma le contara su historia. La dejaría cómoda y al siguiente día intentaría comprender todo.

—Mi única intención es que descanse, princesa. —La mujer frunció el ceño pues al parecer apenas se percató de cómo la llamaba—. Por favor, acepte quedarse. Estamos en temporada alta y le será imposible encontrar una habitación de hotel. —Ella no respondió y él notó su indecisión y reticencia—. Estará cómoda. Piense en su bebé. —Ella suspiró y sus ojos enrojecieron. Por algún motivo eso provocó que se sintiera incómodo consigo mismo—. Dígame qué necesita. —Ella negó con la cabeza y se abrazó a sí misma. Él soltó una bocanada de aire. Tenía que ganarse su confianza—. ¿Algún antojo?

La mirada de ella iluminó la habitación por un instante y se encontró conteniendo el aliento. Su garganta hizo un movimiento brusco y bajó la cabeza unos segundos.

—¿Cree que se molesten si pido una manzana? —Mirela hizo una pausa—. Pero que inconsiderada soy, todos están en la fiesta. ¿Quién se comprometía?

Se molestó consigo mismo por ese momento de distracción. No podía perder la concentración frente a ella... No debía dejar de ser duro y severo. Esa mujer transmitía una paz que lo desconcertaba y durante unos segundos añoró ser el hombre de antes.

—Lamento que no pudiera ver a la familia el día de hoy. No tenían conocimiento de su llegada y se encontraban en la ceremonia de bendición de anillos de los novios. Aquí las bodas tienen un protocolo riguroso.

Ella asintió. No obstante, fue consciente de la advertencia... Su boda no siguió ninguna formalidad.

—¿Quizás usted podría mostrarme cómo llegar a la cocina?

Ella se quedó en silencio al observar que el hombre solo la escrudiñaba con la mirada. No dejó de hacerlo en ningún momento.

—La acompañaré a la cocina, princesa. Sería una falta en mis funciones si no lo hiciera.

Ambos salieron de la habitación.

—Gracias por acompañarme —contestó ella mientras sonreía por su insistencia en el trato—. Por cierto, no soy princesa.

—Es hija del imam de Brčko, ¿no es cierto?

Mirela abrió los ojos en el mismo instante que fruncía el ceño. Al parecer su rostro no sabía qué emoción mostrar primero. Ella nunca lo había visto. «¿Acaso Erik les contó sobre ella y su padre?», pensó.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? —susurró.

—Por su apellido... ¿Imamović? Su significado literal es hija del imam.

Ella asintió y se preguntó cómo él podría saberlo y si conocía de su cultura, quizás por eso mantenía la distancia.

—Así es. Pero eso no me convierte en princesa.

Él giró a la izquierda y entraron a una cocina pequeña, si bien, contaba con una despensa surtida y todos los utensilios necesarios para preparar los alimentos del día a día.

—Aquí se encontrará tranquila.

Ella observó a su alrededor. En el espacio lo único moderno eran la estufa y el refrigerador. Las ollas colgaban del techo y debían tener el sazón adherido a ellas.

—¿Podría utilizar el área?

—Lo que necesite para sentirse a gusto, princesa.

No pudo contener una risita porque él insistiera en llamarla así y no la perdiera ni un segundo de vista. No estaba segura si era la preocupación de su embarazo, porque creyera que ella representaba un gran peligro o por ambas razones.

Se movió con fluidez, aunque no conocía el lugar, mientras, tarareaba una melodiosa canción.

Al terminar ella colocó una manzana bañada en jarabe con nueces y una crema que acababa de montar frente a él. Además de una taza de café recién colado. La *tufahija* era un postre con una tradición de siglos en Bosnia y Herzegovina.

Cuando la madre de Mirela enfermó, se convirtió en un rito entre ellas compartir ese postre todas las noches mientras hablaban de cualquier cosa sin importancia... Se hacían compañía... Se demostraban su amor. Cuando ella murió fue el padre de Mirela quien la acompañó y se convirtió en su mejor amigo. Esa sería la primera vez que ninguno de los dos estaría a su lado.

—¿Me dejará comer sola?

Ella le extendió la cuchara con una sonrisa. El corazón del caballero

comenzó a latir de prisa y le costó llevar aire a sus pulmones. Se preguntó si se confió demasiado y había llegado la hora de su muerte.

Ella tomó un bocado y un sonido placentero escapó de su garganta. Le hizo un gesto con la mano para que él lo probara y tomó otra porción. Con la mano temblorosa él agarró un pedazo y lo llevó a la boca. Era un postre exquisito y le sorprendió que no lo empalagara.

—¿Te gustó?

—Es delicioso —dijo el hombre con ecuanimidad.

—No tienes que mentir —susurró ella.

Mirela no pudo ocultar su decepción. No entendía por qué deseaba que le gustara, quizás porque era un ritual que no logró compartir con Erik.

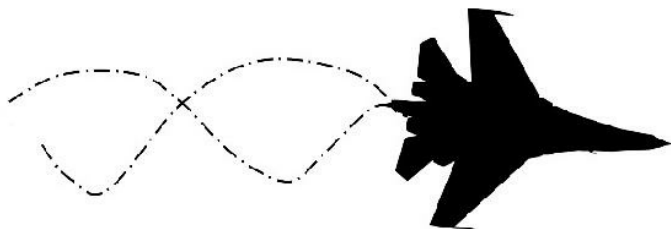
—Nunca lo hago y, ¿usted?

Ella negó mientras llevaba con desgano un bocado del postre a la boca. Ninguno dijo nada más.

En silencio él la llevó hasta la habitación después de asegurarle que alguien se encargaría de limpiar. En cuanto ella cerró la puerta él suspiró... No podía creer que todavía seguía con vida.

«¿Quién era Mirela Imamović?», se preguntó otra vez.

3



Desde hacía una semana seguía a Mirela Imamović a cualquier lugar que fuera. A ella le gustaba caminar los tres kilómetros y medio de la muralla hasta llegar a los acantilados. Era una mujer sin prisas y disfrutaba de cada espacio que la rodeaba. Sentía curiosidad pues en los ojos de ella existía cierta añoranza cuando observaba el horizonte.

La mujer llegaba tan temprano que alcanzó a ver las prácticas del escuadrón de las fuerzas aéreas todos los días... Aires de guerra se respiraba en los rincones. Por primera vez en más de cincuenta años la milicia volvía a Gotland. Demasiado tarde para el gusto de él pues en meses pasados varios aviones rusos sobrevolaron el espacio aéreo de la isla sin consecuencias.

Solo él sabía que la llegada de la joven provocó un tumulto en el Säpo y que durante la fiesta el mejor francotirador la mantuvo bajo su mira en todo momento. Temían que fuera un ataque suicida.

En cuanto Mirela salió del salón la tensión aumentó y provocó que él se presentara ante ella sin importarle las amenazas del jefe de seguridad de palacio. Los guardias reales que le permitieron la entrada a ella fueron sancionados por su falta.

Imamović era el apellido de uno de los terroristas más buscados. El caballero aún recordaba sus días en Bosnia y, cómo a la par con los esfuerzos de paz, las distintas tropas se intercambiaban inteligencia que los ayudara a dar con el paradero de los grupos que intentaban implantar el terror.

Nadie descansó para investigar a Mirela. Pero lo que hallaron sorprendió a todos. En la búsqueda encontraron que, en diciembre del año anterior, treinta y siete bosníacos de alto rango se unieron para hacer un reclamo por la paz y condenaron cualquier llamado al odio y la violencia. Muy pocas veces existía ese tipo de unión en Bosnia y

estaban comandados por un hombre... El imam de Brčko y a su lado brindándole todo su apoyo se encontraba su hija. Y como esa, existían muchas más apariciones en actos por la paz.

Mirela se sentía extraña en la isla. Caminaba despacio para no encontrarse muy rápido con el mar Báltico. La comunidad de Brčko estaba en las orillas del río Sava, pero al otro lado se hallaba Croacia y al sur Serbia. Sin embargo, en Gotland sus pasos en algún momento tendrían que detenerse pues encontraría el mar en cualquier punto cardinal.

Se frotó los antebrazos. Entonces, decidió concentrarse en el apuesto hombre que durante una semana caminaba siempre unos pasos detrás de ella. Para esas alturas pensaba que era algún guardaespaldas que Erik le habría asignado. En Gothenburg un soldado los acompañaba pues Erik pertenecía a la realeza.

Esos días los pasó sola. Ningún miembro de la familia fue a verla y desconocía el paradero de su esposo. Incluso llegó a pensar que él ni sabía que ella se encontraba allí.

Cuando la vio acercarse su guardaespaldas tensó los hombros de inmediato como si no esperara que ella se aproximara.

—Hace un hermoso día. Un poco caluroso para mí —dijo ella con una sonrisa. Él no respondió—. Imagino que ya estará cansado de mis largas caminatas. —Una vez más el silencio—. Gracias por hacer que la alacena siempre tenga de todo. —Al parecer en esa semana él se quedó mudo—. Y por las manzanas. —Él podría parecer inflexible, pero la hacía sonreír encontrar la fruta fresca todos los días. La consentía. Al no conseguir que dijera algo, comenzó el camino de regreso mientras le comentaba las cosas que veía a su alrededor. Faltaba un kilómetro para llegar cuando se atrevió a darle voz a sus verdaderos pensamientos—. ¿Erik le ha dicho cuándo podremos vernos?

Nada... Al parecer su guardaespaldas tenía prohibido hablar con ella. De hecho, nadie de palacio lo hacía y extrañaba mantener una conversación. En esos días descubrió que los sirvientes que estaban en la fiesta no eran los mismos que se encontraban a diario en el lugar. Ella permanecía encerrada en su habitación y solo salía en las mañanas a dar ese paseo y a preparar sus comidas en la pequeña cocina que el hombre unos pasos atrás le mostró.

—Princesa, ¿podría acompañarme a un *fika*?

Mirela se detuvo en seco al reconocer la severidad en el tono de voz de su acompañante. Giró con lentitud y el aliento contenido. Él insistía en llamarla así con ese aire de superioridad que ella aún no detectaba.

—¿Qué es un *fika*? —susurró ella con cautela.

—Es el *coffee break* sueco. ¿Está casada con uno y no sabe lo que es? — Mirela no pudo ocultar el rubor que cubrió sus mejillas—. ¿Hace cuánto tiempo está casada, princesa?

—Nos casamos unos días después del festival aéreo en Gothenburg.

No existía evidencia del enlace. El Säpo escrudiñó hasta la más mínima información de ella y no apareció nada. No obstante, el entendimiento alcanzó al caballero en ese momento.

«Lo estrangularía si es que su madre no se interpusiera en cuanto lo intentara. Siempre un niño mimado que no medía las consecuencias de sus actos. Estudió en una escuela en el extranjero cuando fue expulsado del prestigioso internado Lundsbergs y desde ahí cumplió todos sus caprichos. Es que... ¿Acaso se había vuelto loco? ¡Y en pleno año electoral! Incluso...»

—¿Te encuentras bien? —susurró Mirela al interrumpir los pensamientos de él.

—Sí.

Se adelantó a ella para mostrarle el camino. Entraron a la gran cocina desde donde se preparó el banquete de la fiesta de compromiso. Allí, varios sirvientes y empleados reían y conversaban. En una mano una taza de café y en la otra algún bollo dulce de su elección. Todos parecían muy relajados como si se encontraran para socializar y no por trabajo.

Él tomó una charola de plata para colocar en ella una taza con el brebaje caliente y un rollo de canela adornado con azúcar de perla. Mirela siguió su ejemplo.

Al llegar a los dulces ella se debatió entre escoger del pastel de chocolate, tartas de almendras y moras o galletas de todas clases. Al final, escogió lo mismo que él y al tomar la bandeja salieron de la cocina.

Caminaron hasta una sala pequeña con paredes en amarillo mostaza. Un candelabro de cristales era el punto focal. Bajo él, una mesa de centro y dos sillones cremas cómodos que debían ser del siglo XIX. Cortinas del mismo color cubrían las ventanas. Él abrió una y Mirela la otra para dejar entrar luz natural a la habitación.

Él esperó a que ella tomara asiento. No era dado a esas galanterías, pero no deseaba incomodar a la mujer frente a él pues al parecer no conocía en nada la cultura sueca.

Por primera vez quedaron frente a frente y a la misma altura. Él estudió a la joven de facciones fuertes... y arrebatadoras. Su cabello y cuello siempre

escondidos tras el hiyab. Él deducía que su color debía ser tan intenso como el de las cejas.

Él no pudo evitar reír cuando caminaba unos pasos detrás de ella. Sus hiyabs pasaban por toda la gama de colores desde el rosa chicle, verde neón y hasta amarillo fosforescente, pero jamás negro. Desde hacía mucho no disfrutaba de algo tan simple que lo hiciera estar expectante por conocer el color de ese día. Incluso ella utilizó faldas a la rodilla y camisas a tres cuartos. Nunca las dos prendas al mismo tiempo. Si mostraba sus piernas, no enseñaba sus brazos y viceversa. Eso lo trastocaba pues no sabía contra quien se enfrentaba. «¿Qué clase de ley islámica seguía?», era la pregunta que rondaba en la cabeza del hombre varias veces al día cuando no se distraía con ese olor a manzana y miel que se mezclaba con la brisa del mar cuando ella caminaba.

Al fin frente a frente Mirela se preguntó cómo se podía tener ojos tan azules. Ni siquiera Erik en sus momentos de pasión lograba ese color profundo y distante. Además, el cabello de él era tan rubio que emulaba las nueces de macadamia... Sus favoritas. Y siempre vestía con un traje fino, entallado a su cuerpo e impecable. Tenían que ser hechos a la medida dado a la altura del caballero. Solo entonces ella pudo percibir una cicatriz que cubría el lado izquierdo de su rostro y desaparecía bajo el cuello de la camisa de botones... Si bien eso no disminuía su belleza y galanura. Se reprendió a sí misma por pensar en ello.

Agarraron la taza de café al mismo tiempo, como si se supieran bajo el escrutinio del otro. Tampoco les pasó desapercibido que ambos lo tomaban negro y sin azúcar.

Con los movimientos de él, Mirela percibió un leve olor a limpio y a pino que le resultó agradable y reconfortante. Era algo que no quiso notar antes.

El caballero se dispuso a hacer algo que jamás hacía, por lo que, su pierna derecha comenzó a moverse sin control. Detestaba hablar de trivialidades con las personas. Sin embargo, no sabía cómo tratar al acertijo frente a él.

Ya comenzaba a descifrar lo que ocurrió en el festival aéreo y se preguntaba qué palabras utilizaron para embaucar a esa joven que, de no ser por su embarazo, jamás hubiera buscado a su esposo. Estaba seguro de que cuando el duque no regresara a su lado ella se imaginaría viuda o, peor aún, despreciada. Nadie merecía tal trato.

—Entonces le gusta caminar y habla sin parar, ¿algo más que deba saber?

A Mirela le tomó tan desprevenida la pregunta que, si no fuera por el tono severo en que se hizo, pensaría que ese hombre intentaba entablar una conversación con ella sin saber muy bien cómo. Agarró el rol de canela entre los dedos y le dio un mordisco con la mirada baja para no tener que encontrarse con él.

Mientras, él soltó una bocanada profunda de aire. Si antes ella no solía fijar su mirada en él, por sus convicciones, en ese instante le rehuía aún más. Era difícil conocer si ella en algún momento se sonrojaba por el tono oliva de su piel. Algo refrescante cuando estaba acostumbrado a ver mujeres ruborizadas en todo momento por tener la piel tan nívea.

—¿Por qué me pidió que lo acompañara? —preguntó ella luego de tomar otro sorbo de café.

Esa respuesta logró relajarlo. Era una mujer tan precisa como él y no se andaba con rodeos. Se preguntaba cómo sería la conversación en cuanto se encontrara con el duque.

El hombre imitó el gesto de ella al tomar un trago de la bebida. En contra de su voluntad decidió abandonar las formalidades. Era algo a lo que tendría que acostumbrarse.

—Por favor, ten cuidado en los acantilados.

Aunque intentó ocultarlo Mirela llevó la mano al pecho como si esas palabras fueran un golpe inesperado. Era el mismo tono de voz, aunque manchado con una súplica que no le correspondía. Solo Erik tenía el derecho de pedirle algo así. Por otro lado, era irracional. Cualquiera desconocido le hubiera dicho esas mismas palabras y ella le agradecería el gesto. «¿Por qué entonces se sentía tan molesta con él?», se preguntó.

—El viento suele ser fuerte y podría arrastrarte al precipicio si estás distraída... o sumida en tus pensamientos. —Se vio obligado a explicar él.

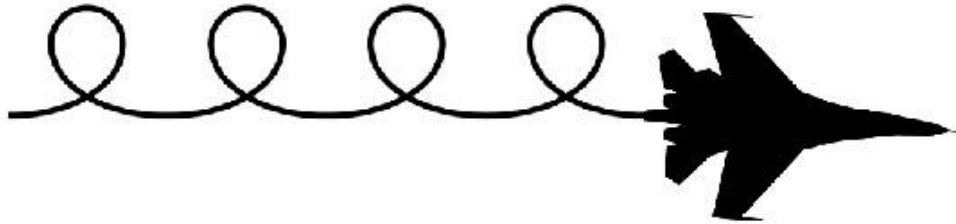
—Gracias —contestó ella sin abandonar la cautela.

—¿Acaso ya deseas regresar a casa? ¿Por eso llegas hasta el mar todos los días?

—No sabría contestarte dónde es ese lugar.

Él tragó con dificultad el último pedazo de su pan... Eso no podía ser. No obstante, sus pensamientos fueron interrumpidos cuando uno de los sirvientes entró en la pequeña sala. Él se puso en pie de inmediato. Con la postura y fiereza en su mirada el criado no se atrevió a dejar el mensaje que debía.

Provocando que esas fueran las últimas palabras que quedaron en el aire.



Una semana más y Mirela comenzaba a acostumbrarse a pasar casi todo el día sola. Ni siquiera llamaba a su padre pues él así lo exigió. Lo único que no le permitía encerrarse en sí misma era ese guardaespaldas que la acompañaba a diario en sus caminatas y compartía con ella la taza de café y pan dulce al regresar, además de la manzana en la noche. Aunque solo fuera su trabajo él demostraba interesarse más por ella que su propio esposo y se lo agradecía.

Ese día ella despertó de madrugada pues se acostó cuando el sol apenas se escondía en el horizonte. Llegó hasta los acantilados. Luego de purificarse le oró en alabanzas y pidió misericordia a Alá.

Cuando terminó se sentó a más de dos metros de distancia del borde para poder observar el amanecer de Gotland. Sí, decidió acatar el consejo de su guardaespaldas, ya que, él era el único al que le importaba su bienestar y el de su bebé.

Algo captó su atención y la hizo mirar al cielo en ese instante en el que todavía no salía el primer rayo de sol, pero comenzaba el día. Era el crujido indiscutible de un SAAB JAS 39 Gripen que sobrevoló encima de ella al revés.

El aviador se posicionó y ejecutó la rutina a quinientos metros de altura a la perfección. Sin salirse de la caja imaginaria que representaba el campo de visión de Mirela y mantuvo la altura adecuada en todo momento. Era evidente que no era principiante a pesar de sobrevolar en esa categoría.

Cuando un piloto participaba en una competencia tenía que volar en la posición óptima pues el juez debía observar las figuras con claridad. Sin que las alas o trompa del avión crearan sombras que entorpecieran la visión. Eso no permitiría apreciar la precisión al ejecutar las acrobacias.

Mirela no pudo evitar sonreír por una rutina pulcra y le aplaudió al piloto como si pudiera verla.

El Gripen voló con normalidad durante unos segundos, si bien, bajó a trecientos metros de altura, el nivel intermedio. El piloto hizo la primera acrobacia en contra del viento en un movimiento preciso. Su comienzo fue excelente lo que le permitió ejecutar la rutina con corrección.

Ella llevó la mano al pecho en un intento de calmar ese calor intenso que se adueñaba de sí misma. Los loopings o círculos eran tan seguidos y bellos como un bucle perfecto de cabello. El espectáculo era un bálsamo para la angustia que la embargaba... Comenzaba a pensar que su amor solo le pertenecía a ella y que viajar a Gotland fue un error.

Era consciente que quien le ofrecía las maniobras, sin conocer su presencia, no era el duque. Erik se encontraba entre el nivel de principiante e intermedio, ya que, le costaba mantener el balance del caza en el aire.

El piloto bajó a doscientos metros lo que representaba el nivel avanzado. Cuando intentó hacer la primera acrobacia se salió de posición y a esa altura tenía que luchar aún más con el viento. Un jadeo escapó de la garganta de Mirela en el momento en que él logró corregir la posición en un movimiento brusco que lo haría perder puntos valiosos en la competencia.

«Vamos, otra vez.», lo urgió ella en sus pensamientos.

Era evidente que el aviador no era un novato. Esa debía ser su categoría pues conocía muy bien el avión y su rutina. La aceleración provocaba que disminuyera el flujo de sangre en el cerebro, lo que comprometía el oxígeno necesario para pensar con claridad. El piloto debía saber cómo tensar los músculos del abdomen para empujar la sangre a su cabeza... Y ella podía percatarse que el hombre que pilotaba en ese momento mantenía el control sobre su cuerpo pues su posicionamiento era excelso. Deseó que él no se exigiera demás pues debía tener algún tipo de lesión que todavía no sanaba. Si bien, ella sabía cuán frustrante era para un piloto tener que mantenerse en tierra.

Como si no aceptara el resultado, el aviador colocó el Gripen en vertical y subió en esa posición hasta que ella lo perdió de vista. Al regresar, bajó en picada y giró en círculos continuos hasta formar varios aros en el aire y entonces retirarse.

Los labios y ojos de ella estallaron en una sonrisa. Le gustaba que los pilotos bajo su mando tuvieran éxito, aunque en ese instante era otro quien lo dirigía. Suspiró, no obstante, no dejó de sonreír. Extrañaba su trabajo. La

situación económica en Bosnia y Herzegovina era difícil y encontrar empleo era complicado, además, no existían muchos aeropuertos en la zona que la necesitaran.

—Buenos días, princesa. —Ella escuchó esa voz que ya le era familiar y suspiró ante esa rutina que él le creaba.

En el horizonte parecía que algunos barcos podrían tocar el sol naciente que pintaba el cielo de un naranja furioso mientras el mar conservaba la tranquilidad. Lo que significaba que los pensamientos de ella se perdieron en calificar al piloto y por unos instantes no pensó en su situación.

—Nos volvemos a encontrar —respondió ella con una risita. Después de todo, ese era el trabajo del pobre hombre. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en niñera.

El caballero frunció el ceño, ya que, por unos instantes la voz de ella era más melodiosa que de costumbre. Deseo saber qué provocó ese cambio. «¿Acaso se reencontró con el duque?», se preguntó.

—Es muy temprano para que estés despierta. No debiste descansar muy bien. ¿Algo te molesta?

—En realidad, he dormido tanto que mi cuerpo exigió que me levantara. Después de todo, no tengo mucho más que hacer.

Él entrecerró los ojos. A pesar de esas respuestas insolentes reconocía un dejo de tristeza en su voz. No pudo entenderla. De un segundo a otro pasaba de la felicidad a la pena.

—Creo que lo mejor será regresar. Debes desayunar.

Tras un suspiro Mirela, quien mantenía la mirada fija en el horizonte, susurró —:

—¿No me podría quedar un poco más?

Él dirigió la mirada hasta los zapatos mientras una bocanada de aire escapaba con lentitud por la boca.

Reconocía que ella llegó a ese punto en donde ya nada tenía sentido. Nadie le informaba dónde estaba su esposo o si conocía de su llegada. Mientras, él solo necesitaba ganar tiempo, aunque sabía que ya no la podía hacer esperar más. No era sano para el bebé.

—Princesa, te aseguro que tendrás toda una vida para ver los amaneceres. —Por primera vez su tono se tiñó de delicadeza.

Mirela se puso en pie y pasó por el lado sin mirarlo por un instante. Su caminar lento le indicaba que ella no deseaba llegar a encerrarse entre aquellas cuatro paredes, pero él necesitaba que su presencia aun fuera

inadvertida por los demás.

Al llegar a Strandgatan, la avenida principal, ella se detuvo frente a un lugar con una diversidad de frutas y vegetales. Entonces continuó el caminar lento, ajena a todas las miradas que seguían cada uno de sus pasos.

Él sí se percató como se hacían a un lado... El temor en las miradas ante lo desconocido.

«Era un inconsciente, ¿por qué no pensó en eso antes de convertirla en su esposa? La colocó a ella y a su gente en una posición precaria. Cuando Mirela advirtiera el rechazo de todos se sentiría aún más abandonada... ¿Qué diablos iba a hacer?», se preguntó una vez más.

Se detuvo en el mismo lugar que ella y tomó un puñado de frambuesas ya que eso fue lo que le llamó la atención. La probabilidad de que fuera un antojo era muy alta. Apresuró los pasos para llegar hasta ella y le extendió la mano... Por algún motivo le hizo un guiño.

El rubor cubrió las mejillas de Mirela y aunque intentó ser cuidadosa de no tocarlo pues estaban en público, sus dedos se rozaron y sintió un hormigueo agradable que la recorrió de la cabeza a los pies.

Sintió la cosquilla en la barriga y no pudo evitar reír. Le parecieron muy apetecibles a pesar de ser una fruta que nunca le llamó la atención, pero no se atrevió a preguntar si podían venderle pues reconocía la aversión de las personas porque ella estuviera cerca. Por eso después de ese paseo se encerraba en la habitación. Era algo a lo que estaba acostumbrada y no prestaba atención, aunque a veces dolía.

Llegaron a palacio y siguieron su rutina. Ella estaba agradecida con él por platicar durante el tiempo que tenía asignado de descanso.

Al igual que en las últimas dos semanas el hombre mantenía los hombros cuadrados y la espalda recta como si, en cualquier momento, ella fuera a atacarlo.

Luego de la primera conversación Mirela imitó su silencio, no obstante, lo consideró tonto pues él era el único que se tomaba la molestia de acompañarla. Solo se quedó callada un día pues se percató de que a él se le dificultaba iniciar las conversaciones. Entonces fue ella quien siempre encabezó la charla en sus encuentros. A veces lograba que le respondiera con oraciones completas, aunque en otras ocasiones solo conseguía monosílabos.

—¿Sueles ser así de protector con tu esposa? —preguntó ella con una sonrisa mientras dejaba la taza sobre el platillo y tomaba la cucharilla para cortar un pedazo de la tarta de chocolate.

—Al parecer sí —contestó él tras una bocanada profunda de aire. Su pierna derecha subía y bajaba sin parar.

En cierta medida a ella le parecía gracioso que un hombre tan imponente le temiera tanto a las palabras. Sin embargo, reconocía su esfuerzo.

—Debe sentirse una mujer muy afortunada.

Él negó con la cabeza mientras dejaba la taza en el platillo y mordía una galleta... Ella se perdió en ese movimiento tan cotidiano.

—Todavía no conozco su opinión. —Ella suspiró. «¿Tanto extrañaba el contacto con un hombre?», se preguntó.

—Estoy segura de que estará encantada.

Si a ella la trataba así solo por ser su trabajo, él debía halagar a la mujer que amaba con sus acciones. «¿Y ella? ¿Alguna vez se sintió así?», se preguntó. Sí, lo hizo... Y se alegró de pensar en su esposo.

—¿Y tú? —preguntó él al sacarla de sus pensamientos.

—Yo no he tenido oportunidad de ser protectora con mi esposo. Pero si lo necesitara no lo dudaría.

Notó cuando la pierna de él se quedó estática. Al parecer en ese instante llegaba a una decisión, y, abandonaba ese nerviosismo que ella pensaba tan poco característico en él.

—¿Te consideras una mujer leal?

—Temo admitir que mis características jamás se han puesto a prueba. No sé cómo reaccionaría en ninguna circunstancia.

Aunque no era la respuesta que el caballero deseaba, agradecía la honestidad, si bien, dudaba mucho de las palabras de Mirela. Una mujer a la que abandonaban por casi tres meses estaría desesperada y furiosa. Exigiría ver a su esposo y no aguardaría con paciencia cuando se lo negaran. Esas características que ella desconocía él las admiraba. Esperaba que estuviera presta para lo que el destino tenía preparado. Tendría que ser una mujer con una gran fortaleza pues él mismo no estaba seguro de la suya.

Sin embargo, necesitaba descubrir más información y solo la podría obtener de ella, pues, la otra persona involucrada ni siquiera sabía de su presencia en la isla. Además, el Säpo se encontró sin pistas.

—¿Has sido muy consentida?

—En realidad, me he escondido toda la vida.

A Mirela le pareció extraño que él asintiera, al parecer, seguro de esas palabras. Decidió ignorar sus pensamientos. Era imposible que él conociera la manera en que una niña sobrevivió a los embates de la guerra y cómo desde

entonces tuvo que ignorar los prejuicios de las personas.

—¿Cómo conoció al duque entonces?

—Es un cuento de princesas —contestó ella con una sonrisa. Al percatarse que él no la entendió, añadió—: Subió a mi torre.

—¿Para rescatarla del dragón?

Ella rio a carcajadas mientras un remolino arrasaba con él al escucharla por primera vez.

A Mirela le pareció tan inverosímil que él hiciera una broma que no pudo evitar reír a pesar de que él mantuviera ese semblante tan pétreo.

—Era la encargada de la torre de control. Él subió a reclamarme porque no le permití la salida a su avión.

Él conocía ese dato, pero después de eso solo pasaron varios días y el duque regresó a Gotland. Nadie comprendía en qué momento hubo oportunidad de un matrimonio.

—¿Por qué esperaste para venir a la isla? ¿Sabes por qué no te trajo desde que se consumó el matrimonio? —preguntó para presionarla un poco más.

Ella negó con la cabeza mientras la bajaba y cerraba los ojos.

—Dijo que tenía un asunto pendiente y que era una distracción constante. Lo mejor era que lo esperara. —Su voz apenas se escuchó.

—Entonces asumo que no conoce tu embarazo.

—No... —susurró Mirela. Ambos con el último sorbo de café intacto en la taza.

—¿Y hace cuánto tiempo fue esto?

—Casi tres meses —respondió ella tras aclarar la garganta.

Él la observó. Hasta el último rincón del salón se saturó de la pesadumbre de ella, y, aunque no logró descubrir lo que deseaba, decidió no insistir más. Ya no se podía cambiar el pasado... Ella estaba allí y el futuro de todos era incierto.

—Y a pesar de decirte que lo esperaras, estás aquí. —Sin desearlo le dio voz a los pensamientos que lo asaltaron en ese instante.

—Sí... —musitó ella con los ojos como la grana.

A partir de ese momento él no pudo apartar la mirada de ella. La situación lo hacía sentir como dentro del mar embravecido cuando te atrapaba entre sus olas y te revolcaba a su antojo... No podía escapar, peor aún, no creía desearlo.

—Descubrimos una de tus características, princesa. Eres una mujer

decidida. —Cierta orgullo se adueñó de la voz de él.

Una sonrisa incierta se dibujó en el rostro de Mirela mientras por fin soltaba la taza.

—Más bien muy crédula —murmuró.

—¿Por qué pensarías algo así? —Él no pudo evitar la mueca que se apoderó de su rostro pues un malestar se adueñó de su estómago.

—Porque no ha venido a verme —respondió ella al desinflarse en el asiento.

—Estamos en medio de los preparativos de una boda.

Ella fijó la mirada en la suya algo que lo tomó desprevenido, ya que, no lo solía hacer... Precisaba que se mantuviera igual. Sin hacer preguntas. Sin intentar comprender lo que sucedía... Necesitaba que esa confianza que sentía a su lado no se desvaneciera.

—Si fuera él quien llegara a mí, después de tanto tiempo, dejaría todo por recibirlo. Por más apretada que estuviera mi agenda. Me aseguraría que estuviera bien, aunque tuviera que regresar al trabajo solo minutos después.

—Quizás aun no le informan de tu llegada.

Ella negó con vehemencia.

—No seas condescendiente conmigo. Tú mismo debiste asegurarte de decirle... Creo que no soy bienvenida.

El silencio se instauró entre los dos lo que le hizo pensar a él que perdió esa especie de entrega que ella le ofrecía, quizás sin saberlo, si bien, necesaria para que pudiera estar segura de que él no permitiría que le ocurriera nada malo.

Pero entonces ella extendió la mano con dudas. Sería la primera vez que Mirela buscaría el contacto con un hombre sin que fuera familia o estuviera relacionado al trabajo.

Él se quedó paralizado al sentir esos dedos suaves y cálidos sobre la rodilla, a pesar de la tela del pantalón y solo por una milésima de segundo. Una tibieza se fue adueñando de él.

—Tengo un favor que pedirte.

Él asintió.

—¿Qué necesitas? —contestó luego de aclarar la garganta pues los nervios se apoderaron de sí mismo.

—Intenta encontrar al supervisor del piloto que volaba en la madrugada.

Él soltó el aire en un movimiento rápido y sonoro. Esas palabras jamás las esperó. «¿En qué momento tuvo oportunidad de ver los ejercicios?»

Además, ¿decía ser la esposa de Erik y le preguntaba por otro hombre? ¿Acaso quería coquetear con él? ¡Y lo inmiscuía!», pensó.

—¿Quieres conocerlo? —A él no le pasó desapercibida su propia incredulidad.

Ella abrió los ojos y contuvo el aliento.

—No —le aseguró Mirela—. Solo quiero que le diga a su piloto que no se esfuerce. Si lo hace tardará más en regresar al cielo.

En ese momento Mirela comprobó que él era tan humano como ella. La observaba con esos ojos de Neptuno tan abiertos que era imposible. Al parecer su garganta perdió por unos segundos las cuerdas vocales porque por más que lo intentaba no podía emitir sonidos. El subir y bajar de la pierna volvió con más fuerza y se percató cómo la manzana de Adán se movió en una sacudida brusca... Entonces una sonrisa maravillosa se dibujó en sus labios.

—Qu... —Él tuvo que aclarar la garganta—. Pertenecer al escuadrón de Gotland es un privilegio.

Ella asintió y se quedó en silencio unos minutos por las emociones tan diferentes que él mostró. Si bien, sabía que esa era la respuesta que obtendría. El compromiso con el país estaba por encima del bienestar de uno mismo, sin embargo, para ella...

—¿Sabes qué? Olvida lo que te dije. Mejor intenta hablar en directo con el piloto.

Tras una bocanada de aire él volvió a sonreír. Solo era la profesional en ella y por algún motivo eso lo tranquilizó. Sin embargo, le sorprendió la vehemencia con que defendería a los pilotos a su cargo. Y notó ese tinte de súplica en su voz... Él se estremeció pues por algún motivo le pareció familiar.

—Intentaré hacer llegar tu mensaje, controladora aérea —Mirela rio y la sonrisa de él iluminó su rostro—, aunque no sé si me escuchan.

Tuvo que ponerse en pie, ya que, ella se levantó en un movimiento errático como si deseara huir.

Mirela estaba disgustada consigo misma. Con Erik no mantuvo una conversación tan larga y no sonrieron al mismo tiempo como acababa de ocurrir. Sus emociones no estuvieron tan presentes con él como en ese instante con ese desconocido. La vergüenza y la culpa se adueñaron de ella... Necesitaba crear distancia con ese hombre.

Esa noche, después de un arduo día e intentar descifrar qué hacer, Erik entró a la habitación con el picaporte de rosas. Con un paso decidido caminó hasta la cama donde Mirela dormía.

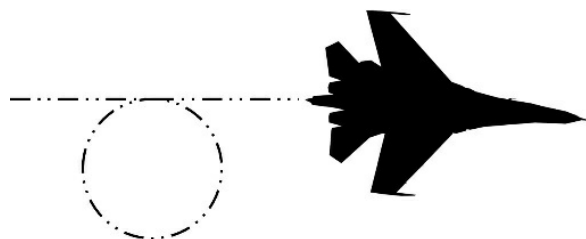
Contuvo el aliento y por un segundo dudó en quedarse. Al parecer mientras se movía dormida el torso de la mujer quedó destapado lo que mostraba un negligé de puro encaje negro. Era exquisito pues parecía un vestido apegado a la más estricta formalidad y no una prenda para dormir.

Él mantuvo su cuerpo y pensamientos a raya pues ella merecía el mayor de los respetos. Si bien, reconocía esa zozobra que le embargaba pues cada día anhelaba poder desenvolverla y conocer hasta el más recóndito de sus pensamientos.

Optó por cubrirla mejor con la sábana para que no pasara frío. Al acercarse se percató de que aún en sueños las lágrimas escapaban de sus ojos. La mujer calmada y decidida solo se permitía mostrar sus verdaderos sentimientos en la privacidad de la habitación.

En una caricia que pasó desapercibida él recogió las saladas gotas mientras susurraba —:

—Descansa. No tienes de que preocuparte. —En el tono de voz de Erik una seguridad tan feroz que haría temblar al más valiente—. Gotland aclamará a tu hijo como el mío, jamás le faltará nada... —y con veneración añadió —: princesa.



Mirela se sentía más sosegada esa mañana, como si Erik le hubiera asegurado que su bebé estaría bien... Sin mencionar el matrimonio o qué sucedería entre ellos dos. Esa tranquilidad en su alma era inverosímil pues, con el pasar de los días, comprendió que criaría a su bebé sola y tendría que encontrar un país nuevo al que llamar hogar. No podría ser en Europa, quizás en Estados Unidos ya que por su profesión dominaba el inglés.

El hervor en sus ojos se volvió insoportable. Era la primera vez que permitía que el amor la inundara. Sus amigas decían envidiarla porque llamaba la atención de los hombres por considerarla muy hermosa. En el color de piel y ojos se reflejaban sus antepasados otomanos, si bien, ella nunca se percató. A Mirela solo le interesaba observar el cielo y no perder de vista la danza de los aviones en él... Le entregó su corazón a un militar solo para confirmar que fue un error. «¿Acaso no aprendió nada en aquellos días de guerra?», se reprendió.

A través del espejo, sobre la mesita de noche, fijó la mirada en sí misma. No podía culpar a nadie más. Aceptó ese tipo de matrimonio a pesar de conocer el trasfondo histórico de este.

Se levantó de la cama y se quitó el negligé que la cubría por completo. La lencería en encajes le parecía maravillosa, así que, todas sus prendas íntimas eran de ese material. Mirela la usaba para sí misma, porque se sentía hermosa y feliz. Todavía recordaba la sorpresa que se llevó Erik al desvestirla en su noche de bodas. Primero pensó que lo hizo por él, pero cuando ella le aseguró que su ropa era así le suplicó que le modelara todos los conjuntos y ella aceptó para hacerlo feliz. Bajo la mirada ávida de él se sintió... vulnerable, como si por un instante dejara de ser una persona.

En cuanto terminó de arreglarse, alguien tocó. Con un paso trémulo se acercó hasta la puerta, con temor a obtener lo que tanto deseó, pero con una

alta posibilidad de ser rechazada.

Una mujer con un perfecto inglés le informó que la esperaban en el salón. De una manera incierta ella asintió. La determinación a su llegada hacía mucho se esfumó.

Soñaba... Soñaba con que a Erik se le iluminaban los ojos al verla y que la emoción sería tal que corría para levantarla y fundirla en un abrazo. Entonces la soltaba con la mayor de las ternuras al percatarse del embarazo. La llenaba de besos, la hacía girar mientras le declaraba su amor eterno.

Una esperanza incipiente la envolvió.

Mirela llegó en solo minutos al gran salón entre pasos cortos y veloces. Al entrar, se encontró con una mujer muy elegante y junto a ella el hombre que la acompañó esos días.

La dama vestía un traje de pantalón y chaqueta en azul cielo bordado en hilos muy finos. Su cabello castaño claro y piel de porcelana adornada con perlas.

Mirela ojeó al hombre que se convirtió en su niñera y no pudo contener la sonrisa que se dibujó en sus labios. Por supuesto que él se mantuvo tan estoico como siempre.

—Hola... —Ella se detuvo al percatarse que nunca le preguntó el nombre.

La mujer, sentada con un gran porte, reprochó el comportamiento y Mirela perdió la sonrisa poco a poco.

—Siéntate —exigió la dama. Con dudas, lo hizo en el sillón que quedaba enfrente mientras ella la observaba con una superioridad lacerante—. Te presentaste aquí como la duquesa de Gotland cuando ni siquiera yo ostento el título.

—N – no era mi intención ofenderla —susurró Mirela sin poder detener el rubor en sus mejillas—. Mi padre me aconsejó que lo hiciera así para que no me negaran la entrada, pero no quiero ser duquesa.

—Es que nunca lo serás —dijo la mujer con desprecio.

Su alteza el Comendador de la Orden de la Estrella Polar^[6] Karl Alexander Gustaf Adolf Johannes de la casa de Bernadotte, duque de Gotland, dejó un beso en el hombro de su prometida, quien dormía con placidez, luego de que el placer y exceso reinó sobre ellos. Sus noches fueron así desde que regresó del festival aéreo en Gothenburg hacía casi tres meses.

Él sacó sus largas y desnudas piernas de la cama y se apoyó en el suelo. Entonces colocó los antebrazos en los muslos y jaló el cabello. Al levantarse soltó un resoplido sonoro. «¿Por cuánto tiempo más ambos seguirían engañándose a sí mismos?», se preguntó.

Los pensamientos del duque escapaban varias veces al día hasta aquella mujer de ojos negros que lo hizo perder la cabeza y cometer una locura. Extrañaba la entrega y obediencia de ella... El brillo indiscutible en sus ojos cada vez que lo veía. No obstante, sabía que estaba segura bajo la tutela de su padre y que esperaría paciente por su regreso, el cual podría tardar más de un año. Karl ni siquiera podía imaginar tener a Mirela junto a él en Gotland. La prensa y sectores políticos lo haría imposible.

Llegó hasta el baño y dejó que el agua tibia rodara por su fibroso cuerpo. Ese día estaba cargado de juntas y eventos por su próxima boda, además de que su madre tuvo la brillante idea de ordenar una reunión familiar. Karl tendría que tener de frente a su más que perfecto hermano. Su rivalidad con Erik comenzó desde hacía algún tiempo. En realidad, no recordaba la razón, pero sí que el antagonismo permanecía ahí.

Una sonrisa pícaro se adueñó de los labios del duque al escuchar gemidos y suspiros provenientes de la cama. Dejó la toalla y con sigilo asechó a su presa. Helena, su prometida y princesa de Preslav, gritó cuando él agarró los húmedos dedos con excesiva firmeza y la inmovilizó.

—Pensé que te habías ido —susurró ella con el pecho descompasado.

—¿Sin mi desayuno?

Él se inclinó y sus dientes encontraron el botón de placer de su prometida quien intentó alejarse durante unos minutos sin éxito.

Sonrió complacido cuando ella entrecerró las piernas para no permitir que se alejara. Al duque le gustaba derrumbar esos aires de superioridad. Solo cuando se aseguró que gritaba su nombre una y otra vez se hundió en ella.

Cerca de una hora después él se dirigió hasta el gran salón donde su madre lo esperaba para hablar algo sobre su matrimonio. Una risa sónica se dibujó en los labios del duque. «Si tan solo ella supiera.», pensó.

Según él su vida en Gotland y la que formó en Gothenburg nunca convergerían. Para el momento en que decidiera buscar a Mirela él estaría libre de todas las responsabilidades y reglas que el ducado le exigía. Lo único que le reclamaría ella sería que le dio un nombre falso. Pero estaba seguro de que lo perdonaría cuando le explicara que lo hizo por lo mucho que la amaba.



«¡Él estaba allí!», pensó Mirela. Se reprendió así misma por dudar del amor que sentía Erik por ella y juzgar su profesión por lo que sucedió en el pasado. Tendría que orarle a Alá para que eliminara de sus características ese prejuicio.

Se sintió plena. No pudo evitar reír al advertir la cosquilla en la barriga, como si el bebé supiera que ese hombre era su padre. Estaba guapísimo. Su cuerpo era más definido, si bien, ella recordaba muy bien las piernas largas y los brazos fuertes que la hacían sentir segura.

A Mirela no le importó mostrar su amor ante los demás y fijó la mirada en los ojos aguamarinas del duque.

Dejó atrás la larga espera y hasta el rechazo de quien entendió en ese instante debía ser la madre de su esposo. Lo único que le interesaba era que él estuviera allí y al parecer bien de salud. En el tiempo que estuvo lejos no dejó de pensar que algo le sucedió.

Ella entrelazó las manos en el cabello de él, que era del mismo color que el caramelo, y acercó los labios para dejar un beso modesto.

A pesar de tenerlo aprisionado, él no respondió al abrazo y mantuvo los labios en una línea recta cuando los de ella lo tocaron.

La agarró con firmeza por los antebrazos y la empujó.

Ella dio un paso incierto atrás mientras perdía varios centímetros de altura y sus ojos siempre puros se volvieron turbios y distantes.

Con dudas, Mirela llevó la mano al pecho y contuvo el aliento. No deseaba moverse. Pretendía convertirse en una estatua de sal, tal y como la mujer de Lot cuando desobedeció a Alá... El rechazo de su esposo significaba que ella misma faltó a la Ley.

—Señora, lo siento, no sé quién es usted —dijo él con hostilidad.

Mirela se percató del instante en que el duque notó el pequeño bulto en su vientre, el cual, sobresalía a pesar del vestido suelto que utilizaba. Él comenzó a negar con la cabeza, una y otra vez, mientras abría los ojos en exceso. Dio una vuelta errática, lo que provocó que chocara con una mesita al lado del sillón. Un jarrón de porcelana, con siglos de antigüedad, cayó con un estruendo al suelo. Varios sirvientes que pasaban cerca del lugar entraron de prisa para limpiar el estropicio.

Erik fue testigo de cómo la sonrisa de Mirela iluminó el salón al divisar a Karl y también del instante en que ese resplandor se desvanecía.

Sus manos, cerradas en puños, estaban tan rígidas que dolía. Su pecho subía y bajaba en movimientos bruscos. Odiaba presenciar la reacción de ella ante la verdad. Como si estuviera en su propia isla y rodeada de tiburones que la devorarían al menor intento de escapar... Lo que su hermano hizo no tenía perdón.

Un silencio filoso reinó en el salón. No hizo falta palabras para entender lo ocurrido. Las investigaciones del Säpo confirmaron las palabras de Mirela. Ella y Karl estuvieron en el festival aéreo en Gothenburg en marzo, cuando ella fue uno de los jueces en la categoría intermedia, la misma en la que volaba su hermano.

Erik comenzaba a temer lo peor... No existía registro de matrimonio, lo que podría significar que Karl siguió las leyes de otra religión. Si fue así, ella estaba desamparada y a merced de la palabra del duque.

Los ojos de la mujer se tornaron rojizos. Erik se acercó con una sonrisa reconfortante y le ofreció un vaso de agua, además de su mano para que lo acompañara hasta el sillón y pudiera sentarse. En sus pensamientos le suplicaba que se permitiera llorar pues ocultar el dolor solo le haría daño a su bebé.

—¿Cómo fue la boda? —preguntó Signe, condesa de Berg y madre de Erik y Karl, sin poder ocultar la satisfacción por el rechazo recibido.

—Es un matrimonio verbal —contestó Mirela con un hilo de voz. Sus manos contenidas una sobre la otra.

«El matrimonio de las putas...», Erik enfureció consigo mismo por la intromisión de ese pensamiento. Así era como lo llamaban los soldados. Cuando los enviaban a tierras lejanas donde el islam era la religión predominante, se casaban con una mujer islamita para satisfacer sus necesidades sexuales sin ningún tipo de obligación, pues ella se quedaba a vivir con sus padres y no tenían que mantenerla. Solo debían pagar una dote. Mientras, en su país, dejaban a una esposa abnegada a quien le escribían las más bellas cartas de amor... Ojos que no ven corazón que no siente. Al regresar a casa, abandonaban a esa mujer a su suerte, a veces incluso sin decir adiós. ¿La justificación de sus acciones? Ellas aceptaron, conocían del acuerdo verbal. Además, ¿qué les garantizaba a ellos que de verdad eran mujeres puras?

Erik llevó las manos a los bolsillos. El padre de Mirela era uno de los hombres más respetados en Bosnia y Herzegovina, además de toda Europa por sus esfuerzos por lograr la paz y la libre convivencia entre bosníacos, serbios

y croatas. Su hija era considerada una princesa y podría casarse con el hombre de su elección. Cualquier emir, sultán, jeque o imam daría lo que fuera por convertirla en su esposa. «¿Qué llevó a su padre a aceptar un hombre fuera de su religión?», se preguntó.

Mirela estaba segura de que eso que escapó de la garganta del hombre que pensó su guardaespaldas fue un gruñido.

«¡Por Alá! ¿Qué había hecho su padre?», pensó.

Cuando ella aceptó entregarse al duque de Gotland, lo hizo con la bendición de su imam y padre. Era una práctica antigua. Si bien, le permitiría estar junto al hombre que admiraba sin faltar a la Ley, pues, como hija del imam debía ser el ejemplo en su comunidad. El problema era que en Bosnia y Herzegovina era ilegal el matrimonio religioso y mucho menos se avalaba el matrimonio *misyar*.

—¿Un acuerdo verbal? —preguntó Signe en un tono monótono.

—Sí... —respondió ella en un susurro.

—Perfecto —exclamó la mujer victoriosa—. Entenderás que esas no son nuestras costumbres. Y, ¿quién podría asegurarnos que el hijo que esperas es suyo? Después de todo has estado varios meses sola. En cuanto nazca pediremos un análisis de ADN a través de un juez y, si acaso es hijo de Karl, tomaremos las medidas necesarias en ese momento. No antes.

—¿Karl? ¿Quién es Karl? —Mirela frunció el ceño.

Todo sucedió tan rápido que conoció el nombre de su esposo después de casarse con él. Y su padre la unió a Erik, duque de Gotland.

«Si su madre llamó a su esposo Karl, ¿quién era Erik?», se preguntó.

—Tú solo deseabas verlo y hablar con él. Ya lo has hecho. Es hora de que regreses a casa —continuó la mujer al ignorar la pregunta.

Después de dos semanas junto a Mirela, Erik la reconocía ausente. Al parecer, todavía no lograba comprender a cabalidad lo que sucedió. Karl no solo la acababa de rechazar si no que le mintió. Eso provocó que su interior se revolcara. En la mente maldijo una y otra vez a su hermano por lo que hizo y por huir como un cobarde.

Él mismo tuvo que explicar la situación tan precaria en que su hermano la colocó.

—No puede regresar, madre. Su padre siguió una ley distinta a la que practican. Si la comunidad llega a enterarse, la frágil paz que se vive en Brčko se verá alterada y podría ser el detonador de un nuevo conflicto.

Por primera vez él notó como las mejillas de Mirela se incendiaban para

entonces retorcerse en el sillón... «¿Acaso lo reconocería?», se preguntó.

Mirela observó, solo por un segundo, al hombre que la acompañó durante esas dos semanas, al percatarse de cómo llamó a la mujer. Eso solo podría significar que... ¿Él era Erik? Desvió la mirada de inmediato.

«¿¿Qué fue lo que hizo?!», se gritó a sí misma. Frente a una multitud de personas declaró que era la esposa de un hombre que no conocía. Erik, el verdadero, debía repudiarla. «¿Qué pensaría de ella?», se cuestionó.

Una lágrima se deslizó por su mejilla por más que se esforzó por detenerla. «¿Ahora cómo haría para que él recuperara su honor? ¿¿Por qué se dejó arrastrar por la fuerza arrolladora de Erik... de Karl?!». pensó. Sin importar su propia muerte tendría que resarcir a ese hombre.

—Este no es su problema. —La voz de Mirela demostró determinación. Lo que sucedía iba más allá del engaño. Afectó la vida de otra persona y no podía consentirlo—. Me exiliaré a algún lugar donde nadie me busque o sea capaz de encontrarme.

—Eso no es posible. —La contradijo él—. ¿No pensaste que mi vida peligraría si tú desapareces? Después de todo, soy tu esposo.

Ese tono en su voz, como si deseara que a ella no le quedara dudas quién era él. Varios sollozos escaparon de su garganta. Él todavía la protegía, aun cuando no le correspondía. Esa actitud debía provenir del hombre con quien se casó.

«Si tan solo hubiera sido él a quien conocí...», ese pensamiento fugaz la tomó desprevenida y le suplicó a Alá que la perdonará. Estaba mal, todo era incorrecto. Ella no podía permanecer ahí. No permitiría que Erik hiciera un sacrificio así, pues, él no fue quien se burló de ella.

Desde hacía días Mirela era consciente de que su camino sería sola. Se quedó por ese resquicio de esperanza que aún albergaba en su corazón, pero el hombre con quien se casó fue claro. Ya nada la retenía en ese lugar y en quien único debía pensar era en su bebé. Tenía que ser honesta consigo misma. Desde que él se marchó, sabía que sería una esposa viajera más, así era como su gente lo llamaba. El matrimonio de los viajeros. Era momento de asumir la responsabilidad de las decisiones que tomó.

Se atrevió a fijar la mirada en Erik, a pesar del baldón que la recorría.

—Antes, explicaré que me equivoqué. Que mi vergüenza por no conocer el nombre correcto de mi esposo es tan grande que por eso decidí huir.

Él negó con la cabeza mientras mantenía las manos en los bolsillos.

—Existe una solución más sencilla y la única aceptable para eximir la

vergüenza que ha causado mi hermano.

—¡Erik, te lo prohíbo! —gritó Signe roja de furia.

Mirela contuvo el aliento y le suplicó en sus pensamientos que no dijera las palabras que sospechaba abandonarían sus labios. Esas dos semanas juntos les ayudaron a conocerse, a pesar del esfuerzo que hicieron los dos por mantenerse alejados.

—Es mi esposa, madre. —Mirela cerró los ojos ante el tono certero en su voz... Erik acababa de entrelazar sus destinos.

Él giró y con un paso firme salió del lugar.

Mirela llevó la mano temblorosa al pecho en un intento de controlar la hoguera que la consumía. Para ese momento sus ojos eran como la granada recién aplastada por prohibirse llorar... Lo haría después, cuando nadie pudiera verla y juzgarla.

—L – le juro que desapareceré, su hijo no tiene que hacer tal sacrificio.

—Él así lo dispuso y su palabra es ley —respondió Signe en un tono gélido—. No se puede dar marcha atrás a los acontecimientos que tú misma provocaste. Maldigo el día en que te presentaste en mi casa. Más te vale no acercarte al duque o yo misma te sacaré las entrañas. Eres la esposa de Erik, le serás fiel y le deberás respeto y obediencia. Algo menor a eso y te entregaré a los yihadistas. ¿Entendiste?

—Sí, señora —musitó ella al comprender la amenaza. Si no le era fiel a su hijo la violarían en grupo hasta que le llegara la muerte.

—Mi hijo decretó que eres su esposa, no obstante, ordeno que quedas vedada de cualquier acto en que la familia se presente. Vivirás enclaustrada, ese será el precio de tu error. —La voz de la condesa destilaba hostilidad como si Mirela fuera una inmundicia.

Uno de los sirvientes se acercó y la bosníaca entendió que debía seguirlo. Se puso en pie, falta de balance. Por algún motivo necesitó llevar ambas manos al vientre y cubrir su incipiente barriga. Salió del salón incapaz de controlar los temblores que recorrían su cuerpo.

Signe mantuvo el estoicismo cuando al salir chocó con su hijo mayor.

—Estoy seguro de que no quieres conocer las consecuencias si es que llegas a cumplir con tu amenaza. —Si Mirela escuchara el tono de voz de Erik en ese momento pensaría que era un hombre sin escrúpulos. A su propia madre se le erizaron los vellos.

—Merecía que la encerrara en una torre a pan y agua el resto de su vida —respondió ella a modo de defensa.

—¿A la madre de mi hijo?

—¡No es tu hijo! —dijo ella encolerizada.

—Lo es —contestó con serenidad Erik.

Signe entrecerró los ojos. Necesitaba recuperar a su hijo, pues en los últimos meses no lograba comprender qué sucedía con él. ¡Estaba vivo! Eso era lo único que importaba. De algún modo tenía que volver a ser el mismo y la posibilidad se alejaba si esa mujer permanecía junto a él.

—¿Qué te sucede?!

—¿Acaso sabes quién es y de dónde viene?

Era la soberana, si bien, su hijo siempre imponía y en ese instante ella perdía presencia frente a la postura de él, aunque, no debía sorprenderle pues para ello fue criado.

—No la glorifiques antes de conocerla. Esa solo quiere una posición social y dinero. Estoy segura de que hasta fingió no saber quién eras. —Signe necesitaba hacerlo entrar en razón. «Solo dios sabía qué artimañas utilizó esa mujer, incluso tal vez, se metió en su cama.», pensó.

—Mirela tiene un estatus económico muy cómodo. Y es cierto que no sabía quién era yo.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquirió ella.

—Porque la acompañé durante dos semanas. ¡Tú misma viste cómo reaccionó cuando vio a Karl! ¿Vas a disculpar las actitudes de tu hijo?

Ella no cedería. El bienestar de su hijo mayor estaba por encima de cualquier mujer. Más aún si esta era islamita.

—¿Acaso ya dejaste de pensar en tu pueblo? Para ti la comunidad siempre ha sido lo primero. La amenaza del norte es cada vez más inminente y como país debemos mantenernos unidos, resaltar nuestra cultura y por esposa escoges a ¡una bosníaca!

Ella que siempre fue una mujer apacible y jamás demostró sus emociones frente a las personas —lo que la convertía en la mujer ideal para pertenecer a la familia real— con el pasar de los minutos, perdía cada vez más la compostura.

—¿Acaso debo recordarte la propia limpieza étnica que ella sufrió? Por ese sentimiento nacionalista tan equivocado —respondió su hijo mayor en un tono calmado.

Eso le demostró a Signe que no era una decisión a la ligera. Él estaba convencido de que era lo correcto y eso la enfureció aún más.

—¡No es equivocado!

—¿Crees que para ella fue fácil admitir que se enamoró de un hombre fuera de su cultura?

—Debió quedarse entre los suyos. —Escupió ella como veneno.

—Pero no lo hizo. La vida hubiera sido más sencilla si se quedaba en su comunidad y formaba un hogar en ella, pero decidió enfrentarse a ellos, madre. La verán como una extraña en su propia tierra por no hacer lo que esperaban. Si no pertenece allá, ni pertenece aquí, ¿de dónde es? Esa identidad que desearon borrar se tambalea. No puede regresar y tampoco merece tu rechazo. Es suficiente con el de tu hijo.

—¿Por qué la defiendes tanto? —le suplicó la condesa—. ¡Esa mujer arruinará tu vida!

—Entonces ¿debo arruinársela yo a ella y llevar en mi consciencia la muerte de dos inocentes? Tu hijo consumó ese matrimonio y ahí está la evidencia.

—Estamos en el siglo XXI. Esas cosas pasan.

Él levantó la mano para que no dijera más. Signe sabía que cuando él tomaba una decisión nada lo haría recapacitar. Fue por esa obstinación que el destino de sus hijos cambió hacia casi seis meses, y, ya no estaba segura de que todo volviera a su cauce. «¿Por qué esa mujer tenía que aparecer?», se cuestionó la condesa.

—No puedo desobedecer tus órdenes porque eres mi soberana, pero quiero que entiendas que no las avalo. Mirela está en un país que no es el suyo, sola y engañada por el hombre que ama. No esperes que sea inflexible con ella, ni que la mantenga encerrada, después de todo... Estamos en el siglo XXI. —Signe jadeó de indignación—. Pero no te preocupes, nos iremos de palacio.

—¿Crees que aceptará?

—Sé que sí, pues ella no quería quedarse aquí.

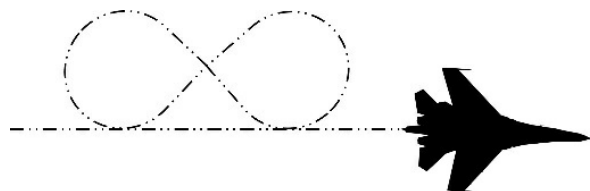
La condesa tenía que insistir y solo le quedaba un arma.

—Acabas de perder todas las posibilidades de volver. El pueblo no te perdonará. ¿Tan fácil lo haces tú?

—No te equivoques. No le perdono tomar una decisión como lo es el matrimonio tan a la ligera. Así como tampoco haber confiado solo en la palabra de Karl, sin investigar si lo que le decía era real. No le perdono no haberse cuidado cuando su religión no se lo prohíbe. Pero ¿solo por eso debo darle la espalda? No, madre. Mirela podrá ser una mujer fuerte, no obstante, todos tenemos nuestro propio punto de quiebre y ella está llegando al suyo.

«¿Y tu punto de quiebre, hijo? ¿Acaso ya llegaste a él?», se preguntó Signe mientras su hijo daba media vuelta y no pudo ver sus ojos humedecidos.

Salió de palacio y le pidió al chófer que la llevara a la mansión Stora. Hablaría con Bertil su esposo y anterior duque de Gotland. Él sabría qué hacer.



Mirela regresó a ese automatismo autoimpuesto del que se olvidó gracias a la compañía del verdadero Erik. Ella viajó a Gotland por la petición de su padre, ya que, él estaba seguro del amor que Erik... Karl sentía por ella. No obstante, tenía que ser honesta consigo misma, cuando los días pasaron y la adrenalina disminuyó comenzó a dudar sobre lo ocurrido. Titubeaba sobre su decisión de entregarse a él de esa forma... Como si fuera algo de una sola noche. Pero entonces recordaba su sonrisa y como no probó alcohol después de aquel día. A Erik... Karl no le molestaba la presencia continua de su padre, al contrario, fueron unos días maravillosos en los que conocieron la provincia de Gothenburg y él le demostraba su amor por el país y los aviones. Incluso respetó sus creencias pues en público caminaban uno al lado del otro, no obstante, no se demostraban ningún tipo de afecto. Eso lo dejaban para cuando estaban solos, en esos instantes en que su padre se distraía o fingía hacerlo.

Ella salió de sus pensamientos cuando chocó con el sirviente que la escoltaba, quien, por algún motivo se detuvo. Ella levantó la mirada y se percató que Erik... Karl impedía el paso.

—Déjanos solos —exigió él.

—Su alteza, su madre...

—¿Vas a desobedecerme? —dijo el duque con una prepotencia que ella le desconocía. El sirviente se retiró a prisa. En un solo movimiento Erik... Karl la aprisionó entre sus brazos hasta lastimarla—. ¿Acaso no te pedí que me esperaras?

—Sí —murmuró ella mientras observaba cuán lejos se encontraba la habitación.

—¿Y qué haces aquí? ¿No fui claro en la carta que te dejé? —Él estrujó su rostro para exigirle que le prestara atención—. ¡Contéstame!

—Sí... —Ella lo miró con los ojos muy abiertos pues era la primera vez que presenciaba ese comportamiento iracundo—. Sí fuiste claro.

—Lo has complicado todo. —Terminó por susurrar Karl mientras apoyaba la frente en la de ella.

Sin poder ocultar el temblor Mirela llevó las manos hasta el rostro que tanto amaba. Él fijó la mirada en la suya. Ella frunció el ceño pues por algún motivo pensó que algo lo atemorizaba.

—¿Ya me vas a decir quién eres? —Su tono dulce y comprensivo—. O ¿Tendré que seguir desconociendo a quién le entregué mi pureza?

Los labios de él comenzaron a dejar besos suaves y suplicantes sobre la frente y mejillas de ella. Mientras rozaba sus labios susurró —:

—Soy tu esposo.

Ella negó con la cabeza. «¿Por qué no le podía decir la verdad? ¿Ni siquiera en ese momento admitiría su falta?», se preguntó.

—Soy la esposa de Erik de Gotland, si no eres él, no me puedes exigir nada.

Karl se aferró a ella. Sus labios bajaron por el cuello mientras las manos reconocían las curvas de su cuerpo.

—Mirela, mi amor... —exclamó entre besos que recorrían el espacio desde su clavícula y oído—. Te amo... Te amo, que no te quede dudas. Pero no le puedo decir al mundo que eres mi esposa. Recuerda de dónde vienes, mi amor —suplicó—. Con quién te identificas. Al igual que Brčko, Gotland es un punto estratégico. No puedo condenar a mi gente a una futura guerra solo por ti... Pero te amo. Eres lo más importante para mí. No deseo perderte. Después de todo estás aquí. Viniste por mí.

Mirela ya no pudo prohibirse llorar. La hoguera en su corazón la consumía. No solo era el dolor de su rechazo, sino que, el motivo de este... «¿Por qué no la podía aceptar por quién era?», se preguntó.

El duque besó sus labios al sentirse con derecho. Por un instante, ella se perdió en ellos, en las sensaciones que siempre le provocaron. Sin embargo, rompió el beso y colocó con firmeza la mano en el pecho para detenerlo.

—No me busques.

Como pudo se alejó de él y apresuró los pasos hasta la habitación que no estaba lejos. Antes de que él llegara logró cerrar con seguro. Karl insistió en entrar y dialogar, pero cuando no abrió la puerta la golpeó hasta casi derribarla.

—¡Eres mía, Mirela!

Karl resopló al desviar la mirada y encontrarse con Erik que llegaba en ese momento. Ambos se retiraron al mismo tiempo. Erik para permitirle a ella

ordenar sus pensamientos. Karl por miedo a que alguien lo viera y lo delatara.

En cuanto los golpes cesaron, Mirela salió de la habitación. No le importó si tenía que enfrentarse a Karl una vez más. Antes de irse tenía que hablar con Erik. Él la acompañó y por siempre tendría su gratitud. Tenía que hacerle entender que, aunque agradecía el gesto, sería un error.

Caminó hasta el pequeño salón donde tomaban el *fika*. Entró al lugar, que no tenía puertas —por eso podía estar a solas con él sin faltar a la Ley—.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó ella a la distancia. Por si él se sentía incómodo con su presencia.

—Por supuesto —respondió al ponerse de pie y señalar el sillón frente a él.

Mirela se acercó con pasos vacilantes. En esa ocasión no llevaba una bandeja con el café y pan dulce.

Ambos se sentaron y se mantuvieron en silencio unos minutos. Ella se removió incómoda, sin saber cómo dirigirse a él. Al llegar, ella cambió su destino. Desde que lo vio por primera vez le pareció un hombre serio y respetuoso, al cual, le surgió una esposa e hijo, lo que implicaba que los abandonó.

—¿Qué hiciste? —dijo Mirela con tranquilidad pues a pesar del rigor en la persona de Erik, en esas semanas juntos, ella sintió la protección de un amigo a pesar de saberse escudriñada—. Nadie creerá en mí. Pudiste dejarme a mi suerte. Tu familia no estaría en ningún peligro.

—Yo creo en ti. —No existió vacilación.

Sin poder contenerse los ojos de ella se humedecieron y su corazón comenzó a latir de prisa. Jamás imaginó estar en una situación así. Se sentía desorientada. No comprendía la actitud de... Karl. Además, estaba segura de la decisión que tomó. Ella no podía invadir así la vida de Erik, no era lo correcto.

—¿Por qué? Puedo mentir.

Él asintió mientras le daba un sorbo al café.

—Aquí alguien miente, pero esa no eres tú. Creo que fue más que evidente. —Él de verdad creía en ella... A Mirela no le quedaban dudas.

Ella negó con vehemencia.

—Arruiné mi vida y ¿ahora también la tuya?

Él levantó un hombro y lo dejó caer.

—Esa ya estaba arruinada antes de tu llegada.

Se quedaron en silencio una vez más. Mirela asumía que él debía amar a

una mujer, incluso quizás ser un hombre comprometido. Tampoco podía dejar de pensar que él también era parte de la familia real. Algún cargo debía tener, y, permanecer juntos le afectaría a su imagen.

Las demás personas podrían creer que con... Karl se apresuró o que no le importaron esas mismas razones, pero no fue así. Libró una batalla consigo misma. Sin embargo, era mejor asumir que se atrevió a ofrecerle el corazón a un militar que reprimir su amor para siempre. Y esas reflexiones la llevaron al punto en donde se encontraba en ese instante. Si hubiera razonado más con la cabeza y menos con el corazón... Después de todo el amor no podía vencer todo. Karl, ese, que en ese momento era un desconocido y no el hombre con el que se casó, quizás podría sentir un vestigio de amor por ella, pero se interponía todo lo demás.

—¿Vas a tener una respuesta a todo lo que te diga?

—Sí... —Mirela llevó una mano al pecho ante su aplomo—. Por eso te hice esperar dos semanas. Para estar seguro de mis decisiones.

Una vez más el silencio.

Con cada palabra él la hacía dudar y la decisión con la que entró al salón se desvanecía con el pasar de los minutos.

—¿Quién se casa? —Por primera vez desde que conoció a Erik se removió incómodo—. ¿Tú te casas? —Él no respondió—. Puedo abandonar Europa, quizás en Estados Unidos...

—Creo que fui muy claro. Mi único compromiso es contigo —la interrumpió.

En ese instante Mirela descubrió que se podía vivir a pesar de tener el corazón destrozado. Karl, con quien ella se casó como Erik, se uniría con otra mujer. Mientras le juraba amor le ocultaba su próximo matrimonio... Uno que duraría toda la vida.

El silencio se instauró entre ellos una vez más. No era incómodo, pues, estar con Erik era fácil... demasiado. Al menos le debía presentarse con formalidad.

—Soy Mirela Imamović, hija del imam de Brčko y bosníaca —dijo. Todavía incapaz de tomar una decisión. Le extendió la mano a ese hombre que le ofreció sinceridad. Y supo que si su bebé era varón llevaría su nombre.

—¿Te puedo responder el saludo? —contestó él sin moverse.

Ella no pudo contener una risita. Ni siquiera entendía cómo podía reír en un momento así.

—Sí, puedes hacerlo. El islam en Bosnia no es estricto. Además, yo sé

que no existe ninguna connotación sexual en ello.

Vacilante Erik le respondió, si bien, pasó desapercibido para ella que aún lo catalogaba como un hombre inflexible.

—Soy Erik Bernadotte de Gotland. Mi padre es primo segundo del rey y mi madre lo es en quinto grado, además de ser condesa de un poblado de Suiza. Yo solo soy un caballero. El título de duque lo ostenta mi hermano. Espero que no te moleste.

Y con esas palabras Mirela conoció más sobre Karl y su familia de lo que él jamás le dijo. Sin embargo, no pudo comprender el significado por la falta de presunción en ellas. Erik fue investido caballero de la Real Orden de los Serafines en 2001 por sus servicios al pueblo de Suecia. La Orden era la más importante del país.

Frente a Dios y el rey, el caballero prometió honrar, defender y preservar las leyes y estatutos de la orden. Derramar su sangre por la iglesia evangélica luterana y el bienestar del país. Sostener con su coraje la gloria ancestral de Suecia. Contribuir a una vida de paz y unión entre sus congéneres. Velar por el honor adquirido y hacer el bien para sus conciudadanos.

Un par de años antes se le otorgó la estrella de la Orden de la Espada por su servicio y valentía. El caballero era uno de los más condecorados en el país.

—Si el título fuera tuyo ya me habría ido. —Mirela hizo una pausa ya que la angustia se adueñó una vez más de ella. Desvió la mirada y dijo—: No te amo.

—Ni yo a ti —respondió él con tranquilidad.

Mirela asintió. «¿Estaría bien entrar a un matrimonio sin ser amada o sin poder amarlo?», se preguntó. El temor al futuro la alcanzó. No obstante, lo descartó. Estaba segura, aún no entendía por qué, que cuando Erik se enamorara, se lo diría.

—Aunque tu oferta es generosa no creo que pueda aceptarla.

A Erik le gustó su sinceridad y capacidad de hablar sin rodeos. Ambos necesitaban ser honestos el uno con el otro pues esa sería la única verdad que rodearía sus vidas. No entendía por qué, pero el error sería dejarla ir. Si permanecía junto a él sería más fácil guardar el secreto. Si se llegara a saber que Karl siguió las leyes de un matrimonio fuera de la Iglesia de Suecia los nacionalistas cuestionarían el buen juicio de la familia, y, las elecciones se celebrarían en menos de dos meses. La perseguirían y él no deseaba permitirlo.

—¿Por qué no? ¿Es que acaso quieres ponerte en riesgo?

Ella negó con vehemencia.

—No sé qué dice la Ley ante un caso así.

—Eres una mujer libre, Mirela.

Ella negó una vez más.

—Él dice que soy su esposa y hasta que no me dé el divorcio y espere el *iddah*^[7] no puedo casarme con otro hombre... Además, eres su hermano.

Entonces fue él quien negó.

—Estás casada con Erik de Gotland y ese no es su nombre. Ante cualquier ley ese matrimonio sería anulado. Además, yo no te tocaré. Lo entiendes, ¿verdad?

Esa última frase la dijo más para él que para ella. Su mente insistía en recordar el encaje negro y él jamás podría olvidar que era la esposa de su hermano.

—Creo que aún es incorrecto —susurró Mirela.

Él se reacomodó el saco... «¿Cómo podría hacer para que ella lo considerara?», se preguntó.

—¿Quién te podría aclarar la situación?

—No lo sé.

—Llama a tu padre. Él es tu imam y sabrá aconsejarte.

—Él dijo que no era conveniente.

Erik tomó una bocanada de aire mientras asentía.

—Y tiene razón. Será la única llamada que harás para hablar de este tema y te pido que seas muy escueta. No sabemos quién podría tener acceso a esa conversación.

Él se puso en pie y le entregó su teléfono a ella pues estaba protegido. Sin embargo, no se confiaba. Alguien podría desear tomar venganza por un asunto que no le correspondía. Por creerse poseedor de una verdad única.

Mirela llamó a su padre, y tal y como Erik le pidió, le informó sin llegar a mencionar sus nombres y para nada habló del embarazo pues ya lo sabía.

—Y ¿el *iddah*? —La voz de ella apenas se escuchó.

Erik fue paciente, pero mientras se extendía la conversación ella se descomponía más y más.

—¿Qué te ha dicho? —Su tono cargado de urgencia.

—Él sabía que Karl se casaría. —Mirela se atragantó con las palabras. La garganta de Erik se movió con brusquedad. Ella estaba muy alterada y a él le costaba digerir las emociones—. Él me amaba... Suplicó por una forma en

que pudiéramos estar juntos... Y papá se la brindó... Pero al dar un nombre falso el matrimonio tendría que quedar anulado. No existiría ningún problema si no fuera porque estoy embarazada. Si mi padre anula el matrimonio habré cometido *zina*^[8], una de las faltas más graves para el profeta. Y si no lo anula soy su esposa hasta que Karl me dé el divorcio y tengo que esperar el *iddah*. En ninguno de los casos puedo casarme contigo. —Mirela le entregó el teléfono al caballero. Entonces colocó una mano encima de la otra en un intento de contener el temblor en ellas. Sus ojos se tornaron rojizos por la prohibición de llorar. Con voz trémula dijo—: Yo nunca he desobedecido al profeta. Yo...

—¿Por qué tu padre aceptó un hombre que le confesó que se casaría?

«¿Cómo un padre podría aceptar algo así?! ¿Acaso no deseaba lo mejor para su hija? ¿Y su hermano? ¿En realidad pensó que nadie se enteraría de que tenía dos esposas?», gritó Erik en su cabeza.

—Porque papá sabía que él era importante para mí. —Una solitaria lágrima se atrevió a escapar.

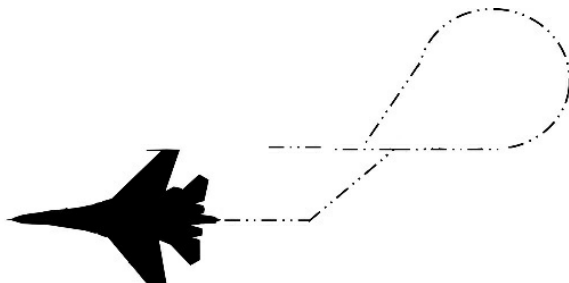
—¿A un hombre que solo conocías unas horas? —Él intentaba no juzgarla, no obstante, también necesitaba comprender.

—Karl no lo recuerda, pero él y yo nos conocimos antes del festival aéreo. —Ella hizo una pausa—. No tienes de que preocuparte. Yo... En Estados Unidos hay muchos aeropuertos y de seguro podré encontrar algún trabajo en mi área.

«¿En qué momento? No existía registro de ningún encuentro anterior.», pensó Erik.

Tan alto como era se paró frente a ella. Sabía que ese malestar en el estómago no era provocado por el café y pan dulce. Intentaba hacerlo, mas no podía entender las creencias de ella o las acciones de su padre. Ni siquiera qué llevó a su hermano a hacer algo así.

Entonces, se acuclilló y la abrazó.



Los latidos de Mirela se desbocaron. Se quedó tan rígida como la posición se lo permitió y sin responder al abrazo de Erik. «¿Qué lo había poseído para hacer algo así? ¿Con qué permiso?», pensó. No quería ser maleducada con él, pero la puso en una posición que la comprometía. ¡Era una mujer casada! ¡Y con su hermano! La tomó desprevenida, jamás pensó que a un hombre como él le gustaran los abrazos o conocer esos brazos fuertes y la calidez que emanaban. Tener ese hombre tan imponente a sus pies la perturbó.

Erik se separó de una manera torpe. Lo reconoció más rígido que de costumbre. Ella pudo observar cómo los músculos en la espalda se movieron como un engranaje. Entonces giró hacia ella con las manos dentro del bolsillo.

—Mirela no te voy a hacer daño y no planeo llevarte a la cama. Puedes relajarte. Solo deseaba ofrecerte confort.

—Yo... —La voz de ella no se escuchó.

—Un consejo —dijo él inclemente—. Si no quieres que ningún sueco te abrace, no te presentes y extiendas tu mano a forma de saludo al conocerse, pues, esa es la pauta social para dicho gesto. Los abrazos son algo cultural.

Por primera vez el silencio fue incómodo entre los dos. Para ese momento ella ni siquiera miraba hacia el lugar en el que él se encontraba. Tras un resoplido de frustración, Erik, sacó el teléfono y oprimió el botón de remarcado.

—Soy Erik de Gotland. —Halim, el padre de Mirela guardó silencio al reconocer, por la severidad en la voz, que ese no era el hombre con quien casó a su hija—. Mirela está en casa conmigo.

—Gracias, hijo —susurró cuando le ganaron los sentimientos. Él estaba seguro del amor que aquel hombre profirió por su hija, y, que en cuanto la viera arreglaría sus asuntos para estar junto a ella. A veces se ama demasiado

a los hijos y se desea que logren la felicidad... El imam de Brčko cometió una falta grave y fue en contra de su propia hija. Tendría un periodo muy largo de contrición y le rezaría a Alá para que ella fuera feliz.

Mirela lo observó con la mano en el pecho.

—¿Qué haces? No nos podemos casar. —Erik se percató del tiritar en sus ojos.

El asunto se agravaba con cada detalle que salía a la luz. No quería imaginar lo que sucedería si asesinaban al hombre responsable de la paz en Brčko, si es que se llegaba a conocer lo que hizo. Aunque lo perpetrara un bosniaco, en la confusión podrían culpar a los serbios o croatas y el asunto escalaría a niveles internacionales.

—Renovaremos nuestros votos —dijo él inflexible.

—Mis votos no fueron contigo —respondió ella alarmada—. No puedo entregarte mi pureza porque ya no existe.

—Habrá boda, Mirela.

—Erik...

Se acuclilló ante ella una vez más, quien, se quedó rígida, pero en esa ocasión él solo tomó sus manos entre las suyas para exigir que le prestara su atención.

—Coopera un poco conmigo, ¿sí? —Su tono de voz tenía un dejo de dulzura—. No eres la única que va a sacrificar sus creencias.

—Es que no entiendo por qué no permites que me marche. No le revelaré a nadie la identidad del padre de mi bebé —respondió Mirela con suavidad.

Ella frunció el ceño cuando una sonrisa tierna se dibujó en el rostro de él.

—Es mi sangre la que crece en tu vientre —dijo él al aprisionar sus manos con precaución—. Si no lo vas a abortar y su padre no piensa hacer nada, entonces déjame a mí garantizarle un futuro. Después cada cual le rendirá cuentas a su dios.

—No lo sé...

—No puedes regresar a casa, Mirela. Si estás dispuesta a hacer una vida sola en Estados Unidos que, cada vez, es más intolerante con sus inmigrantes y crees que encontrarás empleo como controladora aérea. También podrías quedarte aquí y aceptar mi propuesta. Te ofrezco protección y una familia para tu hijo.

—Yo...

Todo en ella deseaba decir que sí. Solo algo la detenía... Un hombre como él merecía tener a su lado una mujer que lo amara.

—Nos casaremos por la Iglesia de Suecia en dos días... —decretó él. Al parecer reconoció que algo en ella cedía—. El mismo día de la boda de Karl, así nadie lo sabrá. Recuerda que se supone que ya estamos casados por tanto la fecha oficial será el día en que te casaste con él.

—¿Qué esperas de mí? —Por primera vez ella cerró las manos en las de él—. ¿Quieres que vivamos juntos o por separado? ¿Nuestra economía será compartida? Y si es así, ¿permitirás que trabaje?

Erik sabía que él no tendría una conversación como esa jamás. Ni siquiera los hombres de negocio discutirían de ese modo sus contratos... Y le agradaba que ella se hiciera las mismas preguntas que él consideró en esas semanas.

—Viviremos en la misma casa. Mi hogar también son mis oficinas, así que, tendremos que compartir el dormitorio para no levantar sospechas pues hay trabajadores las veinticuatro horas del día. Lo mío será tuyo, Mirela. En cuanto a trabajar, ese es tu derecho y yo no tengo por qué intervenir. Lo único que te pediré será que, cuando llegue el momento, te tomes el tiempo oficial que se le ofrece a las mujeres. Recuerda que, al ser parte de la familia real, debemos ser un ejemplo para nuestra ciudadanía. Yo haré lo mismo en cuanto des a luz.

Ella asintió y con una sonrisa tímida dijo —:

—¿Es una costumbre?

—Así es. También tengo derecho a estar con mi hijo.

«Mi hijo», repitió ella en sus pensamientos. Pudo llamarlo de tantas formas, sin embargo, una vez más decía que era su hijo. Comprendió que ese hombre se encariñó con su bebé. Mirela retuvo sus manos.

—¿Y qué esperas de mí?

Erik se puso en pie y ella se vio obligada a soltarlo.

Él necesitaba alejarse pues no le podría exigir que ella gobernara su corazón. Mucho menos cuando él no le podría ofrecer amor.

—Te juro que no lo sé. Pero te exigiré que seas discreta en el instante en que me seas infiel. —No le quiso dar tiempo a una refutación o un juramento vacío. Así que se apresuró a decir—: ¿Crees que en media hora estarás lista para partir? O ¿necesitarás más tiempo?

—Media hora es suficiente —musitó ella.

Erik asintió, si bien, le daba la espalda y mantenía la mirada fija a través de la ventana.

Mirela se levantó. Deseo decirle que ella jamás lo permitiría. No

obstante, se sentía fatigada por el día y las palabras que intercambiaron. Él debía sentirse igual. Ambos se expusieron ante el otro y, aunque, él parecía seguro, debía cuestionarse si era lo correcto.

Ella entró en la habitación para recoger y acomodar las pocas pertenencias que se encontraban fuera de la maleta. Cerca de quince minutos después estaba lista y salió. En cuanto cerró la puerta la tomaron por el antebrazo para girarla con brusquedad.

—No puedes irte con él. ¿Qué es esa locura de que se casarán? ¡Eres mi mujer! —Los ojos de Karl temblaron cuando de la garganta de Mirela escapó un gemido pues con el movimiento ella se pegó en el costado. De inmediato él llevó las manos al vientre para acariciarlo—. Este es mi hijo. ¿Crees que permitiré que llame papá a otro hombre? No te casarás con él.

Su corazón retumbó en su pecho. Karl conocía la verdad. «¿Qué sucedería con Erik si el duque los delataba? ¿Ella podría enfrentar al caballero a esa vergüenza?», se preguntó.

—Entonces, ¿tu hogar se convertirá en el mío? ¿Compartirás tus posesiones conmigo? —Frunció el ceño cuando él sonrió—. Quiero el divorcio.

Karl negó mientras su sonrisa se hacía mayor.

—Me amas, Mirela... Me amas. —Sus labios recorrieron el rostro de ella—. Por favor, regresa con tu padre y espérame. Lo resolveremos, te lo prometo.

Él se sentía eufórico por tenerla de frente. Esas semanas sin ella fueron las más largas que jamás vivió. Extrañaba su suavidad y la forma en que se entregaba a él. No podría escoger a otra mujer como su esposa. Mirela era lo que él necesitaba.

La aprisionó entre sus brazos, pero por primera vez él no sintió como el cuerpo de ella se amoldaba al suyo... Su mujer se alejaba y no podía consentirlo.

—¿Vas a dejar a tu novia plantada en el altar?

Poco a poco Karl se alejó de ella. Las palabras fueron como una bofetada a su sistema. Tenía todo planeado y no entendía por qué ella lo buscó. Si lo hubiera sabido desde el primer día habría podido convencerla de regresar, pero Erik se le adelantó y no sabía cuánto le habló sobre su relación con Helena. «¡Maldito, Erik!», gritó en su cabeza.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Él? —exigió al sujetarla por los brazos.

—¿Crees que te permitiré que continúes mintiéndome?

Ella hacía que él se sintiera fuera de control. En otras circunstancias jamás la trataría así, pero era urgente que volviera a casa bajo el cuidado de su padre. «¿Cómo se lo podría hacer entender?», se preguntó.

—Soy tu esposo y exijo que regreses.

Ella colocó la mano en su pecho e intentó empujarlo para alejarse.

—No te acerques a mí.

Antes de que pudiera irse él la retuvo y siseó —:

—¿Crees que el adefesio no te miente?

Mirela contuvo el aliento. No podía concebir que se refiriera de esa forma sobre su propio hermano. Se cuestionaba cómo pudo equivocarse tanto. Si el hombre que conoció era solo un espejismo.

—Te prohíbo que lo llames así.

Una corriente amarga recorrió a Karl al escuchar la vehemencia con la que ella defendió a su hermano.

—No te casarás con él y olvídate del divorcio —le advirtió.

Ella tuvo que forcejear para que la soltara. A él no le pasó desapercibida la determinación en su mirada. No le conocía ese carácter pues el matrimonio fue un acuerdo entre su padre y él. Necesitaba que fuera la mujer obediente que él conoció.

Karl recordó aquel día. Halim no estaba contento con su presencia en la habitación de Mirela. Ante su rostro pétreo, no pudo ocultar lo que sucedía. Qué lo llevó a estar en ese estado frente a una mujer casta. Él ni siquiera conocía ese tipo de matrimonio y le aseguró a su suegro que sería solo unos meses... «¡Él tenía todo planeado! ¿Por qué ella tenía que llegar? Erik era el culpable de todo y para colmo pretendía quitarle a su esposa.», pensó.

—Déjame ir, Karl. Así te llamas, ¿no? Karl... Nuestro matrimonio no existe. Mi padre bendijo la unión entre Erik de Gotland y Mirela Imamović y mi esposo ha ratificado que nuestro matrimonio será para siempre. No existe nada entre los dos.

Él la aprisionó una vez más, la doblegaría entre besos y caricias, pero varios sirvientes pasaron y Mirela aprovechó para huir de él.

Ella caminó de prisa pues no sabía cuánto tiempo la retuvo Karl. Llegó al salón agitada, apenas podía arrastrar la maleta. Erik se acercó a ella para ayudarla, si bien, lo reconoció distante.

—¿Está todo bien?

—Llegas dos minutos tarde —dijo él con seriedad—. Te pregunté si media hora era suficiente y me aseguraste que sí. No solo me has hecho esperar a mí, sino que, a las personas que nos asistirán. Esa no es la imagen que deseas que tengan de ti. Has sido irrespetuosa con todos.

Mirela asintió mientras él daba media vuelta para salir del salón con su maleta en la mano. Él se detuvo, giró y extendió la mano. Ella comenzó a moverse, primero con pasos inciertos y luego más confiada.

Subieron a un Volvo S90 negro, el vehículo que utilizaba la familia real pues, además de fabricar uno de los automóviles más seguros, la famosa empresa era sueca. A pesar del gran espacio que existía en la parte posterior ella se percató que las piernas de Erik apenas tenían lugar.

Transitaron por la costa norte durante media hora, eran escoltados por dos vehículos y, en su automóvil, además del conductor los acompañaba un soldado.

En cuanto abandonaron Visby, cerca de quince minutos después, se encontraron con el paisaje idílico de Gotland, teñido de vez en cuando con cabañas rústicas y granjas. A Mirela le sorprendió que no se hallaran vehículos en el camino, en ninguna de las direcciones, si bien, muy pronto se olvidó de ello ya que pudo observar las formaciones grises de caliza con extrañas formas que fueron forjadas durante siglos por el golpeteo de las olas.

Y allí, en medio del pasto verde, rocas y el cielo azul despejado, apareció un pequeño castillo con sus paredes exteriores cubiertas de rosas en todos los colores.

Erik fijó la mirada en quien se convertiría en su compañera de vida en solo un par de días. A ella se le embriagaron los ojos de júbilo al observar los rosales. La llevó allí para que saliera cuando lo deseara y no se recluyera entre cuatro paredes como lo hacía en palacio. No obstante, tendrían que volver para la boda.

Al bajar del automóvil Mirela se acercó a los muros e inhaló profundo.

—Ve a ver los rosales. —La ternura en el tono de él traicionó el porte estricto que deseaba mantener con ella.

—Después —respondió ella con una sonrisa tímida—. Primero me quiero disculpar con tu equipo por mi tardanza.

Erik asintió. Podría parecer una exageración, pero la puntualidad en Suecia era estricta y si él le perdonaba, aunque fuera un minuto, Mirela sufriría en todas las demás áreas, incluso la despedirían de un empleo. Lo detestaría a él como persona, pero era la mejor forma de aprender.

Sin tocarla, la guio hasta la sala donde un grupo de empleados los esperaban.

Sabía que Erik saludaba a todos con un abrazo porque lo vio, así que, Mirela llevó la mano al corazón y se inclinó, el saludo tradicional en el islam. Lo hizo así al recordar las palabras de él, ya que, se sentiría muy incómoda si la abrazaban.

Él la presentó como su esposa. Ella observó la desconfianza en el rostro de los que los rodeaban, si bien, ninguno hizo algún comentario. En un tono frío le dieron la bienvenida. Entonces ella se disculpó por alterar la agenda del día. De inmediato todos regresaron a sus labores y ella salió al jardín.

Era hermoso. Tenía arcos cubiertos por rosas y el camino era resguardado por ellas. Había una gran variedad que ofrecía distintos colores y aromas. Ella caminó despacio, iba distraída con el alrededor.

—¿Qu – quién eres? —Mirela giró, al final de los arcos encontró a un hombre mayor en silla de ruedas. Caminó hasta él y se sentó en la banca de metal que se encontraba a su lado. Al observarlo reconoció los mismos ojos de Neptuno y el cabello de macadamia de su futuro esposo.

—Soy Mirela Imamović, esposa de tu hijo Erik. —Ella tomó la mano del hombre entre la suya a modo de saludo. Al parecer él sufrió un derrame cerebral pues sus labios estaban caídos hacia el lado izquierdo y no movía esa parte del cuerpo.

Se quedó junto a él, aunque, como con su hijo, ella fue quien habló en todo momento.

En la noche Erik encontró a Mirela en la cocina, terminaba de preparar el postre de manzana que tanto le gustaba.

—¿Te puedo acompañar? —preguntó desde la puerta pues no quería traspasar ese momento. Sabía que era un ritual importante para ella, aunque no entendía por qué.

—Sí —respondió ella con una sonrisa, quien, se apresuró a colocar una greca encima de la hornilla para preparar café. Él se acercó y sacó dos tazas junto con los platillos. Cuando estuvo listo, ella sirvió el brebaje oscuro y caliente—. ¿Te fue bien? ¿Pudiste hacer todo lo que estaba en tu agenda?

—Sí, lo hice. ¿Y tú?

Ambos caminaron hasta la encimera donde ella colocó la manzana en el medio junto con dos cucharitas. Él le entregó una de las tazas y le acercó un

banco alto para que se sentara. Mientras, se quedó de pie en un intento de evitar la tirantez en su piel. Apoyó los codos en la superficie para quedar a la altura de ella.

—Recorrí todo. Tienes una propiedad encantadora.

Tomaron las cucharillas al mismo tiempo, si bien, él esperó a que ella cortara el primer bocado. Le hacía gracia que se asegurara de agarrar una porción de cada ingrediente: un poco de manzana, nuez, miel y crema montada.

—Le pertenece a la familia real, aunque lo he llamado mi hogar en los últimos seis meses.

Ella asintió entretanto lo observaba partir otra porción de manzana.

Desde hacía dos semanas Erik tenía que jugar una hora adicional de tenis de baja intensidad. No le gustaba que ella se sintiera excluida, así que, cada día la acompañó durante la caminata hasta los acantilados. También lo hizo cuando ella preparaba la manzana en la noche. El motivo del cambio en su rutina de ejercicio.

—¿Y los rosales? —preguntó Mirela.

—Son de mi padre, no míos.

—Tu hogar es como un cuento —dijo ella tras un suspiro de ensoñación.

Él sonrió mientras tomaba un sorbo del amargo café que ofrecía un contraste agradable al dulzor del postre.

—Contigo aquí sí.

Mirela colocó la taza en el platillo mientras su rostro hacía una mueca entre extrañeza y diversión.

—¿Por qué dices eso? —curioseó.

—Te salvaron de una torre. Te encantan las manzanas y ahora te forzaron a vivir en un palacio cubierto de rosas. —Enumeró él, tan severo como siempre, aunque, existía cierta picardía en su tono.

—¿Sabes que me puedo acostumbrar a estos chistes tuyos? —Erik llevó la taza de café a los labios—. Y nadie me obligó, yo tomé la decisión.

—Creo que pasó igual en el cuento.

Mirela negó y se quedó en silencio. Al parecer consideraba sus palabras. Entonces colocó la punta de la cucharita en los labios durante unos segundos.

—Yo más bien creo que soy La Sirenita.

—¿Y eso por qué sería? —cuestionó él al permanecer con la taza en el aire—. Te advierto que el agua no es lo mío.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella al llevar otro bocado a la boca.

Erik se mantuvo en la misma posición pues no lograba comprender su

racionamiento.

—¿Y bien?

—Quizás mi presencia te aleje de la mujer que amas —respondió ella en un tono suave mientras tomaba la taza de café una vez más.

Una especie de sombra opacó la mirada del caballero.

—Si soy sincero... —Hizo una pausa pues no deseaba ofenderla con sus palabras, si bien, eran verdad y él prometió siempre ser transparente con ella —. Pensé que serías la bruja malvada y me envenenarías con una de tus manzanas.

—Eso explica por qué ya comes más de un bocado. —Ambos sonrieron. Cualquiera que pasara en ese momento se percataría de la complicidad que ellos desconocían—. No, sin brujas malvadas. Y mi vida sería todo menos un cuento. Además, no hay princesas del aire, ninguna surca el cielo.

Él afirmó con la cabeza.

—Ese sí sería un cuento interesante —dijo con total convencimiento y una pasión hasta ese momento desconocida para Mirela.

—¿Tú vuelas?

La pregunta se quedó en el aire mientras ambos tomaban otro sorbo del brebaje amargo.

—Ahora que recuerdo hay una que lo hace en una alfombra mágica —respondió él luego de unos segundos demás en silencio.

Ella intentó esconder una sonrisa.

—Estás muy familiarizado con las historias de princesas —dijo en un tono socarrón.

—Es una de las clases de preparación para la vida en la realeza. Te muestran cómo no es.

—¿Eso existe? —La voz de ella denotaba incredulidad.

—Lamento decirte que sí. —El rostro de él se mantuvo impassible durante unos segundos.

Volvieron a reír.

Mirela soltó la cucharita mientras perdía poco a poco la sonrisa. No podía olvidar quién era él y, que en su vientre crecía el sobrino de ese hombre. No debía apegarse a Erik... Y compartir esa manzana era algo tan íntimo que se sentía desleal, si bien, esa característica le pertenecía a Karl. Además, a quien le debía su probidad era al hombre frente a ella. La cabeza comenzó a dolerle y llevó la mano al pecho en un intento de aplacar la hoguera que la consumía.

—¿Por qué no vas a descansar? Yo terminaré de recoger —dijo Erik en un tono suave al observar cómo ella palideció.

—Gracias —susurró Mirela—. Hasta mañana.

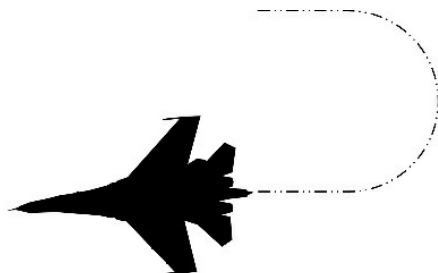
—Gracias a ti por el postre y la compañía. Que descanses.

Erik terminó con los platos y se dirigió a la oficina para revisar que todo lo de su matrimonio estuviera listo. Era la tercera ocasión que lo hacía.

Entró a la habitación cerca de dos horas y media después para revisar que Mirela estuviera bien. Una vez más las mejillas de ella estaban húmedas.

Soltó una bocanada de aire cuando al acercarse para arroparla, se dejaron entrever —a través del negligé rosa— un hematoma en el costado y varios dedos marcados en el antebrazo.

Ese debió ser el motivo de su demora en la tarde. «*Helvete va jobbigt*^[9]. *Fan ta dig, Karl*^[10], *vad gör du?*^[11]», pensó.



La ciudadanía esperaba a la novia. Mientras, los invitados desfilaban en la alfombra blanca escoltados por soldados de la fuerza aérea y la prensa capturaba el momento para siempre. Destinatarios y familias reales de todo el mundo fueron invitados al gran evento que se planificó durante más de un año.

En ese momento Helena, princesa de Preslav, recorría las calles de Gotland en el carruaje real negro que en el techo llevaba tres coronas. Llegaría a la catedral de Visby y caminaría hacia el altar en los brazos de Karl, duque de Gotland.

Era una mujer muy hermosa, con cabellos de girasol y ojos de cielo. Sus rasgos muy femeninos y una suavidad de carácter, que era la representación máxima de lo que las personas imaginaban debía ser una princesa. Por amor, abrazó la ciudadanía sueca y fue bautizada en la Iglesia de Suecia cumpliendo así con el estricto protocolo.

Llevaba una tiara diseñada en exclusividad para ella, regalo del hombre que amaba, que consistía en cinco círculos cubiertos en diminutas ramas de no me olvides en diamantes. Era una pieza delicada como su dueña. El majestuoso vestido era en corte princesa que le hacía lucir una pequeña cintura por el gran volumen en que caía. Desde el escote de corazón, el traje, estaba cubierto por un encaje de tul bordado. Minúsculos diamantes salpicados a través de la tela atrapaban los rayos de sol y brindaban a la novia la luminosidad que no podía reflejar en su mirada, a pesar de llevar la sonrisa más radiante en los labios. Sobre el hombro derecho portaba la banda que la identificaba como miembro de la Orden de la Estrella Polar. En el lado izquierdo resaltaba la estrella negra de la misma. Se le fue entregada como recompensa por su mérito cívico para con el pueblo de Suecia.



En el interior de la catedral, Erik esperaba a Mirela en el pequeño salón al lado del confesionario. Era arriesgado estar en el mismo lugar con la prensa rodeándolos, pero el matrimonio tenía que llevarse a cabo en la iglesia.

Imploraba que ella no tardara pues el obispo no esperaría. Sin embargo, temió que ella no llegaría. Los pensamientos de Mirela eran tan transparentes que podía percibir la vergüenza que sentía frente a él. Pudo darle dinero y que desapareciera. En realidad, él tuvo varias opciones, pero mientras más lo meditaba siempre regresaba a la misma conclusión. Por algún motivo casarse era lo correcto.

«¿Qué esperas de mí?» Esas palabras decidieron invadir al caballero en ese momento. Esperaba... Esperaba no equivocarse.

Los testigos, dos de las personas más fieles que Erik conocía, acababan de llegar, ajenos a lo sucedido. Los trataba desde aquellos días donde el mundo perdió el sentido. Cuando antepones el deber a ti mismo y ninguna persona te perdona las consecuencias. Los llamó porque sabía que no harían preguntas. Nadie entendía su proceder. Mirela y él estaban solos.

Y cuando pensó que no logró transmitirle la seguridad que él sentía y que las dudas pudieron más con ella, la vio caminar despacio. Absorta con la belleza y esplendor de la catedral. Ajena a las miradas que la seguían... Una sonrisa se apoderó de sus labios.

Ella llevaba un vestido en caída y color lavanda. Era suelto y ligero. Escondía la piel de Mirela, si bien, con cada paso mostraba una silueta femenina que despertaba sus instintos. Algo muy extraño para un hombre acostumbrado a la desnudez. Después de todo el festival de verano lograba que la ciudadanía se mostrara en su traje natural.

Además, de entre todas las mujeres del mundo, era la única prohibida... Y se convertiría en su esposa en solo minutos. Ni siquiera sabía cómo podría dormir a su lado. Lo único que tenía claro era que le quedaban días antes de descubrirlo pues esa noche no pretendía entrar a la habitación.

Una sonrisa tímida apareció en los labios de ella y él se acercó. El hiyab de seda pura era de color crema y su rostro, maquillado en colores violetas intensos, la convertían en la tentación misma. La cercanía con Mirela lo afectó... Su belleza no era solo física, sus creencias —aunque no las comprendiera por completo—, su personalidad. Era una mujer a la que había que admirar y el hombre de quien ella se enamorara sería muy afortunado... Y

esperaba que fuera alguien diferente a su hermano.

—¿Llegué a tiempo? —A él no le pasó desapercibido la urgencia de que fuera así.

—Muy puntual —Erik asintió con firmeza y una sonrisa tímida iluminó el rostro de Mirela.

Se acercó a ella con una corona de rosas cortadas ese mismo día del jardín de su padre. Tenía todos los colores en honor a los hiyabs de Mirela que tanto le gustaban. La corona estaba rodeada de mirto, una tradición en Suecia para la buena suerte y felicidad... El único indicio de que ambos unirían sus vidas ese día.

Erik esperó por si ella no deseaba utilizarla, pero su corazón se engrandeció cuando Mirela llevó la mano al corazón y se inclinó. Él coronó a la que se convertiría en su compañera de vida. Esas dos semanas en las que estuvieron juntos le dieron la certeza de que tendrían un matrimonio tranquilo y llevadero. Era más de lo que él podría haber deseado seis meses atrás.

Le extendió la mano a ella en su rostro una sonrisa reconfortante esperando que no lo rechazara. En cuanto Mirela la tomó con esa delicadeza que la caracterizaba caminaron juntos. Erik respetó esa pausa que ella tenía en su andar. El porte de él gallardo y garboso.

—Hoy no tenía a mi guía y me costó llegar —susurró ella mientras se movían.

Estaba nerviosa. Él mismo pensó en ir hasta la habitación a buscarla, pero no quería se sintiera presionada. Mirela tenía que dar el último paso.

Él se inclinó y fijó la mirada en ella. Esperaba poder transmitirle serenidad.

—Ya estás aquí. —En su tono una ternura olvidada mezclada con veneración—. ¿Lista?

Mirela asintió. No podía afirmar que estaba segura de esa decisión, si bien, sentir el cariño que Erik le otorgaba a su bebé fue una razón poderosa para continuar. En todo caso, en ese matrimonio, ambos estaban conscientes de los acuerdos y condiciones. Ahí no hubo engaño.

Observó al caballero junto a ella agradecida. Su presencia y actitud la ayudaban a sobrellevar ese día tan amargo. No solo porque el hombre que amaba se casaba en ese preciso momento también, sino que, por la traición a Erik por no poder ofrecerle su amor. Lo que sí podía hacer era entregarle su fidelidad y regalarle compañerismo. Además de una sana convivencia.

Tenía que admitir que era un hombre apuesto. Ese día utilizaba un abrigo

de corte cruzado, y una gran solapa en lana color azul Prusia, hecho a la medida. Tenía ocho botones de oro puro, labrado en cada uno de ellos tres coronas que representaban la realeza de Suecia. Era un hombre imponente, no obstante, cercano. Al inhalar ese olor a limpio y pino la reconfortó. Se hizo un corte moderno, su rostro muy bien afeitado como si cuidara su aspecto para ella. Sabía que no era así, pero sin entender por qué eso le agradó mucho pues la hizo sentir especial.

En cuanto llegaron junto a sus testigos, Erik le guiñó un ojo lo que provocó que ella sonriera. Un leve rubor se apoderó de sus mejillas y bajó la mirada durante unos segundos para soltar con lentitud el aire... Si no conociera la verdad podría pensar que él estaba feliz por unir su vida a la suya y que incluso podrían amarse.

Cuando al fin dejó de estar eclipsada por el caballero se percató que el oficial que los uniría era una mujer. Esperaba haber podido ocultar la sorpresa pues su religión era una patriarcal. No cabía duda de que entre los dos existían muchas diferencias. No obstante, ella se esforzaría por respetar ambas leyes.

—Ante Dios Todopoderoso y los testigos presentes, le pregunto al Caballero y Comandante de las Órdenes de su Majestad el Rey Erik Gustaf Olof Fredrik Bertil de la casa de Bernadotte: ¿Tomarás a Mirela Imamović como tu esposa y la amarás en la angustia y el placer?

—Ja —respondió él, en sueco, en ese tono severo que ya era familiar.

—Ante Dios Todopoderoso y los testigos presentes, le pregunto a Mirela Imamović: ¿Tomarás al Caballero y Comandante de las Órdenes de su Majestad el Rey Erik Gustaf Olof Fredrik Bertil de la casa de Bernadotte como tu esposo y lo amarás en la angustia y el placer?

Mirela se quedó callada. La tomaron desprevenida los títulos y los nombres, lo que demostraba una y otra vez las mentiras de Karl. Por un instante no supo qué hacer. Además, era una ceremonia ante el Dios que Erik creía. Pero ¿acaso ella podía prometer amarlo frente a Él?

—Da —susurró ella, en bosniaco, al llevar la mano al pecho en un intento de contener la hoguera que la abrasaba.

«Espero que Alá me perdone.», pensó.

—¿Eso es un sí? —Él la tomó de la mano para llamar su atención. Existía júbilo en su mirada, certeza y hasta picardía como si él conociera el significado de la palabra, pero no deseaba que le quedara dudas a la obispo y sus testigos.

Una risita nerviosa escapó de la garganta de ella y un hormigueo dulce se

apoderó de su piel.

—Sí.

Ambos se dedicaron una sonrisa radiante.

Erik tomó su mano con delicadeza y le colocó tres argollas sencillas de grosor fino y sin joyas, aunque no por ello dejaban de ser exquisitas. Una representaba el compromiso de ambos, la segunda su matrimonio y la tercera la maternidad de Mirela. No pertenecían a la casa real pues para ello ella tendría que seguir el protocolo riguroso que se exigía para que se reconociera como parte de la familia.

La obispo los declaró esposo y esposa y les indicó que podían besarse. Él se acercó con temor y, vacilante fijó esa mirada de Neptuno en ella y con los pulgares dejó una caricia casi imperceptible en sus mejillas... Apenas rozó sus labios.

Mirela respondió a ese beso cándido pues a partir de ese momento el caballero era su esposo... y era legal.

Sus miradas se encontraron y, aunque, las dudas continuaban presentes, él percibió cierta serenidad en ella. La tomó de la mano y se alejaron unos pasos en lo que los testigos firmaban el acta.

—Ya está hecho. Nadie más sabe lo que sucedió y no lo sabrán nunca — le aseguró, si bien él mismo no lo estaba. Le preocupaba su seguridad y la de su sobrino, sin embargo, deseaba que ella permaneciera tranquila.

—Gracias, Erik —susurró ella. Mirela no se engañaba. Sabía que era una solución temporal pues alguien más poseía el conocimiento de su secreto y desconocía cómo reaccionaría Karl. Esperaba que el tiempo corriera a su favor y le permitiera traer su hijo al mundo antes de tener que huir.

—Tengo que permanecer aquí. Todo tiene que parecer normal y no puedo faltar a la boda de Karl —se disculpó. Ella asintió—. Ve a casa y descansa.

Él se acercó y con suavidad le retiró la corona.

—¿Puedo quedármela? —pidió ella.

«Fue un detalle muy bonito por su parte y me hizo sentir especial.», pensó Mirela.

—Haré que alguien la lleve a casa.

—De acuerdo.

—Regresaré hasta la noche. —Ella asintió una vez más. Se acercaron a la obispo cuando los llamó. La firma de Erik estaba llena de resolución. La de Mirela de incertidumbre. Para sus testigos y obispo solo eran una pareja de enamorados que se enfrentaban a un futuro incierto. Él la detuvo con suavidad

por la muñeca cuando ella dio media vuelta para salir—. Hoy no te escondiste, princesa.

Esa última palabra cargada de admiración y respeto... Muy distinto a la primera vez. Se acercó y la tomó entre sus brazos en un intento de transmitirle fortaleza, mientras sus testigos abrían la puerta del salón. En esa ocasión Mirela no se sintió incómoda entre ellos.

Mirela cerró los ojos y un suspiro involuntario escapó de su garganta al sentir como ese olor a pino tan característico en él la envolvía y se impregnaba en su propia piel.

Una de las novias entró a la iglesia con un vestido primoroso, una tiara exquisita, una cola de tres metros y un velo de más de cinco. Además de ser acompañada por un coro de niños quienes se colocaron en el pasillo. Entre sus manos, ramas de mirto para que ella tuviera buena suerte desde sus primeros pasos. Karl se inclinó ante Helena y caminaron juntos hasta el altar lo que capturó la atención de todos. Esa era la tradición.

Mientras tanto, la otra novia se mantuvo estoica, con la frente en alto para salir, a pesar de estar llena de dudas y sentir un vacío en el pecho. El hombre a quien le entregó su amor, se lo declararía a otra en solo minutos. Y, aunque pudo quedarse, ese era su pasado... Un error. Le prometió a Erik regresar a casa y eso haría.

—¿Está bien, señora? ¿Extraña al caballero Erik? —cuestionó Saga.

Cuando Mirela le preguntó a la mujer cómo conocía a Erik ella respondió que su esposo y él fueron compañeros. No se atrevió a indagar más por temor a que creyeran que ella no lo conocía. Ambas transitaban por la solitaria carretera y Mirela observaba el paisaje sumida en sus pensamientos y ese olor a limpio y pino.

—Sí... Él solo me pidió que me cuidara del frío.

La mujer rio a carcajadas.

—Eso es imposible. Un sueco jamás haría una petición así.

—¿No?

—Señora, los suecos somos pésimos para la conversación sin sentido. Por eso nos catalogan como distantes y severos. Coloque a un sueco en un

lugar lleno de personas que no conoce y se sentirá más aliviado si lo empujan al agua helada desnudo. —Mirela se quedó callada—. Mi Erik es un hombre de silencios.

—Quizás por eso puedo hablar por horas sin recibir contestación.

—No lo dude. No obstante, no piense ni por un segundo que no la escucha.

En la catedral, Erik se quitó el abrigo lo que permitió ver el uniforme de mayor rango. Uno que nadie más ostentaba. Medallas de todo tipo y países colgaban de las hombreras, pecho y solapas. De entre todas destacaba el collar —de oro con once cruces patriarcales esmaltadas en azul y once serafines— otorgada cuando fue investido caballero.

Olof, su testigo, le entregó el sombrero de plato oficial. Una gran corona se encontraba en el centro de este.

—Ella no sabe quién eres, o ¿sí? —lo increpó el hombre.

—Le dije la verdad. Soy un caballero.

—¿Hasta cuándo será así?

No respondió a la pregunta, ni siquiera él lo sabía. Ambos hombres se abrazaron. Erik le entregó a su testigo la corona de rosas pues estaba seguro de que la haría llegar a su hogar. Entonces salió del salón. En el último minuto, consiguió que le asignaran el asiento más cercano al confesionario, así que, nadie se percató que no estaba en su lugar cuando la procesión comenzó.

Soltó una bocanada de aire. Él era la última persona con quien los novios querrían encontrarse ese día, pero debía presentarse para que la prensa no especulara sobre un distanciamiento en la familia. Si Karl era frío y distante con él desde hacía tiempo, estaba seguro de que para ese momento lo odiaría.

«¿Por qué la negaría?», se preguntó. Era evidente que su hermano sentía algo por Mirela. Él, alguna vez, actuó así. Cuando el temor a perder a la mujer que amaba le hizo ser irracional. De nada le sirvió y con el tiempo aceptó su destino... Y este decidió que la esposa de su hermano sería la suya. Además, acababa de romper con el protocolo al casarse con una mujer fuera de la realeza, extranjera y que no profesaba su religión. Iba en una dirección en su totalidad opuesta a lo que se esperaba de él... Quebrantó leyes y códigos antiguos en los que creía con firmeza...

Y él, que siempre mostraba aplomo y nadie conocía sus emociones, por un segundo... Solo por un instante, apoyó los codos en los muslos. Pero

cuando te escondes del ojo público por meses y una islamita declara que en ese tiempo se casaron, cualquier movimiento sería considerado noticia.

Mirela llegó al hogar del caballero. Saga, la mujer que fue testigo de su matrimonio, y su suegro la acompañaron a un *fika*. Era algo a lo que aun debía acostumbrarse. Con Erik era más sencillo pues era el tiempo que tenían para dialogar. Su agenda era tan apretada que en esos escasos minutos hablaban de lo que sucedería entre los dos. Así fue como ella supo que él partiría la siguiente mañana en un viaje de varios días.

Cuando Saga se fue, Mirela recogió la cocina. Agarró un sobre que estaba encima de una caja de manzanas y dirigido a ella.

«Para mi esposa Mirela: Te prometo que en cuanto te conozca mejor te daré un regalo acorde. Tu esposo, Erik.»

«¿Cómo ese hombre podía llenarla de detalles? ¿Crear ese entorno tan seguro que sentía junto a él?», se preguntó.

Decidió acomodar sus pertenencias en la habitación para no permitirse pensar. También revisó que él tuviese lo necesario para su viaje y añadió dos camisas que consideró le harían falta. Se acostó temprano para desterrar cualquier anhelo que no estuviera dirigido a su bebé. Lo que le permitió a Mirela quedarse dormida fue escuchar en sus pensamientos una y otra vez la certeza en el «ja» de él.

Despertó sobresaltada al sentir unos labios desconocidos recorrer su rostro y bajar por el cuello. Estuvo a punto de gritar, pero se contuvo al reconocer a Erik.

Se mantuvo serena mientras él deslizaba los dedos a través del encaje de su negligé azul. Se sintió hermosa pues no hizo gran aspaviento sobre su indumentaria, si bien, sabía que era de su agrado pues intentó ahogar el gruñido que reverberó en su pecho... Se acercó a sus senos y bebió de ella, aunque aún no tenía nada que ofrecerle.

Al acercarse a sus labios sintió el tenue sabor del vodka. Lo reconoció pues Karl también lo consumía. De hecho, fue por eso por lo que su padre intervino. A la siguiente noche de Mirela interrumpir la salida del avión, Karl casi derribó la puerta de su habitación a golpes. Al entrar se abalanzó sobre ella y entre besos apasionados y exigentes le profesó su deseo. Ella logró detenerlo con esfuerzo y cuidó de él cuando despertó con una terrible resaca y mucha vergüenza por su comportamiento. Al subsiguiente día su padre le

exigió hablar con él a solas.

Erik continuó su avance mientras ella descansaba las manos sobre las sábanas. Sabía que era su deber como esposa y no quería faltar a la Ley. Por otro lado, se sintió terrible consigo misma pues rompía con el *iddah*... Se debatía entre cual Ley seguir. Además, estaba Karl, quien la engañó y, aunque, su cabeza deseaba olvidar, aun no podía controlar el corazón.

Su propio cuerpo tomó la decisión. Las hormonas del embarazo mantenían su libido alto y él recorría cada centímetro de su piel con delicadeza y veneración. Se rindió ante un hombre que, con sus caricias, insistía en que ella le respondiera.

Con dudas levantó las manos y con la punta de los dedos recorrió la cicatriz en su rostro, que tal y como ella pensaba cubría el lado izquierdo del cuerpo de Erik. Sabía que eran quemaduras, si bien, nunca se atrevería a preguntar qué las provocó. Si era honesta consigo misma esas marcas no disminuían su atracción por él... Iba de falta en falta.

Erik era un amante generoso pues se aseguró de que ella estuviera húmeda antes de conocer su interior.

Ambos fijaron la mirada incrédula en el otro. Sus pechos subían y bajaban descompasados. Al parecer los tomó desprevenidos cuando Mirela se aferró a las caderas de Erik con las piernas mientras arqueaba la espalda y, su cuerpo se tensaba para entonces liberarse en un orgasmo arrollador. Erik mantuvo la mirada en ella, sus ojos tan oscuros como las profundidades del mar. Le alargó el placer mientras ella entre murmullos ininteligibles le suplicaba que se detuviera y continuara en la misma medida.

La aprisionó con precaución y en un gruñido que rebotó en cada rincón de la habitación dejó escapar su placer... Ella volvió a encontrar el suyo cuando al salir de su interior él rozó su clítoris una vez más.

Erik se recostó bocarriba. Con un brazo cubrió el rostro mientras sentía como ella se colocaba de lado. No sabía si extenuada o por rehuir de él.

En definitiva, no volvería a probar el alcohol. En su cabeza maldijo a Helena, su cuñada, por colocar una copa tras otra frente a él. Se recriminaba a sí mismo por no tener control. En realidad, no estaba borracho, solo lo bastante desinhibido como para buscar a la persona que menos imaginó... De dos males, escogió el que menos iba en contra de sus creencias. En papel Mirela era su esposa, aunque su hermano insistiera en la validez de un contrato inexistente. Pero él sabía que ella tenía que esperar un tiempo establecido por su ley para sentirse libre en realidad y no respetó sus creencias.

Tras una bocanada profunda de aire decidió dejarla sola y que su presencia no la perturbara más... Se faltó a sí mismo, pero ella no tenía por qué pagar por su propio error. Giró para tapar el cuerpo de Mirela y no sintiera frío... Entonces los vio.

Como si al tocarla pudiera romperla acercó en cámara lenta la yema de los dedos a la espalda de ella y la acarició... latigazos. La espalda de Mirela estaba cubierta de ellos. Las cicatrices tendrían muchos años —veintitrés para ser exactos—. Y no como sus quemaduras que todavía estaban frescas y dolían al mover los músculos. Algunos azotes eran borrosos, pero otros provocaron cicatrices profundas que mostraban la saña y monstruosidad de la guerra.

Mirela contuvo el aliento y sus latidos se dispararon al sentir como besos y caricias apenas la tocaban en ese punto de vulnerabilidad... Lo que Erik la hizo sentir era muy distinto al deseo.

Una lágrima salpicó su mejilla al percibir una gota tibia recorrer un camino corto en su piel antes de ser absorbida.

—Erik... —Sus labios tiritaron y un nudo se formó en su garganta... Con su reacción él la dejó sin palabras. No se avergonzaba de sus cicatrices. Quienes debían sentirse ridiculizados eran los hombres que se las provocaron. No obstante, la reacción de Erik fue diferente. Para Karl sus golpes eliminaron su deseo y la obligó a cubrirse pues no deseaba verlas.

Mirela cerró los ojos e intentó tomar una bocanada profunda de aire para calmar el desboque en los latidos de su corazón. No sabía si pedirle a Erik que se detuviera o permitirle continuar. Sus besos y la delicadeza con la que recorría cada una de sus marcas debería ser prohibido.

—Erik... —susurró.

—Por favor... —Su aliento cálido entibió su oído antes de que besara con dulzura su hombro.

Un gemido angustioso escapó de la garganta de ella cuando sintió una nueva lágrima en su piel.

Erik apenas podía llevar aire a sus pulmones y su respiración era dificultosa. Sabía que ella era una sobreviviente de guerra, pero era solo una niña... Jamás debió recibir tal trato. Él nunca pensó encontrar algo así. Mientras él aborrecía sus cicatrices las de ella la engrandecían.

Al salir de sus pensamientos la sintió tensa y eso era lo menos que él deseaba provocarle... Al menos esa noche la adoraría, después pensaría en el error que cometía. Con delicadeza deslizó su mano hasta ese punto de ignición necesario para catapultarla al placer.

Un temblor se apoderó de ella cuando empujó una de las piernas y luego la otra para que se apoyara en las rodillas.

—Eres hermosa —le susurró al oído mientras continuaba ese vaivén lento en su botón de placer.

Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando ella comenzó a mover las caderas en una oscilación suntuosa y femenina.

Se acomodó entre sus piernas sin dejar de besarla como si con eso lograra borrar esas marcas que provocaban una desazón en él.

Se deslizó en su interior una vez más y con los brazos rodeó el espacio entre los senos y barriga para aferrarse a ella.

De un impulso logró que quedara sobre las rodillas, tal y como él estaba, mientras la melena negra de ella caía sobre su propia espalda. Un gruñido escapó de la garganta de Erik al percibir el cosquilleo en la piel.

—Recuéstate y sujétate a mí. —Su voz salió ahogada, cargada de súplica y veneración hacia la mujer tan suave, delicada y recia que se amoldaba a su cuerpo —. Será más cómodo para ti... princesa.

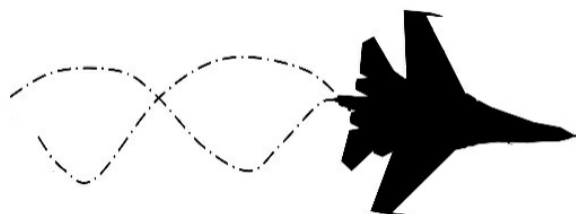
Ni siquiera él entendía qué le pedía con esas palabras pues era consciente de que no se refería solo a ese instante... Esas marcas lo cambiaron... Ella era admirable y el cúmulo de sentimientos que comenzaba a formarse lo asustó.

Gimió al sentir como Mirela se relajaba sobre él entretanto apoyaba la cabeza en su hombro y lo rodeaba con sus brazos. Poco a poco construyó su placer hasta que ambos renacieron.

Salió del interior húmedo y tibio y llevó a Mirela entre sus brazos para que se recostara en la cama. Ella intentó huir de su mirada... Pero Erik dibujó el contorno de su rostro con los dedos y acercó sus labios a los de ella para rozarlos.

Mirela respondió a esos besos sosegados y exploró la piel —tersa de un lado y con surcos en el otro— de Erik. Delineaba los pliegues, si bien, retiraba la mano con rapidez como si por tocarlo pudiera lastimarlo... Y es que ella nunca quería hacerle daño, no después de la grandeza en las caricias de Erik. Le dedicó miradas furtivas cuando los gemidos de placer se mezclaron con los de angustia. Al parecer exponerse de ese modo ante ella fue muy difícil para él. Profundizó el beso cargado de reverencia. Después, tendría tiempo para pensar.

9



Mirela se sentó en la cama y recostó la cabeza en las rodillas. Extendió la mano y acarició la ya marchita corona de rosas. Tendría que tirarla.

Con temor, llevó los dedos a los labios. Desde hacía una semana su esposo estaba de viaje y no sabía de él.

«¿Qué sucedió entre ellos? ¿Y por qué de pronto su matrimonio con Karl se sentía como una traición a Erik? ¿Por qué lo creía incorrecto? Cuando lo errado era que ella y él consumaran su matrimonio.», pensó.

Tomó un baño y se preparó. Al abrir la puerta tropezó con un sobre, se inclinó para levantarlo del suelo y lo rompió sin conocer su contenido. Con saber que el remitente era Karl le era suficiente para no desear abrirlo pues no tenían nada más que decirse.

Bajó las escaleras con un paso lento y atravesó la sala para salir de la mansión. Le gustaba recibir el alba en el jardín. El padre de Erik la acompañaba, aunque fuera a esa hora. En esos días descubrió que su suegro guardaba silencio incluso en las terapias de habla que intentaban que tomara.

En cuanto llegó, se colocó en dirección a la Meca y le oró en alabanzas y misericordia a Alá, pues más que nunca, necesitaba su guía. También dedicó parte de su rezo al bienestar de Erik, por un retorno favorable e incluyó a su suegro para que cooperara en su recuperación.

Al terminar, ella se puso en pie y observó los primeros rayos de sol del amanecer. Siempre le sorprendía la fiereza del anaranjado en el cielo mientras platicaba con el padre de Erik. Todas las palabras que él no decía salían a través de sus labios. Le contaba sobre sus días de controladora aérea, a veces le hablaba de su madre, mas nunca de lo que sucedió con Karl y cómo ella misma involucró a Erik.

Acompañaba a su suegro en su recorrido por el jardín donde él se aseguraba que cada rosa tuviera el cuidado necesario.

Cerca de las ocho de la mañana llegaba el desayuno para ambos, y junto con él, los empleados se aseguraban de que ella recibiera el periódico nacional. En cuanto terminaban Signe llegaba y Mirela se retiraba. En su caminata ella escuchaba a la condesa reír y susurrar como si fuera una jovencita junto a su primer amor.

La boda aún era noticia de primera plana. En esa ocasión se destacaba la fiesta en honor a los novios. En las fotografías se mostraba como las invitadas hacían fila para besar al príncipe de Preslav, algunas incluso en los labios.

«Príncipe... Después del matrimonio Karl se convirtió en un príncipe. Sus caminos se alejaban más y más. Al menos Erik era un caballero y su vida no se vería tan afectada por la presencia de ella.», pensó.

Solo quería llegar al término de su embarazo, así Erik podría recuperar su vida después. Sin embargo, tenía que decírselo pues él procuraba hablarle con la verdad. Ella consideraba que lo que hicieron fue una locura, ya que, ambos vivían una vida que nunca debió ser. No podía derramar una lágrima más por Karl. Y Erik...

Se prohibió pensar en él pues su mente reviviría aquellas caricias que la adoraron. Observó el periódico una vez más. Pasó los dedos encima de la fotografía de Erik donde tenía la cabeza baja, era durante la ceremonia.

Le preocupaba la percepción que tendría la ciudadanía sobre él por su matrimonio... Ella no quería lastimarlo de ninguna forma.

Deseó pasar la página, sin embargo, se detuvo. Una de las fotografías era en la boda y el rostro de la novia estaba a centímetros del de Erik. Como si fueran a besarse, pero él giró el rostro en el último segundo.

Mirela colocó la mano en el pecho para detener la hoguera que la abrasaba. Se preguntó, por qué, esa simple fotografía le impactó más que las miles que había sobre Karl. Tal vez porque Erik le pidió que fuera discreta si era infiel y él salía en el periódico nacional. « ¿Tendría ella derecho a pedirle lo mismo? ¿Cuándo no se le ocurrió hacerlo mientras acordaban las cláusulas de su matrimonio? », se preguntó.

Al levantar la cabeza se encontró con la mirada escrutadora de su suegro.

—No entiendo lo que dice. Tal vez usted debería enseñarme el idioma — Su rostro tenía una sonrisa incierta.

—P—pa para este viejo... Tu petición e— es un de— decreto.

Ella no pudo contener la solitaria lágrima que encontró la salida. Él la tomó de las manos con la firmeza que su voz no le permitía.



Erik llegó a media mañana del siguiente día luego de un tour real. Fue un compromiso pautado desde hacía cinco meses, después de todo, él era el secretario general del Consejo Nórdico. Se le permitió abandonar sus funciones por lo sucedido hacía seis meses, pero la condición de su madre fue que luego de la boda de Karl tenía que regresar a ocupar su lugar en la familia.

Lo que nadie esperaba era que el caballero encontrara el amor en ese tiempo y mucho menos que tuviera una boda de la que nadie escuchó hablar. Así que, cada uno de los países que visitó, deseaba conocer a su esposa y compartir con ella. En un intento de analizarla y ser los primeros en descubrir sus fallas.

Durante el viaje recibió una diversidad de regalos destinados a la feliz pareja. El protocolo dictaba que los obsequios debían ser enviados al mariscal de la corte, pero, como las casas reales se enteraron después de ocurrido el evento, cada una decidió hacer un donativo a la organización sin fines de lucro del propio caballero dirigida a los soldados que tenían accidentes y sus familias. Además de entregarle un detalle representativo de cada país.

Al entrar a palacio Erik le preguntó al personal por Mirela, ya que, le pareció extraño no verla en el jardín junto a su padre. Sabía de sus encuentros, pues sus subordinados insistían en llamarlo durante su viaje para informárselo.

Él no podía acercarse. Erik no entraba al jardín, pues no deseaba causarle dolor al hombre que le dio la vida, y eso era lo que sucedía cada vez que lo veía. El antiguo duque de Gotland lloraba con amargura al tener de frente a su hijo mayor.

Erik no comprendía el proceder de Mirela. En Suecia no existía ese arraigo a la familia o comunidad. Se le dificultaba esa devoción de ella por un hombre que no respondía a ninguna de sus palabras, el deseo de dedicarle un par de horas en el día. No obstante, lo valoraba y agradecía.

Sin embargo, nadie en el palacio conocía en dónde se encontraba ella.

Abrió la puerta de la habitación que compartían. Durante su ausencia tuvo tiempo de reflexionar y decidió no esconderse de ella como lo hizo desde el día en que partió. Mirela no rechazó sus avances y después... No quería pensar en la delicadeza de ella al tocarlo todavía la podía sentir en su piel.

«Tienes que olvidarlo. Es la mujer de tu hermano y en su vientre carga con tu sobrino. Además, no la amas.», pensó.

Frunció el ceño al encontrar un hiyab rosa encima de la cama, si bien, ella no estaba allí. Una especie de punzada lo estremeció pues sabía que Karl le envió varias cartas a ella en su ausencia.

«¿Y si ella lo dejó? ¿Si su hermano después de todo decidió comportarse como una persona responsable de sus acciones?», se preguntó. Erik no podría culpar a Mirela si escogió al hombre que amaba sobre él.

Se acercó al baño y tocó a la puerta antes de abrirla... Estaba vacío. Recorrió la habitación con la mirada una vez más. Entonces escuchó un gemido y caminó hasta el lugar.

Erik abrió el armario y la encontró sentada mientras abrazaba sus piernas y escondía el rostro entre ellas. A sus pies, el panfleto que envió el gobierno a todos los hogares suecos exhortando a la ciudadanía a prepararse para lo peor y a nunca rendirse... Se hacía hincapié en que se le haría frente al enemigo hasta las últimas consecuencias.

Él se acuclilló y guardó el panfleto en el bolsillo interior del saco.

—Mirela... —Tuvo que susurrar pues su garganta le falló. Lo que encontró fue muy diferente a lo que imaginó... Un sollozo escapó de la garganta de ella—. No tienes de que preocuparte. Antes de que cualquier cosa suceda te sacaré de aquí.

—Entonces es cierto —musitó ella mientras un cúmulo de lágrimas abandonaba los hermosos ojos de regaliz.

—Sí. Rusia realizó ejercicios militares muy cerca de la frontera. Incluso ha invadido nuestro espacio aéreo. Si la guerra estalla no podría ser terrestre ya que el estrecho de Suwalki es un bastión ruso. Solo se podría atravesar por Suecia, en específico el mar Báltico... Gotland es el guardián de esas aguas. —Él guardó silencio para permitir que ella absorbiera la información—. ¿Preferirías que les mintiéramos a nuestros ciudadanos?

—No... —Ella negó con la cabeza con vehemencia—. Pero son una isla... No hay a dónde escapar.

—Ese panfleto pretende prepararnos. Esta es nuestra tierra y la vamos a defender.

Ella asintió ante su seguridad, si bien, él reconoció el miedo en su mirada. Ese fue el motivo que lo detuvo por casi dos semanas, indeciso en convertirla en su esposa o no. Pero al percatarse que ella corría el mismo peligro, en su propia tierra, lo ayudó a estar en paz con el hecho de mantener a una sobreviviente de guerra en un país que estaba a punto de entrar en una. En esos días fuera de casa, se prometió a sí mismo que ella jamás recibiría otro

golpe. La protegería, aunque eso significara hacerlo del hombre que amaba.

Le extendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Sin querer, sus dedos se enredaron en el largo cabello por unos segundos y, el recuerdo de su sedosidad en la espalda, lo obligó a reprimir un gruñido. Él no tendría contacto físico con ella. No quería imaginar lo culpable que Mirela se sentiría por faltar a su ley porque él no se pudo controlar.

Al parecer solo hasta ese instante ella se percató que no llevaba el hiyab, pues se alejó de él y llegó hasta el tocador para cepillar el cabello y recogerlo en un moño bajo y sobrio. Poco a poco la respiración de ella volvió a la normalidad como si su presencia lograra calmarla.

—No tienes que usarlo. —Erik intentó ocultar el temblor en sus labios al decir esas palabras, ya que, de ningún modo pretendía imponerle sus creencias.

La mirada de Mirela se iluminó mientras colocaba la última horquilla para mantener el cabello en su lugar.

—De hecho, muchas bosníacas no lo hacen.

—¿Por qué tú sí? —Él abrió los ojos ante su propia pregunta. Sabía que frente a los esposos las mujeres islamitas no utilizaban el hiyab, así que, presentía que ella aún lo creía su cuñado y no supo descifrar cómo eso lo hacía sentir.

—Cuando intentan exterminar lo que eres y aquello en lo que crees, te aferras a todo lo que te identifique. El hiyab es parte de mi identidad como mujer y como ciudadana.

—Discúlpame por sugerir que no lo utilizaras.

—Nadie me obliga a hacerlo, Erik. Es mi elección. —Lo observó a través del espejo.

Ella colocó la prenda en la cabeza, la ajustó al marco de su rostro y se aseguró que ninguna parte del cabello fuera visible. Dejó un extremo mucho más largo que el otro. Entonces unió las dos puntas en la barbilla y ubicó la parte corta bajo la larga, a la cual, llevó de un hombro a otro, lo que creó unos pliegues perfectos sobre la cabeza. El doblez corto lo ocultó dentro de la camisa y con el tramo largo rodeó el cuello y guardó el restante dentro de la camisa una vez más. Erik se quedó embelesado con el ritual. No se sabía dónde comenzaba o terminaba la pieza. Daba la sensación de armonía y elegancia... como ella. Él tuvo que aclarar la garganta para decir —:

—Antes del viaje me atreví a organizar la cita con la comadrona y llegará a revisarte en una hora. —Levantó la mano izquierda y miró el reloj

para cerciorarse—. ¿Podrías avisarme? Tengo que adelantar mis labores. Entre ellas escribir varias cartas por los regalos que nos han enviado.

Con el juego de sombras en la mano ella frunció el ceño y giró para fijar por un segundo la mirada en él.

—¿Regalos? Y ¿Me incluyes?

Él asintió mientras caminaba hasta la puerta, le urgía reunirse con sus subordinados, sin embargo, quería asegurarse que ella estuviera bien. El deseo de abrazarla y jurarle hasta que le creyera que él nunca la dejaría en Gotland, si la guerra comenzaba, lo consumía.

—Por nuestro matrimonio.

—¿Por qué?

Él mantenía la mano en el pomo de la puerta. Era la clase de conversación a la que no estaba acostumbrado, y, con la que se sentía muy incómodo. Aceptó los regalos, eso era lo que se esperaba de ellos. Correspondía enviar notas de agradecimiento por el detalle, ese era el protocolo. No obstante, decidió explicarle pues era consciente de que ella no conocía esa vida. Intentaría inmiscuirlo lo menos posible, pero, aun así, debía entender las reglas para que no la creyeran inferior a él e incluso poder delegar en ella algunos asuntos.

—Todas las casas reales envían un regalo cuando hay algún enlace matrimonial.

—Pero eso será para Helena y... —Él se percató que no pudo terminar la oración. «¿No se permitía mencionar a Karl por respeto a él? o ¿porque el dolor era insufrible?», se preguntó.

—Es para nosotros, Mirela. En fin...

La notó ausente por un instante y se preguntó qué pasaba por la cabeza de ella cuando se perdía en sus pensamientos.

—Yo escribiré las cartas. —Ella fijó la mirada en él unos segundos. Erik no comprendía por qué no se permitía observarlo por más tiempo. Si es que aun sentía vergüenza con él.

Él soltó la puerta y dio un paso, aunque, al percatarse se contuvo. Abrazarla o tenerla cerca no era conveniente pues tenía muy presente la pasión y entrega de ella.

Antes temía que le arrebatara la vida. Desde que le hizo el amor lo atemorizaba que se adueñara de su corazón. Si era honesto consigo mismo eso jamás lo previó. Pero esos días fuera, extrañó el *fika* y la manzana que compartían. Por algún motivo, durante esos momentos, él lograba relajarse por

completo y olvidar las obligaciones que tenía, quizás por la insistencia de ella de hablar sin parar.

Cuando abrió su maleta en Noruega, el primer país que visitó, encontró una nota y dos camisas adicionales que le fueron de utilidad durante unas actividades que transcurrieron fuera del itinerario. En la nota, Mirela le agradecía por su regalo y le explicó la importancia de las manzanas en su vida. También prometía conocerlo mejor y así poder entregarle algo que fuera importante para él, sin saber que ya lo hacía al acompañar a su padre.

—¿Segura?

Ella giró y lo observó a través del espejo una vez más. La manzana de Adán de Erik hizo un movimiento brusco cuando ella acarició sus labios con la barra color melocotón.

—Sí. El matrimonio es de los dos... Así lo decidimos.

Ella levantó la mirada otra vez para fijarla en él. Un quejido escapó de su garganta pues ella parpadeó en ese momento y a él le pareció un movimiento sensual.

—Bien. Lo haremos después de la cita con la matrona. —Para ese instante él ya salía de la habitación. Confiaba en que Mirela lo escuchara.

Erik bajó los escalones de dos en dos. Con paso firme atravesó el pasillo que separaba el área de su hogar de las oficinas. Su rostro se mantuvo pétreo cuando algunos de sus subordinados pasaron junto a él.

Al llegar a su despacho, se detuvo frente a su asistente.

—Quiero a todos en mi oficina.

Entró al lugar y caminó hasta los ventanales con los puños en los bolsillos. En segundos escuchó el abrir y cerrar constante de la puerta. Sin embargo, continuó dándoles la espalda. Su mirada estaba concentrada en Mirela, quien, llegaba junto a su padre y se disponía a empujar la silla de ruedas de este para acompañarlo a revisar sus rosas.

Solo cuando él no escuchó más la puerta, giró. De inmediato los presentes llevaron la mano a la sien en un saludo militar.

—Buenos días —les dijo en ese tono neutro que ellos tan bien conocían, si bien, una especie de nerviosismo provocado por el coraje era dueño de él—. ¿Quién de ustedes fue el que le dejó el panfleto a mi esposa? —Los subordinados, cerca de cincuenta, ni se inmutaron ante la pregunta—. Hasta el momento los consideraba hombres y mujeres dignos representantes de Suecia. ¿Quieren enaltecer el orgullo patrio? ¿Defender nuestra identidad nacional? Entonces manténganse como hasta ahora. ¿Desde cuándo un sueco interviene

en la vida personal de otro? Si de algo estamos orgullosos es de esa individualidad que nos caracteriza y sobre todo el respeto a la privacidad de nuestros congéneres. Es la única intrusión que les permitiré. Si vuelven a hacerlo serán despedidos y no me importará que algunos hayan trabajado para mi familia mucho antes de mi nacimiento.

Erik esperaba que el comando en su voz fuera advertencia suficiente. Él no era el mismo... No desde aquel día y estaba consciente de que todos lo sabían. De lo que no estaba seguro era de que aún lo consideraran un hombre con autoridad.

La comadrona llegó a la hora estipulada. Mirela se sintió aliviada cuando la mujer le habló en un perfecto inglés.

Ella se aseguró que su suegro se encontrara bien antes de caminar junto a la recién llegada para entrar a palacio.

—Hola, soy Mirela Imamović. Gracias por venir a verme. —Llevó la mano derecha al corazón y se inclinó ante la mujer. No le pasó desapercibido las dudas de esta pues al parecer no sabía cómo responderle.

—Wilma Nilsson, *dam*^[12]. —La matrona apretó el bulto que cargaba con las dos manos.

Llegaron a la sala de la mansión donde Mirela le ofreció asiento a Wilma y una taza de café.

—Iré por Erik. Él deseaba estar presente en la revisión.

—Solo te haré varias preguntas y tomaré algunas muestras —dijo la matrona mientras sacaba un kit del bulto y lo colocó sobre la mesa de centro.

—Pero él insistió. Solo serán unos minutos.

Mirela caminó de prisa para llegar a la oficina de su esposo. No sabía si hacer esperar a la matrona se consideraría una falta de respeto por su parte, pero Erik se tomó la molestia de agendar esa cita y por algún motivo ella deseaba que estuviera presente. Después de todo era al único a quien le importaba su bienestar y el de su bebé.

Llegó hasta el despacho con pasos inciertos. Suspiró y sonrió al leer el nombre de Erik en la puerta. En cuanto fue a entrar un hombre se interpuso en el camino y colocó la mano en su pecho para impedirle el paso.

Ella dio un respingo y se alejó de él. Tendría que volver a purificarse... Un escalofrío recorrió su espalda ante la mirada del otro.

—¿Qué desea? —Ella advirtió cómo el labio superior del hombre se

levantaba y sus ojos parecían de fuego.

—Él me pidió que le avisara cuando...

—El —El asistente la atajó, si bien, hizo una pausa—. ...caballero está en una reunión muy importante en este momento. No puede interrumpirlo.

—Pero él...

—Yo le diré que estuvo aquí. —El tono del hombre manchado de superioridad.

Ella ojeó la puerta y al asistente en repetidas ocasiones, no obstante, asintió y se marchó.

Wilma frunció el ceño cuando ella regresó sola con una sonrisa autoimpuesta y sumida en sus pensamientos.

—¿Habrá un lugar más privado, *dam*? —Mirela agradeció que la mujer la distrajera.

Subieron en silencio hasta la habitación. El espacio era muy cómodo. Un dosel cubierto en oro en forma de dos flechas entrecruzadas y al centro un círculo, desde donde caían unas pesadas cortinas en azul turquesa y bordes dorados era el punto focal. Debajo se encontraba una cama King size de la que Mirela no estaba segura fuera idónea para la altura de Erik. Completaba el conjunto un marco central en la pared con papel tapiz y molduras en oro. El emblema real de tres coronas —colocadas en dos y una— se multiplicaba a través de este.

Una gran ventana dejaba pasar la luz natural y permitía la vista al jardín. Al lado se encontraba el tocador con tope de mármol y un espejo de techo a piso. Muy cerca estaba la doble puerta del armario donde se refugió esa mañana. Mirela podría sentirse abrumada, pero los muebles y paredes en blanco, además del piso en madera natural, le ofrecían el balance perfecto.

—Es un lugar hermoso. —La matrona sonrió con tirantez cuando por fin logró captar la atención de su paciente. Extendió la mano para entregarle un frasco—. Por favor, necesito una muestra de orina.

Mirela no pudo ocultar la sonrisa que floreció en sus labios al encontrarse con Erik cuando salió del baño. Su desasosiego se evaporó. Él la esperaba en el sillón *bergère* para dos que quedaba junto a la entrada.

Se acercó a la matrona para entregarle la muestra y se sentó al lado de él, asegurándose de no tocarlo. Wilma sacó lo necesario para extraer una muestra de sangre. Mientras tanto le realizó un cuestionario para conocer su estilo de vida y antecedentes familiares.

Ella le habló sobre el cáncer de pulmón que padeció su madre por casi

cuatro años y de ese ritual de comer una manzana bañada en almíbar por si tenía que abandonarlo.

Bajó la manga de la blusa al mismo tiempo que él esclarecía sus dudas sobre el embarazo. Una risita se atoró en la garganta de Mirela pues él pretendía que todo transcurriera en un itinerario estricto. Incluso exigió que ella participara desde ya en una clase de Lamase^[13].

—¿Todo va bien? —Él movía la pierna derecha de arriba abajo sin parar. Al verlo así, Mirela colocó la punta de los dedos de la mano izquierda sobre la rodilla derecha de él en un intento de transmitirle seguridad. Las mujeres traían niños al mundo desde el inicio de los tiempos. Sin embargo, ella pensó que ese gesto logró alterarlo más.

—Por el momento sí, alteza —respondió Wilma al sonreír por primera vez.

Un rubor tenue cubrió las mejillas de Mirela cuando Erik envolvió la mano que ella mantenía sobre la rodilla con la suya, ya que, se sintió cálido y familiar.

—¿Y para cuándo nacerá? —La sonrisa de ella se amplió cuando él insistía en tratar el asunto como a un meteorito que debía mantenerse bajo la más severa observación—. ¿Usted está segura de que esos exámenes es lo único que necesita? ¿No será conveniente un ultrasonido? ¿Cómo sabremos que está bien?

—Todo está bien, alteza. Su esposa es una mujer saludable que lleva un estilo sano por lo que hemos dialogado. No la sometamos a análisis innecesarios. Respondiendo a su primera pregunta, yo calculo que nacerá entre la semana cuarenta y ocho y cuarenta y nueve del año. Una fecha aproximada sería el 8 de diciembre.

Erik fijó la mirada en Mirela. Levantó su mano de la rodilla, la entrecerró entre las suyas y las rozó con sus labios.

—Bien. ¿Tú tienes alguna duda, Mirela?

—No. Muchas gracias por todo, Wilma

Mirela llevó la mano derecha al corazón en agradecimiento. Se puso en pie pues él aun sostenía su mano.

Caminaron despacio por los breves pasillos de la mansión. Ella le dedicaba miradas furtivas para poder admirar el porte y elegancia de Erik al caminar.

Mientras Erik disfrutaba de su tibieza, suavidad y hermosura... Hasta ese momento comprendió cuánto la extrañó.

—Nos veremos en la semana treinta y tres del año, *dam*.

La matrona se retiró. No sabía qué sentir. La bosníaca la trató con mucho respeto y no cuestionó sus consejos. Además, ran una de las parejas más hermosas que observó en muchos años. Y pensó que sería muy fácil llevar ese embarazo.

Erik aprisionó la mano de Mirela. Ella se colocó frente a él y levantó la cabeza para poder observarlo, aunque, la mirada recaía en sus labios. Para poder encontrar sus ojos él tendría que inclinarse.

—¿Te avergüenza que yo te acompañe a la revisión? ¿Por eso no me avisaste?

Ella negó con la cabeza.

—Tu asistente me dijo que tenías una reunión importante. Y lo que tú provocas en mí es... —Guardó silencio porque no sabía cómo terminar esa frase. Se sentía más tranquila por él estar en casa. «¿Acaso eso era posible?», se preguntó. Tenía que admitirse a sí misma que extrañó que compartieran la manzana. Era el momento en que podía deshacerse de lo que ocurría durante el día. El silencio de las personas a su alrededor, esa ceja levantada porque se atreviera a mover algo, los labios superiores en una mueca si es que se le ocurría preguntar cualquier cosa... Pero también era algo más, no obstante, todavía no entendía qué—. Si hay alguien con quien compartiría todo esto es contigo.

Él asintió. Ella era muy consciente de que aún llevaba su mano entre la suya. Caminaron despacio como ella lo hacía. Mirela todavía sentía la algidez en sus pies al pensar que en esa isla su andar encontraría fin.

Con disimulo, ella se quedó varios pasos atrás cuando él se dirigió hacia su despacho. No le pasó desapercibido que, en cuanto la matrona se fue, su porte áspero se tornó zafio y hasta déspota.

Él se plantó frente al asistente, que no le permitió el paso hacia una hora, y en un tono gélido, que provocó que ella mordiera el interior de su pómulo, dijo —:

—Estás despedido.

Mirela no se engañaba, sabía que Erik era militar. Lo que no tenía claro era si él seguía órdenes o era quien las exigía.

Rezaba con fervor por él, para que siempre fuera un hombre íntegro. Quizás a ella le correspondía ese camino porque Alá requería que eliminara sus prejuicios. En esas semanas en Gotland entendió que un hombre podía llevar uniforme y ser tan vil como Karl o tan recto como Erik. El atuendo solo

era la excusa para permitir aflorar su verdadero yo.

Entraron a la oficina. Erik la acompañó hasta el sillón estilo Luis XV con finas molduras. Frente a él una mesa de centro en madera donde una variedad de objetos los esperaba, junto a ellos una bandeja de plata con una greca de café y una torre de tres pisos con rollos de canela, galletas y diversas tartas.

En esa ocasión se sentaron uno al lado del otro. Se sirvieron del brebaje oscuro y caliente además del dulce de su predilección. Durante unos minutos se mantuvieron en silencio por lo que acababa de ocurrir.

Un ventanal ejercía de pared por lo que la luz natural iluminaba el espacio. Recogidas con elegancia se encontraban unas cortinas en color crema. Un candelabro en oro y el más fino cristal apuntaba al escritorio simple y varonil con un sillón orejero de cuero. Detrás un fresco cubría la pared con la imagen de la propiedad y sus alrededores. La sobriedad del lugar representaba al hombre que utilizaba el espacio.

Luego de algunos sorbos de café, Erik guio a Mirela a través de los obsequios, informándole sobre quién se lo entregó y a qué país pertenecían.

—Creo que es un florero. Tu padre tiene uno parecido en el jardín.

—Y yo que es una ensaladera.

Ambos se observaron con el ceño fruncido. Un brillo cubrió sus miradas y sus labios dibujaron una sonrisa incierta hasta convertirse en una carcajada unísona pues la idea del otro era muy absurda.

Tras una bocanada de aire, Erik sonrió pues ella tampoco sabía para qué eran la mayoría de las cosas. Sus hombros poco a poco se relajaron y decidió que enviarían una tarjeta de agradecimiento genérica para evitar equivocaciones.

—No te preocupes. —Mirela fijó la mirada en cada objeto como si al observarlos durante mucho tiempo pudiera descubrir cuál era su utilidad—. Encontraré dónde colocarlos... En fin —Giró hacia él y su sonrisa iluminó el despacho—, si me dices dónde tienes el papel y los bolígrafos podrás regresar a tus labores.

Él asintió mientras cubría por un segundo los labios con su mano derecha. Planeaba que catalogaran los objetos y los enviaran a la bóveda familiar como dictaba el protocolo, pero al ser partícipe del entusiasmo de ella cambió de parecer. Se haría como ella deseaba, así quizás podría sentir ese lugar como su hogar.

—¿Le escribirás una nota a cada uno? —Él soltó la taza de café y mordió el último pedazo de rollo de canela que le quedaba.

—Sí. —Ella inclinó la cabeza hacia un lado y luego al otro. Entonces lo observó—. ¿No se hace así?

Erik levantó un hombro y lo dejó caer.

—Es al gusto de los novios. Aunque, lo que todos desean es conocerte.

Mirela llevó la mano al pecho. Solo hasta ese momento, cuando ella creó distancia entre los dos, se percataron cuan cerca estaban el uno del otro.

—¿Y – y eso cómo podría ser?

«¿Por qué tanta reticencia a que los vieran juntos? ¿Cómo era que lograba relajarla cuando estaban solos, pero a ella le angustiaba cualquier instancia social?», se preguntó él.

Tras una bocanada de aire, Erik apoyó los codos en los muslos e inclinó la cabeza. Por un segundo no supo qué hacer... Llevó los dedos al puente de la nariz. Entonces ladeó la cabeza con la mirada perdida en algún punto del suelo.

—¿Te parece si nos fotografiamos? —No podía creer que estaba a punto de hacer aquello de lo que huyó durante meses.

«¿La juzgarían solo por utilizar un hiyab? ¿Podrían ver más allá de la imagen y descubrir a esa mujer generosa y devota que él poco a poco conocía?», pensó.

Mirela abrió los ojos en exceso. Cuando Karl se fue, ella decidió investigar a ese hombre que le robó el corazón en solo días. Hizo una búsqueda exhaustiva, pero no halló fotografías o indicios de él... Erik, duque de Gotland, no existía en el mundo virtual o medios de comunicación. Por eso, que él verdadero, le propusiera capturar su unión para siempre y convertirla pública la dejó sin habla.

«¿Las personas se percatarían que no se amaban? ¿A través del lente podrían ver que ella estaba junto a él solo por su protección? ¿Ella podría exponerlo de esa manera?, se preguntó.

Esas dudas no les permitieron relajarse. En las decenas de fotografías sus hombros se veían tensos y sus sonrisas congeladas.

Cerca de la una de la madrugada Erik entró a su despacho luego de jugar al tenis de baja intensidad durante noventa minutos. Hacía un par de horas que estuvo con Mirela en la cocina y ella ya dormía con sus ojos llorosos en la habitación. Él se acostaría hasta que se sintiera exhausto para asegurarse de que, en el momento que apoyara la cabeza en la almohada, se quedaría

dormido.

Entrecerró los ojos cuando su teléfono vibró con una notificación. Al abrir la aplicación de mensajes encontró una fotografía. Mirela y él estaban juntos. La tomaron esa misma noche, en el instante en que ella preparaba el café para compartir la manzana. Una gran sonrisa lo tomó desprevenido al recordar el momento. Su corazón latía más vivo que nunca.

Ella dio un salto a mitad de la preparación y él se acercó lo más rápido que pudo. Mirela contenía el aliento y su rostro mostraba un dejo de palidez que le aceleró el corazón. Entonces ella sujetó la barriga lo que provocó que su manzana de Adán hiciera un movimiento brusco. Las palabras se quedaron atoradas en la garganta y por un segundo se paralizó.

El rostro de su esposa se iluminó en una mezcla de risa y lágrimas. Él llevó la mano al vientre, sin siquiera pensar que existía la posibilidad de que lo rechazara. Pero ella arrastró su mano a través del abdomen. Entonces colocó la muñeca izquierda en su hombro, la mano descansaba en la nuca, entretanto los dedos jugaban con el corto cabello de él.

—Si no quieres que papá me levante en brazos y tengamos que perder una noche en el hospital, tendrás que volver a hacerlo. —El tono meloso lo hipnotizó.

Ella fijó la mirada en la suya, consciente o no de sus palabras y acciones... La fotografía captó ese momento. Ambos se observaban. Su propia mirada era expectativa.

Erik acarició la pantalla del aparato, la sonrisa de ella era la causante de su insomnio y de que se sintiera como un hombre invencible. «Papá» pensó que jamás escucharía esa palabra dirigida a él.

Observó el remitente, era un número privado. El mensaje leía: «No encontrarás a otra mujer como la que tienes a tu lado. Olvídate de los demás y crea tu propia historia porque ella es admirable.»

Abrió otra de las aplicaciones en su teléfono. Lo único que pudo descubrir era que el mensaje provenía del interior de la mansión, por lo que, debía ser alguno de sus subordinados. Lo investigaría después para asegurarse que no fuera una amenaza latente.

Él suspiró y volvió a sonreír. En su mano aún sentía el empujón causante de todo el revuelo... El bebé lo saludó por primera vez esa noche. Volvió a observar la fotografía. Era demasiado íntima como para compartirla con personas que solo deseaban criticarla a ella.

Unos minutos después le llegó otro mensaje.

En esa ocasión Mirela limpiaba el labio inferior de él con el pulgar derecho. En el plato entre ellos solo quedaban los restos del postre que compartieron. Ambos sonreían pues segundos antes decidieron comenzar a comprar las cosas del bebé, ya que destinó la habitación junto a ellos para él. Si bien, era muy consciente de que dormiría en la misma habitación que ellos durante meses.

El mensaje que acompañaba la imagen decía: «Tienes razón, muchacho. La primera fotografía es solo tuya. Para que nunca olvides lo que tienes y puede llegar a ser... ¡Oh! Y esa investigación que ya estás ejecutando para saber quién soy solo te llevará a un camino sin salida... Considérame tu hada madrina.»

Mientras se ponía en pie Erik rio, solo una persona utilizaría esas palabras... Sus ojos se humedecieron.

La única responsable de ese cambio era la mujer en su habitación. Al siguiente día le mostraría la fotografía con la manzana, y, si ella se sentía cómoda, enviarían una copia junto a las notas de agradecimiento.

Pero en ese momento él se recostaría en la cama y la abrazaría hasta que dejara de llorar, aunque no comprendiera si su aflicción era por la posible guerra o todavía lloraba por Karl... Y él no quería pensar en cómo eso lo hacía sentir.

Sin embargo, la sintió removerse entre sus brazos hasta girar y esconder el rostro en su pecho.

—¿Quieres contarme? —Erik tuvo que aclarar la garganta al sentir la humedad en sus mejillas.

—Extraño los consejos de mamá. —Mirela guardó silencio unos minutos mientras él en un ir y venir acariciaba su espalda. Entonces añadió —: Cuéntame un cuento.

—¿Qué? —Él entrecerró los ojos ante la extraña petición.

—No te he escuchado en una semana. —La voz de ella era somnolienta.

—¿No fue suficiente todo lo que hablé hoy?

—Quiero más... La firmeza en tu voz... Podrías considerar ser asistente de vuelo. Estoy segura de que todos le prestarían atención a las instrucciones en caso de emergencia.

Una risita afloró de la garganta de Erik

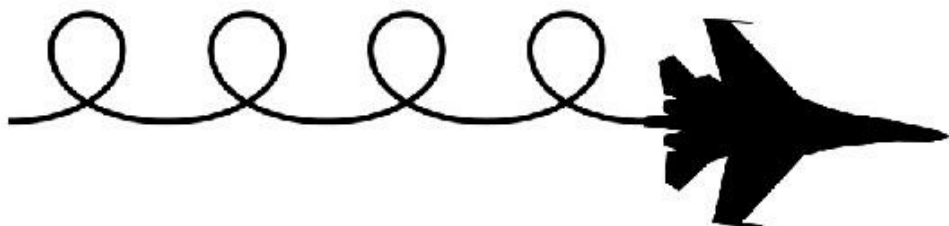
—De hecho, lo hice... En mi etapa de rebeldía.

—¿Tú sabes lo que es eso? —A él no le pasó desapercibida la burla en su adormilada voz.

—Mi padre me hizo olvidarla cuando me sometió a un tratamiento laser para borrar un tatuaje horrible. —Él la sintió acomodarse entre sus brazos otra vez. Abrió el cajón de su mesita de noche, buscó la página y dijo —: «Dominaba una vez en un país una enorme aflicción^[14]...» —Una miríada de emociones la recorrió mientras él leía. Erik se sintió engrandecido pues ella recurrió a él, si bien, no le dijo el motivo de su congoja. Al terminar ella dijo —:

—Es una historia terrible.

—Todos los cuentos lo son. Ninguno tiene un final feliz.



Helena chocó con una apurada Mirela Imamović a la salida del aeropuerto. En la mañana escuchó a Eric decir que la mujer tenía una entrevista de trabajo y por eso estaban en palacio.

—Discúlpeme, su alteza real. —Se percató de cómo la bosniaca desvió la mirada con disimulo hasta la entrada del lugar. Allí, un malhumorado Karl golpeaba la puerta de cristal que se hizo añicos por el impacto.

—¿Te encuentras bien, Mirela?

Helena la conocía muy bien. Sin embargo, no la culpaba del distanciamiento con el hombre que amaba. Eso sucedió meses antes de su llegada. Cuando un solo suceso cambió el destino de todos y por algún motivo involucró a la extranjera de facciones arrebatadoras. Cualquiera hombre se enamoraría de ella, incluso el que alguna vez fue suyo.

—Sí, su alteza real. —Las manos de la mujer temblaban y su mirada estaba fija en uno de los taxis que se encontraban en la salida.

—¿Por qué no nos tomamos un café?

Para ese momento Karl parecía un toro a punto de embestir a su presa. Helena observó como la mujer perdía ese color olivado en la piel y con pasos torpes comenzó a alejarse de ella.

—En otro momento, prin... su alteza real.

Ella se alejó en un trote poco seguro mientras Karl con el rostro rojo y los puños firmes intentaba alcanzarla.

—Estamos en público. ¿Crees que podrías disimular un poco? Es tu cuñada. —Una sonrisa maliciosa desfiguró por un segundo el rostro angelical de Helena.

—Vete al diablo —resopló él al pasar como una ventisca gélida por su lado.

La bosníaca alcanzó a subir al taxi que se alejó ajeno a lo que sucedía. De hecho, nadie lo notó o quizás pretendieron no hacerlo. Karl restrelló el pie derecho contra el suelo mientras lanzaba los puños al aire.

Helena conocía el motivo de la furia del hombre con quien compartía la cama. Esa mañana palacio emitió en redes sociales la primera fotografía de Erik en meses. Frente a él se encontraba Mirela Imamović y por la intimidad que trasmitían, era evidente que ninguno de los dos fue consciente de la instantánea.

—Ni se te ocurra llorar en público. —El tono amenazante de Karl amedrentaría al más valiente, pero no a ella quien toda su vida estuvo rodeada de hombres intransigentes.

—Soy una princesa y sé cómo comportarme. Yo sí presté atención a mi educación.

Una risa cínica escapó de la garganta de él.

—¿Estudios dices? Esa palabra es muy ambiciosa para ti. Solo cuando seas una controladora aérea podrás presumir de tu carrera.

Helena reprimió las lágrimas y mantuvo la cabeza en alto. Las princesas eran serenas y ella no defraudaría a sus padres. Además, él estaba en un error. Ella era políglota y una de las más importantes literatas de su país.

Con paso firme y ese destello que siempre la acompañaba entró al avión privado que los esperaba. Recorrerían Europa en un tour real. En los próximos siete días visitarían treinta y dos ciudades y tendrían una infinidad de compromisos pautados pues todos querían compartir con los recién casados.

Como sucedía siempre que volaban, Karl fungió como el copiloto mientras ella tomaba asiento con delicadeza. Siempre al cuidado de no cruzar las piernas o los brazos pues ese comportamiento era poco femenino.

—Déjenme sola, por favor. —Su personal se retiró a los asientos más alejados. El diminuto panel detrás de ella le permitía la privacidad que tanto anhelaba. Ellos la consideraban una mujer dulce y respetuosa. Por eso pensaron que quería descansar para verse radiante a su llegada.

Un par de lágrimas se deslizaron por el níveo rostro. El azul de sus ojos se tornó violáceo al combinarse con lo rojo de sus escleróticas.

La princesa no se percató del momento en que dejaron el almuerzo, mucho menos la cena frente a ella, su mirada estaba perdida en la ventanilla y las nubes que se podían apreciar en el cielo.

Sus asistentes estaban preocupados. Se preguntaban por qué una mujer tan dichosa estaría ausente a solo días de su boda y después de una luna de miel

esplendorosa.

Con paso trémulo un oficial se acercó a ella.

—Se... ¿Se encuentra bien, su alteza real?

—Sí, Liam. —Helena giró hacia él e intentó dibujar una sonrisa en sus labios.

El hombre se acuclilló frente a ella. Tendría quizás unos veinticinco o veintiséis años mientras ella tenía treinta y dos. Él llevaba el uniforme de la fuerza aérea que tanto le gustaba. Se ajustaba en los lugares correctos. El sombrero de plato refinaba sus facciones cuadradas y toscas.

Ella acercó su rostro al suyo hasta quedar a centímetros de la boca. El joven intentó huir, pero ella lo sujetó por las solapas del traje azul Prusia.

—Se – señora... —La garganta del soldado hizo un movimiento brusco cuando ella dejó besos sueltos sobre su rostro.

—Estoy casada con tu coronel. ¿Qué crees que sucederá si levanto una queja en tu contra?

No era la primera vez que la princesa doblegaría con esas palabras a un oficial. Por supuesto que se sentirían amedrentados pues desde hacía más de una semana se convirtió en la esposa del príncipe. Antes era su prometida y un compromiso podría diluirse con mayor facilidad.

Tal y como a ella le gustaba el soldado cayó de rodillas a su merced. Abrió el vestido y sonrió pues él se quedó prendado de la generosidad de sus senos.

Si alguien le hubiera dicho meses atrás que se comportaría así, lo abofetearía y exigiría que lo encarcelaran por injurias. Sin embargo, ahí estaba, en sus labios un sabor nuevo. Sí, jugaba a todo, sin permitir que la penetraran pues no podía correr el riesgo de embarazarse de otro.

En cuanto quedaron saciados el joven se retiró. En su mirada el deseo de revivir lo ocurrido. Si bien, eso nunca sucedería pues ella no lo permitía.

Cuando se quedó sola, una lágrima cayó por su mejilla y la limpió con excesiva fuerza.

«¡Maldito! Mira lo que nos hiciste. Ojalá pudieras ver en lo que me he convertido. ¿Sentirías, aunque sea, un ápice de culpa? ¿Por qué tenías que hacerlo?», pensó ella.

Al aterrizar apenas podía abrir los ojos por el dolor de cabeza que la aquejaba. Dejó que la escoltaran hasta el hotel pues debía lucir perfecta en el primer compromiso.

—Los aviones no son lo tuyo, ¿verdad, cielo? —Una sonrisa pícaro y

sensual hacía lucir a Karl mucho más guapo—. Ya... ¿Podrías perdonarme?

Se acercó a ella y la besó. Entonces mordió su labio inferior cuando intentó negarse. Eso provocó que se abriera para él, quien, descargó su pasión sobre sus labios.

El príncipe se retiró con una risita y ella le lanzó un zapato por dejarla jadeante y deseosa. En cuanto él cerró la puerta, ella sonrió.

Ordenó varios masajes y solicitó los servicios del estilista del hotel y su equipo. Karl se dirigía a una reunión entre militares de ambos países y su presencia no era requerida, así que, se mimaría un poco.

Después de varias horas Helena se sentía muy relajada. Despidió a todos y se fue a descansar.

Gimió e intentó zafarse al despertar y sentir unos dedos conocidos que jaloneaban y retorcían su clítoris. No podía hacer nada pues las piernas de Karl la mantenían abierta y disponible.

El príncipe rio en el instante en que ella se retorció de placer. Se acercó a sus labios para absorber los gritos y jadeos pues no podía permitir que nadie escuchara lo que sucedía en la habitación... Eran príncipes, su conducta debía ser honorable.

—Sabes a vodka —jadeó ella cuando él rompió el beso.

—Nos tomamos algunos tragos. —Sonrió ante el sonrojo de él como si se disculpara.

—¿No dejaste uno para mí?

Él entrecerró los ojos azules por un instante y titubeó sobre qué hacer. Pero se incorporó sobre su cuerpo y dijo —:

—Eso lo podemos solucionar. Pero solo una copa, no queremos habladurías —ordenó.

—Con una será suficiente —ronroneó ella. Observó cómo él se desplazó con soltura por la habitación. El uniforme lucía en todo su esplendor, pues, él siempre destacó más que ningún otro en el atuendo. Regresó junto a ella en solo minutos, con una botella individual congelada de la bebida y un vaso. Ella negó con la cabeza cuando él la fue a servir—. Calientalo en tu boca.

Él se quedó con la botella y el vaso en el aire.

La sonrisa de ella se amplió. Se arrodilló en la cama y extendió la mano en un movimiento suave y seductor. Dejó el vaso encima de la mesita de noche y tomó la botella para llevarla a los labios de él, quien con el ceño fruncido le dio un sorbo. Ella se acercó de inmediato para no permitir que tragara el líquido y gimió al sentir cómo se deslizaba por su garganta.

—El hombre más guapo y una bebida picante... Amo todo lo que proviene de Suecia.

Él se abalanzó sobre ella con besos ardientes y estrujadas de piel que dejarían marcas. Ella le permitió sentirse en control. Tuvo uno y otro orgasmo para él, incluso consintió que la colocara en cuatro y la penetrara desde atrás mientras jaloneaba su cabello. Pero con la excusa de querer retrasar el siguiente orgasmo no le permitía a él llegar al suyo.

Ella sonrió cuando él comenzó a mostrar la frustración en sus embestidas. Se subyugó, pues, no podía desplegar todas sus armas en una sola noche.

Él cayó rendido junto a ella después de gritar su nombre. A Helena le agradaba que no tuviera duda de con quien estaba. Se recostó sobre su pecho, aparentaba saciedad cuando en realidad podría continuar durante horas, ya que, su mejor amante la entrenó para ello.

Karl la rodeó con el brazo y con la punta de los dedos mantuvo un vaivén agradable en su espalda... Por unos segundos Helena se sintió amada.

—¿Qué... qué sucedió con mi esposa?

Ella apoyó la barbilla sobre su pectoral. Él apartó un mechón de cabello y mantuvo la mirada fija en ella.

—¿Te gusta? —Su voz salió ahogada y resquebrada. Le reveló a él algo que jamás pensó en mostrar. Ella debía ser endeble y manejable.

La mirada de él se perdió por unos minutos y el corazón de Helena se desbocó. Entonces él sonrió, sus ojos llenos de vida... Algo que ella añoraba y dudaba volver a ver en un hombre.

—Solo si prometes que lo repetiremos.

—No lo sé...

Él colocó los dedos en su mandíbula para levantar la cabeza. Besos suaves y cariñosos acariciaron su rostro.

—¿Qué quieres de mí?

Estaba atónita. Que sus artimañas funcionaran con un soldado raso era una cosa, pero saber que tenía a sus pies a un coronel la hacía sentir invencible. «¿Podría doblegar a un general?», se preguntó ella.

—Tienes que contenerme. Dame mi lugar —susurró.

Él deslizó las manos sobre su piel con tanta ternura como si temiera que ella se rompiera en cualquier momento.

—Solo necesito que ella regrese a Brčko. Ya lo habíamos dialogado.

Helena volvió a recostarse sobre su pecho para así poder ocultar la mirada humedecida.

—No puedo creer que la embarazaras. ¿Cómo pudiste ser tan descuidado?

—Al menos estamos seguros de que soy un semental. —Sabía que él tenía una sonrisa de autosuficiencia en los labios.

—¿Sí? —Ella deslizó la mano por el abdomen hasta encontrar su virilidad y sujetarlo con firmeza, lo que arrancó un gruñido de él—. Entonces cumple tu palabra y embarázame... ¡Ya!

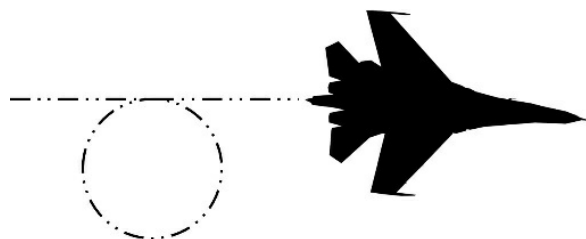
En un solo movimiento él logró quedar encima de ella para contener su cuerpo.

—¿Me lo ordenas, princesa?

—Sí —Ella fijó la mirada en la de él.

—Conste que para este humilde príncipe tu exigencia es un decreto.

Helena no fue capaz de responder pues él la penetró con tanta fuerza que de sus labios solo escaparon súplicas y gemidos.



Mirela giró en la cama y acarició el lado vacío en ella. Se sentó y llevó la mano al pecho. A pesar de que Erik le dijo que dormirían juntos, estaba sola cuando lograba quedarse dormida. Sin embargo, despertó con la sensación de que un calor conocido la abandonó hacia solo unos instantes.

Suspiró. Jamás imaginó el revuelo que una simple fotografía causaría. La prensa se apostaba a las afueras de palacio en un intento de captarlos juntos, incluso, la llamaron a una entrevista en el aeropuerto, cuando estaba segura de que no lo harían antes de saber quién era. Aceptó el puesto que le ofrecieron, aunque, sospechaba que el supervisor de recursos humanos confiaba en que no lo haría. Ese sería su primer día de trabajo.

Al levantarse, siguió la rutina diaria y salió muy temprano para hacer el recorrido que acostumbraba cuando estaba en Visby. A esa hora no solía haber muchas personas en las calles y ella deseaba pasar inadvertida, pues, estaba cansada de los medios de comunicación y sus especulaciones. Pensaba que a esa hora nadie la seguiría.

Contrario a su madre, Erik no le prohibió salir. De hecho, quería que llevara una vida normal que incluyera amistades y paseos de entretenimiento. No obstante, ella mantenía conversaciones con muy pocas personas. Entre ellas el propio Erik, su suegro, Saga y Wilma, quien de vez en cuando la llamaba para saber cómo se sentía. Quizás podría acercarse a las personas e intentar crear lazos, pero le asustaba hacer algo incorrecto o que sus gestos dieran a entender que el retoño en su vientre no era del caballero.

Mirela llegó a los acantilados antes del amanecer. Gotland tenía cierto misticismo para ella pues sentía que deambulaba entre el pasado y el presente. Era el lugar perfecto para llevar su contrición y

rogarle a Alá que la perdonara. Ese sentimiento de soledad era bueno pues le

recordaba sus faltas.

Limpio su mente y corazón de todo pensamiento. Entonces se colocó en dirección a la Meca. Necesitaba purificar su cuerpo antes de comenzar con la oración. Se arrodilló en el suelo y con las palmas de las manos golpeó con suavidad y al mismo tiempo las rocas. Luego recorrió sus palmas por la frente y la sien hasta el comienzo de la nariz. De inmediato pasó la mano izquierda por la muñeca derecha hasta llegar a la punta de los dedos y repitió el movimiento con la mano derecha en la izquierda.

Una vez purificada su alma, su mente y cuerpo, le oró a Alá, alabándolo y pidiéndole su misericordia en silencio.

En cuanto terminó, Mirela se sentó a varios metros del acantilado para observar el amanecer. Con el primer rayo de sol en el horizonte escuchó el romper de la barrera del sonido y un solitario SAAB JAS 39 Gripen apareció ante sus ojos. En esa ocasión notó que era el 314.

El piloto colocó el avión al revés justo encima de ella y de inmediato regresó a la posición normal. Por la fluidez en los movimientos ella se percató que era el mismo de la vez anterior. En sus pensamientos le deseó buena suerte y que su rutina fuera perfecta.

Frente a ella, giró en círculos seguidos para crear un sacacorchos en horizontal, ese movimiento se conocía como un *barrel*. Recobró la posición, aumentó la velocidad y comenzó a subir, lo que le hizo pensar a ella que realizaría otra serie de círculos. Sin embargo, la aeronave dibujó una C invertida en el aire que le permitió ir en dirección contraria a la de inicio. La controladora aérea contuvo el aliento, muy pocas veces se podía presenciar un *Immelman* tan bien ejecutado, a pesar de ser una de las maniobras más conocidas.

Ella disfrutó de cada acrobacia pues quien pilotaba no se exigió como en la otra ocasión. El piloto voló con libertad, sin respetar el box imaginario de la competencia, si bien, su punto de referencia era el acantilado donde ella se encontraba.

Mirela frotó sus antebrazos al recordar las palabras de Erik. Los movimientos eran magníficos, no obstante, también una advertencia. La agilidad de ese único piloto demostraba que Gotland estaba lista para el combate. Él era un arma letal en el aire, esa capacidad de evasión y figuras precisas lo demostraban.

Un temblor recorrió el cuerpo de Mirela, al mismo tiempo que su pulso y latidos del corazón se mantuvieron serenos... Con exactitud lo que Erik le

provocaba. Aun no le decía que se iría, pues ya no estaba tan segura de esa decisión... Se sentía muy confundida pues junto a él podía planificar un futuro. «¿Qué le sucedía?», se preguntó.

Mirela regresó a casa después de un largo día en el aeropuerto. Los pies y las manos le dolían. No le dijo a Erik que el trabajo que le ofrecieron fue como asistente de limpieza pues no deseaba que él interviniera. Después de todo era una labor honrada que le permitía mantener muy de cerca su gran pasión. El ir y venir de los aviones y las personas.

Entró a palacio y caminó a la habitación con el picaporte de rosas. Nadie la interceptó. Su presencia allí era inexistente. Deseaba regresar a la mansión Stora, pues, al menos allí, se sentía bien recibida y de utilidad.

Decidió recostarse y cerrar los ojos por un segundo, antes de buscar a Erik e informarle de su regreso.

Al despertar en la penumbra se llevó la mano al pecho. No podía ser que se sintiera tan cansada por caminar el aeropuerto en varias ocasiones. Si él la veía así podría pedirle que no trabajara, por lo que, muy a su pesar, se levantó. Entró al baño y tomó una ducha tibia que la hizo sentir mejor, aunque todavía se sentía muy fatigada.

Mirela ingresó a la cocina y comenzó a preparar la manzana. Solía hacerlo a la misma hora para crearle a Erik una especie de confort y estabilidad. Sin embargo, ese día no llegó.

Esa hoguera que la abrasaba se adueñó de su corazón. Si alguien era puntual en el mundo ese era Erik. Conocía tan poco sobre él y su vida. «¿Y si se percató que todo era un error? ¿Si la responsabilidad de cargar con ella al final fue demasiado?», se preguntó.

De inmediato se catalogó así misma como una tonta. Él no era ese tipo de hombre, siempre era sincero y estaba segura de que sería la primera en saber si esos eran sus pensamientos. Era probable que él continuara en la oficina pues no conocía su regreso.

Mirela salió de la pequeña cocina y, con dudas, caminó hasta el ala norte donde aún algunos empleados trabajaban.

—Disculpe. —La mujer continuó tecleando en la computadora—. ¿Sabe dónde se encuentra Erik?

La trabajadora se detuvo y le dirigió una mirada que en cualquier otro lograría que huyera, pero, era más importante conocer dónde estaba su esposo.

—El caballero —enfaticó la mujer—, se encuentra en el hospital.

Mirela contuvo el aliento ante la noticia. Intentó hablar varias veces, no obstante, su garganta no emitió sonido. Deseaba conocer qué sucedía, pero era evidente que no le diría más.

Con pasos cortos y rápidos llegó a la salida. Antes, se aseguró de tomar el abrigo pues la temperatura nocturna sería muy fría.

Detuvo un taxi sin importarle los clics que por un instante la cegaron. No sabía cómo encontrar al chófer y por eso decidió tomar el transporte público. Entre señas y el traductor del teléfono, que Erik le entregó esa misma mañana, le pidió que la llevara al hospital. Esperaba que el hombre supiera a cuál.

Sus mejillas se ruborizaron al percatarse que no tenía cómo pagarle pues olvidó el bolso. Sin embargo, él tomó el teléfono e hizo varios movimientos. En segundos le mostró la pantalla con el monto pago.

En cuanto llegaron al hospital bajó de prisa mientras se preguntaba por qué nadie de la familia le avisó.

Ante la insistencia y su determinación —pues no tenía evidencia de que era su esposa —la enfermera de guardia no tuvo otra opción que decirle en qué habitación se encontraba él. Mirela apresuró los pasos. A su mente llegaba la posibilidad de una caída o accidente. Él era un hombre fuerte y sano, ¿por qué otro motivo estaría en el hospital?

Cuando entró lo encontró de pie. Al parecer acababa de tomar una ducha pues el cabello estaba húmedo y el torso desnudo. Un yeso cubría su mano y brazo derecho.

Ni siquiera cuando le informaron que una mujer se presentó en palacio y reclamaba ser su esposa, Erik se sintió tan descolocado como en ese momento.

Cada músculo en su espalda entró en alerta como si se enfrentara a un peligro inminente. La respiración se tornó laboriosa y sus ojos se negaban a mirar donde Mirela permanecía paralizada.

«¿Cómo se enteró? Y ¿Por qué estaba allí?» Eran algunas de las preguntas en su mente. Sin embargo, una sola frase reinó entre todas: «Fue un error no decirle... Uno que te costará muy caro.»

Se obligó a devolver la atención al bulto que tenía frente a sí. Sacó la camisa del pijama e intentó ponérsela, pero como una gacela ella se acercó y la tomó de sus manos para, con el mayor cuidado, colocarla, primero, en el brazo vendado y entonces él pudiera pasar el otro por la manga.

—Yo puedo hacerlo. Ve a casa a descansar. —Su voz salió gruesa ya que tuvo que forzarla. Tenía la garganta seca.

Erik sentía el cuerpo muy pesado, aunque vigoroso. Un calor intenso se extendía por cada rincón. «¡Era un hombre por dios! ¿Qué demonios le sucedía?», se gritó a sí mismo.

—Déjame ayudarte. —Mirela tomó el bulto y lo llevó al armario en la habitación.

Solo entonces la respiración de él intentó normalizarse. Sus sentidos se agudizaron, pues podría jurar que ella olía a manzanas y miel.

—¿Por qué?

Ella se acercó a la cama, esponjó la almohada y acomodó la sábana.

—¿Acaso no me has ayudado tú a mí?

Entonces ella llegó hasta el lavamanos, sirvió un vaso de agua y lo dejó en la mesita de noche. Él jamás la vio moverse tan rápido. Reprimió el deseo de tomarla por los antebrazos y levantarla para colocarla en la silla y sujetarla en el lugar... «¿Y después qué?», pensó. Erik pretendió disimular el gruñido que escapó de su garganta al toser y dijo —:

—Solo intenté corregir una falta hacia tu persona. No creo que te haya ayudado en algo.

Mirela contuvo el aliento y se quedó quieta al fin. Desde el instante en que entró sabía que él no la deseaba allí. Al parecer invadía su espacio y privacidad.

Soltó el aire con lentitud para no terminar de espantarlo. Quería comprenderlo. Estaba segura de que, para él, permitir que alguien entrara a su vida era un imposible.

—Erik sé que eres un hombre autosuficiente. —Su tono de voz fue delicado—. Después de todo viniste solo a quien sabe qué procedimiento. ¿Tú familia está al tanto?

Él entrecerró los ojos.

—Sí, se lo informé a mi madre. —Sus hombros se pusieron en guardia mientras respondía.

«¿Y no lo acompañó?», se preguntó ella.

Mirela llevó la mano al pecho en un intento de contener la hoguera que la abrasaba. Él hizo hasta lo imposible por mantenerla en Gotland y la convenció de que quedarse era lo correcto para el bebé. Luchó por darle una familia. «¿Acaso se creía indigno de una? O ¿Quería que ella lo considerara su familia y él permanecer alejado?», se preguntó.

—Bien... —Ella tuvo que aclarar la garganta—. Pero ya estoy aquí.

—Y yo te digo que vayas a casa. No te necesito.

—Lo sé.

Erik tuvo que leer los labios pues ella no emitió ningún sonido.

Una bocanada de aire sonora afloró de su pecho. No debió utilizar esas palabras con ella. Se sintió acorralado con su presencia, aunque no debió sorprenderle. Era obvio que acudiría a él al saberlo en el hospital, después de todo, se interesaba por su propio padre sin siquiera conocerlo.

Pero era una mujer embarazada y se veía exhausta. Él estaba bien. Según el doctor el injerto de hueso fue un éxito y muy pronto debía recuperar la movilidad total de la mano derecha. Solo necesitaba estar en el hospital un par de días para la tranquilidad del anciano y regresaría a la normalidad. La preocupación de ella le parecía excesiva.

Además, ¿qué sabían el uno del otro? ¿Acaso ella conocía el por qué él necesitó esa operación? Podrían estar casados, pero eran desconocidos. Erik tenía la convicción de que la amistad y confianza era un afecto que se cultivaba con el tiempo y que necesitaba meses o hasta años.

A pesar de todo lo que ocurrió entre ellos en las últimas semanas no existía nada. Ella todavía llegaba con edemas en los brazos y se negaba a contarle lo que sucedía. Cuando era obvio que Karl era el único responsable. «¿Cómo podía confiar en ella si no era recíproco?», se cuestionó.

Erik logró retener a Mirela al tomarla por la muñeca con suavidad. Ella tenía la mano en el picaporte de la puerta, al parecer, dispuesta a marcharse.

Fijó la mirada en ella. Era tan transparente que percibió cuánto la lastimó. Ella se quedó inmóvil mientras sus ojos tiritantes observaban su pecho.

Le urgió retenerla, porque, aunque siempre enfrentó esas intervenciones solo, en ese momento la necesitaba junto a él.

Entonces rodeó su cintura con la mano recién operada y se inclinó con torpeza para buscar esos labios jugosos que tanto anheló. Mirela no lo rechazó, pero si algo él conocía de las mujeres, era cuando estaban dolidas con él.

Se separó para no forzarla a algo que no deseaba, si bien, frunció el ceño cuando de la garganta de ella escapó un gemido tenue como si no esperara que el contacto fuera tan breve.

—Tienes razón... Ya estás aquí —susurró él al colocar los dedos en la mejilla de ella para obligarla a observarlo.

Cuando ella lo asió de la mano izquierda y lo llevó a la cama no opuso resistencia. Tampoco lo hizo cuando le ofreció el medicamento para el dolor y

fijó la mirada en él hasta que lo tomó.

De algún modo se acomodaron en la estrecha cama, una que de por sí era muy pequeña para él. Ambos se quedaron en silencio.

Él mantuvo la mano izquierda doblada bajo la cabeza y la derecha sobre su abdomen. Podía sentir el cosquilleo del cabello de ella en el antebrazo pues antes de acostarse se quitó el hiyab.

Y cuando pensó que él sería el único con insomnio esa noche, escuchó un suspiro que escapó de la garganta de ella.

—¿Qué? —musitó él al pensar que quizás se sentía incómoda por estar tan cerca o que le molestaba tener que quedarse después de su maravilloso comportamiento.

—Se siente bien. —Ella encontró como girar y apoyó la cabeza en su brazo doblado. Esa cercanía le provocó un estremecimiento desconocido.

—Sí, lo hace. —Erik retuvo la respiración por unos segundos. El bombeo rápido de su corazón le enviaba el aviso a su cerebro de que debía escapar.

—¿No te asusta?

Ella llevó la mano al rostro de él y con los dedos lo acarició para obligarlo a observarla. Él cedió y ansió sentir más de esa delicadeza que la caracterizaba.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Me casé con una mujer libre. Nada me impide sentirme... bien a su lado.

—Está embarazada... —Sintió que ella se quedó a mitad de frase. Era evidente que quería evitar decir que era de su hermano.

—¿Me has mentado?

—No.

—¿Y omitido algo?

El silencio reinó entre los dos durante tanto tiempo que él pensó no le respondería.

—No lo busco —susurró ella. Él notó el ligero temblor en su voz—. No contesto a sus mensajes e insistencia. Está casado con otra y yo contigo, ¿por qué no para ya?

—No lo sé, pero no me hace gracia que mis subordinados lleguen con el chisme y me tomen desprevenido... Por favor, sé discreta. Karl quizás no sea consciente, pero esto solo logrará que te rechacen. Y, aunque yo conozca la verdad, me será muy difícil intentar intervenir.

—Lo sé. —Ella dejó caer la mano y desvió la mirada. Él respiró con profundidad y soltó el aire poco a poco. Sabía que era injusto culparla. Pero si

su hermano no podía controlarse, entonces ella tendría que redoblar esfuerzos. Ellos eran figuras públicas y eso no cambiaría pronto—. Lo menos que quiero es lastimarte.

—Eso lo tengo muy presente. No obstante, aunque no queramos, solemos lastimar a las personas... Como yo hace una hora.

Ella colocó la mano en el hombro derecho de él por lo que su brazo descansaba sobre el pecho de Erik. Al parecer la cama, sin importar que fuera de hospital, era el lugar donde ninguna de las leyes que seguían podían inmiscuirse.

—¿Y tú? ¿Me dirás cuando te enamores?

Él frunció el ceño. Ella no lo miraba, estaba muy concentrada en dibujar algo sobre la camisa del pijama. «¿A qué se debía esa pregunta? Estaban casados y le gustaría creer que era para siempre. Si no, ¿por qué tomarse la molestia desde un principio?», pensó.

—Creo que me conoces después de estas semanas. Te lo demostraría. No estoy seguro de que las palabras abandonen mis labios.

Erik pudo sentir en el antebrazo izquierdo como ella negaba con la cabeza.

—No me refería a mí. Sé que yo nunca tendré esa posibilidad en tu vida —enfaticó—. ¿Tú me dirás si encuentras a una mujer que ames? ¿Serías honesto y me pedirías tu libertad?

Él guardó silencio y ella detuvo todos los pequeños movimientos que al parecer le eran inconscientes, pero que la acercaban cada vez más.

Si alguien entraba a la habitación en ese instante les sería evidente que Mirela Imamović reclamaba a Eric Bernadotte de Gotland como suyo.

—¿Tú lo harás? Descartemos al estúpido de mi hermano. ¿Confiarás en mí y me dirás, Erik, me enamoré de otro hombre?

—Cuando me enamore de ti, te lo diré. —Una vez más él retuvo la respiración. Estaba seguro de que ella podía escuchar y sentir el desboque en los latidos de su corazón. Las palabras no fueron una suposición o algo que podría pasar en el futuro. Eran una afirmación... Algo tangible—. Volví a ver a nuestro piloto. ¿Alcanzaste a decirle algo? Hoy voló hermoso... Ejecutó un *Immelman*.

Erik no comprendió por qué lo dejó ir con tanta facilidad. «¿Mirela no quería conocer la respuesta a sus preguntas?», pensó. No obstante, se lo agradeció porque no estaba muy seguro de poder contestarle. Él no pensaba demasiado, era un hombre de acción.

—Una figura inservible en nuestros tiempos. Voy a pensar que te impresionas con las simplezas.

—Creo que nuestro piloto es más astuto de lo que crees.

Erik sonrió por el uso del posesivo. Si bien, no se atrevió a moverse a pesar de desear aprisionarla entre sus brazos y volver a probar la dulzura de sus labios.

—¿Y eso por qué sería?

—Porque el enemigo se confiaría. Aunque, ¿qué puedo saber yo de tácticas de guerra? —Ella se quedó en silencio, si bien, él sabía que aún estaba despierta. Lo percibía en su respiración que, por algún motivo, parecía alterada—. ¿Sabes? Papá tiene una reunión a fin de año. Invitará a varios países. —En un tono cauteloso, añadió—: ¿Gotland asistirá?

—¿Recibimos una invitación formal?

Ella negó con la cabeza una vez más.

—Todavía no. Hay que encontrar un país que todos consideren neutral... Pero la planeación es algo que papá y yo solemos hacer juntos.

Erik colocó la mano vendada en el brazo de ella y comenzó a subir y bajar los dedos a través de él pues la necesidad de reconfortarla fue mayor a él.

—Dile a tu padre que envié la carta a mi oficina...

—¿A tu oficina? —lo interrumpió ella.

—A la del duque de Gotland —rectificó él con rapidez—. Sin embargo, no puedo prometer nada. ¿Te parece si nos dormimos ya? Mañana tienes que trabajar.

Mirela asintió, si bien, ninguno de los dos se movió de la posición que tenía.

Él cerró los ojos cuando ella suspiró una vez más.

Habló más de sus sentimientos en esas semanas que en los treinta y cinco años que tenía de vida. La única responsable era la mujer suave y hermosa que pretendía dormir a su lado.

A la mañana siguiente, mientras, ella tomaba una ducha con todas sus pertenencias, él tenía una ya muy dolorosa e incómoda erección. Siempre lograba huir antes de que ella despertara, pero estaba internado y no tenía a dónde escapar.

Erik inhaló profundo. Podría jurar que su jabón habitual olía diferente.

Encendió la televisión y vio el resumen de los deportes en un intento de concentrarse en algo más... Un gruñido gutural afloró de su garganta cuando solo deseaba entrar al baño, recoger con sus labios las gotas en su piel y humedecerse con la esencia de ella.

—¿Tan mal les fue?

Giró de golpe. Ella llevaba puesta una de sus camisas de botones. Le llegaba hasta las rodillas. En el espacio entre los senos y la barriga el cinturón de él, las mangas dobladas a tres cuartos de su brazo. Todo se le veía enorme y sin embargo su virilidad se sintió aún más complacida al observarla. Lo peor era que Mirela no mostraba nada, sus piernas estaban cubiertas con el pantalón de la noche anterior, la única pieza que le pertenecía.

—En realidad, perdimos. —Él aclaró la garganta. Por estar desconcentrado continuó—: Los fineses apestan. —De inmediato se percató de sus palabras y añadió—: Eso es algo que no debemos decir, mucho menos frente a la prensa.

Ella asintió mientras comenzaba a recoger el cabello y ocultarlo tras el hiyab rojo.

—¿Qué más no podemos decir?

—Nada de política o religión. —Hizo una pausa por un segundo perdido en los movimientos de ella—. De hecho, no respondemos como individuos. Siempre se ofrece un comunicado desde palacio. También solemos ser muy comedidos en nuestras reacciones.

—Nada de política, religión o deporte —confirmó ella al terminar de colorear sus labios, el único maquillaje que utilizaría. Se acercó y dejó un beso fugaz en su boca que lo tomó desprevenido y deseoso —. ¿Seguro estarás bien?

Con la ayuda de ella, sin en realidad necesitarla, él ya estaba listo. Incluso le untó, con delicadeza y dulzura, la crema contra las quemaduras que su madre insistía en que usase.

—Lo estaré. Si te sientes muy cansada...

—Hasta la tarde, Erik —lo interrumpió.

¿Cuánto tiempo pasó desde que el caballero recibió una orden? Sin embargo, allí estaba, a merced de una palabra de su esposa, que, sin saberlo, podría pedirle la luna y él le respondería que para cuándo.

Ella abrió la puerta de la habitación, giró y con una sonrisa le dijo adiós con la mano.

Poco a poco la sonrisa desapareció de los labios de Mirela. Erik no

deseaba que ella estuviera junto a él. Tuvo que detener los pasos un instante y cerrar los ojos para retener las lágrimas que insistían en encontrar el camino de salida.

Mordió el interior de su mejilla. «¿Qué le sucedía? ¿Por qué olvidaba la razón de su matrimonio? ¿Qué quería de Erik? ¿Acaso no era suficiente que arreglara todos los errores que ella cometió? ¡Y cuando no era su responsabilidad!», se recriminó a sí misma.

—¿No tuvo una buena noche? —Se recompuso y le sonrió a la enfermera que le permitió el paso la noche anterior. Al parecer terminaba su turno pues llevaba las pertenencias con ella.

—Estoy bien.

—¡Oh! —A la enfermera se le iluminó la mirada y colocó la mano en su hombro—. Él está bien. Tiene un pronóstico muy favorable.

Mirela asintió y al fin la sonrisa llegó a su mirada.

—Gracias.

Caminaron juntas hasta el elevador. La mujer le contó que llegaría a casa y podría ver a su niño unos minutos antes de que se fuera a la escuela. Lo mismo sucedía con su novio, quien al parecer la apoyaba en todo. Esa noche no tenía turno y planeaba una cena romántica para agasajar a su chico. Por supuesto que no cocinaba, le llevarían la comida a domicilio.

Las puertas del ascensor se abrieron y ambas mujeres entraron. Mirela solo asentía y sonreía.

—¿Y cómo lo dejó?

Ella se quedó en silencio unos segundos de más. Temerosa de responder con menos entusiasmo del que la mujer expresaba por su familia.

—Molesto, perdieron en el hockey. —Una sonrisa incierta apareció en los labios de Mirela, pero la mujer junto a ella asintió. Además, escuchó varios gruñidos en el interior del elevador.

—¡Oh! Ni que me lo digas. ¡Los fineses apestan!

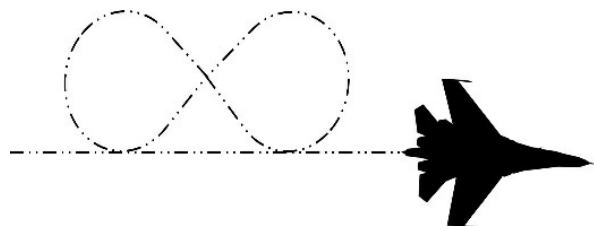
—Sí... Apestan.

Varias risitas y expresiones que no comprendió se escucharon por cada rincón del reducido espacio, lo que logró que el rubor cubriera sus mejillas.

Al salir ambas mujeres se dijeron adiós con la mano. Mirela estaba agradecida por esos minutos de normalidad.

Una vez fuera los clics de las cámaras la siguieron. Dos de los soldados que acompañaban a Erik la escoltaron hasta el Volvo S90 que se encargó de llevarla hasta el aeropuerto.

Cuando salió del trabajo consideró si debía ir al hospital o respetar el deseo de Erik de estar solo, pero ella le aseguró que iría y, si no se presentaba, él sabría que algo no estaba bien... Y ella no deseaba importunarlo más.



El palacio de Visby amaneció con gran movimiento esa mañana. La familia se encontraba reunida en la oficina de Erik. Los asistentes y subordinados iban y venían con rapidez. Cumplían a cabalidad cada una de sus labores pues, si no, podrían perder su empleo ese día.

—¡Esto es inconcebible! ¡Y tú tan tranquilo! ¿Para eso le permites estar en público? ¿Qué tenía que hacer ella en el hospital? —La piel de Signe competía con el carmesí de sus labios.

—Me acompañó.

Erik estaba concentrado en el noticiario que insistía en repetir, cada media hora, la conversación entre Mirela y una periodista vestida de enfermera. Él no podía evitar reír cuando escuchaba el «sí» incierto de su esposa para luego decir muy convencida «apestan». Todos tenían algo que comentar sobre la mujer que a él le parecía hermosa y adorable.

—¿Acaso entre sus artes está la de enfermería?

—Creo que es otra la que ha olvidado lo que es la prudencia y el decoro, madre. —El tono de advertencia no le pasó desapercibido a ninguno de los presentes.

—Erik... —Helena se puso en pie y se acercó a él. Con la mano derecha ella recorrió con suavidad su cicatriz en el rostro. De inmediato se apartó con los ojos humedecidos—. ¿Acaso no deseabas que nadie se enterara de tu internamiento? Así ha sido en el pasado. Ahora tendrás que enfrentarte a los medios y todos verán el vendaje que cubre tu mano.

—Tú no tienes nada que decir aquí. —Él fijó la mirada en su cuñada... Una que ella no pudo soportar.

—¿Es qué también tendremos de enemigos a los fineses?! —Signe no claudicaría. Cada vez insistía más y más en que Mirela estuviera enclaustrada,

pues aún no le perdonaba su delito.

—Vamos, madre —intervino Karl—. No es para tanto. A Sauli le pareció muy gracioso que nos doliera tanto la derrota como para que un integrante de la familia se promulgara al respecto.

—¡Esa mujer jamás será parte de nuestra familia! —La mirada de la condesa era una clara advertencia para su hijo menor—. ¡Y me importa muy poco lo que piense el presidente vecino!

—Ya es suficiente. —Signe hizo silencio ante el tono gélido de Erik—. Ella no fue donde la periodista. Estaba dentro del hospital y pensó que la mujer era una enfermera. Ya le expliqué de las tretas de las que son capaces algunos reporteros para conseguir una noticia. Mirela es una mujer inteligente y sé que no volverá a suceder.

Al caballero se le hizo muy difícil recordarle con seriedad que, como parte de la familia, no debía emitir juicios sobre política, religión o deportes... Reconocía que fue demasiado duro con ella cuando el único culpable era él mismo.

—Nadie está diciendo que Mirela lo hizo a propósito —Helena se acercó a su suegra y se colocó junto a ella—, ¿verdad, Signe?

—No, por supuesto que no —murmuró la condesa.

—Pero creemos que es mejor que se quede en casa un tiempo. Recibirá la educación a la que nosotros mismos estuvimos sujetos por años. Incluso, le convendría aprender el idioma. —La princesa hablaba con suavidad y certeza.

La sonrisa se congeló en el rostro de Erik al observar como Karl se colocaba junto a él con una mirada entre furia y lascivia hacia la imagen de Mirela.

—O podría regresar a Brčko bajo la tutela de su padre. —Karl emulaba cada uno de los ademanes de ella. La respiración de Erik se tornó laboriosa, pero su hermano estaba demasiado extasiado como para percatarse—. Estoy seguro de que Mirela estará más tranquila entre su gente y podrá aprender todo lo necesario para pertenecer a la familia.

—Eso me parece una excelente idea —dijeron al unísono Signe y Helena.

Antes de que Erik pudiera exigirle cualquier cosa a su hermano, la puerta de la oficina se abrió y el causante del revuelo en palacio se presentó ante ellos. Helena se acercó para apartar a Karl mientras Erik lo asechaba con la mirada.

—¿Y tu adorada esposa? O ¿Quizás debo decir odiada? ¿Te abandonó cuando ella es la responsable de todo? —El periodista sonrió con sagacidad.

—Lo hiciste con mala intención y lo sabes, Oscar. —El tono de Erik era áspero. Fue evidente que el esfuerzo que hacía por contenerse era extremo—. ¿Qué creías? Estoy seguro de que pensaste que Mirela declararía a la mujer una pecadora e intentaría convertirla al islam y de paso a todos a su alrededor. Pero mi esposa no te complació o ¿sí?

—¡Oh, vamos! —exclamó el hombre que conocía desde la infancia—. ¿Por qué rayos te casaste con esa mujer? Eso podría esperarlo de Karl —El periodista levantó las manos y jaloneó su cabello—. ¿Cómo diablos te has atrevido a girar la balanza de la política hacia un lado? ¡Es extranjera! ¡E islámica!

Cada centímetro del cuerpo de Erik estaba tan rígido que las quemaduras comenzaron a doler, si bien, él lo ignoró.

—¿Debo condenarla? ¿Pensar que es una terrorista? ¿Culparla por las decisiones de unos extremistas?

—¿Qué hay de los atentados en mayo en Estocolmo?! ¿Qué opina tu esposa al respecto? Fueron ejecutados por islamitas, ¿o no?

Erik dio un paso al frente, no obstante, Oscar no se movió. Mantenía la espalda recta y la cabeza en alto. Conocía muy bien al hombre frente a él. Sabía lo intimidante que podía ser, pero también que era el mejor amigo que se podía tener. Por eso su preocupación por él. Tenía que lograr que entrara en razón.

—Ella no estaba en Suecia en ese tiempo. Además, la lucha por la paz de Mirela es incansable. Su padre y ella son los responsables de la armonía en Brčko.

Oscar reconoció algo en la mirada de su amigo. La periodista bajo su tutela recalcó la preocupación de la bosníaca y cómo le exigió verlo. Y en Erik existía una especie de brillo que desde hacía mucho tiempo estaba extinto. El periodista llevó los dedos al puente de la nariz y dejó caer los hombros.

—¿En qué momento te casaste con esa mujer? —Su tono de voz fue tenue, no obstante, el pecho subía y bajaba descompasado.

—En marzo.

Él se quedó tan quieto como pudo y fijó la mirada en su amigo.

—¿Cuándo estabas atado a una cama y ella no se encontraba en el país?

—Sin comentarios.

Erik se mantuvo tan estoico como el periodista lo conocía. Cuando se cerraba era imposible penetrar su coraza... ¡Y eso lo desesperaba!

—No me jodas con el sin comentarios. ¡Soy tu mejor amigo!

—Eres periodista y quisiste perjudicar a mi esposa.

Oscar entrecerró los ojos. Era la segunda vez que Erik usaba el posesivo al referirse a Mirela, y, él no era un hombre que se considerara dueño de una mujer. Así que lo único en lo que podía pensar era en que Erik necesitaba convencerse a sí mismo de sus palabras.

—Desde aquel día no eres el mismo. Con estas decisiones no te dejarán volver.

Utilizó las únicas palabras que sabía harían entrar en razón a su amigo. Era un hombre en cuya vida solo importaba el bienestar de la ciudadanía bajo su tutela. Estaba seguro de que con ellas recuperaría al amigo que conoció de siempre.

—¿Quién dice que quiero hacerlo?

El periodista dio dos pasos atrás y observó al caballero como si con eso pudiera descubrir cuáles eran sus pensamientos.

—¿Qué piensa *ella* de todo esto?

—Ella —enfaticó Erik—, no tiene nada que opinar. —Oscar abrió los ojos en exceso y no pudo evitar el tiritar en ellos. Erik se colocó a solo centímetros de él. Sus piernas estaban separadas y los puños a cada lado de su cuerpo—. Tu permiso a palacio queda revocado a partir de este momento.

—Eso solo me confirma que debo seguir mi investigación.

Decidió retirarse, sabía hasta dónde podía presionar a su amigo. Dio media vuelta y a solo unos pasos se topó con esa mujer.

Mirela Imamović por algún motivo mantenía bajo control a Erik y él lo rescataría de ese yugo. Entrecerró los ojos cuando la vio con una bandeja con café y pan dulce. «¿Acaso así era como lo envenenaba?», se preguntó el periodista.

El pulsar de la vena del cuello de Oscar fue visible. La mujer se alejó de él cuando un rugido brotó de su garganta.

Mirela caminó hasta el escritorio de Erik, colocó la bandeja en el centro y sirvió el brebaje espeso y humeante. Luego agarró el envase con el medicamento para el dolor.

Era consciente de las miradas fijas en ella. Se atrevió a entrar porque serían solo unos minutos, pues, tenía que llegar a tiempo al trabajo. Quería asegurarse que él estuviera bien ya que el doctor enfatizó las instrucciones de cuidado.

Desde la primera hora de la mañana Mirela se sobresaltaba y daba respingos por cualquier motivo. La responsable de su estado era Signe, quien, azotó la puerta de la habitación y a gritos le dijo a Erik que ella era el demonio personalizado pues pretendía entrar en guerra con Finlandia.

Además, él tuvo que cubrirla porque la mujer se lanzó contra ella al encontrarlos en la misma cama. Se levantaron a prisa. Él sujetó su mano de camino a la oficina, allí, encendió la televisión.

Ella abrió los ojos con desmesura al ver cómo los medios pasaban su conversación con la enfermera como noticia de última hora.

Mientras las palabras hirientes de Signe aumentaban, de algún modo, Erik logró que los videos de vigilancia del hospital llegaran a sus manos en menos de veinte minutos y pudo ver en su totalidad lo acontecido, pues, en el noticiero daban a entender que ella hablaba mal de los fineses.

Esa mañana probó ser un desafío para la paciencia de Mirela. La disculpa a Signe no fue suficiente y, aunque, Helena era amable, no paraba de aconsejarle sobre su comportamiento en público. Como si ella fuera una ignorante. Además, estaba Karl... Él encontraba cualquier excusa para acercarse.

Ella extendió la mano para entregarle el medicamento, si bien, Erik estaba distraído y, a pesar de estar en público, sus dedos la acariciaron. Mirela experimentó ese hormigueo dulce que le arrancó una sonrisa. Aclaró la garganta en un intento de reprimirla y estiró la mano para tomar el vaso y marcharse. Pero él la ignoró. Con ese porte garboso se acercó a ella. Mirela se quedó tan inmóvil como pudo pues una inhalación o exhalación lograría que sus cuerpos se rozaran.

Sin saber cómo sucedió, fue acorralada por su esposo. No podría marcharse hasta que él regresara a su lugar y al parecer no lo haría pronto.

Mirela deseó llevar la mano al pecho para calmar la hoguera que la abrasaba, aunque no pudo. Solo una vez sintió su piel tan sensible y el responsable era el mismo caballero.

De reojo, se percató como Helena sujetó a Karl cuando Erik colocó la palma de su mano en la parte baja de la espalda... Estaba rodeada. Con lentitud buscó la mirada de él y no pudo evitar el tiritar en su labio inferior.

—Mirela, no tienes que escoger mi ropa, anudar mis zapatos o preparar mi café. —Él estaba inclinado hacia ella y sintió ese aliento tibio que logró revivir lo ocurrido entre ellos.

—No me molesta. —La voz de ella era una delicada cadencia.

Como si supiera que Karl estaba a solo un par de pasos de ellos, Erik comenzó a moverse. La guiaba con sutileza, si bien, el contacto en su espalda era certero.

Un gemido escapó de la garganta de ella pues, tan pronto él abrió la puerta de la oficina, ese roce tan seguro la abandonó. No obstante, caminaron despacio, y, cuando movió la pierna derecha, él también lo hizo.

—Puedo hacerlo por mí mismo. No estamos en el siglo XIV. Eres mi esposa, no mi sirviente.

—¿Eso es lo que crees que hago? ¿Servirte? — Una sonrisa cálida creó un destello en sus mejillas.

La garganta de Erik se movió en una sacudida brusca. Sus ojos insistían en observar esos jugosos labios y necesitaba concentrarse porque se sentía perdido con ella.

—Es... Es que no te entiendo.

La sonrisa de ella se amplió. Él siempre mantenía esa pose perfecta: los hombros cuadrados, la espalda recta y era tan alto... impenetrable. Que se mostrara humano por unos segundos lograba calmar la maraña que eran sus pensamientos y sentimientos.

Ella mordió el interior de la mejilla. Detuvo su andar por unos segundos lo que lo obligó a él a quedarse inmóvil. La sonrisa de ella se tornó vaga y opaca.

—Quiero reciprocarme en algo la seguridad que siento a tu lado, Erik. Pensé que éramos un equipo. No es porque crea que sea «mi deber» atenderte. Y, aunque fuera así, tendrías que respetarlo. Si no faltarías a esas libertades que quieres garantizarme.

Ambos guardaron silencio y continuaron el caminar por los pasillos de palacio. Mirela intentó decir algo más, pero su garganta no emitió ningún sonido. Su intención no era que él se incomodara.

—Yo no...

—¿El periodista es tu amigo? —Ella era muy consciente de que sus culturas eran polos opuestos y que a él se le dificultaba comprenderla a veces. No obstante, solo tenían que seguir respetándose. Lo único que ella pretendía era facilitarle esos días de convalecencia. Él no respondió—. No tienes que guardar todo dentro de ti. Podrías confiar en mí.

Él interrumpió su andar y con la yema de los dedos, en un movimiento imperceptible para los periodistas que los rodeaban, la rozó para capturar su atención.

—¿Tú confías en mí, Mirela? ¿Serías capaz de confesarme tus pensamientos?

El rubor cubrió sus mejillas. Ni siquiera ella tenía claro qué le sucedía. Sin embargo, no podía cambiar las condiciones del matrimonio pues ambos fueron honestos cuando lo pactaron. Él no tenía culpa de la transformación en sus sentimientos. Además, podría pensar lo peor de ella. ¿Cómo podía explicar que cuando estaba junto a él su espíritu se sosegaba? Sí, amó a Karl, pero cada día en soledad, esa llama menguó y terminó por extinguirse al descubrir sus engaños... No, ella no podía traicionar de ese modo a Erik.

—Dile la verdad —musitó ella.

Comenzaron a moverse una vez más. Agradeció que él todavía fuera ajeno a todo.

—¿A un periodista?

—No al periodista... Al amigo que utiliza su profesión en un intento de comprender las decisiones del hombre que conoció hace mucho tiempo. — Cuando él se detuvo una vez más y sonrió, ella frunció el ceño. Al dar media vuelta se percató que el Volvo estaba frente a ellos—. Me sacaste de palacio —susurró—. Y no tuve que enfrentar al dragón. ¿Decidiste seguir un cuento moderno y convertirte en Shrek?

La carcajada de Erik captó la atención de todos y en segundos los clics de las cámaras los deslumbraron.

Ella ni siquiera notó el instante en que atravesaron la barrera de periodistas que aguardaban por una declaración oficial de la familia. Erik le guiñó un ojo y, con una sonrisa radiante que iluminaba su mirada, abrió la puerta. Los reporteros no perdían ni un segundo de cada uno de sus movimientos.

—Te juro que en diciembre te amarraré a mí e iremos a ver El Cascanueces. Así dejarás de burlarte.

Mirela medio cubrió sus labios para ocultar la sonrisa que irradió en su rostro. Sin embargo, duró solo segundos, pues frotó los antebrazos mientras su mirada se tornaba turbia.

—Yo fui quien cometió el error. No deberías enfrentarlos solo.

Él negó en un movimiento casi imperceptible y con la barbilla la urgió a entrar al automóvil. Ella encorvó su postura y mientras bajaba, para acomodarse en el asiento, él se inclinó y le dijo al oído —:

—Con la cabeza en alto, princesa. —De inmediato Mirela lo hizo. Su ceño estaba fruncido pues creyó que él abandonó esa severidad y hasta

encontró un tinte de dulzura en su voz. Además, el «princesa» tenía un dejo de algo que no pudo descifrar.

El S90 arrancó, el encargado de transportarla era el chófer personal del caballero. Cuando estaban próximos a atravesar los portones de palacio, ella giró en el asiento. Él seguía allí de pie, con las manos en los bolsillos. El flas de las cámaras creaba un halo a su alrededor... Mirela sonrió, Erik era un hombre astuto. Ella le dijo adiós y él inclinó la cabeza para ocultar la sonrisa en sus labios.

Al llegar al aeropuerto, un soldado abrió la puerta del automóvil para que pudiera descender. Entonces fue escoltada hasta la oficina del encargado de recursos humanos.

Erik tomó esas medidas al considerar que ella estaba muy expuesta. Ella le aseguró que no era necesario, pero con una sola mirada penetrante de él desistió de persuadirlo. A veces había que escoger las batallas y sabía que esa la tenía perdida desde el inicio.

En cuanto el soldado abrió la puerta de la oficina del director de recursos humanos este apagó el televisor y ajustó el nudo de la corbata. En un movimiento torpe se puso en pie y señaló la silla frente al escritorio para que ella se sentara.

El hombre comenzó a caminar de un lado al otro mientras decía —:

—Creo que nuestras diferencias en idioma crearon una confusión en usted, señora de Bernadotte.

Mirela frunció el ceño mientras contenía el aliento.

—No lo comprendo. ¿Ya no tengo el trabajo? —musitó.

El director se sentó y comenzó a firmar unos documentos para luego entregárselos para que estampara su rúbrica.

—Señora de Bernadotte, el puesto de usted es como controladora aérea de tierra, en específico del área de carga. Jamás me atrevería a ofrecerle a una mujer tan calificada como usted, un puesto como asistente de limpieza.

—Pero...

El hombre apresuró sus palabras. La observaba desde arriba, en sus labios una mueca desagradable.

—Espero que el caballero Erik comprenda que solo fue un malentendido. Usted quizás debería tomar lecciones de sueco.

—Será lo mejor. —Ella se contuvo en decirle que la entrevista se llevó acabo en inglés.

El hombre se adelantó una vez más. Al parecer el deber de ella era

escuchar y aceptar... Nunca fue ese tipo de mujer y la única vez que no hizo preguntas se casó con un desconocido.

—Por supuesto que cuando la oficina de migración libere su permiso podremos considerar un puesto en nuestra torre principal, aunque, me veo en la necesidad de informarle que nuestro controlador aéreo ha estado con nosotros durante mucho tiempo y se debe respetar su antigüedad.

—No deseo quitarle el puesto a ninguna persona. Es usted muy generoso con el trabajo que me ofrece.

El hombre asintió mientras sacaba el pecho.

—Espero que el caballero Erik piense lo mismo. —Hizo una pausa y con disimulo añadió—: Asumo que se tomará el tiempo estipulado para estar con su bebé.

Mirela posó la mirada en la barriga y la acarició con una sonrisa radiante.

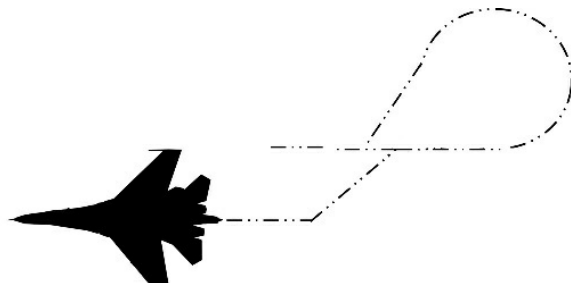
—Así será.

—¡Perfecto! —Al director le brillaron los ojos pues solo tendría que mantenerla en el puesto unas pocas semanas—. Entonces no queda nada más por decir. La esperan en su lugar de trabajo.

Ella se puso en pie y llevó la mano al corazón.

Cuando salió de la oficina, los soldados la esperaban para escoltarla hasta el área que se encontraba bastante retirada del tráfico de personas y muy cerca de la base aérea militar.

Ella pensó que el director la delegó a los oficiales y que ellos tendrían que encargarse de ella... Un estremecimiento la recorrió.



Mirela caminó por los pasillos del palacio en Visby, luego de una larga, pero satisfactoria jornada laboral. Planeaba tomar un baño, para luego dirigirse a la cocina y comenzar a preparar la *tufahija*. Añoraba encontrarse con Erik, preguntarle por su día y platicarle el de ella.

Suspiró. Deseaba regresar a la mansión Stora. Anhelaba la tranquilidad que tenía allí. La madre de Mirela jamás permitió que ella perdiera la confianza en las personas, no obstante, tenía que tener cuidado pues el tumulto con la prensa era muestra de que se encontraba bajo un escrutinio severo.

Ella se detuvo en seco al observar a un capitán salir de los aposentos de los príncipes. El oficial pasó a su lado e inclinó la cabeza a manera de saludo. Se abrazó así misma pues la mirada de ese hombre le erizó la piel. Sus pensamientos de inmediato se dirigieron a su esposo como si con eso pudiera transportarlo y que estuviera junto a ella.

—Crees que me lo merezco, ¿no es así?

Mirela no encontraba qué hacer para que el príncipe detuviera sus avances. Ni siquiera su matrimonio con Erik parecía frenarlo.

—Yo jamás te desearía algún mal. —La habitación estaba a diez pasos, pero Karl le bloqueaba el camino. El corazón de ella comenzó a bombear con desmesura. No había nadie a su alrededor y no sabía cómo podría escapar de él.

—Porque me amas, o, ¿es que acaso eso es el pasado? —Ella fijó la mirada en él, sin embargo, se quedó en silencio—. Tú nunca me amaste.

Ella tuvo que forzar la garganta para poder hablar, ya que, un ácido amargo la bloqueó.

—¿Te atreves a juzgar mi amor hacia ti? —Su tono de voz se acentuó—. Me cobijaste entre tus brazos para entonces marcharte... Me abandonaste.

Karl dio un paso hacia ella con las manos en alto y las dejó caer en un movimiento controlado. Sus ojos oscurecidos.

—Te pedí que me esperaras. —El labio superior alzado creaba una mueca desagradable en el rostro de él.

Mirela cruzó los brazos y dio un paso. Una sonrisa ladina se dibujó en el rostro del príncipe. De inmediato, ella se percató de su error pues él pudo acorralarla con facilidad.

Se quedó estática, apenas se permitía tomar el aire necesario. Todo su cuerpo se tensó. Estaba en alerta, como si la necesidad de huir fuera imperiosa. Para nada era la sensación que tuvo con Erik esa mañana. Con él, solo era el miedo a que por algún motivo se tocaran. A demostrar esa intimidad que crecía con el pasar de los días y que los demás juzgaban sin siquiera presenciarse.

Eso creía ella, pues, no se percató que el trayecto hacia el automóvil fue observado por todas las personas en la isla que tuvieran acceso a la televisión, teléfonos móviles o tabletas.

Mirela enderezó la postura, al menos así parecería un par de centímetros más alta.

—En una carta y sin explicaciones.

—El deber me llamaba. —Por un segundo ella pudo ver esos ojos casi translúcidos titilar. Como si esa decisión fuera un error garrafal.

Se regañó así misma en sus pensamientos. Ese era solo el pasado, uno no muy lejano, pero anterior a lo que era su vida en ese momento. En lo único que tenía que pensar era en Erik. Ella deseaba serle leal, aunque él jamás volviera a tocarla. Él no merecía lo que Karl vivía con su esposa y ella se aseguraría de que fuera así.

—¿Y el deber con tu esposa? —Dio un paso firme, en un intento de intimidar al hombre que se burló de ella, pero él ni se inmutó.

—Dame una oportunidad. Si estás dispuesta a dársela a Erik, ¿por qué me excluyes? —«¿Acaso eso fue una súplica?», se preguntó ella.

Con altivez, sin embargo, serena, posó la mirada en el hombre que tenía de frente.

—No, Karl. —Su tono claro y asertivo—. Esa la perdiste el día en que te marchaste. O quizás desde el momento en que me mentiste.

—Es que no lo entiendes...

A ella le pareció que en ese instante los dos estaban al mismo nivel. Algo imposible pues Karl le sacaba al menos medio metro... Y Erik era mucho más

alto que su hermano. Él estaba una vez más en sus pensamientos. Ella no era capaz de comprender cómo podía mantener esa conversación con Karl.

—Nada justifica tus mentiras.

El príncipe agarró su mano con delicadeza, dejándole ver aquella ternura de los primeros días. Con el pulgar, apenas trazó desde la palma hasta el dedo corazón. Entonces él fijó la mirada en ella... Algo en esos ojos la incomodó. Apartó la mano y sintió la necesidad de dar un paso atrás.

—Yo te amo, ¿cómo puedes estar con él?

—Yo escogí a Erik y siempre será así. —Esa hoguera que la abrasaba ardió con ahínco.

—No me detendré hasta recuperarte. —Los labios de Karl se mantuvieron en una línea recta.

—Y yo ignoraré tus avances.

Él la sujetó de los brazos. Al parecer quería zarandearla para hacerla entrar en razón.

—Erik solo puede amar a una mujer y esa no eres tú.

Mirela no pudo evitar el rubor que cubrió sus mejillas mientras el hervor en sus ojos se volvió insoportable.

—¿Crees que no lo sé? —Tuvo que aclarar la garganta pues la certeza que mantuvo hasta ese momento la abandonó—. ¿Acaso piensas que tu hermano es igual que tú? Antes de casarnos fuimos sinceros con el otro. ¿Puedes decir tú lo mismo de tu matrimonio?

Sí, se dijeron que no se amaban y con eso Mirela intuyó que Erik amaba a alguien más, si bien, era algo nebuloso y distante que en ese momento se tornó real ante las palabras de Karl. «¿Acaso ella podría retenerlo? ¿Erik le permitiría intentar hacerlo feliz?», se preguntó.

Cuando ella salió de sus pensamientos notó que los ojos de Karl estaban oscuros y turbios como si contuvieran su furia. El pequeño retoño en su vientre dio un salto cuando el hombre la empujó hasta la pared más cercana para exigir toda su atención.

—Ese matrimonio no es válido —siseó el príncipe—. Una mujer islamita no puede contraer nupcias con un hombre fuera de su religión, ¿lo sabías? —Karl sonrió con satisfacción. Por supuesto que ella era muy consciente de la Ley en la que creía—. Y yo, preciosa, me casé en tu tradición. Él nunca hará eso.

—Tú lo que hiciste fue burlarte de nuestras creencias, como todos los demás. —Ella mantuvo los ojos fijos en él. En ningún momento podría

mostrarle lo asustada que se sentía—. Mi matrimonio con Erik es legal e insoluble. Hubo testigos de nuestra unión. ¿Ya olvidaste que no hay testigos de la nuestra?

Karl dio el paso que faltaba para eliminar el espacio entre ellos. Sus manos comenzaron a manosearla a través de la tela. Mirela le dio un manotazo infructuoso ya que él la inmovilizó en un solo movimiento y acercó el rostro. Cuando logró desviar el suyo, él se conformó con recorrer el cuello con los labios sobre el hiyab.

Mirela no quería reconocer cuan roto estaba su corazón por las acciones de Karl. Su dolor era provocado por el descubrimiento de no conocer al hombre frente a ella. Saber cuan equivocada estuvo.

—¿Puedes vivir sin que un hombre te acaricie? —le dijo él al oído—. Porque yo todavía recuerdo tu pasión y entrega. ¿Crees poder estar toda una vida sin un hombre que te haga sentir mujer?

Erik salió de la oficina. Fue un día largo y lleno de tensiones. Planeó una conferencia de prensa de diez minutos, no obstante, ellos lograron extenderla casi una hora con las preguntas incisivas que no estaba seguro de haber podido sortear.

Se dirigía a la pequeña cocina donde Mirela preparaba la manzana. Después de un día como ese, necesitaba... estar junto a ella y que hablara sin parar. Le aseguraría que no tenía nada de qué preocuparse. Karl cometió mayores deslices y solo tenían que esperar a que otra noticia capturara la atención de los periodistas. Su esposa solo dijo en voz alta lo que todo sueco, amante del hockey, pensaba.

Su esposa... Cuanto le gustaría al caballero que esas palabras fueran reales.

—Lo elijo a él.

Erik se detuvo en seco al reconocer la voz de ella que susurraba en ese momento. Sus labios dibujaron una línea recta al observar la romántica escena. Para una mujer que, por sus creencias, no permitía que ningún hombre se le acercara —ni siquiera su esposo— ella no hacía nada por alejarse de Karl.

Su hermano sujetó el rostro de ella con firmeza y estrujó los labios con los dedos. Mirela desvió la mirada y abrió con exceso los ojos al reconocerlo.

—No te preocupes por él. —Karl se acercó todavía más como si deseara fundirse con ella.

—Soy su esposa y di mi palabra de respetarlo. Si tú no comprendes el significado de una promesa, no es mi problema.

Al parecer solo hasta ese momento ella recordó que, al menos en público, debía guardar las apariencias. Si bien, su rostro desencajado y ojos, como la cáscara de la manzana, delataban sus sentimientos por Karl. «Y pensar que esa mañana él le daba el espectáculo perfecto a la prensa al sonreír como un incauto cuando ella le dijo adiós.», pensó el caballero.

—Erik nunca te tocara. Es un hombre de ley y, según él, esas están escritas en piedra. Eres mi esposa y eso nunca cambiará... Aunque lleves su nombre.

Las manos de Karl recorrieron el contorno de los senos de ella.

Erik especuló que Mirela aparentó estar herida y furiosa. Ella fijó su mirada en él y gritó desgarrada —:

—¡Al menos finge que te molesta!

Los ojos de Erik rutilaban por el fuego que corría por sus venas, pero no les daría el gusto de hacer una escena de celos.

Ella se deslizó hasta el suelo y lloró con amargura. Erik dio un paso, pero se contuvo. Ya era suficiente de rescatarla. Él no era un maldito príncipe y en definitiva esa supuesta dama en apuro era una actriz de primera.

Regresó a la oficina. Tenía las manos apoyadas en las caderas y no decidía si ir a la izquierda o la derecha. Fijó la mirada en el escritorio que tenía una bandeja con el último *fika* del día, el que ya no comía por compartir una manzana.

Se acercó al lugar y de un impulso la bandeja voló por los aires y terminó muy lejos. La taza y platillo se hicieron añicos. Erik permitió que el coraje que lo recorría se manifestara, algo poco característico en él.

—¡Un maldito error! —se reprochó a sí mismo.

Resopló al ver un sobre donde estaba la fuente. Lo rompió y leyó con rapidez la nota. De inmediato descargó la furia que aún sentía en el papel.

—¿Sabes cómo puedes detener esas amenazas de muerte?

Cada músculo de la espalda de Erik se puso rígido. Con lentitud dio la vuelta para encontrarse con la mirada de su hermano.

«¿Por qué diablos estaba en su oficina? ¿Quería restregarle su victoria?», se preguntó.

—Ilústrame. —No pudo evitar el tono ácido en su voz.

Karl observó a su alrededor. Lo miró una vez más con una ceja levantada y una risa cínica que desfiguraba sus labios.

—Cuando permitas que Mirela regrese a Brčko, bajo la protección de su padre.

Erik negó con la cabeza, una sonrisa incrédula mezclada con un resoplido escapó de su boca.

—Nada te gustaría más, ¿no es así?

No comprendía la insistencia de Karl, pues si Mirela permanecía en Gotland, tenía todas las de ganar. Incluso él mismo servía de pantalla para que ellos vivieran su amor.

Caminó hasta la ventana con las manos dentro de los bolsillos y las piernas abiertas. Quería que Karl se largara de una vez. Que regresara con Mirela y ambos lo dejaran en paz. A partir de ese momento se mantendría muy alejado de ella, sin importarle lo que pudiera pensar la prensa.

—No me quiero imaginar lo que sucedería en el país si amaneces muerto. Solo por la tontería de querer darme una lección. ¡No eres mi padre y ni siquiera la amas!

—No tengo que explicarte nada.

—*¡Fan ta dig, Erik!* —gritó el príncipe—. Sí que tienes. ¿Por qué mi mujer me rechaza con tanta vehemencia? ¿Por qué cuando me mira no observo ni rastro de la ilusión que le provocaba solo con mi presencia?

Erik cerró los ojos y con la mano estrujó la boca. «¿Acaso se equivocó? ¿La juzgó y abandonó cuando más lo necesitaba?», se preguntó.

—Eso deberías preguntárselo a ella o, mejor aún, a ti mismo. —Su voz apenas se escuchó.

Karl colocó la mano en su hombro y lo obligó a girar. Tenía los agujeros de la nariz ensanchados pues su respiración estaba alterada.

—¿Sabes que si la tocas jamás podrás ser su marido? —A él no le pasó desapercibido el tono amenazante—. Sus leyes son muy estrictas, Erik. Y tú eres un hombre de leyes, ¿no es así? Mirela no te perdonará. ¿Acaso tengo que recordártelo cada vez que nos vemos? Ella es mi esposa.

Erik dio un paso hacia su hermano e invadió su espacio personal. Las manos permanecían en los bolsillos.

—Mirela de Bernadotte lleva mis alianzas en su dedo. —No podía creer que su voz sonara tan calmada cuando un torbellino de emociones arrasaba con él—. Si tanto la reclamas, ¿por qué no validaste ese matrimonio? ¿Por qué te empeñaste en negarlo?

El rostro de Karl se tornó como la grana. Su vena del cuello era notable y pulsaba con rapidez.

—¡Eso no te incumbe!

—Te lo vuelvo a advertir. —Erik dio un paso más y lo acorraló—. Si Mirela tiene un hematoma más porque no mides tu fuerza, no me importará que seas mi hermano o que la prensa nos descubra.

Karl enderezó la postura y cuadró sus hombros.

—Lo mismo te digo, hermano. —Hizo una pausa—. ¿No es gracioso? —Una sonrisa cínica apareció—. Estamos más unidos que antes, ambos nos investigamos a nuestras espaldas. —Su rostro se endureció—. No la toques.

Erik lo retuvo por varios minutos hasta que Karl no lo soportó más y terminó por empujarlo.

Tan pronto la puerta cerró, con un paso acelerado, salió de la oficina. Quizás todavía podría alcanzarla en la cocina.

Al llegar él se apoyó en el marco del lugar y bajó la cabeza. Estaba vacío y no existía evidencia de uso. Una punzada en el pecho lo obligó a tomar una bocanada profunda de aire... Él sabía lo importante del ritual de la manzana y que ella se lo saltara ese día le indicaba cuánto la lastimó con sus acciones.

«¡*Jävla!*!», se gritó a sí mismo.

Sacó el celular y buscó la receta de la manzana en internet.

El jarabe le quedó demasiado dulce y con la consistencia de un caramelo. No logró que la crema batida le subiera. Las nueces y el café se quemaron. Erik jamás tuvo tal desastre en la cocina, pero su concentración estaba en ella y cómo lograría que lo disculpara.

Decidió llevarle esa catástrofe. Estaba seguro de que ella reiría a carcajadas y con eso lograría romper el hielo.

Erik tocó a la puerta de su propia habitación. Al entrar, el tintineo de los platos la alertó. Ella se levantó de la cama al instante, corrió para refugiarse en la esquina más cercana y colocó los brazos alrededor de la barriga, a manera de escudo... Entonces se quedó tan inmóvil que él no estaba seguro de si respiraba o no.

Erik continuó hasta la mesa con su propio corazón desbocado. De espalda a ella, respiró con profundidad varias veces pues debía calmar su propio nerviosismo para no alterarla más.

Al girar dio un paso, pero Mirela palideció.

—Perdóname, te juro que no... —Él se detuvo pues iba a decir que: «no deseaba hacerte daño a propósito» cuando eso no era verdad. En el instante en el que la vio tirada en el suelo, tras el reclamo, por unos segundos se alegró de su dolor—. Hoy fue un día muy difícil. —No sabía qué decirle, cómo lograr

que ella fuera la misma de siempre—. Intenté hacer tu receta, pero es incomible. ¿Te parece si nos acostamos y empezamos un nuevo día mañana?

Erik entró al baño y tuvo que sentarse en la taza durante unos minutos pues no estaba muy seguro de que sus piernas lo sostuvieran por más tiempo. Se sirvió un vaso con agua ya que sentía la garganta seca. Intentaba ponerse en pie, aunque al instante se arrepentía. Se preguntó qué se hacía en un caso así.

En lo que decidía, se desnudó para tomar un baño. Pasó de largo ante el espejo. Solo se observaba en uno cuando se afeitaba en la mañana, en exclusivo, en el área de la barba.

La única persona que conocía su cuerpo después del accidente era la mujer al otro lado de la puerta. «¿Cómo pudo emitir ese juicio tan desacertado?», se recriminó a sí mismo.

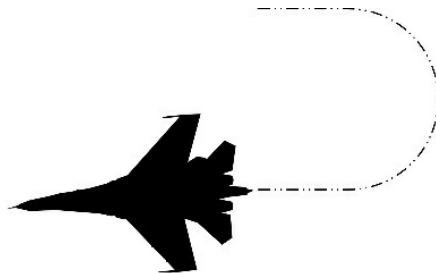
Al terminar, salió con un paso tranquilo, aunque todo en él tiritaba, y se recostó en la cama. De inmediato cerró los ojos. Esperaba que sus acciones fueran un bálsamo para ella. Sabía que intentar acercarse o hacer juramentos la alterarían más.

Escuchó como Mirela se movió con cautela. Apenas se sintió el hundimiento en la cama. Al acostarse, ella se quedó de lado, olvidando así que dormía abrazada a él desde que estuvo hospitalizado.

Cuando Erik pensó que se quedó dormida, giró en la cama, se acercó a ella y colocó la mano en su barriga. Como si el bebé ya conociera su calor le dio un pequeño empujón en la palma.

—Te prometo que haré todo lo posible por no volver a hacerte daño — susurró en el oído de ella.

Tras un suspiro él cerró los ojos. Esperaba que después de una noche de descanso ella se sintiera mejor.



Erik salió mucho antes del amanecer ese día. Mirela estaba segura de ello pues se mantuvo en vigilia durante la noche. Era momento de regresar a casa. «¿Por qué pensó que un segundo matrimonio podría funcionar?», pensó. Lo mismo sucedió con Karl. Fue tierno y amable con ella, pero desde que llegó a Gotland parecía que con su sola presencia lograba sacar lo peor de él. Ella sabía que aceptar a una sobreviviente de guerra sería muy difícil para el hombre que decidiera amarla. Después de todo, sus congéneres lo vivían en sus matrimonios. Además, Erik no la amaba.

Se preguntó cómo lograría escapar. Con la excusa de la prensa él la tenía vigilada. «¿Cómo pudo cometer ese error?», se cuestionó a sí misma. Confió en un desconocido, permitió que él abarcara su vida. Ella dependía de él. Incluso debía monitorear sus llamadas, así que, no podía pedirle ayuda a su padre... Solo le quedaba una persona.

Se apresuró hasta el tocador y le escribió una nota a Karl donde le informaba que aceptaba regresar a Brčko, sin embargo, Erik no debía enterarse.

Mirela abrió con cautela la puerta de la habitación y se aseguró de que nadie la viera caminar hasta los aposentos de los príncipes. Entonces deslizó la carta bajo la puerta.

Decidió continuar el caminar pausado por los pasillos, sus manos acariciaban las paredes. Esperaba que si alguien la vio pensara que se le cayó algo. Rezaba para que eso fuera lo que le informaran a su esposo.

—Hola.

Ella se detuvo en seco. Estaba tan sumida en sus pensamientos que de algún modo llegó al salón donde tomaba el *fika* con Erik. «Si pretendía huir, ¿cómo es que terminaba buscándolo?», pensó.

Él se quedó sentado. No obstante, ella reconoció la sonrisa incierta en sus labios, la tensión en los hombros y cómo la pierna derecha se movía sin parar. Deseó acercarse y detenerlo, pero se contuvo.

—Hola. —Mirela observó el pasillo en busca de algún empleado, sin embargo, estaban solos.

—Sé que estás enojada conmigo...

—No lo estoy... —lo interrumpió.

—No hagas eso. —Él no la dejó terminar—. No quiero que existan mentiras entre nosotros. Ya hay demasiadas cosas que nos separan. No deberíamos añadir una más.

Ella asintió, si bien, se abrazó a sí misma. Entonces dijo —:

—¿Qué me ibas a decir?

Él guardó silencio durante unos minutos, como si sopesara sus opciones.

Mirela entrecerró los ojos. «¿Acaso se sentía tan perdido en su presencia?», se preguntó. Era una característica tan impensable en él. Sin percatarse, rompió con esa postura tan rígida que mantenía.

—Hoy comienza la semana medieval. ¿Podrías acompañarme?

—Pero tu madre me vetó de todos los eventos.

—Lo sé. —Él asintió y su pierna se movió con mayor rapidez. Ella no entendía cómo, pero eso la relajaba—. Pero esta fecha es muy importante y al estar casado...

—Se vería mal que tu esposa no estuviera junto a ti. —Terminó por él.

Lo que Erik deseaba, en realidad, era que lo conociera. Las actividades de esa semana, quizás, la ayudarían a aceptar, en un futuro, quién era él y su antigua posición en la familia y con el pueblo sueco.

Soltó una bocanada de aire. Ella huiría antes de que él pudiera explicarle. Estaba seguro de ello.

—Iré contigo.

Al instante Erik se puso en pie. Adaptarse el uno al otro resultó más difícil de lo que pensó. Sabía que el tiempo juntos era muy poco, pero necesitaba calmar ese nerviosismo que sentía alrededor de ella. Era muy bizarro pues, al mismo tiempo, estaba cómodo a su lado. Ella era una persona que transmitía paz.

—Gracias. —Hizo una reverencia ante ella.

—¿Qué debo usar?

—Estaremos al aire libre, así que intenta estar muy cómoda. —Ella

asintió—. Nos vemos en diez minutos. —Hizo una pausa—. Vein... Cuarenta y cinco minutos. No quiero apresurarte.

—Estaré ahí en diez minutos.

Él salió del salón antes de hacer más el ridículo.

«Si Erik iba a golpearla, ¿por qué la invitó al evento?», se preguntó Mirela y continuó pensando: «Era el momento perfecto. Su familia, la prensa, todos estarían distraídos con las actividades. A nadie le importaría sus hematomas, es más, por su tipo de vestimenta ni lo notarían...» Entonces comprendió que él no lo haría.

Se revisó en el espejo una vez más. Vestía una camisa suelta, unos jeans de mamá y unas zapatillas cómodas. Ese día escogió un hiyab blanco y fue minuciosa con el maquillaje. Quería verse hermosa, aunque, aún no comprendía por qué. No después del tumulto en su cabeza la noche anterior y sus acciones en la mañana. No lograba discernir cómo podía tener emociones tan contrapuestas.

Al bajar las escaleras contuvo el aliento mientras sus pupilas se dilataban. Con detenimiento observó a Erik desde la punta de los pies hasta el último cabello. Llevaba unas botas de cuero oscuro, sobre el pantalón negro que delineaba cada músculo de sus interminables piernas. Encima de todo, una especie de túnica, de lino blanco, sin mangas y abierta en el medio de la falda.

—¿Lista?

Ella no pudo responder... Erik era un gallardo caballero de otros tiempos, si bien, aún más imponente.

En ese momento apareció el resto de la familia. Karl vestía con el mismo tipo de indumentaria, aunque él utilizaba una túnica roja con una Cruz de Malta blanca. Mirela ni siquiera lo miró.

Signe y Helena llevaban unos vestidos espectaculares, eran de lana teñida de rojo, con adornos y el pecho en color blanco.

—Vámonos, Erik —dijo Signe al llegar al lado de su hijo mayor. Karl y Helena siguieron su camino.

Mirela dio un paso atrás y jaló la camisa que llevaba mientras cruzaba los pies en un movimiento imperceptible. Era evidente que no vestía con propiedad y su presencia solo avergonzaría a Erik. La prensa lo juzgaría una vez más, así como ella lo hizo desde la noche anterior.

Por un segundo fijó la mirada en él, en un intento de descubrir lo que, en

realidad, deseaba. Si solo la invitó por sentirse comprometido o por algún motivo anhelaba vivir esos días extraños junto a ella. Por supuesto que no pudo descubrirlo, ya que, el rostro de él se mantuvo tan impassible como siempre.

—Sí, estoy lista. —Se aventuró a responder mientras suplicaba no equivocarse.

Él caminó desenfadado para acercarse a ella. Signe se quedó con los brazos estirados, al parecer, lo agarraría por el antebrazo.

Su suegra se retiró, tragándose la frustración que sentía pues estaban rodeados de muchas personas y no podía prohibir que estuvieran juntos.

Por instinto, Erik llevó la mano a la parte baja de la espalda de Mirela. Si bien, ella enderezó la postura a tal grado que su cuerpo le reclamó. Él abrió los ojos y retiró el contacto de inmediato, aunque, ella se apresuró a sujetarlo antes de que terminara de huir.

Sus ojos escocieron por prohibirse llorar y por un segundo él se quedó paralizado. Sabía que el golpe jamás provendría del hombre junto a ella. Y estaba más que lista para enfrentar a Karl. Pero, la noche anterior, sintió un temor olvidado y se percató de que no estaba tan preparada para un ataque como pensaba.

Cuando él intentó soltarla, pues ya estaban en público, ella no lo permitió. Aferró su mano a la de él mientras mantuvo la mirada al frente y los pasos tan lentos como siempre.

Entre mendigos, bufones y reyes, una furgoneta intentaba llegar a su destino mientras de sus bocinas, a todo volumen, escapaba la voz de Sara Larsson que entonaba la canción: *Carry you home*.

Erik y Mirela se ojearon al mismo tiempo cuando la melodía terminó, no obstante, apartaron la mirada de inmediato. Las manos que permanecían entrelazadas estaban demasiado frías para el gran calor que hacía ese día. Ella se mantuvo en silencio, la hoguera que la abrasaba suprimió su voz.

Se confundieron con las personas al llegar a la avenida principal. Esa era la caminata usual de Mirela cuando se encontraban en Visby, pues, eran las calles que la llevaban a la muralla que llegaba a los acantilados. En esa ocasión, Erik dobló a la izquierda, frente a ellos el parque de Almedalen. Los esperaban alrededor de cuarenta mil personas.

En el lugar se encontraba un mercado medieval. Los cientos de puestos fueron construidos en madera y tela. Estaban identificados con nombres

suecos, escritos en esa letra medieval que era tan conocida. Ella tenía una idea vaga de qué era cada lugar. Erik la sujetaba con firmeza, quizás con temor a perderla entre tanta gente. Los pasos de él tenían la certeza de saber con exactitud a dónde se dirigía.

Una sonrisa iluminó el rostro de ella cuando él se detuvo en un puesto de manzanas y, pidió una cubierta con azúcar de perla. Lo vio acercarse con cierto recelo y antes de que se la entregara ella se inclinó y le dio un gran mordisco. Por los ojos desmesurados de Erik y lo inmóvil que se quedó ella supo que él no se lo esperaba. Le pareció tan divertido tomarlo desprevenido que volvió a inclinarse.

Un brillo se adueñó de la mirada de él y dijo —:

—¿Quién dijo que iba a darte?

Ambos la mordieron al mismo tiempo. Él arrancó un pedazo pequeño lo que deshizo sus palabras. Rieron pues el azúcar se pegó a la nariz y comisura de labios de ambos. Los ojos de él se oscurecieron tanto como las profundidades del mar cuando Mirela pasó la lengua en un movimiento lento para eliminar el dulce.

Un calor feroz se apoderó de ella al observar los labios de Erik. Deseó tanto limpiar la azúcar en ellos que acarició los suyos con la lengua. Para eliminar cualquier pensamiento indebido le robó la manzana y se alejó de él.

Rio a carcajadas cuando Erik la alcanzó en solo segundos y fingió querer arrebatarse su manzana.

Y, aunque, no volvieron a tomarse de la mano por el dulce en ellas, ambos se sentían a gusto con la compañía del otro.

Después de lavarse las manos él caminó hasta el puesto de vestidos, capas y cinturones. Estaba muy concentrado en observar las telas y las acariciaba entre los dedos. Mirela frunció el ceño con una sonrisa burlona en sus labios. Cuando él estuvo seguro de lo que quería, cerca de media hora después, le pagó al dependiente que por su vestimenta asemejaba un mercader de gran fortuna. Ella observó el emblema de la tienda, un barco vikingo que surcaba el mar, el mismo que el de uno de los comercios en la avenida principal. Le parecía especial que la mayoría de las personas en Gotland pudieran trazar la línea de sus ancestros ocho o nueve siglos atrás y, que se sintieran orgullosos de ello.

Erik se acercó a ella. Entre las manos una capa de lana teñida de azul oscuro... como los ojos de él. La extendió y se quedó estático durante unos segundos como si solicitara su permiso. Ella giró para que pudiera

colocársela.

—No pretendo imponerte nuestras costumbres. —Un estremecimiento la recorrió al sentir el aliento de él en el oído. Los latidos de su corazón se alteraron pues sus pensamientos evocaron el instante en que se unieron —. Pero tampoco deseo que te sientas excluida. Si no quieres usarla no tienes que hacerlo.

—Gracias. —La pieza tenía una capucha por lo que la cubría desde la cabeza a los pies. Era ligera y, a pesar de que pensó que sería muy calurosa, en realidad, mantenía una temperatura confortable—. Me gusta mucho y es cómoda.

Sin pensarlo demasiado Erik colocó la mano en su espalda baja y comenzó a guiarla a través del público. A ella le gustaba el comando en él. Aunque acostumbraba a estar rodeada de multitudes, tendía a caminar lento y hasta detenerse para cerciorarse de dónde se encontraba y poder regresar con facilidad. Pero él tenía un sentido del espacio y dirección superior a cualquier otra persona. Una característica que descubrió durante sus caminatas en las primeras semanas.

Alguien la empujó a ella y terminó sobre el torso de él quien, de inmediato, la rodeó con su cuerpo. Al parecer solo hasta ese momento se percató de que la tocaba y se alejó un par de pasos.

—Tendremos que darnos prisa al comer pues debemos procurar un techo para nuestras cabezas. Es muy probable que llueva esta noche. —Su tono era alto para que ella pudiera escucharlo.

—No tengo hambre...

Él se detuvo y fijó la mirada en ella.

—Durante estos días harás lo que te pida pues es tu primera vez. Debes tomar agua antes de sentir sed y será igual con la comida. Si esperas podría ser muy tarde y no quiero que la matrona me jale de las orejas por traerte aquí. Si te sientes cansada y con sueño solo tumbate en un lugar donde te sientas cómoda y descansa. ¿De acuerdo?

—Sí. —Ella asintió con la cabeza en repetidas ocasiones.

Continuaron su camino. Luego de veinte minutos llegaron al área de comida. Erik la dejó en un lugar apartado y cómodo.

Mirela se entretuvo con el ir y venir de las personas. Muchos estaban sentados en el suelo mientras cosían sus atuendos. Otros bailaban la melodía de flautas y tambores que recorría cada rincón.

Erik regresó cerca de cuarenta minutos después con pescado y pan.

Entrecerró los ojos al encontrar a Mirela con las piernas abrazadas y su mirada ausente. Muy cerca de ellos dos hombres se enfrentaban en un combate de espadas.

Se sentó junto a ella mientras una bocanada de aire escapaba de su garganta.

—Quizás debí advertirte que las armas y duelos son reales. —El encuentro terminó y los hombres se dieron la mano. Él sujetó por un segundo los dedos de ella en un intento de sacarla de su ensimismamiento—. No tienes que acompañarme. No... —Se quedó en silencio y bajó la cabeza recriminándose a sí mismo—. No pensé muy bien esto.

—¿Tú vas a participar? —Ella esquivó su mirada y de algún modo logró alejarse de él.

—Tengo que defender el campeonato.

«Era un estúpido. ¿Qué lo hizo creer que la relación con Mirela podía funcionar? Tenía que grabarse en la cabeza que solo se casaron para darle un hogar seguro a su sobrino, que de otro modo conocería el odio y la maldad desde pequeño. El bebé merecía un sentido de permanencia. Saber que pertenecía a un lugar... ¿Por qué no la dejó ir? No, él nunca la hubiera dejado ir... Y ahora no deseaba que Mirela se marchara.», pensó.

Comieron en silencio. Ambos sumidos en sus pensamientos y tan lejos el uno del otro como si estuvieran a kilómetros de distancia.

Cuando terminaron, ella observó a su alrededor. En ese momento un grupo de personas danzaba en un gran círculo mientras reían.

—¿Me permitirías acompañarte? —Él reconocía la duda en la voz de su esposa, si bien, estaba dispuesta a darle una oportunidad.

Una sonrisa tímida apareció en el rostro de Erik. La semana medieval siempre fue importante para él. Mientras su familia regresaba a palacio en esos días, él siempre se quedaba en el parque y participaba de todas las actividades. Ese año era aún más significativo pues deseaba probarse que era el mismo hombre de años anteriores.

Mirela se sentía agotada. La distancia entre el mercado y el lugar que Erik escogió para montar la carpa, en la que dormirían, no era extensa, si bien, ella sentía que caminaron durante horas.

—Siéntate. —le entregó un cuenco con agua que ella tomó con ansia. Él mojó un pañuelo con el líquido y lo colocó en su frente—. Es uno de los días más calurosos que hemos tenido en años. Ojalá llueva pronto.

Erik se acercó a sus pertenencias cerca de diez minutos después, cuando se aseguró que ella estuviera bien.

Mirela se percató que al tener la mano derecha escayolada a él se le dificultaba moverse con naturalidad. Así que se puso en pie y lo ayudó a desenvolver la tela. Después sostuvo el palo de madera del centro para que él pudiera enterrar las estacas del mismo material en la tierra, mas, ella estaba concentrada en otra cosa... Erik era ambidiestro. El dominio de la mano izquierda sobre el martillo le pareció sorprendente.

Terminaron de ajustar la tienda cuando el sol ya se ocultaba en el horizonte. No era una tarea complicada, no obstante, tuvieron que detenerse en varias ocasiones para que ella descansara, pues el calor era sofocante.

Para ese instante los dos comían en la gran mesa comunitaria que se instaló en el campamento. Él compró un par de pollos en el mercado, los mató y limpió. Estaban un poco chamuscados, ya que, ella jamás cocinó con leña. Tenían lo necesario para una comida nutritiva. En los vasos de los demás corría un aguamiel que levantaba los espíritus.

Era evidente que los hombres admiraban a su esposo y las mujeres lo deseaban. Más de una se acercó para demostrar su apoyo al caballero mientras colocaban sus manos en el pecho... o más allá del cuerpo de él. Mirela mantenía una sonrisa autoimpuesta en los labios. De nada serviría gritar que era suyo, porque no lo era.

Cerca de una hora después se encontraba sentada en unas gradas. Un conjunto de antorchas iluminaba la arena que estaba dividida por una valla de madera. Acababa de presenciar un espectáculo de malabares con fuego. En una tarima se encontraba Signe y Helena, vestían trajes aún más vistosos que resplandecían con las llamaradas de las antorchas. Una llovizna ligera refrescaba la noche.

Se escuchó una fanfarria y su suegro apareció en una silla de ruedas de la época. Su túnica de damasco lo cubría hasta los pies. En las mangas y cuellos estaba bordada con pelaje de cabra —el mismo material de la capa que portaba— lo que denotaba su estatus social. Él se puso en pie con dificultad lo que provocó una ovación entre los presentes quienes lo vitoreaban entusiasmados.

El presentador evocó la historia de aquellos días. Gotland era quien controlaba las rutas de intercambio entre Rusia y el occidente de Europa desde el siglo IX. Mantenían contacto con el imperio romano, el bizantino e islámico. El rey de Dinamarca quiso apoderarse de esas tierras tan prósperas

y unos cientos de campesinos que vivían a las afueras de la muralla defendieron su tierra hasta morir... El rey entró sin dificultad a la ciudad.

Mirela pudo comprender por qué para ellos era tan importante la semana medieval. El orgullo que sentían al representarla a pesar del gran esfuerzo que conllevaba.

Las fanfarrias sonaron una vez más y apareció un caballero con una túnica anaranjada y como escudo el sol. El público le aplaudió mientras él recorría el lugar en su caballo. Varios caballeros se presentaron, vestidos con el emblema de la luna, un cuervo y un castillo. Karl también estaba allí. Se podía palpar el entusiasmo de las personas que les chiflaban y aplaudían.

El público se quedó en silencio cuando presentaron al Caballero y Comandante de las Órdenes de su Majestad el Rey Erik Gustaf Olof Fredrik Bertil de la casa de Bernadotte.

Él cabalgaba un corcel de sangre pura con piernas fornidas y un pelaje brillante y sedoso. Tenía una mancha blanca en el hocico, no obstante, era tan negro como el cabello de ella.

A pesar de que Mirela fue testigo de cómo él se preparaba, tuvo que llevar la mano al pecho en un intento de controlar la hoguera que la abrasaba... Ver a Erik en esa indumentaria sobre su caballo robaba el aliento.

En cuanto él hizo una reverencia frente a la familia, las personas rugieron y sonaron sus cuernos. Todos se pusieron de pie. Los ojos de ella se humedecieron mientras le aplaudía con fervor a su esposo. Si bien todavía existía ese temor inoportuno en su interior.

Erik intentaba concentrarse en otra cosa, pero su cuerpo insistía en recordarle que Mirela estaba desnuda debajo de la capa que portaba.

Dentro de todas las razones por las que se prohibía tocarla, la principal, era que al tomar un baño en el mar Báltico pudo ver un hematoma en el costado de Mirela. Se recriminaba dejarla cerca de Karl y la forma en que le habló la noche anterior.

En ese instante ella iba de un lado a otro con ese contoneo tan sensual que desquiciaría incluso al hombre más fuerte. Colgaba la ropa con la esperanza de que al siguiente día amaneciera seca, si bien, los rayos iluminaban el cielo y la lluvia era constante.

Erik no lograba comprenderla. Parecía tranquila y dispuesta a vivir esos días junto a él.

Levantó la mirada y aclaró la garganta cuando Mirela se sentó frente a él.

Entre los dos acomodaron varias cobijas en el suelo. Era muy consciente de que le exigía demasiado. Ni siquiera su madre estaba dispuesta a pasar un día en esas condiciones. Así que le agradecía a Mirela el sacrificio que hacía.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Él asintió y dijo —:

—¿Quieres regresar a la casa?

—No. —Mirela negó con la cabeza también—. ¿Por qué tu... —Señaló la vestimenta que estaba junto a la de ella secándose.

—Sobreveste.

—Sí. ¿Por qué no portas un escudo? Los otros caballeros lo hacen.

Él sonrió. El tono de voz de ella era suave, si bien, era evidente que sentía curiosidad y eso le gustó.

—Porque pertenezco a un clan diferente al de la familia.

Por unos segundos ella frunció el ceño y se inclinó hacia él como si lo que fuera a decir fuera algún tipo de secreto. La sonrisa de él se amplió por la genuinidad en ella.

—¿Un clan diferente? ¿Cuál es?

—El nuestro, Mirela. —Ella colocó la mano en su pecho desnudo. Ese toque sutil y tibieza agrandó el corazón del caballero. Sabía que siempre mantenía la severidad junto a ella y que le hacía difícil, si no que imposible, entrar en su mundo. Sin embargo, de algún modo, en esos instantes en los que estaban solos, ella lograba traspasar sus barreras y colarse hasta lo más profundo. Mirela liberaba al hombre que él era—. Ya te expliqué que para pertenecer a la familia hay que seguir el protocolo, así que, como no puedes utilizar el escudo familiar, yo tampoco lo haré. ¿Ahora puedo ser yo quien te haga una pregunta?

—Sí.

Él colocó la mano encima de la de ella para que no la apartara.

—¿Qué sucedió anoche?

—Karl...

Él negó con la cabeza. En ese instante lo menos que le importaba eran las acciones de su hermano.

—Olvídate de él. Me refiero a nosotros.

Ella intentó alejarse, pero él no se lo permitió. La tibieza fue reemplazada por un frío gélido que desbocó su corazón.

—Tus ojos... —Erik sintió que esos minutos que ella se quedó en silencio fueron interminables —. Tenías esa mirada.

Apenas podía escucharla y fue testigo de cómo poco a poco los ojos de ella se tornaron del color de la frambuesa por prohibirse llorar.

—¿Cuál mirada? —Él tuvo que aclarar la garganta para que la voz al fin abandonara su boca.

—E – el oficial... —Ella hizo una pausa. Intentó hablar varias veces, si bien, no encontraba las palabras adecuadas—. No conozco los rangos. —Entonces ella tomó una gran bocanada de aire—. En fin, él se presentó, en el edificio abandonado en el que estábamos, dentro del campo de concentración. Era de noche y había varias mujeres, entre ellas mi madre... —Él levantó la mano libre y limpió la lágrima que se deslizó por la mejilla de su esposa—. Cuando ordenó que a nuestro grupo lo golpearían en lugar de violarnos, su mirada mostraba una mezcla de resolución y certeza. Yo no sé si nos odiaba, pero él estaba seguro de tomar la decisión correcta. —La mano de Mirela cayó cuando él se levantó de golpe y se alejó de ella. Necesitaba huir, pero ¿cómo se escapa de tu propia piel? Se quedaron en silencio durante varios minutos. Al final ella susurró—: Perdóname, Erik. Sé que si me temes es por mis propias acciones.

Giró. La palidez en los puños de Erik creaba un contraste feroz con el rostro bermellón. Al pestañear una lágrima salpicó su mejilla.

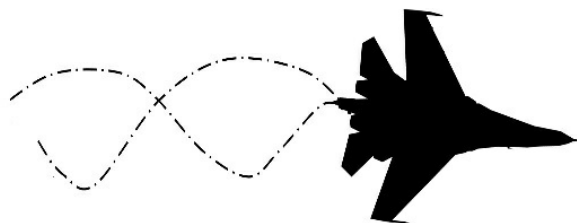
—Yo nunca sería capaz de golpearte. —Su mandíbula estaba tan apretada que apenas se podían entender las palabras.

—Es injusto para ti, pero ahora estoy segura de ello. —El tono de voz de ella fue débil.

Él la escrudiñaba con la mirada. Se mantuvo sentada con la postura encorvada, sus orejas sonrojadas y se le dificultaba mantenerle la mirada. Era obvio que se sentía avergonzada.

Él entendía que lo que ella vivió la marcó de por vida y no debía juzgarla, sino que, intentar ser ese hombre que era hasta ese instante. Erik jamás fue tan protector con una mujer, pero Mirela Imamović no era como las demás. Además, por algún motivo ella lo cuidaba, procuraba que, al estar juntos, todo fuera fácil.

Sin embargo, necesitó salir. Tenía que irse porque si no se convertiría en ese hombre que acababa de declarar que no era. Por primera vez alguien lograba sacarlo tanto de control. «¿Así pretendían que él tomara decisiones?», pensó.



Al regresar, tres horas después, Mirela se lanzó a sus brazos mientras cubría su rostro de besos y se disculpaba en una mezcla de inglés, bosnio y un intento de sueco. Si a Erik le quedaba algún vestigio de coraje o resentimiento en ese instante se esfumó.

—Volviste. —La sonrisa de ella era incierta, pero el brillo en sus ojos robaba el aliento.

—Sí —musitó él.

Ella se entregó en un abrazo cálido. Al separarse le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de ojear sus labios. Él frunció el ceño cuando ella lo besó con dudas. Las manos cálidas rodearon su rostro y lo besó una vez más.

El pecho de Erik subía y bajaba, tenía la respiración agitada. Los labios de ella recorrieron su mandíbula. Llegó a su oído y susurró —:

—*Izvinite*,^[15] Erik... —Ese tono tan bajo y dulce—. *Molim*^[16]... —Ella besó el punto entre la oreja y el cuello que él sintió directo en su virilidad—. *Te oprosti mi*...^[17]

Él tenía una idea vaga del significado de sus palabras, sin embargo, cerró los ojos pues deseaba apreciar mejor el calor que el cuerpo de ella emanaba. Estaba muy consciente que debajo de esa capa, aún no había nada y por ello su manzana de Adán hizo un movimiento brusco. Juró que permanecería cada segundo del día en la habitación si eso le garantizaba vivir esos momentos con su esposa.

Al parecer los sentimientos de ella la abrumaban. Solo así era imposible pensar en otro idioma que no fuera el materno. A él mismo

le ocurría. Sin embargo, se preguntó ¿qué pasaba por la cabeza de ella en ese instante?

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no fue consciente de cuando Mirela le quitó la túnica y abrió el cierre del pantalón. Las sensaciones lo nublaron... La tibieza de su esposa y ese olor a manzana y miel impregnado de la sal y esencia del mar. El toque suave, pero firme sobre su virilidad le arrancó gemidos de súplica y jadeos cargados de sensualidad. Su corazón latía frenético pues ella adoraba con sus labios el lado izquierdo de su cuerpo... Se tomaba su tiempo y él se sentía engrandecido.

«Iré a su comunidad y me aseguraré de que todos sepan que me fue infiel mientras lleva a mi hijo en su vientre. Sabes qué pasará, ¿no es así?», Erik recordó una de las conversaciones con su hermano.

La sujetó de los brazos con cierta rudeza para detenerla, lo que provocó que ella se alejara a tropezones mientras cubría con sus brazos la barriga.

—No voy a hacerte daño, te lo juro. —Se acercó a ella y rozó su frente con los labios. Fue tan... difícil mantenerse alejado—. Es solo que nuestro matrimonio no puede ser así.

—Sí. —Asintió ella con vehemencia mientras intentaba sonreír—. Tienes razón. Esto no forma parte de nuestros acuerdos.

El sol ya se encontraba en el punto más alto del cielo y Mirela todavía estaba absorta con todo lo que ocurría a su alrededor. Frente a ella un carrusel de madera, hierro y cuerdas, donde los niños giraban dentro de canastas. Acarició su barriga y sonrió.

—Imagino que no querrás bajarte de ahí cuando papá te suba, ¿no es así? La sonrisa en su rostro se congeló.

Ella y Erik despertaron mucho antes de que el sol ofreciera sus primeros rayos, si bien, estaban más callados que de costumbre. El temor que se instaló en su corazón cuando él se marchó fue el causante de su reacción la noche anterior. Lo menos que quería era que él se sintiera incómodo junto a ella. Le molestaba que sus prejuicios lo hubieran lastimado.

Salió muy temprano pues varios hombres llegaron a la carpa a solicitar la ayuda del caballero y ella no quería estorbar. Desde entonces visitó la catedral en ruinas y escuchó un coro de flautas elaboradas con hueso de animal por los propios músicos. A la salida un grupo de baile deleitó a los presentes incluyéndolos en sus pasos. Mirela rio como no lo hizo en mucho tiempo... Era un desastre en bailes medievales.

Después, con ese paso que la caracterizaba, caminó por el mercado.

Sorprendida por la variedad de artículos. Desde telas y herramientas para elaborar tus propias pertenencias hasta vestidos y armas listos que atraían a los turistas.

Cómo no sabía si ya podía regresar decidió acercarse al tumulto reunido en torno a algo. Le pareció curioso lo fascinados que estaban.

Con precaución de no tocar a nadie se abrió paso entre las personas. Cerca de cuatro herreros seguían las instrucciones de un hombre al que solo podía verle la espalda. Sin embargo, reconoció el movimiento de engranaje en los músculos y el vendaje en la mano derecha.

El sudor recorría cada centímetro de la piel enrojecida por el calor y el esfuerzo. Un gran fuego ardía frente al caballero. El martillo cayó con fuerza y precisión sobre la pieza de metal, con un anaranjado intenso, que soltaba chispas ante el contacto. Erik se detuvo para que los herreros pudieran observar el trabajo a la vez que él les explicaba cómo llegar a ese punto. Ella ya no dudaba del comando en él, si bien, existía algo más. Estaba segura de que cuando esos hombres estuvieran solos no tendrían dudas sobre lo que tenían que hacer para alcanzar el mismo resultado.

Ella llevó la mano al pecho en un intento de contener la hoguera que la abrasaba... Tuvo que oprimir con fuerza. Y pensó: «Si él era solo un caballero, ¿por qué no aparecía en las revistas de sociales? O ¿por qué no se destacaba su trabajo como secretario del Consejo Nórdico? Si Helena y Karl salían en las portadas a diario.»

Ella conocía la respuesta.

Los altos oficiales solían mantener su vida en el anonimato. Se hacía así para que su ubicación fuera desconocida y evitar un posible atentado. Pero ¿qué pensaba? Erik era militar, sí. Mas, si era alguien importante en el ejército no se expondría del modo en que lo hacía en ese momento. A demás, él trabajaba desde el palacio o la mansión.

—¿Estás bien? —Mirela dio un respingo. Erik la escrudiñaba con la mirada lo que provocó un leve sonrojo en sus mejillas.

Asintió y él giró para regresar a la clase, no obstante, se detuvo durante unos segundos y volvió a observarla. Asintió otra vez por lo que él imitó el gesto. Entonces uno de los hombres llamó la atención de él.

Al terminar caminaron juntos. Mirela escuchaba cómo las personas reaccionaban a Erik. Él era respetado por todos. Y, aunque, el silencio seguía instaurado entre los dos, no se sentía incómoda junto a él. Si bien, su interior era una maraña de sentimientos y pensamientos. Lo único que deseaba era

meterse en la cabeza de él y descubrir si se sentía igual.

Erik la guio hasta la avenida principal y entraron a las ruinas de la catedral donde estuvo en la mañana. Sin embargo, él la condujo hasta una puerta angosta de la cual ella no se percató. Al entrar, se encontraron con unas escaleras y tuvieron que pasar de lado pues era un espacio reducido.

—Observa por ese hueco —Él tomó su mano lo que provocó que un hormigueo dulce la hiciera sonreír y le señaló el lugar mientras se quedaba atrás.

Ella subió los diez escalones. Tuvo que sentarse con lentitud pues la hendidura era baja y si se inclinaba podría caerse. Al asomarse contuvo el aliento. Desde ahí se apreciaban los techos en ladrillos de las casas, pero sobre todo el azul del cielo y las nubes prístinas.

—Entonces ¿eres herrero?

Desvió la mirada por un segundo y lo vio sonreír, entre tanto, asentía.

—Como pasatiempo. Me gusta la concentración que conlleva y el dominio del fuego. Una sola distracción tiene terribles consecuencias. —Ella observó el paisaje una vez más. «¿Así sería como se quemó?», se preguntó—. Creo que tú y yo tenemos eso en común. Tengo curiosidad...

Ella permanecía absorta en el horizonte. Le daba tiempo. Sabía que algún día se ganaría su confianza y él le contaría sus secretos.

—¿Sobre qué?

—¿Eres piloto?

Una risa nerviosa escapó de la garganta de ella y la sonrisa en el rostro de él se amplió.

—Digamos que puedo hacerlo, pero prefiero dirigirlos desde tierra. — Ella colocó las manos en su rostro pues sintió que sus mejillas se incendiaban.

—¿Cuántas horas tienes? —El tono de él fue suave. Era imposible borrar el júbilo en su rostro. Para él en ese momento no existía nadie más.

—Pero ¿de qué habla, mi caballero? ¿Máquinas voladoras? ¿Cómo los dragones?

Ella batió las pestañas por el tono inocente en apariencia. La carcajada de Erik retumbó en el espacio reducido. Mirela desvió la mirada una vez más hacia el hueco, aunque, cerró los ojos durante unos segundos. La risa de él le parecía fascinante.

—¡Oh! —Se quejó él, pero no podía dejar de reír—. Sabes que tengo los medios para saberlo.

Ella cubrió sus labios. Deseaba parecer muy seria, pero la reacción de él

se lo dificultaba.

—¿Y eso cómo sería?

—Descubriré ese punto de cosquillas que debes de tener y seré implacable. —Él mantuvo la mirada fija en ella como para intimidarla.

—No tengo cosquillas —mintió y estaba segura de que él lo sabía.

—Muy bien. —Él asintió con convencimiento—. Sin embargo, puedo aliarme con cierta persona que te hará imposible dormir con sus movimientos.

Ella soltó un suspiro. En sus labios una sonrisa permanente.

—Ante eso no puedo negarme, ¿no es así?

—Estás perdida.

Ambos rieron al mismo tiempo.

—Son cerca de dos mil. —El tono de Mirela fue bajo.

Contempló como él abría los ojos en exceso. No sabía diferenciar si el brillo y rubor en su piel era por la respuesta o el esfuerzo que hizo durante el día.

—Aquí me enamoré del cielo. —El cuerpo de Erik estaba en dirección a ella, las manos apoyadas en la cadera, si bien, tenía la cabeza echada atrás para poder observar el firmamento—. Cada vez que mi padre despegaba yo corría hasta aquí para sentir que atravesaba las nubes junto a él.

Las preguntas de Mirela no lograron concretarse pues varios gemidos y gruñidos se hicieron eco en el lugar. Lo observó a él con suspicacia mientras una sonrisa incierta creaba una mueca en sus labios. Las orejas de Erik eran como la grana. En un solo movimiento, él subió los escalones, le extendió la mano y la sacó del lugar con prisa. La protegía con su cuerpo y con la mano derecha le cubría los ojos. Al parecer, no le hacía gracia que observara a otro hombre desnudo.

Mirela podría jurar que un recorrido de quince minutos lo hicieron en menos de cinco. Cuando él por fin la soltó, no se pudo contener.

—¡Es una iglesia!

—En realidad, en aquellos tiempos no existía un lugar más privado —respondió él en un tono calmado—. La familia solía vivir junta por lo que nunca estaban solos y nadie visitaba el lugar en lunes.

Ella lo observó con los ojos muy abiertos y estalló en una risa nerviosa. Esas personas se tomaban muy en serio eso de revivir el pasado.

Caminaron despacio. Ambos observaban a las personas reír, compartir con amigos o relajarse mientras disfrutaban del ir y venir de las olas en la orilla.

—En estos tiempos, ¿qué hubiera sucedido con nosotros? —Ella hizo una pausa y corrigió—: Conmigo.

—Un hombre no podía arriesgarse con una mujer embarazada por otro, ya que, este podía reclamar al hijo como su heredero en cualquier momento. —Él mantuvo la mirada al frente. Su tono era solemne—. Solían permanecer solteras y su hijo mantenido por la familia. Esa mujer no recibía dote así que era muy difícil su supervivencia pues no existían alianzas para apoyarla y, la comunidad de vikingos era una de familia.

—¿Y si eran hermanos? —El tono de ella era pesado, apenas audible.

—Si un hermano yacía con la mujer del otro era asesinado. —Su voz salió ahogada—. Para ellos dejaba de ser parte de su clan. Solo era alguien que amenazaba su futuro.

Mirela asintió y le negó el paso a las lágrimas que pululaban por salir. No deseaba arruinar lo que tuvieron antes.

Él detuvo su andar y giró para quedar frente a frente. Entonces colocó la mano izquierda en la barriga de ella. Mirela deseaba huir, si bien, levantó la mirada y se encontró con esos ojos de Neptuno. Él le dedicó una caricia tan ligera que ella cerró los ojos para poder apreciarla... Esa sería la portada de todos los periódicos locales al siguiente día.

—Tu hijo tiene un padre —susurró él para asegurarse que nadie lo escuchara.

Pero ella se percató de que él creía con firmeza en esos códigos antiguos, sin saber, que también eran los suyos. Las leyes de Alá prohibían la adopción por las mismas razones que él explicó. Por eso ella se iría después del nacimiento de su bebé, aunque, todavía no encontraba cómo decírselo a Erik... Estaba indecisa.

Con su sola presencia, él rompía con sus creencias. Sin embargo, ¿acaso ella podía seguir exigiéndole quebrar aquello en lo que él creía? Y, si fuera ella quien estuviera en su posición, ¿lo haría?

Sí, su hijo podría tener un padre, no obstante, ella nunca tendría una vida conyugal como dictaba la Ley. Mirela estaba dispuesta a declarar frente a su comunidad que mantuvo relaciones sexuales sin estar casada. Desconocería a Karl, solo para sentirse libre y tener un comienzo limpio con Erik después del tiempo necesario de espera. Sin embargo, ¿de qué serviría si no tenía esperanzas?

Erik sabía que sus palabras fueron duras y hasta difíciles de comprender.

Ella seguía a su lado, sumida en sus pensamientos. Caminaba de esa forma autoimpuesta a la que se sometía cuando no sabía muy bien qué hacer. Sin embargo, para él, era tan especial que estuviera allí. Deseaba decirle: «Estás hermosa. Depondría mis armas por ti.», pero se contuvo.

Mirela terminaba de preparar el almuerzo cuando Erik entró a la carpa con el cabello húmedo y la ropa mojada. Él cerró la puerta. Entonces se quitó la camisa de lino y comenzó a secarse.

Por un instante ella se quedó prendada de los movimientos rápidos sobre el torso definido y ancho. Él captaría la atención de muchas mujeres ese día.

—¿No te arreglas demasiado para la época? —Ella no pudo contener el rubor en sus mejillas por la sonrisa presuntuosa de él. Tenía una ceja levantada y fijó la mirada en ella—. Es decir, —intentó componer al saberse descubierta— ¿no se supone que en esos tiempos no se bañaban?

—En realidad, un esposo que no cuidaba su apariencia era motivo de divorcio para los vikingos. Además, estamos en el siglo XIII y fue a partir del siglo XV en que las personas dejaron de bañarse, pues creían que la peste se transmitía a través del agua.

—¡Oh! Entonces respetemos la época.

—Eso pensaba hacer. —Una risita escapó de la garganta de él.

El ego de él estaba en las nubes ese día. Mirela sonrió. Le gustaba que Erik se sintiera bien junto a ella.

Salió de la tienda para llevar a la mesa comunitaria un asado de cabra.

Al regresar ella se detuvo de golpe. Él tenía dispuesta toda su indumentaria encima de la cama... «Una armadura.», pensó Mirela.

Él intentaba pasar la malla de cota por la cabeza luego de meterla por el brazo con el vendaje, pero al material no ser flexible se le dificultaba en extremo. Mirela quiso acercarse, no obstante, sus piernas no le respondieron.

No comprendía qué le sucedía. Su visión se tornó borrosa. Como sombras lejanas veía que él en realidad la necesitaba... Una a una las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas hasta salir a borbotones. El solo hecho de no poder contenerse aceleró los latidos de su corazón y tuvo que boquear en un intento de llevar oxígeno a sus pulmones.

Si Mirela se prohibía llorar era porque los golpes que recibió de niña fueron más fuertes cuando lo hacía. Se esperaba que recibiera el castigo en silencio pues era la culpable de nacer en la religión y etnia incorrecta.

Ella no fue consciente de cuánto tiempo pasó. Solo escuchaba a Erik gruñir y, al parecer, maldecir en sueco. Cuando terminó, él salió de la tienda sin percatarse de su presencia. Con seguridad pensaba que ella estaba en la mesa comunitaria como acordaron.

A Mirela Imamović se le hizo imposible ayudar a prepararse a Erik de Gotland para ir a la guerra, aunque fuera una imaginaria.

El Caballero y Comandante de las Órdenes de su Majestad el Rey Bertil Folke Johannes Fredrick de la casa de Bernadotte y anterior duque de Gotland observaba cada una de las reacciones de su recién aparecida nuera. Ese debía ser uno de los peores días para ella.

Bertil tenía los dedos engarrotados por los fuertes apretones que le daba la bosniaca cada vez que veía a uno de los jinetes ejecutar uno de los ejercicios. Si bien, cuando Erik aparecía, la muchacha contenía el aliento hasta que era obligatorio volver a respirar para vivir.

La culpa era de su hijo mayor, quien, desde pequeño tuvo esa manía de expresarse siempre con la verdad y de la manera más directa posible. Padre e hijo tuvieron una discusión hacía un par de días pues Erik pretendía decirle a su esposa quién era. Por primera vez en siete meses discutió con su hijo a través de mensajes de texto.

«¡Y ahora la traía a la semana medieval! ¡Era un necio y testarudo! ¿Por qué no permitía que la muchacha se adaptara a él?», pensó.

Bertil conoció la verdad de quien menos imaginó.

La mujer junto a él fue quien aclaró sus dudas pues su hijo desapareció toda la información —la prensa podría ir hasta el rey para intentar averiguar cualquier cosa y no conseguirían nada—. Pero antes tuvo que fingir indignación e incluso arremetió, sin aliento, en contra de su hijo. A la pobre no le quedó más remedio que confesar. Asegurándole que Erik no era culpable de nada... Le pareció admirable y tuvo que reconocerse a sí mismo que él hubiera hecho lo mismo por alguien como ella.

Bertil se retorció de dolor por el más reciente apretón. Giró y observó con los ojos muy abiertos a su nuera.

—¿Qué sucede? —La mujer tenía las mejillas ruborizadas, aunque por su tono oliva era casi imperceptible—. ¿Acaso piensan robarle con tanto descaro su campeonato?

Él soltó una risita, al parecer, estaba molesta. Esa muchacha robó su

corazón. Era cándida y hablaba sin parar. Lo más importante le devolvió a su hijo.

Fue una tontería actuar como lo hizo desde el accidente de Erik. Su hijo estaba vivo y eso era lo único que importaba.

—E – es un caballero sin clan. ¿C – crees que tiene algún sentido de pertenencia? N – no existe nada, ni nadie que lo ate a esta t – tierra. — Detestaba fatigarse con tanta facilidad—. ¿Qué nos garantiza que en el m – momento de la batalla nos defenderá y no se unirá al e – enemigo?

—¡Usted sabe que eso no es cierto! —Ella comenzó a mover la pierna derecha con rapidez.

«¡Oh! Todo iba mejor de lo que esperaba. En aquellos mensajes su hijo le envió más palabras que todas las que dijo desde que era niño. Y ahora ella imitaba el gesto de nerviosismo de Erik.», enumeró en sus pensamientos Bertil.

—E – eso no importa. Esas son las leyes. E – en estos tiempos un hombre sin f – familia no puede ser el representante de la comunidad.

Ella colocó la mano libre encima de la suya y fijó la mirada en él.

Bertil entrecerró los ojos, la angustia en ella era palpable.

—Usted es su familia. Luche a su lado —le suplicó ella en un susurro.

—L – los Bernadotte subieron al trono hasta el siglo XIX, a – aquí mis hijos solo son caballeros. Y u – uno de ellos no tiene clan.

La muchacha negó en repetidas ocasiones mientras lo sujetaba con firmeza.

—Es que... Él no lo merece.

—S – solo tienen que ver que e – estás junto a él. —Le sonrió con benevolencia.

—Pero nos han visto en la carpa, en las comidas...

—L – la esposa de un g – guerrero lucha junto a él.

Ella desvió la mirada. Desde hacía media hora colocaron los blancos en la arena y los acompañantes de los caballeros mostraban su habilidad con el arco y la flecha.

Las fanfarrias sonaron.

Junto al público ambos observaron a Helena, princesa de Preslav, caminar con gracia y seguridad. Llevaba un vestido blanco de mangas largas. Sobre él, la túnica roja y el emblema de Cruz de Malta que la identificaba con el clan de Karl. Amarrado a la cintura un escudo con los mismos colores. Su cabello dorado destacaba por las trenzas tan bien cuidadas. Todo en su

aspecto era espectacular. Una digna guerrera de Gotland.

Los labios del anterior duque se mantuvieron en una línea recta cuando los hombres presentes devoraron con la mirada a la joven princesa... Incluyendo a sus dos hijos. Como siempre los tiros de la mujer fueron certeros. La princesa hizo una reverencia ante su hijo menor, quien, gracias a ella se colocaba en el primer lugar.

Bertil no pudo evitar el gruñido en su garganta cuando la dama, con una sonrisa arrebatadora, le guiñó un ojo a su hijo mayor y él inclinó la cabeza ante ella. Sin embargo, por estar pendiente de las acciones de Helena, no se percató del momento en que su nuera favorita se alejó de él.

Las fanfarrias sonaron una vez más.

Mirela entró a la arena con su sencilla capa azul y un arco demasiado grande que alguno de los hombres le prestaría.

Erik levantó el caballo en dos patas. Al caer, el animal y él giraron sobre sí mismos en repetidas ocasiones.

El anterior duque rio, sabía que debajo del casco, su hijo mayor bullía de furia. Sin embargo, pudo confirmar que Mirela Imamović era justo lo que Erik necesitaba. Una mujer que le trastocara la vida.

Él ni siquiera imaginó que ella se lanzaría al ruedo en ese mismo torneo. La muchacha se preparó. Era obvio que jamás tuvo un arco en las manos. En el primer lanzamiento la flecha cayó al suelo.

Con la fuerza con la que Erik bajó del caballo la arena se levantó a su alrededor. Caminó inclemente hasta donde estaba su esposa quien ni se inmutó por la inminente llegada.

El duque rio a carcajadas. Le parecía maravilloso que el caballero no pudiera domar a la joven. Así eran las guerreras de ese tiempo... Una vez más la flecha cayó al suelo.

Erik restrelló el pie contra el suelo.

Bertil lloraba de la risa ante la escena mientras el público la vitoreaba a ella.

Su hijo claudicó. Se quitó el casco y se colocó junto a ella, de lado, para que lo imitara. Entonces llevó un brazo a la altura del hombro y el otro extendido en su totalidad. Ella hizo lo mismo. Erik en todo momento respetó las creencias de ella. Hubiera sido más fácil agarrarla de los brazos para mostrarle cómo hacerlo.

El brillo en la mirada del anterior duque fue cegador cuando su nuera le sonrió a su hijo y este le guiñó un ojo. «¿Cuánto tiempo pasaría antes de

percatarse de que el amor los alcanzó?»», se preguntó.

Mirela soltó la flecha, pero el tiro estuvo muy lejos de llegar al blanco. Además de que por poco dejó sin cabeza a uno de los bufones.

El personaje aprovechó la ocasión y comenzó a correr descabezado mientras los demás seguían la broma. El rostro de su nuera se volvió del color de la grana. Sin embargo, no pudo salir mejor.

El orgullo y carácter de Bertil salieron a flote cuando su hijo menor azuzó el caballo y salió a todo galope de la arena.

Estaba satisfecho. Entretanto lo empujaban hasta el trono que ocuparía esos días junto a su amada Signe, recordó sus días de gloria. Cuando era él quien le demostraba a su pueblo y a su esposa que era el líder ideal. Hasta hacía cinco años cuando estuvo a punto de embestir al enemigo y tener una noche gloriosa más. Su oponente no se percató de que sufría un derrame cerebral. La fuerza del golpe tiró a Bertil del caballo y lo dejó en esa silla de ruedas.

A partir de ese día el joven oponente portó el emblema del ducado y dejó el nombre de la familia en alto año tras año. Se hizo cargo de las tareas y funciones que de él se esperaban y, junto a su novia, fue un digno representante del pueblo de Gotland.

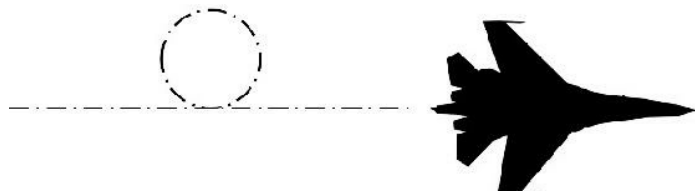
Hasta ese fatídico día en enero donde le informaron a Bertil de su muerte. En su dolor ordenó que se desapareciera todo rastro del joven y se vio obligado a tomar una decisión...

Al percatarse de su error decretó un tiempo transitorio para que el joven pudiera recuperarse y ya no habló más. Entonces se desterró a sí mismo a la mansión Stora para vivir con su vergüenza.

Sabía que Karl tenía el cariño y respeto de su pueblo. No hubo queja sobre su trabajo como el duque de Gotland, pero Bertil era muy consciente de que la ciudadanía prefería al mismo joven guerrero que tanta gloria les dio en el pasado.

Sin embargo, él decidió presentarse sin clan esa semana.

Erik no ganaría ese año. No podría arrodillarse ante la mujer que amaba y entregarle una corona de rosas. Por algún motivo sacrificó su campeonato. No obstante, nada sería capaz de empañar el cariño y agradecimiento que Bertil le tenía a Mirela Imamović por hacer lo que hizo, a pesar de su terror ante el combate.



Mirela ojeaba el periódico esa mañana. A una semana de la justa Erik y ella aún eran la portada y noticia del día en la prensa. Cada medio competía por quién tuviera más fotografías de la pareja, como si ellos se hubieran escondido durante las festividades.

El único disidente era el amigo de Erik que se encargó de publicar diversas imágenes de cuando ella oraba en los acantilados. Según él, mientras palacio se empeñaba en mostrar que ella abrazaba las costumbres en la isla, a escondidas continuaba con sus creencias islamitas. Además, en sus escritos enfatizaba el poco tiempo que llevaba viviendo en el país y, se cuestionaba en cuál religión sería criado el nuevo integrante de la familia real. «¿Un rey islamita?», leía el encabezado de la noticia. Sin importar que esa posibilidad era inexistente.

Ella cerró el diario y terminó de prepararse. No le gustaba estar bajo el escrutinio público. Estaba segura de que alguno de los periodistas descubriría la verdad y el único perjudicado sería Erik. Aunque él insistiera en que no debía preocuparse.

Ese fin de semana estuvieron en la mansión Stora. Saga y ella compartieron un *fika* mientras su esposo jugó al ajedrez con Olof. En la tarde, Erik y ella dialogaron durante horas con su padre a través de una video llamada y el domingo pudo compartir con su suegro.

Esos momentos la hacían feliz. Si bien, Bertil y ella tuvieron que escuchar los regaños de su esposo por más de una hora. Mirela sonrió al recordar cómo Erik abrió los ojos en exceso cuando en un desliz ella dijo —:

—*¡Ya! Pareces un viejo cascarrabias. —Bertil a su lado, en el jardín, rio a carcajadas y la vergüenza de ella se multiplicó—. Lo siento, no quise decirte eso. Es solo que no pasó nada y Wilma dice que está todo bien.*

—*¡Oh! N – no te disculpes —dijo su suegro sin poder parar de reír—. Además, m – muchacho, te recuerdo que yo soy tu p – padre y he vivido*

muchos más a – años que tú. Jamás la p – pondría en peligro.

Bertil se fue, sin embargo, ella observaba a Erik quien se mantenía rígido y no apartaba la mirada de ella.

—Yo... No quería...

—Mi padre me habló.

Él a penas se permitía respirar. Ella jamás lo vio tan descompuesto y lo peor era que no entendía por qué. En realidad, si lo pensaba bien, era la primera vez que veía a padre e hijo compartir el mismo espacio.

—¿Acaso no lo hacía? —Su tono de voz fue suave pues, al parecer, él estaba sumido en sus pensamientos.

—No desde el accidente.

Ella extendió la mano y la colocó en su brazo. Su ceño fruncido por no comprender sus palabras.

—¿Qué accidente?

Él pestañeó y su mirada volvió a enfocarse en ella. Antes de que ella pudiera reaccionar, la tenía entre sus brazos y la aprisionaba con precaución mientras escondía el rostro en su cuello.

Ella respondió el gesto y le ofreció el confort que necesitaba. A la vez que le susurró palabras de aliento. Se olvidó de recibir una respuesta, ya que, para ella no era importante. Lo único que le interesaba era que él siempre estuviera consciente de que estaría ahí. Comprendía que no lo tendría en el ámbito sexual, pero se aseguraría de cumplir sus responsabilidades como esposa. No porque fuera su deber, sino porque lo deseaba. Al igual que quería que ese matrimonio fuera para siempre. Esa semana en la que estuvieron juntos las veinticuatro horas fue importante y esclarecedora.

En la noche cuando estaban recostados en la cama Mirela llevó la mano al pecho de Erik y dijo —:

—¿Sería mucho pedirte que permitas que mi bebé te llame papá?

La mano que subía y bajaba a través de su espalda y que en ocasiones se enredaba en el encaje del negligé se detuvo.

—¿Y Karl? —Mirela percibió la cautela en el tono de Erik.

Un estremecimiento la recorrió. No estaba segura de cuál relación tendría su bebé con el hombre que lo procreó. «¿Y si él lo maltrataba?», pensó.

—Si Karl así lo profesa podrá estar cerca de él, aunque desearía que uno de nosotros esté siempre presente... Pero... —Sus labios tiritaron —.

Pero ¿podría llamarte papá?

Para ella era importante que fuera así y más después de su conversación durante la semana medieval. Era consciente de que su petición sería demasiado para él, sin embargo, ese hombre estuvo junto a ella desde que lo conoció y el cariño que le profesaba a su hijo era indescriptible. Nadie tenía más derecho —a escuchar que su bebé lo llamara papá— que Erik.

—Es mi hijo, princesa. —El corazón de Mirela dio un vuelco ante el dejo de amor y ternura impregnados en esas cuatro palabras—. Me llamará papá porque nunca tendrá dudas de que yo soy su padre.

—Gracias, Erik.

Ese ir y venir tan reconfortante en la piel de su espalda regresó. A Erik no le importaban sus cicatrices. Aun era ese hombre severo que por algún motivo la hacía sentir segura, no obstante, desde que tuvieron intimidad ella percibía destellos de ternura fugaces.

—Todo se hará como tu desees, Mirela. Nunca tengas dudas de ello.

Desde entonces todo parecía fluir mejor. No es que estar con Erik fuera difícil, pero ella dejó de sucumbir a la cantidad de pensamientos que ocupaban sus días y noches, además de crear dudas inútiles. Ese fue el destino que Alá designó, ¿por qué no logró comprenderlo desde un principio?

Mirela todavía no sabía si Karl recibió su nota y tendría que cuidar sus pasos. Si bien, estaba dispuesta a enfrentarlo y asegurarle que fue un momento de confusión y debilidad.

Salió de palacio. Dirigió la mirada al cielo al reconocer el crujir del Gripen. Desde hacía más de una semana que no veía las prácticas y deseaba saber si quien volaba ya se encontraba mejor de su lesión, pero ese día decidió quedarse en casa a pesar de que Erik le aseguró que pronto la prensa se olvidaría.

Ella necesitaba llegar al trabajo luego de faltar por tanto tiempo —Erik habló con su jefe y alegó un compromiso real—. No obstante, los soldados que la escoltaban estaban embelesados. Sonrió. Si la velocidad de vuelo los impresionaba tanto, desearían ser pilotos cuando lo vieran hacer acrobacias.

Mirela observó a su alrededor. En realidad, todos tenían la mirada perdida en el cielo. Se preguntó quién era el piloto y si era conocido. Quizás era su campeón aeróbico y siempre sucedía lo mismo. Ella no lo sabía, ya que, lo veía desde los acantilados y cuando regresaba a la ciudad, él ya había aterrizado.

Agudizó los sentidos al reconocer un sonido diferente. Lo que se acercaba no era un Gripen. El jet parecía un SU 57... el modelo ruso.

En segundos el avión se colocó detrás del 314, quien, giró a la izquierda y de inmediato a la derecha. No se conocían las intenciones del otro caza, así que, tenía que hacer lo que fuera por evadirlo.

Cuando el Gripen entró en un vórtice en espiral, uno de los soldados la rodeó e intentó empujarla para que se resguardara, pero Mirela no pudo moverse, seguía muy de cerca los movimientos veloces de las dos aeronaves.

—¡Vuelva a palacio! —gritó el militar. Los demás subían de prisa al automóvil.

«Vamos... Vamos...», le urgió ella en sus pensamientos. Por algún motivo imitó los movimientos que él hacía al darle vueltas a los anillos en su dedo.

A pesar de sus mejores maniobras el 314 no lograba perder al invasor.

«¿Por qué le importaba tanto ese piloto?», se preguntó.

Todo sucedió en segundos...

El Gripen se detuvo en seco y se colocó en vertical al 100%... Se mantuvo suspendido en el aire. El SU 57 lo pasó y el 314 giró sobre su propio eje en un *loop* de 360° extremadamente cerrado. Se escuchó como las personas contuvieron el aliento. Estallaron en aplausos y vítores cuando la presa se convirtió en cazador.

Un *kulbit*... La majestuosidad de esa maniobra era que al ojo común el avión se quedaba parado en el aire, pero la maquina trabajaba a marchas forzadas y las alas podrían desprenderse del aparato. Al mismo tiempo, el piloto experimentaba tanta fuerza sobre su cuerpo que podría perder la consciencia.

Ella ni siquiera sabía que el Gripen podía hacer esa maniobra. Además de que se jugó la vida pues un misil en tierra lo hubiera derribado con facilidad.

«¡Era un inconsciente!», pensó ella al cerrar los puños.

Mantuvo la vista en el cielo, si bien, no se percató que el SU 57 hacía hasta lo imposible por deshacerse del 314 y que cuatro Gripen aparecieron en el cielo en segundos. Ella le seguía dando vueltas a lo que acababa de presenciar. Para hacer un *kulbit* se debía ser muy preciso. Tener una concentración férrea. Se tenía que ser un hombre seguro de sus decisiones y de sí mismo.

«¿Eres piloto?», recordó cuando Erik le hizo esa pregunta. Ella no logró

indagar, no obstante, tenía muy presente su respuesta cuando le cuestionó si era herrero: «Como pasatiempo. Me gusta la concentración que conlleva.»

Si Mirela cerraba los ojos solo podía ver el brillo en la mirada de Erik cuando hablaban sobre su formación como controladora aérea.

«¿Cuántas horas?», esas palabras se repitieron en su mente una y otra vez. Solo un piloto haría esa pregunta.

Erik...

La hoguera en su pecho terminó por consumirla. De algún modo en esas semanas él logró conquistarla.

Mirela Imamović se enamoró de su esposo.

Y en ese instante comprendió que deseaba dirigirlo. Que su voz fuera la última que escuchara al despegar y la primera al aterrizar.

Se apresuró a detener un taxi. Tenía que llegar a la base. Se movía por lo que le dictaba su corazón. Después le daría paso a la lógica y el temor.

Al llegar, bajó de prisa y se detuvo ante los portones de la base, que en ese momento estaban cerrados.

—¡Alto!

Ella levantó las manos con lentitud. El retén le apuntaba con el arma sin salir de su puesto.

—S – soy Mirela Imamović, esposa de Erik de Bernadotte, caballero de Gotland.

—¡Al suelo!

Se percató que las manos del soldado temblaban junto con el arma. Ella misma se puso en peligro. Estaba segura de que Erik se divorciaría por ella ser tan inconsciente.

—S – soy controladora aérea.

El militar observó a su alrededor, al parecer, para confirmar que estaba sola.

—¡No se lo repito! ¡AL SUELO!

Ella llevó las manos detrás de la cabeza y se arrodilló con lentitud. De algún modo logró controlar el temblor que recorrió su cuerpo, ya que, no deseaba darle motivos al oficial para cometer un error.

Tuvo que recostarse de lado para no hacerse daño en la barriga.

Perdió la noción del tiempo bajo los inclementes rayos de sol. Tenía sed, sin embargo, en lo único que podía pensar era en Erik y su bienestar.

Mirela se removió incómoda al advertir un repentino frío y abrió poco a poco los ojos, pues aún los tenía pesados. Entonces sintió una presión leve en el vientre.

Al recordar lo que sucedió intentó levantarse de golpe, pero un mareo se lo impidió. Observó el techo mientras una bocanada de aire escapaba de sus labios. Luego, miró a un lado y se percató que estaba en un lugar que no reconocía.

—Despacio, señora de Bernadotte. —Una soldado con un estetoscopio alrededor del cuello le sonrió mientras otro militar le tomaba la presión arterial.

—¿El bebé está bien?

Ella miró al frente de donde provenía la voz, la cual, su pequeño retoño reconoció de inmediato y la pateó. Sonrió. Su bebé ya sabía quién era su padre. Erik se encontraba con ese porte áspero que ella tan bien conocía, además de tener los brazos cruzados. Vestía una camisa fina arremangada y el impecable pantalón de uno de sus trajes.

—Sus latidos son fuertes, señor. —Los ojos de Mirela se humedecieron. La felicidad la embargó. El sonido de tren a marcha forzada era hermoso.

Tuvo que responder varias preguntas a la médica, quien, le hizo una revisión completa y le dio indicaciones que debía seguir al pie de la letra. Tenía que aumentar la ingesta de líquido y tener días serenos. No obstante, ella ojeaba con frecuencia al caballero que parecía una estatua furiosa y contenida.

—Déjenos solos —ordenó Erik cuando los militares terminaron.

Los oficiales llevaron la mano a la frente a modo de saludo y salieron de la habitación.

Él se quedó en silencio. La escrutaba con la mirada como lo hizo en los primeros días. Cuando los minutos pasaron y él no abandonó su impasibilidad, ella quiso explicar lo que pretendía al llegar a la base. Sin embargo, él se adelantó.

—¿En qué diablos pensabas?

Ella se agarró el codo izquierdo con la mano derecha pues él se mantenía imperturbable. No es que le agradara que fuera nervioso frente a ella, pues no disfrutaba hacerlo sentir incómodo. Sin embargo, esas eran las únicas ocasiones en que lo sentía cercano y sin defensas. En ese instante ella sabía que quien tenía delante era al militar y aún no lograba comprender cómo se sentía al respecto.

—Soy controlador aéreo. —Le rehuyó a esos ojos de Neptuno

penetrantes.

—Esto es una base militar y, ¿si te hubieran disparado?

—No pasó y no lo pensé. —Ella dejó caer los hombros—. Solo quería dirigir al piloto.

Al fin, logró un efecto en él. Pues una especie de malestar se evidenció. Como si sus palabras fueran amargas. Él negó en repetidas ocasiones y murmuró algo que ella no pudo comprender.

—¿A un hombre que nunca has visto? ¿Acaso te enamoraste de un espejismo?

—Sí, lo amo —susurró. Como en cámara lenta Mirela levantó la mirada para encontrarse con la de él, quién, enderezó aún más la postura, si es que eso era posible—. ¿Cómo no estarlo? Si eres tú.

Fue testigo del momento en que los hombros de él cayeron y tuvo que llevar la mano al pecho en un intento de contener esa hoguera que la consumía. Deseaba abrazarlo y llenarlo de besos. No obstante, se sentía inquieta y más que nunca deseó estar en casa con su padre. No pasaba por alto el lugar donde se encontraba y que ella misma era la responsable de estar allí.

La máquina conectada a su dedo índice delató el instante en que sus latidos aumentaron. Él permanecía en silencio, con la cabeza baja, como si se hubiera derrumbado ante ella. Y verlo de ese modo le provocó un dolor agudo en la boca del estómago.

—¿Por qué estás tan segura? —El tono de voz de él era grueso, al parecer, se le dificultaba hacer funcionar sus cuerdas vocales.

—Te delataste cuando hiciste el cuchillo y en nuestra conversación en las ruinas. —Por otro lado, el tono de Mirela era melifluido. Aunque el temor estaba instaurado en lo más profundo de su ser, si había alguien con quien se sentía segura era con el hombre delante de ella—. Solo tú puedes ser así de preciso y excelso, mantener esa concentración férrea. —Para ese momento era él quien le rehuía. Unos minutos antes, él colocó las manos en los bolsillos y no se movió desde entonces. Permanecieron callados. Parecía que se encontraban a kilómetros de distancia y no que respiraban el mismo aire de esa habitación—. ¿No me vas a decir nada?

Erik aclaró la garganta y entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé...

—¿Acaso te queda duda de que te amo? —La interrumpió y le dirigió una mirada desafiante—. Pero ¿eso de qué sirve? Como quiera no podemos estar

juntos.

—¿Por qué? —musitó ella pues percibía el rechazo de él—. Yo puedo ser tu familia, Erik.

Él frunció el ceño mientras sus labios dibujaron una línea recta.

—¿Piensas que me considero indigno de ti? —A ella no le pasó desapercibida la incredulidad—. Soy el hombre indicado para ti, Mirela. Si no lo hubiera considerado así no te habría propuesto matrimonio.

Ella entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero su garganta no emitió ningún sonido.

—Entonces no te entiendo. —Se obligó a decir minutos después.

—Eres una mujer prohibida.

Ella negó en repetidas ocasiones con la cabeza mientras abría con exceso los ojos a la vez que los entrecerraba. Su cuerpo y mente no sabían cómo reaccionar ante esas palabras.

—¿Por mi religión?

Era evidente que ninguno de los dos lograba comprenderse por primera vez.

—No. —Él hizo una pausa y dejó caer el puño sobre el borde de la cama—. No es el momento, ni el lugar para hablar de esto. ¡Por dios! ¡Como logras desconcentrarme!

La respiración de Mirela se descompasó.

—¿Por qué te trastoco? —murmuró pues no lo entendía.

—Tenías que reclamarme, estar furiosa, exigirme que... —Él se quedó en silencio unos segundos. Soltó una bocanada de aire y con una dulzura impropia en él añadió—: No ser tan ecuánime y solidaria. —Ella cubrió sus labios con los dedos—. Mirela... Ahora no... —Hizo una pausa una vez más—. Lo único que importa es que te tengo que prohibir la entrada.

—Sí. Sé que tienes que dar el ejemplo. —Por un instante, ella entró en ese automatismo en el que sucumbía cuando no estaba segura del rumbo en su vida. Sin embargo, necesitaba conocer más, descubrir a quién le entregó su corazón. No para juzgarlo, sino, para ser un verdadero complemento. Que él fuera piloto los unía más—. ¿Eres su capitán en los espectáculos aéreos?

—Soy quien los dirige, sí.

Ella observó a su alrededor pues no podía ordenar sus pensamientos. No obstante, al parecer, uno de ellos se destacó sobre los otros. Reparó en Erik, quien, mantenía la mirada fija en ella.

—¿Estabas en el festival de Gothenburg?

—No.

Ella asintió mientras doblaba las piernas y acariciaba su barriga. Por un instante la posibilidad de haber cometido un error la afligió. Sin embargo, él le confirmó que no estaba allí. A quien vio volar fue a Karl. Además, no podía luchar contra el destino.

—Mirela...

Una sonrisa incierta se dibujó en el rostro de ella.

—No tienes de que preocuparte...

No pudo terminar pues él regresó a esa postura rígida con los hombros cuadrados y las piernas abiertas. Estaba decidido a algo, pero ¿a qué?

—No, Mirela, por favor, escucha. Ya no quiero mentirte.

Ella abrió los ojos en exceso pues era un hombre tan directo que a veces sus comentarios herían. Jamás pensó que alguien como él podría mentirle. Y musitó —:

—¿En qué me has men...

—Soy el general Erik de Bernadotte —la interrumpió—. Aquí no importa si tengo algún título nobiliario. ¿Me entiendes?

Ella asintió, aunque, no comprendía muy bien por qué le enfatizaba el rango que ostentaba. En algún pensamiento vago recordó que Karl era coronel y, si bien, daba órdenes tenía un superior. Pensó que con él debía ser igual. Erik dirigiría la base de Gotland, pero tendría que tener algún superior en Suecia.

—Sí. Ya intuía que eras militar. Erik no tienes...

—No logras comprender. —Él soltó una bocanada de aire mientras bajaba la cabeza unos segundos—. Estuve por licencia de incapacidad. No obstante, es a mí a quien corresponde juzgarte.

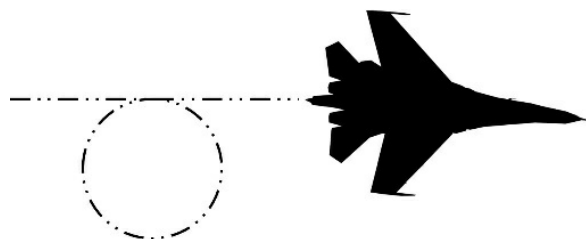
—Eso ya me lo dijiste.

Se observaron. A él se le dificultaba explicarse y a ella comprenderlo. Las palabras y evidencia estaban frente a los dos, no obstante, ellos eran incapaces de ver la realidad.

Él no tuvo oportunidad de continuar la conversación, pues dos hombres entraron a la habitación y llevaron las manos a su frente en señal de saludo. El rostro de Erik se tornó severo.

—Mirela Imamović, la sentencio a cuarenta y ocho horas de encierro en lo que se lleva a cabo la investigación. También tendrá prohibido acercarse a más de ochenta y siete metros de la base en el momento en que sea liberada. —Él giró y, al instante, ella extrañó que esos ojos no la observaran más—.

Señores, les dejo a cargo de mi esposa.
Ella sonrió. Esa era una amenaza clara.



Erik le pegó a la pelota con la raqueta y chocó con la pared. Al regresar, levantó el brazo derecho y con un movimiento en la muñeca la golpeó con fuerza extrema. El tenis de baja intensidad era el único deporte que su médico le permitía practicar desde que fue dado de alta a finales de marzo, si bien, solo tenía permitido utilizar la mano izquierda. Aun así, en ese momento el ejercicio era intenso. La mano derecha le pedía a gritos que se detuviera, ya que, se lastimó cuando tuvo que hacer las maniobras de evasión.

Desde hacía varias semanas probaba el primer prototipo del Gripen clase E. Hombre y máquina se acostumbraban a los movimientos y cambios que SAAB le hizo al equipo, cuando apareció la nueva generación de los jets rusos. Fue la primera vez que Erik realizó la maniobra evasiva tan característica de sus oponentes. En ese momento en el aire la concentración y adrenalina estaban al tope. Si bien, nunca se le olvidó que tenía a una familia que dependía de su protección... Destellos del terror en Mirela ante una guerra le invadieron en segundos.

Aunque lo tuvieran meses bajo papeleo tenía que hacer algo.

A través del radio ordenó que cuatro jets cubrieran el espacio aéreo mientras él obligaba al SU 57 a regresar a su frontera. No fue una labor fácil y, al retornar, tuvo una reunión con el *Regeringen*^[18], quien le ordenó una investigación y mantener la alerta sin ninguna otra consecuencia para los invasores. Sin embargo, su licencia por enfermedad fue revocada y a partir de ese instante estaba activo. Tenía que volver al trabajo meses antes de su recuperación. Las especulaciones de la prensa, sobre su matrimonio, no tuvieron ninguna importancia en su restauración.

Pasaron horas antes de que Erik pudiera regresar a la base.

En cuanto tocó tierra su guarnición le rehuyó. Hubo demasiado silencio

en el lugar. Fue uno de los escoltas de su esposa quien, con recelo, le dio la noticia. El retén la inmovilizó bajo el sol durante horas antes de que alguien se percatara de lo que sucedía.

Según el incompetente e intolerante soldado no la reconoció. No obstante, Erik estaba seguro de que lo único que podía ver era el hiyab en la cabeza de Mirela.

«Y ahora él... ¡ÉL! Tenía que mantenerla encerrada en lo que otros oficiales llevaban a cabo la investigación. ¡*Jävla!*», gritó en sus pensamientos. «¡Y ella tan tranquila! ¿Por qué? ¿Por qué le correspondía a él reventar la burbuja?»

Tal y como ella prometió le confesó que lo amaba y a él le volvían loco las mujeres que cumplían sus promesas.

Sin embargo, no sabía cómo lograr que lo comprendiera. No la culpaba del desconocimiento en rangos militares. Si hubiera vivido lo mismo que ella lo menos que le interesaría era cómo se estructuraba la milicia.

Erik terminó con el excesivo ejercicio y salió del gimnasio que, por algún motivo, estaba vacío. Tomó una ducha y se aseguró que su aspecto fuera impecable. A pesar de sus cicatrices él siempre estaba presentable para ella.

Sus pasos retumbaron por los pasillos desiertos. No entendía qué sucedía con él mismo. De dónde provenía la frustración y coraje que sentía. Él era un hombre de leyes y, a los ojos del retén, ella quebrantó una. Solo por tener un lazo matrimonial no iba a utilizar sus influencias para liberarla. Además, no había caso que perseguir. Mirela no era una bombardera suicida. En dos días saldría de allí y continuarían con su normalidad. Era lo correcto.

Entró a la habitación. Le agradó encontrar la bandeja de comida vacía, además de una hielera y varios té. Sobre los pies una cobija de lana.

Él dejó en la mesa la manzana fresca que llevaba entre las manos pues ella estaba dormida. Se acercó a la cama y deslizó la mano en la ya inconfundible barriga. El bebé tendría diecinueve semanas en unos días.

El sobrino de Erik siempre lo saludaba. Para el caballero era extraño tener una relación tan cercana con alguien que no estaba presente y que con probabilidad ni siquiera sabía quién era él, mucho menos entender lo que decía. Sin embargo, todas las noches tenía que dejar la mano en el vientre de Mirela para que ella pudiera descansar. No la podía mover ni un milímetro, lo que a veces resultaba ser muy incómodo, pero que a él no le importaba... Ese era su hijo, el único que tendría.

Hacía solo un par de noches ella le pidió que le permitiera a su bebé

llamarlo papá. Él ya lo había considerado, no obstante, la solicitud de ella tuvo un gran significado, pues, con todo derecho podía exigirle que mantuvieran la formalidad y el niño se refiriera a él como tío... Ella lo engrandecía. A su lado se sentía invencible.

—Deja dormir a tu madre —ordenó en un tono severo, pero con el brillo inigualable en sus ojos al sentir la leve presión en la mano. Ni siquiera el *kulbit* que ejecutó en la mañana le provocó la ilusión que lo embargaba en esos instantes. La certeza de que algún día ese niño caminaría de su mano.

—Lo conscientes demasiado. —Mirela sonrió, si bien, mantuvo los ojos cerrados.

Él rio durante unos segundos, no obstante, el sentimiento desapareció poco a poco. Los labios de ella estaban cuarteados y su rostro lozano comenzaba a mostrar signos de descamación. Todo por querer proteger al hombre que estaba en el cielo. Aunque fuera ridículo sintió celos de sí mismo.

La observó. Ella tenía el semblante sereno, si bien, él no podría precisar el momento en que dejó de llorar a escondidas.

Como estaba distraído, una característica poco común en él, no se percató del instante en que Mirela lo retuvo del antebrazo con suavidad.

Ella se sentó en la cama y comenzó a inspeccionar el área con delicadeza.

Él se mantuvo en silencio. El estrés y coraje que sintió durante el día se diluyó segundo a segundo.

Aun sujetándolo, ella soltó el hiyab. El velo se deslizó en su cabeza lo que mostró el cabello sedoso que sentía en su piel todas las noches. Erik tuvo que ahogar un gruñido.

Mirela abrió la hielera y derramó parte del contenido en él. Hizo un nudo y en un movimiento pausado y dulce colocó la compresa casera encima de su muñeca.

—¿Qué dijo el doctor? —Ese tono suave lo envolvió. Ella lo haló y tuvo que sentarse a su lado con la pierna doblada sobre la cama para poder estar de frente.

—No he tenido tiempo de ir a verlo —susurró.

A Erik todavía se le dificultaba permitir que ella estuviera tan involucrada con su bienestar personal. Era un adulto independiente que cuidaba de sí mismo desde temprana edad. Sin embargo, allí estaban. El cabello de ella caía sobre el hombro, lo que la hacía muy sensual, a pesar de la bata color verde. La tibieza de la mano de su esposa contrastaba con el frío

que le daba cierto alivio. Sin embargo, sabía que era la presencia de ella la que lo reconfortaba y le daba esa armonía que de otra manera no existiría. «¿Por qué éramos capaces de cometer atrocidades contra otro ser humano?», se preguntó.

—Estoy segura de que con un poco de descanso estará bien —dijo ella con una sonrisa.

Fijó la mirada en ella y sus ojos se humedecieron. Mirela se encontraba en la peor situación que podía vivir y lo único que él observaba era comprensión. Ella lo apoyaba. Si fuera otra mujer, en ese instante, le gritaría por mantenerla encerrada, por ocultarle que era militar. Incluso, la estupidez que hizo en la mañana al perseguir al caza ruso, y por hacer ese movimiento de evasión del que ni a él le constaba que fuera capaz el Gripen. Lo llamarían inconsciente y egoísta... Ya le pasó una vez.

Sin embargo, ella... Ella no huía de él. Un estremecimiento lo recorrió y el temor a perderla desbocó su corazón... Tenía que explicarle a ella a lo que se enfrentaba. Por primera vez creyó que los consejos de su padre sobre esperar eran un error.

Erik levantó la mano izquierda y con los dedos acarició el rostro con el que soñaba aún despierto. Sus ojos lo traicionaron al no apartarse de esos labios jugosos que lo invitaban a besarlos.

No pudo contenerse, era lo que sucedía cuando estaban a puertas cerradas, ajenos a lo que acontecía en el exterior. Según él, solo rozaría los labios de ella para quedarse con su dulzura esa noche.

Al tocar el labio superior de Mirela lo sintió áspero. Por instinto lo humedeció con la punta de la lengua como haría con los suyos luego de un día de entrenamiento bajo el sol. Ella imitó el gesto, entonces él le dedicó el mismo mimo a su labio inferior. Un suspiro tenue, de satisfacción, escapó de los labios de ella.

Él deslizó unos centímetros los dedos para controlar la mandíbula y cuello de su esposa. Muy lejos de rechazarlo ella entreabrió los labios por lo que él pudo tocar el cielo de su boca.

Sus lenguas se encontraron a mitad de camino y ejecutaron esas acrobacias que tan bien conocían. Él se impulsó con la pierna que estaba en el suelo y colocó la rodilla en la cama alrededor de las caderas de ella. La sangre que corría a través de sus venas acarreaba más oxígeno que el ejercicio extremo que realizó unas horas antes. Su virilidad se levantó orgullosa y hambrienta. Estaba complacido con la entrega y disposición de su mujer.

Mirela mantuvo la cabeza echada atrás, pues, al ser tan alto, él tenía que inclinarse casi por completo sobre ella. Deseó poder abarcarla por siempre. Convertirse en un escudo que la protegiera de todo y todos. Y no era que ella fuera vulnerable si no que su grandeza debía ser resguardada.

Erik dejó de sentir el freno sobre su brazo derecho por lo que pudo rodear el rostro de ella. Necesitaba sentir su piel... La extrañaba demasiado.

Rompió el beso cuando el hiyab cayó al suelo con un golpe seco. Sin embargo, mantuvo los dedos en la misma posición y dejó un beso largo sobre la punta de la nariz de ella.

Mirela sonrió.

Con los dedos él acarició el rostro arrebatador. Un malestar se asentó en su estómago. Se sentía bajo el mar embravecido y sin escapatoria.

—Princesa, yo... —No obstante, no pudo terminar. Sus palabras cargadas de veneración y abatimiento. «¿Por qué no fue él quien la conoció?», se preguntó.

Ella colocó las manos en su pecho, muy cerca de su corazón desbocado, y, en un tono meloso dijo —:

—Dentro de esas libertades que quieres darme, ¿no está el derecho a la libre creencia? ¿Tengo que convertirme a tu Iglesia para dejar de ser prohibida?

Él necesitó crear distancia entre los dos. Su cuerpo y mente le exigían abandonarse a la cotidianidad y asegurarle una relación sana y estable. Creía injusto que ella le fuera fiel y él no satisfacer sus deseos y apetitos sexuales.

—Tu religión no es lo que me detiene —le aseguró pues nada podría estar más lejos de la verdad.

—¿Qué es?

—Fuiste la mujer de mi hermano.

Cuando ella se echó atrás sintió que se alejaba demasiado, como si deseara estar muy lejos de él y su garganta se movió con brusquedad. Por un instante los ojos de ella se abrieron en exceso. Poco a poco el tono olivado que él tanto amaba se tornó pálido. Sin embargo, ella se recuperó de inmediato y asintió con imperceptibilidad ante sus palabras.

—Entonces —Ella hizo una pausa—, ¿me castigas por no conocerte y cometer el error de escogerlo primero? ¿No podrías imaginar que no fue con él?

Él intentó responderle, pero su lengua y pensamientos se trabaron cuando se percató de la súplica en el tono de ella. «¿Por qué lo correcto se sentía tan

jodidamente mal?», pensó. Sin embargo, tan recto como era, todavía no se permitía luchar por su felicidad. Una que semanas atrás no pensó que encontraría. Todo lo contrario, imaginaba que su vida sería insufrible después del matrimonio de Karl.

Ella otra vez le permitió huir cuando dijo —:

—Creo que al fin lograste eso de encerrarme y convertirte en el villano. Está bien que no nos besemos. El chico malo no recibe besos de princesas.

Su cuerpo se desinfló. Ella le dedicaba una sonrisa tímida, si bien, no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Erik bajó la cabeza mientras llevaba las manos a la cintura. Entonces soltó una bocanada de aire. No pudo evitar sonreír... sonreír. Él era inflexible y directo y ella de algún modo rodeaba esa fortaleza y encendía su corazón.

—Con que princesa, ¿eh?

—Tus palabras, no las mías. —Se percató del aire de orgullo y prepotencia fingido por parte de ella. No obstante, fue reemplazado por la incredulidad—. Ni siquiera entiendo por qué me llamas así.

—Porque solo una princesa se casaría con un hombre después de cantar una canción. —No lo pensó y de inmediato se arrepintió de sus palabras.

«¿Qué le sucedía ese día?!», se preguntó Erik. Toda la situación lo superaba. A pesar de la diferencia en religión, Mirela y él eran tan afines que no podía entender por qué ella escogió a Karl. Se sentía impotente ante las jugadas del destino. Él era el que debía estar en ese festival aéreo.

Anhelaba estar allí. Sabía que los controladores aéreos más importantes de Europa ejercerían de jueces y quizás podría encontrar a la mujer que le salvó la vida, y agradecerle, aunque todos le aseguraran que no existía. Pero su estadía en el hospital se extendió. Karl tuvo que suplirlo en el viaje y de paso ser él quien conociera a Mirela.

«¿Él le habría permitido a ella irse en el momento en que se presentara? ¿Se habría dado la oportunidad de conocerla?», se preguntó. No, en aquellos días, todavía amaba a la mujer que pensó sería su compañera de vida, aún luchaba por ella.

Su amor por Mirela nació con el pasar de los días. Cuando se forzó a tener conversaciones con ella en un intento de darle una vida normal y la conoció. Fueron los detalles y el respeto que demostró a todo lo que la rodeaba lo que lo enamoró.

Por primera vez Erik sintió como el calor se adueñó de su rostro. Ambos se observaban tan quietos que parecía que el tiempo se suspendió. No sabían

cómo permitir que todo lo que sentían lograra encontrar el camino de salida.

Entonces, una risa nerviosa escapó de la garganta de ella.

—Lo siento. No te conocía. —Se apresuró a susurrar él.

—¿Todavía piensas así? —El tono fue tan bajo que apenas pudo escucharla.

Él negó y se acercó en pocos pasos al borde de la cama.

—Ahora... —Se vio obligado a aclarar la garganta—. Ahora no puedo creer que esté casado con la princesa de la paz.

Ella... Solo ella fue capaz de cambiar el desdén en esa palabra por veneración y honorabilidad.

Mirela negó con vehemencia.

—Me parece inaudito que digas eso, cuando mi llegada ha traído conflicto y alejamiento de las personas que son importantes para ti. Solo he causado división en tu tierra. —Él podía percibir su angustia.

En un movimiento pausado Erik extendió la mano izquierda, buscó la de ella y entrelazó sus dedos. Mantuvo la concentración en ese punto hasta fijar la mirada en esos ojos de regaliz.

—Y a pesar de cómo te miran y sus palabras hirientes, tú les ofreces respeto. —Su tono plagado de una dulzura que no le demostraba con frecuencia—. Jamás me has dado una queja o pedido que los detenga. Esperas que tus acciones hablen por ti. Por eso eres mi princesa de la paz. —El amor y cariño iluminaron el rostro de Erik y le dedicó una sonrisa. Los ojos de Mirela perdieron el júbilo de hacía unos instantes, entonces ella retiró la mano y la escondió bajo la cobija—. ¿Estás bien?

Por primera vez él se preguntó si hizo bien en pedirle que permaneciera en Gotland y formar una familia juntos. Quizás en Brčko sería más difícil, pero —si seguía viva— tendría junto a ella a su padre.

—Bueno, yo misma provoqué esto. Solo a un loco se le ocurriría presentarse en una base cuando están en alerta máxima. Infringí la ley y este es el precio por quebrarla.

—¿Tienes miedo? —musitó él.

—No querría mentirte. Jamás imaginé que yo misma me pondría en esta situación. Pero saber que estos son tus chicos me da un poco de sosiego. — Ella se quedó en silencio unos segundos y con una sonrisa que no eliminó la nube en sus ojos añadió—: Ve a casa a descansar, no te preocupes por mí.

Él asintió y por instinto rozó los labios de ella, si bien, no se sintió igual. No le sorprendió su rechazo pues fue demasiado duro.

Salió de la habitación. Deseaba quedarse, pero se aprovechó de la buena voluntad de su guarnición al visitarla y les exigió demasiado cuando permaneció a su lado durante horas. Él era el oficial de mayor rango y ese día sus acciones no cumplieron con las lecciones que les impartía.

Al girar, divisó a su segundo al mando apoyado en la pared al final del pasillo. En cuanto el militar lo vio enderezó su postura.

—General... —dijo el hombre al llevar la mano a la frente en señal de saludo.

—¿Qué investigaron?

—Al parecer solo fue una provocación. El Säpo no encontró ninguna orden de los superiores del piloto. Ni siquiera que tuviera permiso de volar.

—Ese tipo de prácticas no se registran. ¿El gobierno se ha pronunciado?

—Fue una rueda de prensa sucinta, señor. —El oficial guardó silencio varios minutos, al parecer, no encontraba cómo dirigirse a su superior—. General —Hizo una pausa—, va a tener que presentarse en el festival aéreo.

—Eso ya lo tenía claro.

—¿Cree que está listo? —murmuró.

—Más vale que sí.

Erik se percató del momento en que el militar desvió la mirada hacia su mano derecha. Era evidente que su opinión distaba de la suya. Sabía que arriesgaba demasiado al pretender participar en solo unos días del festival aéreo más importante en Suecia, pero tenía que defender su campeonato. Era más urgente que nunca. Su presentación alentaría a los hombres y recobrarían la confianza en que nunca los abandonaría.

—Mostrarles a los vecinos del norte que nuestros aviones pueden hacer sus propias acrobacias lograría una presentación inolvidable. Lo pensarían antes de invadir nuestro espacio aéreo.

Erik sabía que tenía que presentarse en la categoría *unlimited* y sobre exigirle a su mano derecha en el vuelo. Por la lección sus movimientos perdieron fluidez y solía salirse del box imaginario cuando disminuía la altura para aumentar la dificultad.

«¡*Fan ta dig!*», gritó en su cabeza. Necesitaba tiempo. Desde que Mirela llegó con sus manzanas tuvo que intensificar su rutina de ejercicio y su condición física y respiratoria lograron un nivel adecuado. Solo faltaba descubrir si la operación fue exitosa.

—Filtra la noticia a la prensa, sin confirmarlo —ordenó Erik—. ¿Ya tenemos las portadas de mañana?

El oficial le entregó, en primicia, los periódicos que comenzarían a circular en unas horas. La primera plana de todos era la fotografía de Mirela tirada en el suelo con las manos esposadas a la espalda. El retén le apuntaba a la cabeza en todo momento.

Sus hombros se tensaron y los músculos en la espalda se movieron como un engranaje. Ejercía tanta presión con los puños que, cualquier otro, gritaría de dolor.

—Lo siento, señor, no los pudimos detener. —Con cautela el militar añadió—: Tal vez usted como caballero...

Él negó con vehemencia y con el rostro pétreo dijo —:

—Eso no va a pasar.

—Pero es su esposa...

—Ella entiende a la perfección el error que cometió. Sabe por qué está aquí y lo acepta. —Su tono fue más duro que de costumbre, quizás porque necesitaba convencerse a sí mismo.

—Sí, señor.

—¿El retén?

—Fue degradado a *fänrik*^[19] como usted ordenó. También se le redujo en 200 coronas el sueldo durante dos meses y se le aumentó treinta días a su entrenamiento. Saldrá de la base en las próximas horas.

Erik asintió, si bien, para él no era suficiente.

—Quiero a todos en la explanada a las cero trecientos.

—¡Sí, señor! —exclamó el oficial al cuadrar sus hombros y llevar la mano a la frente.

Salió del edificio. No se imaginaba llegar a casa y encontrar la cocina y alcoba vacía. Así que caminó hasta el hangar donde estaba su Gripen y se recostó entre la parte externa del *cockpit* y la plataforma.

Su suegro se alarmaría al ver la fotografía, pensaría que él no era capaz de proteger a su hija. «¿Hacía bien?», se preguntó. Solo sabía que si intentaba detener la publicación el escándalo sería peor. Sin embargo, eso no aliviaba el malestar en su estómago y los deseos que tenía de destruir lo primero que se encontrara.

Sus ojos se cerraron por un segundo... Su esposa estaba en ese mismo lugar, sobre él, moviéndose con la cadencia sensual que recordaba con precisión. Solo el cabello cubría su cuerpo mientras él se encargaba de acallar los gemidos con sus besos.

Erik abrió los ojos de golpe. Su corazón martillaba como si volara a

máxima velocidad. Tenía que volver a concentrarse. «Él mismo la mantenía encerrada.», se recriminó. No obstante, su mente insistía en que Mirela estaría incómoda y por su estado sería imposible.

Intentó concentrarse en la rutina que tenía que llevar a cabo, pero continuaba con la planificación de algo que nunca ocurriría... Habría que esperar hasta que el bebé naciera y debía ser muy noche o quizás hasta de madrugada. Colocaría a su hijo en el asiento del Gripen muy bien amarrado.

Sonrió. «¿A qué niño no le gustaría?», pensó. Sin embargo, eso lo llevó a creer que era un mal padre pues ponía el deseo de cumplir una fantasía antes que la comodidad de su bebé. Además, jamás la expondría de esa forma. Su cuerpo era un templo que solo él podía adorar... y no lo hacía. «¿Hasta cuándo ella podría soportarlo?», se preguntó.

Erik agradeció el momento en que las alarmas de la base sonaron y los gritos de los instructores informaban que debían levantarse. En menos de tres minutos los treientos cuarenta y tres soldados a su cargo —en la isla— esperaban en la explanada por sus órdenes.

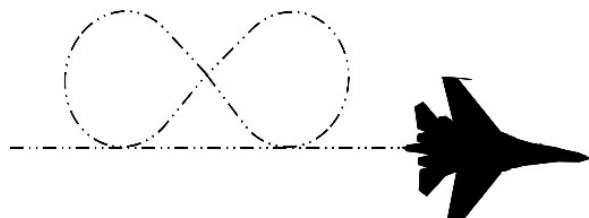
De un salto tocó el piso. Le agradó que todos mantuvieran la cabeza agachada y mostraran su respeto. No quería encontrarse con que alguno lo desafiara pues sabía que sería implacable.

Uno a uno inspeccionó que tuvieran el uniforme en perfectas condiciones. Entonces se paró frente a ellos.

Las piernas del general estaban separadas a la altura de las caderas, su porte recto y la cabeza en alto. Nadie tenía dudas de quien era, de hecho, los cientos de pares de ojos que lo observaban en ese instante se sentían privilegiados y aspiraban a algún día ser como él.

—Hasta este día fuimos un escuadrón humanitario. —Su tono de voz reverberó en el espacio abierto hasta perderse en las profundidades del mar—. Asistimos a los civiles durante catástrofes meteorológicas y tuvimos una participación significativa en los esfuerzos internacionales de paz. Cuando los países quieren asegurar los derechos de sus ciudadanos acuden a Suecia por ser un país neutral. —Su segundo al mando se acercó y le entregó uno de los periódicos que saldría en un par de horas. Erik lo levantó en alto, aunque estaba seguro de que sus chicos sabían muy bien a qué se refería—. Pero mañana esta es la fotografía que circulará a través de los medios nacionales e internacionales. De hecho, ya lo hace en las redes sociales. El mundo será testigo de cómo un soldado sueco aterroriza y viola los derechos humanos de una civil. Si eso es lo que han aprendido de mí y sus instructores, entonces,

déjenme enmendar el error... ¡AL SUELO!



Cada centímetro del cuerpo de Mirela se cimbró al escuchar el tono feroz de su esposo y él ni siquiera gritó. Los soldados, casi la misma cantidad de hombres que de mujeres se tiraron al suelo y esperaron a que él contara uno para comenzar a hacer lagartijas.

Ella no pudo dormir. En el momento en que Erik se fue existió demasiado silencio a su alrededor, y eso la mantuvo en alerta. Sus instintos le aseguraban que no estaba en peligro, pero su mente insistía en que de un momento a otro alguien entraría a golpearla. Prefería tenerlo junto a ella. Sin embargo, lo envió a casa.

Una sonrisa iluminó su rostro cuando encontró una manzana sobre la mesa. Él nunca lo olvidaba. Le dio una mordida mientras Erik contaba dos, si bien, llevaban diez repeticiones.

Poder comprender que esa maraña de sentimientos y pensamientos tenía una explicación sencilla le permitía estar en armonía. Él era un oficial de alto rango y ella lo amaba. En su mente tachó el primer inciso de esa oración y se quedó con la última. Ella lo amaba. Y cuando se ama se acepta a la otra persona por lo que es, sin prejuicios y sin miedos.

Por ese sentimiento tan avasallador ella lo tuvo que enviar a casa. Deseaba fundirse en él y asegurarle que todo iría bien entre los dos. Sin embargo, amarlo también significaba respetarlo, y solo porque él le correspondiera no pretendía que violara las leyes en las que creía. Eso sería egoísta. Un sentimiento opuesto en su totalidad a lo que sentía. Además, ¿cuánto tiempo podría amarla si era desleal consigo mismo?

Fijó la mirada en él, quien por momentos fingía perder la cuenta o tardaba demasiado en decir el siguiente número. No obstante, el corazón de Mirela latía frenético pues también estaba en el suelo y hacía los ejercicios junto a su brigada.

Si en algún momento se preguntó qué tipo de militar era, las palabras y acciones de Erik se lo demostraron.

Durante unos segundos levantó una oración a Alá. Le pidió que fueran un escuadrón íntegro y que esa admiración que sentían por él nunca desapareciera, pues al menos desearían ser mejores personas.

Mirela se sobresaltó al escuchar el grito de uno de los instructores —:

—¿Creen que su general merece este trato después de defender nuestro país?!

—¡No, señor! —Se escuchó al unísono.

Alternado con la cuenta de lagartijas el hombre prosiguió —:

—¡Su general debería estar planificando su rutina de vuelo para el festival aéreo que será en unos días!

—¡Sí, señor!

Ella se percató de la vacilación en la respuesta, lo que provocó que llevara la mano al pecho. «¿Eso era lo que él le había querido decir cuando no lo comprendió? ¿Qué estaba activo?» Eso respondía sus dudas durante la semana medieval. Él trabajaba desde casa y se exponía al público porque estaba bajo licencia. «¿Cuánto cambiarían sus vidas a partir de ese momento? ¿Podría tenerlo en casa al menos unos minutos para compartir la manzana a diario? ¿Sería pedirle demasiado?», se preguntó.

—¿Ustedes podrían dirigir el ejército como él lo ha hecho los últimos dos años? ¿Creen ser capaces de hacer un *kulbit*?!

—¡No, señor!

Se regañó así misma por sus decisiones. Mientras él volaba ella podía calificarlo, así le sería más fácil a él corregir los errores. No obstante, su encierro apenas comenzaba. «¿Por qué no pensó mejor las cosas?», se recriminó.

Mirela dirigió su cuerpo hacia la Meca e inició el zalá. En el cielo, ese punto donde aún la noche se negaba a irse y el día insistía en comenzar. Los soldados terminaron sus ejercicios apenas unos minutos antes. Engrandeció a Alá y le suplicó que la llevara por el camino correcto, que fuera un pilar para su esposo y le abriera el entendimiento a los dos sobre cómo llevar su matrimonio.

En cuanto terminó tocaron a la puerta.

—¿Está lista, señora?

—Un minuto.

Se apresuró a dejar todo ordenado y abrió. Si bien, no sabía a dónde la llevarían. Ella pensó que podría ver a Erik antes de que le informaran de qué la acusarían.

Salió de la habitación y siguió en silencio a los dos hombres que la escoltaban. El crujir del Gripen al despegar la hizo sonreír. Más que nunca anhelo verlo volar.

Los soldados aceleraron el paso. Giraron a la derecha e izquierda. Para ella la base parecía un laberinto. Al final del pasillo se divisaron los primeros rayos de sol y cientos de militares observaban absortos el cielo.

Los oficiales la escoltaron hasta un lugar apartado. Al percatarse de su confusión uno de los hombres dijo —:

—Imaginamos que quería verlo. Por favor, no nos eche de cabeza.

Mirela llevó la mano derecha al corazón e inclinó la cabeza. El brillo en su mirada robaba el aliento.

—No lo haré —susurró—. Gracias. —Antes de que se marcharan añadió —: Me dan una libreta y un lápiz, ¿por favor?

Uno de ellos salió corriendo. Al regresar respiraba con dificultad, al parecer, no quería perderse el espectáculo.

Se alejó de los soldados pues necesitaba estar en el lugar preciso. A ciento cincuenta metros, justo al medio de la caja imaginaria que Erik tenía que respetar. La conocía pues él la marcó en el vuelo... La categoría *unlimited*. No pertenecía a ese rango como jueza, pero daría lo mejor de ella por intentar apoyarlo.

Él se ubicó en la posición base y aceleró el Gripen a Match 1.2^[20] para girar en círculos completos en cuatro ocasiones continuas. Podría parecer una maniobra sencilla, pero, a la altura a la que se encontraba el jet, apenas existía el espacio necesario entre el suelo y las alas del avión al girar. El más mínimo error causaría una catástrofe. Además de la presión de las fuerzas *g* positivas y negativas sobre el cuerpo de Erik.

Todos estallaron en vítores ante el bucle de *snap rolls*. Eran vistosos y casi ejecutados a la perfección... Imperdonable para la categoría. Mirela le restó medio punto en los primeros tres y un punto en el último cuando se salió del axis.

Le siguieron el Hammerhead, el Immelman y demás acrobacias. Los soldados le gritaban y aplaudían como si él pudiera escucharlos.

—Es increíble —murmuró uno de los chicos.

—De verdad es habilidoso —comentó otro.

—¡Wow! La velocidad es... Yo quiero hacer eso —añadió un tercero.

El asombro era palpable en la atmósfera, incluso a ella se le dificultaba detectar los errores, pero estaban ahí y el puntaje no era suficiente para ganar.

Mirela sabía que él era capaz de hacer todas las figuras a la perfección. En las últimas semanas fue testigo de sus prácticas en las diferentes categorías y él acababa de hacer un *kulbit* hacía unas horas, una maniobra que muy pocos lograban ejecutar. Era un piloto excelso. La velocidad que manejaba y sin perder por un segundo el control lo convertiría en uno de los mejores pronto. Solo necesitaba permitir que su mano sanara por completo y practicar un poco más... Pero no estaría listo en un par de días.

Estar expuesto a 6g durante media hora equivalía a ocho horas de trabajo extenuó. Y él surcaba los cielos desde hacía hora y media recibiendo fuerzas de -3g hasta 9g mientras repetía una y otra vez la rutina. A pesar de que todos estaban extasiados y pedían más, Mirela movía todo su cuerpo, si bien, permanecía en el mismo lugar. Además de estar desvelado, él debía estar exhausto, sobre exigiéndole a su mano derecha. Tenía que bajar. Sí ella fuera quien dirigiera la torre de control se lo ordenaría. No importaba que él ostentara un puesto militar alto, en el aire, la tenía que escuchar.

Soltó un suspiro cuando el Gripen comenzó el descenso. En el instante en que el tren de aterrizaje tocó la pista se levantó de nuevo y creó una trayectoria circular y cerrada. De inmediato, recuperó el vuelo recto y nivelado que le permitió un aterrizaje sublime.

El corazón de Mirela comenzó a latir como si hubiera sido ella quien enfrentara la fuerza g. Erik acababa de hacer un looping interior preciso... perfecto.

Los soldados reían y saltaban de un lado a otro. Algunos hasta se abrazaban.

—¡Wohoo! —Se escuchó a veces cerca de donde ella se encontraba y después lejos.

—¡Alguien encontró el punto g! —exclamó una de las soldados lo que provocó la carcajada de todos.

Mirela estaba demasiado sumida en sus pensamientos como para exigirle a la mujer respeto, si bien, eso no evitó que el fuego corriera por sus venas.

—¡El duque del cielo está de vuelta! —gritaron al unísono mientras chocaban sus manos.

Pasaron un poco más de veinticuatro horas y Mirela aún se encontraba privada de su libertad dentro de la base. Erik no había podido verla en ese tiempo pues tan pronto bajó del Gripen le informaron de un fuego incontrolable en la región de Jämtland. La base estaba en alerta máxima. Casi todos los soldados a su cargo se encontraban en las brigadas de ayuda.

Se dirigía al hangar para continuar con el desalojo de las familias cercanas al lugar. Acababa de solicitar ayuda al Mecanismo de Protección Civil de la Unión Europea. El general tenía que organizar y ejecutar el plan de ataque contra el fuego que los consumía. Sin embargo, se encontró frente a la puerta de la habitación donde estaba su esposa.

Tuvo que esperar un par de minutos antes de que ella le abriera. Erik entrecerró los ojos pues su rostro lucía desmejorado y ojeroso.

La mirada de ella era ausente, no obstante, sus ojos bajaron a las botas y recorrieron cada centímetro del *jumpsuit* hasta encontrar su mirada.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal del caballero. El mismo encontró su virilidad, quien, de inmediato se puso en alerta. Las mejillas de ella tenían un rubor muy leve que lograba un resplandor en su piel. Esos jugosos labios se entreabrieron. Entonces Erik se concentró en ese movimiento sutil y pausado de los dedos de Mirela en su propio cuello mientras sus ojos de regaliz se oscurecían aún más, si es que eso era posible.

Él negó en repetidas ocasiones, solo era su imaginación. Se recriminó a sí mismo por no mantenerla junto a él mientras se encontraba allí. Fue testigo del terror que sentía ante la guerra y estar rodeada de soldados debía ser muy doloroso. Su esposa y su país lo necesitaban y, por primera vez, él se debatía con quién mantener sus lealtades.

—¿Quieres caminar unos minutos conmigo? —Debía marcharse, mas, necesitaba darle unos instantes de paz. Ella asintió, cerró la puerta y lo hizo esperar. Al salir, caminaron despacio, como si desearan robarle instantes al tiempo. A él le pareció muy extraño que ella sostuviera con firmeza una libreta—. El fuego en una de las provincias se salió de control. Por eso tenemos tanto movimiento. —Ella asintió. Erik tuvo que tragar con dificultad pues su garganta se tornó áspera. Era muy inusual que fuera él quien dijera todas las palabras y ella solo escuchara—. Deseaba estar juntos anoche, pero estos

meses fueron secos y muy calurosos. —Los próximos pasos fueron en silencio. Él percibía que algo le sucedía a ella, si bien, no podía comprender qué—. Mirela si te lastimé yo...

Sintió el instante en que la punta de los dedos de ella rozó los suyos. A pesar de que no hacía ningún esfuerzo su corazón se desbocó. Él era quien solía olvidar que no debía tocarla en público por sus creencias y no sabía que pensar si era ella quien buscaba su contacto.

—Tienes que descansar. —Él apenas pudo entender las palabras pues la voz la traicionó.

La historia se repetía. En ese momento Erik pudo comprender la palidez en la piel y ojeras de ella. Fue testigo de la misma reacción una vez, si bien, aquellos ojos eran azules. También había otra diferencia... Si Mirela insistía él sería capaz de decir que sí.

—Mirela... —Antes de poder explicarle que ese era su deber, un compromiso que adquirió por su país, ella extendió la mano e insistió para que él agarrara la libreta.

En tierra, Erik experimentó la misma reacción que si volara a 9g. Sus piernas eran incapaces de moverse por el peso que sentía. Durante unos segundos sostuvo la libreta con un agarre excesivo y la mirada fija en ella quien sin palabras le suplicaba que la abriera.

Bajó la cabeza y soltó una bocanada de aire. Por un segundo no supo qué hacer. Temía conocer el contenido.

En cuanto la abrió Erik frunció el ceño. Cada hoja contenía un dibujo de las maniobras que realizó el día anterior y la calificación de esta. Era evidente que para Mirela él no debía participar en el festival aéreo y lo peor era que él sabía que esos puntajes eran justos. Sin embargo, eso no fue lo que captó su atención.

Erik bajó con lentitud hasta colocarse en cuclillas pues sintió que sus piernas no podrían sostenerlo por más tiempo.

Pensó que ella quería prohibirle volar y asistir a los ciudadanos que requerían de su pericia en rescate y extinción de fuego. No obstante, el aspecto demacrado de Mirela era producto de una noche en vela donde ella hizo cálculos matemáticos, basados en que permanecieran las mismas condiciones meteorológicas, para que él pudiera salir victorioso en el festival.

Con la yema de los dedos el piloto acarició las tachaduras, borrones y reescritura de las fórmulas. Necesitaría semanas para estudiar sus recomendaciones.

Erik se mantuvo a los pies de su esposa y levantó la mirada. Le pareció más hermosa y radiante que nunca. Deseaba decirle tantas cosas, un simple gracias era insuficiente y hasta ofensivo.

¿La amaba? Más que al cielo mismo. Lo hizo en el instante en que se abrió la puerta de la habitación en el hospital y apareció ella con la preocupación dibujada en su rostro. Él jamás pensó que ocurriría pues mantenía las defensas arriba. Ella era prohibida. Y para alguien que no creía que existiera el amor a primera vista se enamoró en tan solo unas semanas, aunque, sabía que a ella le costó más y aún no comprendía cómo era capaz de amarlo. No obstante, Mirela era la única mujer que le provocaba al caballero esa inquietud tan impropia de su carácter, pero que lo hacía sentir vivo.

Erik sentía cada músculo en su cuerpo extasiado. Si estuviera sentado su pierna se movería con rapidez. Deseaba levantarla en brazos y hacerla girar hasta que riera a carcajadas. Si bien, su lengua y pensamientos estaban hechos un nudo por no encontrar las palabras adecuadas.

Y nunca llegaron pues fueron interrumpidos por varios de sus hombres quienes llevaron la mano derecha a la frente.

—Ya estamos listos, señor. Solo esperamos sus órdenes.

—Un minuto más. —Erik se puso en pie y se aseguró de guardar muy bien la libreta en uno de los bolsillos. Los soldados se retiraron mientras ellos mantenían sus miradas entrelazadas—. Me necesitan...

Ella asintió en varias ocasiones.

—Tienes que ir. —Su tono fue firme y seguro.

Muchos anhelos y sentimientos se quedaron suspendidos en el aire... Y no solo por parte de Erik.

La maraña de sentimientos y pensamientos la mantenían de un lado a otro en la habitación. El corazón de Mirela latía de prisa desde el día anterior y su respiración era superficial. Lo que ella pensaba no podía ser. Karl era el duque de Gotland y, desde su matrimonio con Helena, príncipe de Preslav. Erik era caballero, él mismo se lo dijo. Se convenció de que esos chicos estaban equivocados... Eso sería lo mejor. Sin embargo, su mente no le permitiría que se engañara así misma.

Unos golpes contundentes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Con cautela se acercó y la abrió.

—Señora —dijo uno de los soldados agitado—, necesitamos su ayuda.

No existió vacilación en su postura. Mirela salió de la habitación y comenzó a seguir al oficial quien iba tan de prisa que se le dificultaba seguirle el paso. Afuera un vehículo los esperaba. Tan pronto ella subió arrancó a toda velocidad y cruzó la explanada en pocos minutos, pasaron los hangares y divisó la torre de control.

En el cielo varios helicópteros daban vueltas.

—¿Qué sucede? —Su tono profesional.

—Alex dejó su almuerzo sobre el control antes de desmayarse. Gracias a dios usted está en la base. La ayuda de Francia e Italia acaba de llegar y tenemos que reabastecerlos —dijo el soldado mientras subían las escaleras.

Ella sintió arcadas tan pronto llegó pues el olor era penetrante a pesar de que ya estaba limpio. Contuvo el aliento durante un instante y se concentró a pesar de las circunstancias. Se familiarizó de inmediato con las condiciones del tiempo y los helicópteros que esperaban para descender.

—Aquí, base de Gotland, disculpen el silencio —dijo al colocarse los auriculares y hablar en la frecuencia general.

—Aquí, CL – 215, ¿todo bien, base de Gotland? Escuchamos que tuvieron problemas hace unas horas.

—CL – 215, aquí Gotland, todo bien. Solo una chica enamorada.

Se escucharon varias risas en el radio.

—De acuerdo, base de Gotland. —El piloto con acento francés soltó una risita—. Aquí CL – 215, solicito permiso para aterrizaje en pista 2.

—CL – 215, aquí Gotland, autorizado a aterrizar en pista 2, viento en calma.

—Aquí CL – 215, recibido.

Durante horas la controladora aérea recibió y despachó a los helicópteros que hacían un alto en la isla para reabastecer el combustible y entonces continuar su camino hasta la región de Jämtland. Mientras ella los dirigía en el aire, su compañero lo hacía en tierra. El equipo en la base se apresuraba a reabastecerlos y en menos de ocho minutos volvían a estar en el cielo. Mirela mantenía una concentración tenaz. Ese no era el momento para pensar en nada más. Esos hombres y mujeres estaban a su cargo y ella no los defraudaría.

—Señora Imamović —El segundo al mando interrumpió su trabajo—, el pueblo de Gotland le agradece por sus servicios.

Ella tapó el micrófono del auricular y respondió —:

—No hay nada que agradecer. Es mi deber.

—Creo que le gustará saber que no encontramos causa...

A través del aparato ella escuchó la solicitud de despegue de un CH – 46.

—Discúlpeme. En este momento tengo que atender esta emergencia. Cuando Erik regrese le podrá decir a él.

Giró y comenzó a dictar las especificaciones para el ascenso.

—De hecho —insistió el oficial—, a lo que venía era a ordenarle que despeje el espacio aéreo. El general ha recibido órdenes nuevas.

—Así lo haré. —El militar se retiró y ella le dio permiso de salida al helicóptero. Luego se aseguró de que todos tuvieran combustible y los desvió a las pistas del aeropuerto. Sin embargo, se sentía inquieta pues Erik debería descansar—. ¿Sabes qué sucede?

Su compañero apartó el auricular y dijo —:

—El humo es muy denso y no tienen visibilidad. Los que están en la región fueron desviados a los aeropuertos más cercanos.

—¿Y Erik? —susurró ella, aunque, se apresuró a negar con la cabeza—. ¿El general?

El chico sonrió.

—Viene por el Gripen, van a bombardear el área.

Mirela frunció el ceño.

—¿Disculpa?

—Según el informe teórico que presentó el general hace unos meses la onda expansiva dejará sin oxígeno un radio de 200 km y el fuego se extinguirá.

—¡Oh! —Ella no conocía ese tipo de maniobras.

—O al menos eso esperan.

—¿Lo han hecho antes? —Mirela tuvo que forzar su voz.

El soldado negó con la cabeza mientras daba instrucciones al último helicóptero en la pista.

La espera se le hizo interminable. Sabía que el cansancio debía recorrer cada poro del cuerpo de Erik, pero, así como ella no saldría de la torre sabía que él no bajaría del avión. Y cuando pensó que la angustia la consumiría, llegó la solicitud que tanto anhelaba.

—Base de Gotland, aquí Orión P – 3A, solicito permiso de aproximación y aterrizaje.

—Orión P – 3A, aquí Gotland, aprobado. Pista uno, viento quince, ráfagas veinticinco. Frecuencia 112.9.

El silencio se adueñó del radio por unos segundos.

—Base de Gotland, este es Orión P – 3A, identifíquese.

—Orión P – 3A, aquí Gotland... Es Mirela, confirme.

Una vez más el radio se quedó en silencio.

—Base de Gotland, este es Orión P – 3A, aterrizaje en pista uno, frecuencia 112.9.

El avión fue visible cerca de tres minutos después. Ella lo acompañó en el radio hasta que las ruedas del tren de aterrizaje tocaron la pista.

Su compañero se quedó en silencio cuando ella instruyó a Erik en tierra también.

—Mirela...

—Negativo, general... Permanezca concentrado.

Desde la torre, ella presenció el instante en que él bajó del bombardero. Durante un segundo se quedó estático en la pista. A pesar del casco, Mirela sabía que esa mirada de Neptuno estaba fija en ella.

El segundo al mando se acercó a él, al parecer, para indicarle las instrucciones de su próxima misión.

Aunque para los demás ella permanecía estoica, su corazón latía frenético y un cierto mareo la obligaba a pisar con firmeza el suelo. Por un momento albergó la esperanza de que él no la recordara. Sin embargo, era obvio que lo hacía. Se preguntó si ese instante que volvían a vivir sería igual de importante para él aquella vez.

El control de tierra instruyó al caza desde el encendido hasta estar listo para salir cuando ella se quedó en silencio. Solo salió de sus pensamientos al escuchar en el radio —:

—Base de Gotland, aquí Gripen 314, solicito permiso de despegue.

Mirela cerró los ojos por un instante. Como en aquella ocasión la preocupación por su bienestar y seguridad la consumía. Erik ejecutaría una maniobra desconocida y a pesar de confiar en él, no podía dejar de pensar en alguna eventualidad.

Por más que quiso contenerse, le dijo —:

—Gripen 314, aquí base de Gotland, antes tengo una solicitud.

El radio se quedó en silencio por más de un minuto.

—Prosiga. —Mirela llevó la mano al pecho en un intento de controlar ese fuego que la consumía. La contestación de Erik fue un susurro. Como si fuera demasiado para él escucharla y recibir sus indicaciones. No obstante, no podía dar marcha atrás.

—Todavía tenemos que practicar tus movimientos. Promete regresar.

Se recriminó a sí misma. Si de algo estaba segura era de que ninguno de

los dos actuaría sobre los sentimientos que intentarían emerger. Sin embargo, en ese instante ella era tan suya como jamás lo sería frente a frente. Esperaba que con sus palabras él entendiera que lo amaba y que lo apoyaba en todo.

—Recibido... —La voz de Erik salió estrangulada—. Para este caballero tu petición es un decreto.

Todo sucedió en cámara lenta... Mirela se desvaneció mientras su compañero actuó con rapidez y la apoyó en el asiento.

La solemnidad en su voz, el tono inconfundible en el radio. «¿Cómo pudo ser tan estúpida?», se preguntó.

El soldado junto a ella despacharía al Gripen, pero Mirela lo detuvo. Erik sabía que algo no marchaba bien y se negaría a salir. Ella era solo una y él debía garantizar la seguridad de miles de personas. Tenía que darle las instrucciones de salida y las de regreso. Después de todo era lo que más deseaba.

—Gripen 314, despejado para despegue, pista uno.

—Despejado para despegue, pista uno, Gripen 314.

El caza desapareció en el cielo en segundos. El oficial se acercó a ella y le ofreció un vaso con agua. Con manos temblorosas, tomó el líquido despacio mientras acariciaba con delicadeza su vientre para reconfortar a su bebé.

—¿Puede continuar? Mire que aprecio mucho al general, pero mis músculos están molidos.

Ella no pudo contener el rubor en sus mejillas. Debido a sus acciones el regimiento socorría a las personas tras una noche de desvelo y ejercicios.

—Hasta que él baje, seguiré aquí.

El chico asintió. La actividad reinició en el radio. Los helicópteros deseaban regresar para contener la catástrofe.

Cerca de quince minutos después llegó la noticia. La bomba detonó en el área inhóspita y la onda de expansión dejó sin oxígeno el lugar por lo que los antiincendios podrían volver a sobrevolar y extinguir con mayor facilidad. El radio se inundó de vítores y cumplidos para el duque del cielo.

Los ojos de Mirela se humedecieron y no pudo contener el estremecimiento que la recorrió. La opresión en su pecho era tan grande que pensó que en algún momento iba a estallar. Sin embargo, en su rostro tenía dibujada una sonrisa arrebatadora y contagiosa.

Cerca de doce helicópteros solicitaron el permiso de salida al mismo tiempo, si bien, ella mantuvo la calma y la profesionalidad. Ese era su trabajo y todos la consideraban una de las mejores.

—El general se encuentra a cinco minutos —le informó el controlador de tierra cuando ella continuó recibiendo y despachando las aeronaves en su espacio.

—Ya lo vi. —Mirela observó el radar. Planeaba dar el permiso de aterrizaje y salida a dos helicópteros cuando llegó la llamada del caza.

—Base de Gotland, aquí Gripen 314, solicito permiso de aproximación y aterrizaje.

—Recibido, Gripen 314, espere. CH – 46, apro...

—Base de Gotland, aquí Gripen 314, solicito permiso de aproximación y aterrizaje —insistió Erik.

—Recibido, Gripen 314, espere...

—Base de Gotland, aquí Gripen 314, soy el general Erik de Bernadotte, ¿segura que me quiere hacer esperar?

—CH – 46, aprobado, pista uno —respondió Mirela al ignorarlo—. Gripen 314, si cree que puede descender a 5 mil pies en segundos y frenar el avión a un cuarto de pista adelante, si no, espere a que despeje mi espacio aéreo. —La autoridad en su voz era indiscutible.

El soldado junto a ella no pudo contener la risa. A través de su frecuencia, que era distinta a la de Mirela, oía cómo a los pilotos les fascinaba la voz y comando de la controladora aérea y su general debió escuchar lo mismo, antes de hacer el cambio. Ese debía ser el motivo de su comportamiento.

—Gotland, creo que me he enamorado. ¿Es usted casada? —Mirela desconocía de quién provenía la transmisión.

—Identifi...

—Recibido, Gotland —interrumpió Erik en un tono glacial—, aquí Gripen 314, 5 mil pies y un cuarto de pista.

Ella no tuvo tiempo de responder pues el caza se colocó en vertical y cayó en un bucle de *snap rolls* hasta llegar a cien metros. Recuperó la posición, aterrizó sin complicaciones y con exactitud rodó a un cuarto de la pista.

—Gripen 314, aquí Gotland, creo que ya le he advertido. No quiero maniobras en mi pista.

—Solo seguí instrucciones, base de Gotland.

Una sonrisa se apoderó de los labios de ella. No podía refutarle nada pues hizo con exactitud lo que le pidió. Su pequeño retoño también lo apoyaba.

Y, aunque el deseo por verse los consumía, tuvieron que esperar.

Mirela permaneció de pie junto a la ventana de su habitación en la base. Desde hacía dos horas vio la danza de los helicópteros al aterrizar, reabastecerse y volver a salir. Fue por órdenes de Erik que tuvo que abandonar la torre de control después de doce horas bajo su mando. Él también estaba en tierra, pero la contingencia los mantenía separados.

Ella giró cuando la puerta se abrió de golpe. Deseó preguntar si la emergencia fue controlada, pero su voz no le respondió. Erik jadeaba. Prueba inequívoca de que corrió para verla. Si a ella le quedaba alguna duda de la importancia de aquel encuentro en Brčko con las acciones de él se esfumaron.

Ambos se quedaron estáticos cuando sus miradas se encontraron... Como si fuera la primera vez que se observaban. Ella llevó la mano sobre el corazón en un intento vano de aplacar la hoguera que la consumía.

Entonces el espacio que existía entre los dos fue intolerable. En dos pasos de ella y uno de Erik se reencontraron. Él la rodeó entre sus brazos con delicadeza para no lastimar su abultado vientre y sus labios se fundieron en un beso vehemente.

Las manos de él enmarcaron su rostro, las yemas de los dedos fijas en su nuca y los pulgares descansaban en su cuello. Por la altura el cuerpo de Erik la dominaba, pero sin dudas ella era la dueña de ese beso como si al fin hubiera derribado esas barreras alrededor de él.

Erik reposó la frente en la suya, sus manos en el mismo lugar. Ambas respiraciones alteradas. Sus pechos subían y bajaban erráticos. Los corazones seguros de una vida juntos, aunque sus mentes todavía plagadas de vacilación.

Se robaron besos fugaces, mientras se fundían en ese núcleo que decidieron formar aun sin reconocerse.

—Pensé que fue por el accidente. —Por primera vez el tono de él inseguro. Se aferró a ella por temor a un espejismo. Que solo fuera una jugarreta de su cabeza para justificar que se enamoró de quien era prohibida —. Que mi mente inventó una realidad paralela para poder sobrellevar lo que sucedió. Todos me decían que era un aeropuerto fantasma, fuera de funciones desde el 2004.

—Lo está. —Ella asintió una y otra vez como validación de lo que le informaron—. Se puso en funcionamiento solo por la emergencia. Por unanimidad los representantes de la comunidad me eligieron. Los designios de

Alá son misteriosos.

Él ratificó sus palabras con convencimiento.

—Cuando te investigamos mencionaba que tu último trabajo fue en Heathrow. Por eso yo... yo... Ni siquiera pensé por un instante que pudieras ser tú... Que te tenía tan cerca.

Erik la sostenía de las caderas. A través de esos brazos fuertes ella sentía la protección y anhelo por mantenerla unida a él.

—Háblame del accidente —susurró ella al acariciar el rostro cuadrado y duro que la enamoró. Por primera vez solo con su voz y la segunda con sus acciones del día a día. Su cicatriz nunca le importó, era parte de él y ella lo amaba por completo.

Erik entrecerró los ojos, al parecer, se le dificultaba recordar con claridad lo que sucedió.

—Mi avión cayó en las llamas un par de horas después. —Los ojos de ella se tornaron como la grana. Un nudo, que apenas le permitía respirar, se formó en su garganta—. En realidad, volaba mucho más bajo de lo que mis instrumentos me marcaban. Por el calor me quedé sin oxígeno y perdí la consciencia.

Un quejido brotó desde lo más profundo de su ser. Sus manos se aferraron al corto cabello para confirmar que estaba con ella. El remordimiento la consumía.

—Fue por mi culpa. Sabía que no debías salir. —Ella forzó su voz.

Él negó mientras daba un paso más, a pesar de que estaban tan unidos que respiraban el mismo aire. Anhelaban fundirse. Necesitaban que el otro supiera cuan trascendental fue ese encuentro hacía meses.

—Tus palabras me salvaron. —La autenticidad en el tono de él arrulló su maltrecho corazón—. Aunque te cuidaste mucho, conocía el significado detrás de ellas. Pensabas que mi avión no estaba listo para regresar y tenías razón... Eso me mantuvo en alerta. Cuando reaccioné estaba aturdido, pero pude avisar. Lo demás es muy confuso. Solo sé que desperté en el hospital. Me salvaste, princesa. —El amor y pasión que se construyó encontró el camino de salida. Entre besos se susurraban palabras de incredulidad y afirmación por estar en el momento preciso aquel día—. Te he extrañado tanto.

—Yo también lo hice.

Se besaron despacio, como si con cada roce se descubrieran. Erik reconoció la calidez y humedad de su boca. Dio un paso más pues necesitaba sentirla muy cerca. Se negaba a creer que ese anhelo tan oculto se

materializara.

Soltar el hiyab fue muy fácil ya que conocía a la perfección cómo ella lo ajustaba. Poco a poco Mirela le permitió entrar en la intimidad de su cotidianidad y el ritual de colocarse el velo era uno de sus favoritos. Le excitaba ser el único que podía observar la sedosidad de su cabello.

La prenda se resbaló con facilidad mientras su corazón latía tan fuerte como lo hacía cuando alcanzaba los 9g. Deslizó la yema de los dedos en el rostro de ella hasta llegar a la nuca y ejercer la presión justa para que inclinara la cabeza a un lado y poder profundizar el beso en esos labios como el dulce de manzana que compartían.

Esos gemidos ahogados en ella eran un gran afrodisiaco. Solo ese contacto, con ella no necesitaba nada más para que su cuerpo se deshiciera en ardor.

Mirela colocó las manos en su pecho descompasado y por un segundo Erik abrió los ojos al sentir como si lo apartara... Y así era. Entrecerró los ojos y se alejó de ella con dudas. Era imposible que no le correspondiera pues la sintió tan suya que el temor lo embargó.

—¿Qué sucede? —Creyó que algo en él se rompía y un dolor intolerable y desconocido se adueñó de su interior.

—No debes traicionarte. —Ella se quedó en silencio unos segundos pues su garganta no quería responderle—. Me equivoqué... —Pudo él leer más que escuchar—. Me equivoqué y ahora no podemos amarnos.

Él percibió que ella se sentía igual de desamparada. Dio un paso atrás, pero Mirela se aferró a él con la cabeza apoyada en su pecho y los labios sobre los latidos de su corazón desbocado. Le decía palabras que por la neblina en su cabeza no lograba comprender. Entonces ella dejó un beso tierno que paralizó su corazón por un milisegundo. Ese gesto terminó de desarmarlo pues sintió que era una despedida.

Erik descargó sobre los labios de ella el fuego que lo consumía, si bien, la pasión de Mirela arrasó con él y lo convirtió en cenizas.

Alejarse supuso un gran esfuerzo... Uno del que no estaba seguro si valía la pena.

Cerró la puerta y se apoyó en ella, aun así, sus piernas cedieron. Colocó los codos en los muslos y jaloneó su cabello. Un gruñido reverberó en su pecho cuando escuchó el llanto de angustia de ella.

Erik se levantó con determinación.

Abrió la puerta y fijó la mirada en ese rostro tan arrebatador manchado

en lágrimas. Un paso decidido tras otro caminó.

—Al diablo todos y las malditas leyes... Eres mía.

Un jadeo escapó de la garganta de Mirela ante la resolución en la voz de Erik. Negó con la cabeza con los ojos desmesurados y dio dos pasos atrás. Sin embargo, él se abalanzó sobre sus labios para demostrarle que no tenía dudas.

Deslizó las manos en el interior de la camisa que ella vestía y la sacó por la cabeza. El cabello sedoso que tanto amaba cayó como una cascada sobre el pecho de ella y cubrió sus senos tal y como en la fantasía que tuvo unas horas antes.

Se deleitó en la tersa piel que acariciaba sin prisas, lo que la hacía estremecer. En minutos él pudo disfrutar de la desnudez en esa piel olivada. En la mirada de él solo existía adoración y deseo por ella. Para él las cicatrices de Mirela la hacían más hermosa. Le demostraban la fortaleza de la mujer que amaba.

El corazón de Mirela latía con seguridad. Erik era el hombre que siempre amó por eso no detuvo su avance. Más que nunca deseó ser suya. La respiración de Mirela era pausada mientras sentía como los dedos de su esposo redescubrían hasta el último rincón en su piel. Erik fijó una de sus manos en la nuca de ella y consumió sus labios con besos lentos cargados de devoción que la humedecieron.

Erik tragó profundo ante la adoración en los ojos de Mirela. Todavía le costaba creer que la tuvo enfrente de él durante tanto tiempo... que tuvo su felicidad al alcance de la mano. Muchas noches soñó con la cadencia de su voz, la amonestación superficial por hacer un looping antes de aterrizar y en otras se mantuvo en desvelo por la urgencia en sus palabras... Por no poder cumplir con la promesa de volver.

En un movimiento pausado ella comenzó a bajar la cremallera del *jumpsuit*. Él negó con la cabeza.

—Necesito un baño.

Ella sonrió y acercó los labios a los suyos mientras lo empujaba con delicadeza a la cama.

—Sí, lo haces.

Mirela se deshacía en caricias delicadas en su piel. Se sentía especial... apuesto. Deslizó las manos hasta la barriga de ella y dejó un beso en su ombligo antes de abrir con suavidad los pliegues de ella y encontrar el botón de su feminidad. Concentró sus labios en los jugosos pezones mientras ella colocaba las manos en sus hombros para estabilizarse, si bien, él sabía que no

podría tenerla de pie por mucho tiempo.

Un gruñido se atascó en su garganta cuando Mirela jaloneó su corto cabello mientras intentaba contener los gemidos y jadeos que insistían en escapar. Comenzó a pelear con las botas pues no deseaba separarse de ella y cuando por fin pudo liberarse la ciñó en un abrazo y la levantó sin esfuerzo. Mirela envolvió su cintura con las piernas mientras sus labios se encontraron sin prisas.

Erik acarició con ternura el cabello sedoso que adoraba. Sus respiraciones permanecieron serenas mientras varios suspiros de satisfacción retumbaban por los rincones. Cada uno disfrutó de la piel del otro. Sabían que no podían desbocarse pues tenían que proteger a ese pequeño ser hacedor de destinos.

Él percibió el calor avasallante del interior de Mirela cuando comenzó a descender sobre su virilidad.

Con la voz ahogada Erik dijo —:

—No te muevas. —No deseaba lastimarla y ni siquiera sabía si por alguna razón médica lo tenían prohibido. Además, no buscaba placer. Su única intención era rendirse ante ella. Entregarle su amor... Hacerle saber que él fue suyo desde que escuchó su voz por primera vez.

Sus frentes reposaron una sobre la otra y sus labios no encontraron saciedad. Durante unos minutos permanecieron quietos, con una leve capa húmeda sobre su piel. La mirada de Mirela resplandecía con tal fervor que él se sintió tan amado que cualquier duda que pudiera intentar emerger se esfumó.

Mirela mantuvo la mirada fija en el hombre que amaba... Una sonrisa que iluminó la habitación de la base se adueñó de sus labios. Lo tenía con ella... Lo encontró... Frente a ella, amándola como ningún otro hombre lo haría, estaba el duque que amó solo con la solemnidad de sus palabras.

Deslizó las manos por los surcos en la piel de su esposo. Como le habría gustado acompañarlo en esos días de tanto dolor. Se inclinó y sus labios las recorrieron para redescubrirlas. Un gemido de agonía escapó de los labios de Erik. Ella succionó su piel con delicadeza en un intento de hacerle comprender que esas marcas no lo hacían vulnerable.

Se acercó a los labios de Erik y lo besó con vehemencia y devoción. Sus caderas comenzaron un vaivén muy femenino y cadencioso sobre su virilidad que lo obligó a él a aferrarse de su piel y responder con sus propias embestidas.

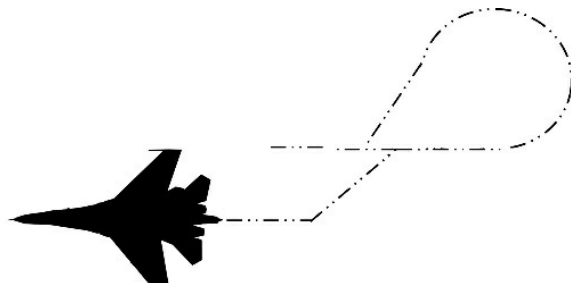
—Te amo —susurró él.

Ella se detuvo con el aliento contenido y sus ojos se tornaron como el jugo de la frambuesa. La opresión que sintió en su pecho durante unos segundos estalló en una felicidad infinita.

Sus lenguas se enredaron y las caricias de Erik cargadas de sublimidad y entrega la catapultaron a un orgasmo pausado, pero no menos maravilloso.

Fundidos en un abrazo, él disfrutó del calor de ella y Mirela del latir aún constante en su interior.

Y, fue allí, donde el destino comprendió que ya todo estaba en su lugar.



La prensa estaba apostillada frente a la base a la espera de la salida de Mirela Imamović del lugar. La familia se mantuvo en absoluto silencio y sin reconocer el incidente. A pesar de que la fotografía de la bosníaca le dio la vuelta al mundo.

Al término de las cuarenta y ocho horas el segundo al mando le informó al general que ella quedaba en libertad y que no se encontró causa en su contra. No obstante, Mirela permaneció dentro de la base veinticuatro horas más por la contingencia, si bien, eso era información clasificada. Con sus acciones ella se ganó el respeto de todos los soldados pues los hizo sentir seguros y acompañados mientras estuvo al mando de la torre de control. Erik estaba muy orgulloso de poder decir que ella era su esposa.

Pernoctaron en el lugar ya que la base les ofrecía una burbuja antes de tener que enfrentarse al mundo una vez más.

Muy temprano y mientras ella hacía sus abluciones, Erik salió. En muy poco tiempo regresó con un cambio de ropa limpio y su neceser. Ella le agradeció el gesto pues la ropa con la que llegó estaba rota y manchada.

Después de desayunar junto a los soldados salieron del edificio. Él respetó su caminar lento, aunque en esa ocasión, ella disfrutaba del salitre que inundaba sus pulmones y de los primeros rayos de sol que se asomaban en el horizonte. Lo hicieron uno al lado del otro, sin tocarse en ningún momento. No era necesario. Ambos estaban seguros de lo que existía entre los dos.

Al percatarse que él se dirigía al hangar, Mirela pensó que le mostraría el Gripen y tal vez discutirían su participación en el festival aéreo. A pesar del brillo en la mirada, ese rostro severo lucía un poco

pálido y ojeroso. Aunque él estaba entrenado no podía creerse invencible.

Ella frunció el ceño cuando él rodeó el hangar y continuó su camino. Atravesaron un portón y ella reparó de que se encontraban en la pista del área de carga del aeropuerto de Visby... Ese era su lugar de trabajo y estaba muy cerca de la base —a ochenta y siete metros para ser precisos—. Al fin pudo comprender la extraña cifra cuando él la sentenció.

Con decisión él subió unas escaleras y abrió la puerta. Se detuvo para que ella pasara y le guiñó un ojo en cuanto lo hizo. Erik le acababa de mostrar un camino a la base sin ser detectada. Esa llama en su interior se avivó y no pudo evitar sonreír por las acciones de un hombre al que las leyes le parecían inamovibles.

Atravesaron el área de carga y entraron a la sala de espera del aeropuerto. Cientos de personas estaban a la espera de su siguiente vuelo o abordaban en ese instante. Otros charlaban en el área de comida y algunos merodeaban por las tiendas quizás en busca de un último recuerdo.

Mirela se detuvo pues una niña le impidió el paso y comenzó a jalar su blusa ante la atónita mirada de sus padres que no sabían qué hacer.

Ella se arrodilló en el suelo para estar a la altura de la pequeña que no debía tener más de cuatro años. Sus grandes ojos como el cielo prevalecían de su piel pálida y enfermiza. Mirela estaba segura de que su cabello sería tan brillante como el sol, si bien, no existía rastro de este.

—Hola. Soy Mirela.

Erik se percató de que la niña no hablaba inglés pues no le respondió. Solo observaba el hiyab mientras acariciaba la tela con fascinación.

Cuando él buscó en las pertenencias de ella esa mañana su mirada se detuvo en la hilera de negligés. Ansiaba poder sentir ese contraste en la piel de ella. Se forzó en aclarar sus pensamientos y agarró una blusa blanca y jean premamá. Una vestimenta básica. No obstante, el hiyab le pareció el más hermoso que tenía. De gasa muy fina y color rosa melocotón. Al conocer ese punto de vanidad en ella lo tomó.

—Lo siento tanto. —Erik tradujo la disculpa de la madre. Tuvo que aclarar la garganta ante el fallo en su voz. Ver que una criatura tan pequeña tuviera que enfrentar el cáncer lo hacía sentir como un ser inservible—. Es que le gusta la moda. Mi esposo y yo siempre decimos que será la próxima Anne – Sophie^[21]. —Él era el encargado de mantener la comunicación entre las mujeres. En ese momento le trasmitía la respuesta de Mirela—. Si a usted no le molesta. A mí mucho menos.

Su esposa acarició el rostro angelical con una sonrisa y en un mal sueco

dijo —:

—¿Te gusta?

Los ojos de la pequeña brillaron y asintió con entusiasmo.

—Era el favorito de mi mamá —tradujo una vez más Erik mientras ella comenzaba a soltar el hiyab—. Ella querría que tú lo tuvieras.

Mirela se sacó la prenda lo que les permitió a las personas de alrededor observar su cabello negro y sedoso. Los murmullos no se hicieron esperar. Ella rodeó a la niña con los brazos y colocó el velo en su cabeza, asegurándose de amarrarlo de la misma forma en que ella lo utilizaba.

Al terminar la pequeña la abrazó y dejó un beso en su mejilla.

La mujer le agradeció el gesto con los labios, pues su voz la traicionó. Tomó a su niña en brazos, le dijo que lucía hermosa y la abrazó.

El hombre, con sus ojos humedecidos, le extendió la mano a Erik. La familia se retiró pues abordarían el avión cuando la niña se separó de ellos y se acercó a Mirela.

Su esposa permaneció unos minutos arrodillada y con una sonrisa le dijo adiós.

Al levantarse caminaron en silencio. Erik sentía una opresión en el pecho por la culpabilidad que lo embargó. Él no conocía el gran significado de esa prenda para ella.

Sus ojos rutilaban de furia por los comentarios de algunas personas a su alrededor. La llamaban «terrorista». Aseguraban que en el país existía libertad de creencia, sin pensar, que ellos mismos la violaban con su intransigencia. Otros hasta se alegraban de que cuando regresara a casa su esposo le daría una golpiza por quitarse el hiyab.

Erik se encontró en una encrucijada. Deseaba tanto mostrarle el mismo respeto que ella le regaló...

Con la mirada recorrió el lugar y se alejó de ella cuando divisó una tienda de *duty free* con algunas prendas de ropa. Al regresar, llevaba entre las manos un pañuelo de tul verde monte con flores de oro incrustadas y un borde de lentejuelas del mismo color.

Cuando se percató de que ella sucumbiría a ese ensimismamiento que él detestaba se apresuró a cubrirla. No obstante, la tela era translúcida y se resbalaba con facilidad.

Mirela levantó la mirada para fijarla en la suya. El brillo radiante en sus ojos lo atrapó. Por el movimiento la tela cayó alrededor del cuello de ella y, sin embargo, ninguno de los dos se movió. Era tan hermosa con la prenda

como sin ella.

—No logra cubrirte —susurró él a modo de disculpa.

—En Londres no lo usaba. —El tono de voz de Mirela tenía un tinte de dulzura—. Ella me hace mucha falta. Era una mujer de fe. Y desde el cielo es muy feliz por los dos.

Él no tuvo que preguntar más para comprender que esa identidad que Mirela quería preservar era la que la unía a su madre.

Intentó contenerse, sin embargo, el deseo de tomarla entre sus brazos y demostrarle cuánto la amaba fue mayor. La fundió a él en un intento de darle paz. No obstante, tuvo que soltarla con rapidez al reconocer un flas lejano.

Erik quería evitar a la prensa. Mirela estaba a mitad del embarazo y las últimas semanas fueron muy estresantes. Desde el momento en que ella llegó pensó que ahí podría estar cómoda y en armonía. No obstante, no pudo estar más equivocado. Erik planeaba quedarse en Visby hasta el festival aéreo, para entonces regresar a la mansión Stora y permanecer allí hasta que ella diera a luz. Eso era lo mejor para su hijo.

—Lo siento. —En sus labios una sonrisa nerviosa—. Suelo olvidarlo.

Reconoció esa pequeña burla que bailaba en la mirada de ella.

—Eres mi esposo.

«Sí, lo soy.», confirmó él en sus pensamientos.

En silencio, recorrieron el trayecto que les quedaba para salir del aeropuerto. Ella envolvía el vientre entre sus brazos. Era muy probable que en sus pensamientos temiera por el bienestar de ese pequeño ser en su interior.

Él no se encontraba mejor. Ver a esa niña le evidenció algo que ni siquiera pensó. Ese era otro peligro para Mirela, uno en el que él no podía hacer nada. Si dependiera del caballero la haría hacerse exámenes semanales para detener cualquier cosa más que a tiempo. Por supuesto, no le diría nada. Ella ya vivía con demasiado temor.

Erik se adelantó un par de pasos para abrir la puerta del S90. Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro cuando ella apoyó la mano sobre su pecho. No obstante, la misma desapareció cuando el cuerpo de ella osciló hasta estamparse contra su torso. Él se mantuvo en calma pues para eso fue entrenado, si bien, su corazón se aceleró.

La ayudó a entrar al automóvil y lo rodeó a prisa. En cuanto subió la recostó en su regazo.

—Llévanos a la base, por favor.

—Quiero ir a casa —susurró ella.

—El doctor de turno te revisará. —Y dirigiéndose una vez más al chófer ordenó—: A la base. —La mirada de súplica no le pasó desapercibida, entonces ella bostezó. Por una extraña razón eso logró tranquilizarlo al instante y con una sonrisa continuó—: ¿Demasiada acción?

Erik instruyó al hombre que se desviara a palacio.

—¿Por dirigir a un piloto majadero? —respondió ella en un tono pausado, pero burlesco—. Intenta dar la orden de aterrizaje a más de seiscientos aviones en dos pistas... Eso sí es un largo día de trabajo.

—Puede ser, pero vas a descansar. —Él colocó la mano sobre el vientre de ella y la acarició una y otra vez—. Ya bastante acción te da este caballero de aquí.

Ambos se observaron por un instante con la respiración contenida, si bien, ella sonrió y su mirada resplandeció. Él solía olvidar que tenía que consultar las cosas del bebé con ella. De hecho, en su mente tenía una idea clara de cómo sería al menos el primer año y ella no conocía esos planes. Estaba abierto a los cambios, solo era su forma de ver la vida... Tenían que volver a compartir esa manzana, aunque, estaba seguro de que ella estaría de acuerdo en la mayoría de las cosas.

—¿Tú también vas a hacerlo? —Él salió de sus pensamientos al sentir esa caricia ligera en su rostro.

—Me quedaré contigo un par de horas, ¿sí?

Ella asintió con una sonrisa. Como si le hubiera prometido quedarse para siempre. Entonces se acomodó sobre su regazo para estar más cerca mientras él comenzó a deslizar la mano en el cabello sedoso y brillante con delicadeza.

—Me gusta tu cabello. —Un suspiro quedó brotó de la garganta de ella—. ¿Qué?

—Es relajante.

Él soltó una risita, si bien, se preguntó si su suegra sería la última persona en dedicarle esa caricia. Ella cerró los ojos. Su rostro era reflejo de la satisfacción que sentía.

Los ojos de Erik también se cerraron al palpar la armonía en la respiración de ella. No supo por cuánto tiempo, solo que cuando los volvió a abrir se sentía vigoroso y descansado.

Mirela tenía la mirada fija en él. Una vez más ella deslizó los dedos desde la sien hasta su mandíbula.

—¿Te podré ver todos los días? ¿Aunque sea unos minutos? ¿Seguiremos

compartiendo la manzana?

Él soltó una bocanada de aire mientras tomaba la mano de ella entre la suya para apartarla con suavidad.

—Lo intentaré, ¿es suficiente?

Ella asintió con convicción y añadió —:

—Sí.

Los labios de Erik permanecieron en una línea recta. Sabía que ella no se refería a los próximos días o meses, sino que pensaba a futuro. Una especie de malestar se adueñó de su estómago por ella conformarse con tan poco, mas, él no conocía qué sucedería, solo que estaba activo una vez más. Si la guerra estallaba él tendría que estar en el frente de batalla y no sabía cuándo podría reunirse con ella y con su hijo una vez más o si viviría para poder reencontrarse con ellos. Su única certeza era que los sacaría del país y se hospedarían en una de las residencias de la familia real de Luxemburgo. Sin embargo, el caballero no sabía cómo podría estar alejado de ellos... Sus lealtades se tambaleaban.

Ambos se detuvieron de golpe al entrar al salón de palacio, diez minutos después. De un lado se encontraba Signe y del otro Oscar. Ninguno de los dos pudo ocultar su asombro por ver a Mirela sin su hiyab.

La molestia que embargaba a Erik se acrecentó pues ni siquiera podría cumplir su palabra de acompañarla por un par de horas. No obstante, le urgía dialogar con el periodista.

Mirela le dedicó una sonrisa débil mientras asentía, demostrándole de ese modo su comprensión. Él la observó caminar despacio durante unos minutos antes de pedirle a su amigo que lo acompañara a la oficina.

Signe se atravesó en el pasillo y le impidió el paso a Mirela Imamović. La observó con el ceño fruncido mientras la rodeaba. En ningún momento imaginó que llegaría a verla sin el hiyab y un sinfín de preguntas se arremolinaron en su cabeza. Era evidente que la mujer necesitaba un buen descanso y una comida caliente que satisficiera a la pequeña criatura en su vientre... A su nieto.

Mirela permaneció en silencio, si bien, la condesa reconocía ese aire desafiante que la hacía desconfiar.

Vio a la pareja entrar a palacio sin ningún tipo de cariño o toqueteo inocente. No lograba comprender cómo la prensa no se percataba de que era

un matrimonio convenido, mucho menos, las palabras de Bertil de que el amor florecería entre los dos.

Sin embargo, escrudiñó con la mirada a su hijo, quien, se veía ojeroso y cansado, al igual que su esposa, pero su mirada tenía un júbilo y anhelo que hacía mucho estaba perdido.

«¿Acaso ella era la equivocada?», se preguntó Signe.

—Permaneciste junto a él.

—Sí. —Mirela mantuvo la frente en alto, sin inmutarse por un segundo de su tono severo.

—Pensé que te impondrías y lo obligarías a pensar igual que tú, pero al parecer le das a mi hijo el mismo respeto que él te ofrece. Gracias por cuidar de él estos días. —La muchacha asintió y continuó su camino. No obstante, la condesa sintió la necesidad de añadir—: No entiendo por qué te escogió y por qué tú aceptaste. Quizás nunca lo haga, pero mientras lo protejas estaré de tu lado. Si bien, cuando intervengas en su deber o lo lastimes seré una fiera y no me detendré por nada. ¿Entendiste, bosníaca? —Signe no recibió respuesta—. Baja a comer en una hora.

Sonrió cuando la muchacha frenó en seco durante unos segundos. Entonces continuó su andar lento hasta la habitación.

Erik caminó hasta el ventanal con las manos en los bolsillos. Sus labios permanecieron en una línea recta. En cuanto Oscar cerró la puerta giró y dijo —:

—No la publiques.

Su amigo dio un par de pasos atrás, al parecer, lo tomó desprevenido. No obstante, su labio superior se levantó en una mueca.

—¿Por qué? ¿Sabes que con esa fotografía me pueden dar el horario estelar?

Erik bajó la cabeza por un segundo y soltó una bocanada de aire.

—Por favor.

Oscar llevó las manos a las caderas. Su rostro rojo de furia.

—¿Por favor? ¿Ahora vas a apelar a nuestra amistad? ¿Cuándo la última vez me prohibiste la entrada?

Erik mantuvo los hombros relajados y el rostro sereno. Por su reacción la última vez su amigo se ensañó con ella y él debía corregir ese error.

—No la publiques.

—Dame una razón —exigió el periodista.

—No puedo. —Tuvo que girar para que su amigo no fuera testigo del cúmulo de emociones en su interior. Esos últimos días resultaron difíciles hasta para él mismo.

Erik se preguntó si Mirela habría podido recostarse e intentar descansar. En lugar de hacerle el amor debió dejarla dormir. Hizo una nota mental de llamar a Wilma tan pronto Oscar se fuera. A más tardar una semana, el único esfuerzo que tendría que hacer Mirela sería sentir las patadas del bebé y recorrer los jardines con su padre. Y por primera vez él podría verlos de cerca.

Tan sumido estaba en sus pensamientos que no se percató de cómo Oscar se acercaba a él y lo obligaba a girar.

—Erik, ¿la amas? —Su amigo entrecerró los ojos mientras mantenía la mirada fija en él—. ¿Tú amas a esa mujer? —Su tono de voz dejó de ser el del periodista. En su rostro solo estaba la preocupación por su bienestar—. Dime qué pasó. Confía en mí. ¿Mirela va a seguir el estricto protocolo de la familia real? ¿Se convertirá a la Iglesia de Suecia? ¿Por eso no usaba el hiyab? ¿Esa es la razón por la que puedes tocarla en público? Eso es bueno, las personas la aceptarán. Yo me encargaré de que sea así.

Se alejó de él. Ese malestar tan familiar se apoderó de su estómago.

Si ella fuera judía o cristiana la habrían aceptado sin ningún tipo de reservas pues su religión no sería visible, pero las personas a su alrededor no podían obviar esa prenda que, hasta ese momento él comprendió a cabalidad, ella se podía quitar cuando quisiera. No necesitaba el hiyab para ser una mujer de fe.

Erik no permitió que palacio emitiera ningún comunicado ante los sucesos. No serviría de nada. Las personas suelen aferrarse a sus ideales, aún más, si es uno de odio. Ellos piensan que las verdades son absolutas y se niegan a escuchar una opinión diferente.

—Sin comentarios.

El rostro de Oscar mostró sus verdaderos sentimientos. Solo podía profesar desdén por Mirela.

—¡Maldición, Erik! ¡Háblame!

El caballero sintió un sabor muy amargo en la boca. Recordó las veces en que los tres corrían a esconderse por los recovecos de palacio. Karl siempre aparecía debajo de las faldas de alguna sirvienta y Oscar lo hacía horas después, cuando todos olvidaban a qué jugaban, pues la curiosidad por

descubrir los secretos a su alrededor lo consumían.

Un suspiro de resignación escapó de su garganta. Mientras la mujer que amaba lo apoyaba y permanecía junto a él, sin importarle su propio bienestar. Su mejor amigo lo juzgaba y presionaba para obtener lo que deseaba, barriendo así su afecto y amistad. Solo porque los acontecimientos no eran como él los imaginaba.

—¿Para qué? Tú solo puedes ver una verdad.

Oscar caminó de un lado a otro y pasó la mano por su cabello en un movimiento que Erik catalogó desesperado.

—Dame algo para comprender estas decisiones.

—Hablaré contigo después de que el bebé nazca. No puedo antes.

El rostro de quien creyó uno de sus más queridos amigos se iluminó por sentirse triunfal, sin percatarse de que, para ese instante, Erik lo trataba con la más estricta formalidad. Como lo haría cualquier miembro de la familia con otro periodista.

—¡Lo sabía! —gritó Oscar victorioso—. Ella es una refugiada política, ¿no es así? El matrimonio es una farsa.

Erik comenzó a perder la paciencia. Era tan sencillo lo que le pedía. La adrenalina hace mucho se esfumó y el cansancio ya comenzaba a pasarle factura. Lo único que deseaba era recostarse en la cama, abrazar a Mirela y estar con ella esas dos horas que le prometió.

Metió las manos al bolsillo y cuadró los hombros. Era muy imponente ser testigo de su altura.

—Mirela es mi esposa. ¿Quieres que te muestre el certificado?

—Ya lo tengo. —El caballero asintió. Su rostro severo e impassible—. Erik...

—No la publiques. Es muy sencillo decirme si lo harás o no.

—¿Por qué no quieres que la publique después de todas las noticias sobre su arresto? Esto podría cambiar la percepción pública. —Erik guardó silencio. Comenzó a caminar pues Oscar insistiría—. ¿¿Qué es lo que escondes?! ¿Por qué estaba allí? ¿Qué era lo que pretendía al ir a una base que estaba en alerta máxima?

Erik se detuvo con la perilla entre los dedos y dijo —:

—Alguna vez mi palabra fue suficiente para ti.

Sus pies lo condujeron en automático hasta el único lugar donde quería estar. Pretendía tomar un baño caliente junto a ella y su bebé. Para luego abrazarlos hasta el siguiente día.

Un suspiro escapó de su garganta cuando divisó la puerta con el picaporte de rosas. No obstante, entrecerró los ojos cuando esta se abrió.

—¿A dónde vas? —La alarma en la voz del caballero era palpable.

Las ojeras y el cansancio seguían presentes en Mirela. Si bien, se sintió el hombre más importante del mundo al percatarse de que portaba, con mucha elegancia, el velo verde monte.

—Tu madre nos invitó a comer.

Él llevó los dedos al puente de la nariz mientras bajaba la cabeza y cerraba los ojos con fuerza.

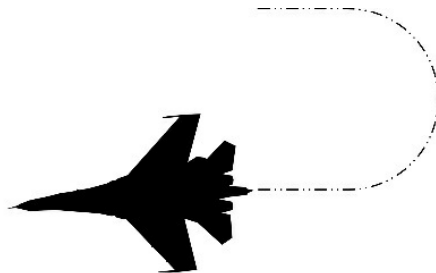
—No descansaste, ¿verdad?

Ella retiró su mano del rostro con suavidad y a modo de disculpa añadió —:

—Tenía miedo de quedarme dormida y no asistir. No quería...

Él recorrió el pasillo con la mirada para asegurarse de estar solos. Rodeó la cintura de ella y acercó los labios para rozarlos solo por un segundo. Una sonrisa iluminó el rostro de ella y eso fue lo único que él necesitó para sobrellevar una hora más.

Le esperaba una conversación extensa con Karl. Tenía que evitar que se interpusiera en la vida que Mirela y él deseaban construir juntos. Karl escogió a Helena, siempre fue así. Tenía que aceptar que su matrimonio con Mirela nunca existió y que debía dejar atrás ese empeño en aferrarse a ella.



Las dos parejas se encontraron de frente. Helena agarraba a Karl del antebrazo con una sonrisa radiante mientras Erik y Mirela mantenían una pequeña distancia entre los dos.

La princesa se inclinó con gracia. Ambos hombres se observaron con detenimiento y la frente en alto. Sus miradas desafiantes y zafias. En cuanto Mirela respondió la cortesía, Helena le extendió la mano para caminar juntas.

Mientras Mirela solo maquilló su rostro y ajustó el velo que Erik le regaló, Helena lucía un muy elegante conjunto de dos piezas en color perla y tacones de aguja. Su rostro con un maquillaje natural que la hacía resplandecer. Erik y Karl siempre vestían con trajes entallados y de alta costura lo que los hacía lucir aún más guapos.

—Querida Mirela, es un gusto que nos acompañes. Debo decir que estoy enamorada de tu velo. Es un gran complemento para tu piel —Helena le dedicó una sonrisa ensoñadora, como si fueran las mejores amigas.

—Muchas gracias, su alteza real —susurró ella.

Mirela giró la cabeza por un segundo, ambos hombres las seguían muy de cerca.

—Tenemos que sacar un día para ir de compras juntas y compartir un *fika*.

—Sí, cuando usted guste, su alteza real.

Llegaron a la mesa y Helena se quedó de pie. Karl se acercó a la princesa. Besó la palma de su mano, lo que la hizo reír, y sacó la silla para ella. Helena se sentó con elegancia y superioridad.

Solo entonces Erik y Mirela pudieron tomar asiento uno frente al otro.

La condesa llegó en ese mismo instante y le ordenó al mayordomo que

comenzaran a presentar los alimentos. Observó complacida a los presentes. Lo que más le agradaba era encontrar a la mujer de su hijo mayor junto a los demás. Se recriminó así misma pues aislarla fue un error ya que su deber era prepararla para el futuro. Aunque Mirela no ostentara ningún título debía ser una digna representante de la familia.

Erik se puso en pie y Mirela lo imitó. Solo entonces la condesa tomó asiento luego de hacer una reverencia ante todos. Como dictaba el protocolo Karl y Helena permanecieron sentados.

Un sirviente, vestido de traje, apareció con una gran bandeja sobre su mano enguantada y colocó el primer plato frente a Helena. Mirela levantó la mirada hacia el techo pues sabía que sería la última en recibir los alimentos.

Sobre ellos un fresco de la batalla del siglo XIII por la que se celebraba la semana medieval. Sus tonos fúnebres crearon una desazón en ella. El combate era importante para la familia desde hacía siglos. Cerca de cinco candelabros colgaban a lo largo de la gran mesa que permitía el acomodo de cincuenta personas. La mantelería elegante, las copas del cristal más fino y los platos en plata eran sinónimos de una grandeza a la que no estaba acostumbrada.

Le agradeció al camarero cuando colocó el plato de entrada con arenque frito, puré de papas, arándanos rojos y mantequilla dorada.

Erik llamó al hombre y en voz baja, para que solo él pudiera escucharlo, le ordenó que de postre sirvieran *saffranspannkaka*. El postre tradicional, preparado con azafrán, papilla de arroz y almendras, que tras colocarlo en el horno tenía la consistencia de un pastel muy suave y se servía con crema montada y mermelada de *salmbär*, una baya perteneciente a la familia de la zarzamora y que solo se cultivaba en la isla. Erik deseaba compartir con Mirela uno de sus postres favoritos.

—Es uno de los mejores platillos aquí en palacio —le dijo Helena a Mirela con una sonrisa—. ¿Te gusta el arenque?

—Sí. Es uno de mis pescados favoritos.

Karl agudizó la mirada. Su hermano parecía una cuerda a punto de romperse por la tensión que corría a través de su cuerpo. Mantenía la mirada fija en una de las dos mujeres, pero no podía discernir en cuál.

A pesar de las especulaciones de la prensa, nadie comprendía qué sucedió en la base pues Erik se encargó de que todos los acontecimientos fueran clasificados y solo él tenía acceso a los archivos.

«¿De verdad Mirela pretendía atacar la base y asesinar a Erik como

informó la prensa?», se preguntó. Karl jamás lo hubiera creído de ella, pero en realidad, su comportamiento de las últimas semanas era irreconocible. Ella conocía al duque de Gotland cuando se presentó ante él en el festival aéreo, a él no le quedaban dudas. Quizás la única forma que encontró para asegurar la paz que tanto deseaba era deshaciéndose de su hermano. Lo cierto es que Mirela mantenía la mirada en todas partes menos en quien proclamaba con fiereza era su esposo.

—También es el mío —dijo Signe al sonreírle con cortesía a Mirela. Desvió la mirada hacia Helena y continuó—: ¿Tienen todo organizado para el viaje a Preslav en unos días?

—Así es —respondió Helena—. Mamá te va a extrañar mucho en la gala. Deberías reconsiderar venir con nosotros.

—Es su momento de brillar. —Era evidente que la princesa y Signe tenían una relación estrecha por el cariño con el que se hablaban. La condesa levantó la mirada hacia su hijo mayor y dijo—: Erik, deberías hacer la gala de tu fundación en las próximas semanas.

—Madre... —El tono del caballero fue de advertencia.

Sin embargo, Signe lo ignoró.

—Ya todos hemos recaudado fondos para nuestras respectivas causas. Sabes que es parte de nuestros deberes.

Erik se acomodó en el asiento y extendió los brazos como si de pronto la camisa le quedara pequeña.

—Nunca he dejado de hacerlo.

No obstante, la condesa insistió —:

—Pero tienes que volver a exponerte en sociedad. No tienes de que avergonzarte.

Karl entrecerró los ojos. Esas simples palabras fueron tan poderosas que la mirada de Mirela, al fin, se posó sobre Erik. Y a pesar de que ella se mantuvo en su silla, el príncipe podría jurar que se levantó y acobijó a su hermano entre sus brazos.

—No lo hago. —Erik le sostuvo la mirada a Mirela. En sus palabras una seguridad apabullante.

—Además, tu esposa debe acompañarte. Es hora de presentarla como corresponde —continuó Signe.

«Y ahí está la reacción de él. *Fan ta dig*, Erik», pensó Karl con sus labios en una línea recta. Su hermano siempre siguió al pie de la letra las reglas y leyes del hombre y la religión. Y cuándo su padre ya no pudo caminar,

se convirtió en el duque de Gotland durante casi cinco años. Siempre un diplomático. Anteponiendo las necesidades de la familia y el pueblo a las suyas propias. La única pasión en la vida de Erik eran las acrobacias. Por su manejo en el aire alcanzó en muy poco tiempo el rango de general. Eso y su disposición a participar de todas las operaciones de paz en el extranjero. «¿Acaso Erik y Mirela se conocieron en 2010 cuando Erik estuvo apostado en Bosnia para mantener la paz?», se preguntó el príncipe.

Cuántas veces Karl le gritó a Erik que la vida era solo una y que tenía que abandonar esa rigidez autoimpuesta. Hasta le aseguró que un día llegaría una mujer que lo hiciera arder en pasión y por quien se olvidaría de toda norma. Karl creyó que cuando ese momento llegara se burlaría de su hermano. Muy lejos a la furia que lo recorría en ese instante. Nada en la postura de Erik lo delataba, pero Karl sabía que estaba ahí... La traición de Mirela fue mucho antes de su llegada a Gotland. Quizás el único engañado fue él mismo.

—Madre... —El tono de Erik severo e intransigente.

Por lo visto nada detendría a Signe. Tomó una decisión ese día. Era tiempo de encausar el destino.

—Al Karl convertirse en el príncipe de Preslav, el título de duque de Gotland quedó vacante. ¿Por cuánto tiempo pretendes rehuir de tus compromisos?

Karl no lograba comprender cómo podía contenerse. No solo Mirela observaba a Erik con admiración y una sonrisa inconsciente en los labios. La misma Helena resplandeció ante las palabras de su madre.

—Papá es el único que puede decretar eso. —El tono sosegado de Erik se impuso. Cualquiera se amilanaría, pero al parecer esas tres mujeres se aliaron para hacerle frente.

—Él está de acuerdo conmigo. Ustedes dos tienen que dejar de esconderse. Si ella aceptó casarse contigo tendrá que enfrentar a la prensa en algún momento y que mejor que bajo la tutela de la familia.

—En un año —respondió Erik como el negociante perfecto.

—En seis semanas —insistió su madre.

—Eso es imposible.

—Yo puedo ayudarte —susurró Mirela y Karl se percató del rubor que cubrió sus mejillas—. Soy la encargada de la planificación de las reuniones de mi padre, así que, estoy familiarizada con...

Mirela guardó silencio cuando Erik fijó la mirada en ella con un dejo de sonrisa en sus labios. El anhelo y complicidad era evidente entre los dos. Con

una sola mirada se compartían sus secretos y deseos. Karl cerró los puños. Una oleada de resentimiento lo cubrió.

—Cuenta con todo mi apoyo, Mirela —dijo Helena con una sonrisa sincera.

—Muchas gracias, su alteza real. —Karl podía percibir que Mirela se sentía incómoda con Helena. «¿De verdad Erik fue tan sincero con ella?», se preguntó.

—¡Oh! Deja los formalismos. Llámame Helena. —El camarero se acercó a la princesa y colocó el plato principal que consistía en venado con hierbas, un ragú de lentejas y alcachofas. Ella perdió el color y con asco dijo—: Por favor, llévate esto y tráeme otra porción de arenque.

El apetito de Karl se esfumó. Se puso en pie, si bien, no fijó la mirada en nadie.

—¿Qué sucede, querida? —El corazón del príncipe comenzó a latir de prisa al escuchar la preocupación en el tono de su madre—. ¿Te encuentras bien?

—De hecho... —La princesa le dedicó una sonrisa radiante a Karl y todo el sobre análisis de los últimos minutos se esfumó. Su corazón dio un vuelco y sintió que flotaba en el aire. Sin percatarse sus pies lo llevaron junto a ella y tomó su mano para dejar un beso lleno de promesas, aunque él mismo no advirtiera sus acciones—. Tenemos buenas nuevas. Llegará un bebé para la semana trece o catorce del año.

Se escuchó el estruendo de un tenedor caer en el plato.

—¿Podrían disculparme?

Mirela se levantó y abandonó el comedor sin reparar en cómo su suegra encolerizaba.

Erik caminó hasta la pequeña cocina donde Mirela preparaba su postre. Al entrar, ella servía dos platos de rodaballo con papas, zanahorias, repollo y hongos. El olor era increíble. Nada ostentoso, solo... hogar.

Él ya no sabía qué pensar. Un malestar general era dueño de sí mismo. Sus pensamientos iban y venían. Se sentía confuso y eso era poco característico en él.

—¿Cómo te fue en la reunión? —Ella levantó la mirada, en sus labios una sonrisa. Él se mantuvo en silencio—. No estoy segura si mañana podré levantarme. Espero que la semana pasé rápido. —Ella frunció el ceño y se

acercó. Intentó pasar la mano en su rostro, pero él se alejó, entonces ella susurró—: ¿Qué sucede?

—¿Así dices amarme?

Mirela entrecerró los ojos. Intentó responder, pero al parecer no encontró cómo. Erik pensó que el coraje al fin lo consumiría. «¿Por qué ella fingía estar feliz de verlo si por dentro se retorcía de dolor por el comportamiento de Karl? ¿Cómo era posible que todavía lo amara? Un hombre que la despreció y que con cada oportunidad la maltrataba.», pensó.

—¿No vas a responder? —Su tono inclemente.

—¿Para qué? —Los ojos de ella se tornaron rojizos por prohibirse llorar—. Tú ya emitiste tu juicio.

Ella se alejó de la mesa con la intención de irse. Sin embargo, él alcanzó a tomarla con suavidad por la muñeca. A Erik no le pasó desapercibido el estremecimiento que la recorrió.

—Mirela...

—No... —musitó ella. El dolor era evidente en su rostro y Erik se reclamó a sí mismo por provocárselo—. Yo sé que ella es la mujer que amaste. Tú siempre has sido directo. Si te arrepentiste solo tienes que decírmelo.

Él bajó la mirada al mismo tiempo que sus hombros caían. «De dónde provenía esa posesividad y desde cuándo él juzgaba antes de darle a la otra persona el derecho a réplica.», se preguntó.

—Tú fuiste quien salió huyendo cuando anunciaron su embarazo. —Su tono de voz permaneció sereno. Dejó de pensar en todo lo que no debía y se concentró en intentar descubrir qué la llevó a actuar así.

—Nunca vas a saber por qué me fui.

La soltó con delicadeza pues ese era su deseo y la observó alejarse de él. Tras un resoplido cerró los ojos por un instante.

«¿Qué sucedía con ella? ¿Saber que él tenía que volver a ocupar su lugar como el duque de Gotland fue demasiado?», se cuestionó.

Erik se arrepentía de haberle dicho que era solo un caballero, pero en aquel momento era verdad. Y él no estaba muy seguro de volver a asumir sus compromisos. El pueblo tenía que tener un mejor representante. No uno al que había que buscarle su mejor pose para no tener que explicar en todas las noticias sobre su accidente y el porqué de sus cicatrices en el rostro. También necesitaban un piloto en excelentes condiciones y no uno que alterara el resultado de los eventos cuando el peligro de guerra estaba tan latente.

Además, Mirela debía sentirse herida. Si él mismo enfureció con la noticia.

«¿Acaso solo pensaban en ellos dos? ¿No pudieron tener presente que otro bebé fue rechazado y abandonado?», pensó.

Erik esperaba que su hijo nunca supiera quién era su verdadero padre. Por estar sumido en sus pensamientos le tomó desprevenido cuando Karl se lanzó sobre él y lo golpeó en la mandíbula.

—¿Por qué tenías que enamorarla a ella? ¿Por qué?!

—No he hecho nada —respondió Erik al llevar la mano al lugar. Sus ojos rutilaban con furia—. Soy tan frío con ella que hasta lastima.

Por supuesto que delante de su hermano no reconocería que ellos se conocieron antes. Que Mirela a quién buscaba en el festival de Gothenburg era a él... Que logró que él se enamorara de ella incluso antes de saberlo.

—¡Los vi, Erik! —La mandíbula de Karl estaba muy apretada. A él se le dificultaba comprenderlo—. Podrán fingir que no existe nada entre los dos, pero con solo ver sus miradas es más que evidente. ¡Es mi mujer!

—¡No lo es! —Erik no lograba controlar el temblor en sus brazos y piernas—. Ella no te importó y mucho menos tu propio hijo. ¿Cómo puedes ser tan insensato y embarazar al mismo tiempo a Helena?! Me quieres prohibir que la ame, aduciendo a un matrimonio que nunca existió pues no hay testigos, ni contrato firmado, mientras, te casas ante Dios y la ley con la que fue la mujer que amé por tantos años. El único que tendría que exigir soy yo y no lo hice.

—¡Escúchate! Te refieres a Helena en pasado. —Erik intentó marcharse, pues no respondería por sus acciones. Lo que más descontrolado lo tenía era la desesperación que sentía por correr hasta Mirela e intentar comprender qué sucedía. Sin embargo, Karl se lo impidió—. ¿Crees que voy a dejar que me la quites?

—¿Y tú crees que ella te va a perdonar? —Sus fosas nasales ensanchadas.

—¡Sí! —La seguridad de Karl sorprendió al caballero. Él no tenía dudas de que sucedería así—. En cuanto te quites del medio, ella se percatará de que cuando le digo que la amo es verdad.

Erik soltó una bocanada de aire. Necesitaba controlarse. Así nunca lograría hacer entrar en razón a Karl.

—En tus medidas, ¿cuán grande es ese amor? —Su tono de voz sereno—. ¿Dejándola abandonada es como le demuestras tu amor? ¿Negándola?

¿Acosándola aun cuando debería estar tranquila? ¿Eso es amarla?

—¡Sí! —Karl mantuvo la mirada fija en él—. Cada día le he demostrado cuánto la amo.

Erik cuadró sus hombros y enderezó más su postura, si es que era posible. Se veía mucho más alto e imponente que su hermano.

—Eso no es amarla. —Su tono certero.

Karl lo señaló. Intentó hablar, pero su voz lo traicionó. Su rostro escarlata por la frustración y el coraje que lo recorrían.

—Tú no has visto lo que yo vi. —Una lágrima salpicó la mejilla del príncipe—. La maldad que ella ha vivido.

Erik reconoció su desprecio... Culpaba a Mirela de los azotes recibidos. Por eso Karl no era capaz de medir su fuerza con ella y la lastimaba en lugar de protegerla. Ese tipo de casos eran muy comunes en Brčko. El esposo no lograba superar lo que vivió su esposa y el coraje contra los perpetradores lo reflejaban en ellas. Era una situación espantosa pues esas mujeres sobrevivieron a la violencia y volvían a vivirla junto al hombre que amaban.

—Ella no podía defenderse... Solo tenía cuatro años —susurró Erik.

—Cuando la veo, lo único que pienso es que ese hombre es su vecino. ¡Su maldito vecino! Mirela tenía que verlo todos los días cuando regresaba a casa y actuar como si nada hubiera ocurrido.

Los ojos de Erik se oscurecieron. Esa fue una de las razones para mantenerla junto a él.

—Y te desquitaste con ella. —Su tono bajo. Su hermano era un hombre inteligente y con estudios. Si esos eran sus sentimientos, ¿por qué no pidió ayuda?

—¿Tú crees que la amas? —Karl lo enfrentó—. ¿Cuándo la mantienes en un país que podría estallar en guerra? —Erik contuvo el aliento—. ¡¿Por qué diablos crees que insisto en que regrese a Brčko junto a su padre?! —Karl lo empujó, sin embargo, el caballero ni se inmutó—. Mirela nunca debió venir a Gotland. La maldita isla donde puede revivir de lo que una vez escapó. Si en realidad la amaras no la mantendrías en esta trampa mortal.

—Eso no es verdad. —Erik tenía su barbilla en alto y las piernas abiertas... Era impenetrable. Su tono irradiaba la indudable convicción de haber hecho lo correcto—. ¿Crees que no tienen la mirada fija en Bosnia y Herzegovina? ¿Qué no existirán consecuencias al incorporarse a la Unión Europea? ¿Acaso no conoces de los discursos de odio entre los grupos étnicos? La pueden matar si es que intenta regresar. Por eso su padre la envió

aquí.

Karl dio un paso atrás. Tenía los ojos entrecerrados y su piel se tornó pálida.

—¿Co – cómo puedes saber eso? —dijo el príncipe tras aclarar la garganta.

—El teniente coronel de Chilfor ²⁹[\[22\]](#) me mantiene informado.

Karl jaloneó su cabello mientras un resoplido escapaba de su garganta.

—¿Por qué te mantendrían informado a ti?

—Como un favor. Ya que mi mujer es bosníaca.

Un gruñido brotó desde lo más profundo del pecho de Karl. Las venas en su brazo y cuello fueron visibles, si bien, Erik mantuvo su posición. Por la reacción del príncipe fue como único se percató que la declaró su mujer, si bien, mantuvo la frente en alto y la mirada fija en su hermano.

Mirela y él no lastimaron a nadie, eran personas libres cuando el amor decidió patentarse entre ellos. Su relación era limpia, aunque a él se le dificultara entenderlo desde un principio.

—¡Te acostaste con mi mujer!

—Enójate y maldíceme todo lo que quieras. —Su tono sereno y lleno de certeza—. Pero si hubieras sido sincero con ella desde un principio presentándote como Karl nada de esto hubiera sucedido. La estupidez de casarse a solo unos días de conocerte sería irrelevante. Mucho menos embarazarse de ti cuando necesitaban un tiempo solos y tenían toda una vida para tener hijos. Nada de eso hubiera importado, porque ella hubiera llegado buscando a Karl. La boda se habría suspendido y esa felicidad que tanto reclamas la estarías viviendo en este instante.

—¡Su padre me dijo que ella conocía al duque de Gotland! ¡Yo no sabía a cuál de los dos! ¡Y ella es mía! ¡Su ilusión era mía! ¡Mía, Erik! Mi nombre era lo menos que importaba en aquel momento.

Un jadeo los sorprendió a los dos. Cuando Erik giró se encontró con esa mirada oscura fija en él. Los ojos de Mirela tiritaban por el dolor y la angustia mientras su mano derecha se aferraba a su pecho junto con el teléfono.

—Ahora sabe lo que en realidad piensas... —La satisfacción se adueñó del rostro de Karl—. Los dos le hemos mentado. ¿A cuál crees que perdonará? ¿Al que la abandonó por amarla? O ¿Al que fingió ser dulce y tierno mientras pensaba que era una estúpida?

A Erik no le importaron las palabras de su hermano. Le mantuvo la mirada a ella. Su lengua y pensamientos estaban hechos un nudo por no

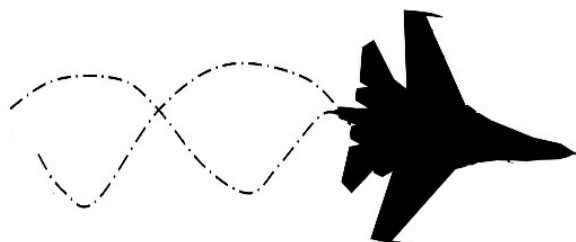
encontrar las palabras adecuadas.

Intentó acercarse, pero ella se alejó con los ojos muy abiertos y negando con la cabeza. El teléfono terminó en el suelo.

Erik caminó con un paso incierto hasta donde Mirela estaba parada. Se acuclilló y levantó el aparato. Ella hizo una búsqueda ...

«General es el título que se le confiere al oficial de mayor rango en las Fuerzas Armadas Suecas. Es el jefe autoritario del cuerpo militar y le rinde cuentas al *Regeringen*. También ostenta el título de Comandante supremo. Hasta el momento ha sido el responsable de las operaciones en tiempos de paz en el país y el extranjero, mientras mantiene la capacidad de concentrarse en la defensa del país en caso de guerra.»

Mirela al fin comprendía quién era él. Erik nunca encontró la forma de decirle que, de ser necesario, el primer ministro lo llamaría para consultarle si el país entraba en guerra o no.



Helena se sentó en la cama y mordió el interior de su pómulo. A su lado Karl aún dormía. Estuvo molesta porque él no pudo controlar sus celos durante la cena. Por algún motivo, cada vez que veía a Mirela, Karl perdía el control y se convertía en un hombre que ella no reconocía. Él siempre fue el alma de la fiesta y por mucho tiempo fueron mejores amigos. Se hacían bromas pesadas. Como la vez que ella le regaló una muñeca inflable cuando no encontró pareja para una de las galas de Erik. ¡Y la llevó!

Él se revolvió en la cama y extendió el brazo hasta encontrarla. Soltó un suspiro de satisfacción y dijo algo que ella no comprendió.

Karl entró muy tarde la noche anterior y antes de que ella pudiera reclamarle por su comportamiento comenzó a besarla y suplicarle perdón. En muy poco tiempo la tuvo desnuda para adorarla a su antojo... La trató con tanto mimo como si la amara.

«¡Que tonta! Solo eran sus hormonas.», pensó la princesa.

Sabía que escogió al peor hombre para convertirlo en padre. Karl nunca observó el vientre de Mirela con anhelo o amor. Era como si ese niño no existiera para él. Y no podía dejar de pensar que a ella le sucedería lo mismo. Un día él se olvidaría de ella y su bebé y continuaría con su vida.

Helena tuvo que hacer malabares para soltarse del abrazo de Karl y ponerse en pie. Se dirigió al baño y tomó una ducha fría. Necesitaba estar radiante y las náuseas no se lo permitían. Ese día tenía la visita a una escuela primaria y charlaría con los niños. Era lo único que le gustaba de ser parte de la realeza. Intentar inspirar a otros. No obstante, si lucía desmejorada comenzarían las habladurías y los embarazos no solían anunciarse hasta el segundo trimestre.

A pesar del sueño que la dominaba cumpliría su rutina de correr por los

alrededores de palacio. Se aseguró de escoger un modelo conservador, pero muy ceñido al cuerpo. Su cabello recogido en una cola perfecta y su rostro maquillado daba la apariencia natural.

La princesa salió.

Se colocó los audífonos y abrió la aplicación para buscar la canción que escucharía durante el ejercicio. Al estar distraída no se percató del momento en que Erik salía de su habitación y chocó con él.

En un reflejo, él la rodeó con los brazos para estabilizarla.

—Hola —le dijo él con una sonrisa que le robó el aliento.

Helena se quitó los audífonos. El brillo en su mirada iluminó el pasillo. Él era el hombre más imponente que conocía y también el más guapo. Hasta ese día en enero. El caballero que regresó no era el que ella conoció. A partir de ese día lucía una cicatriz en el lado izquierdo de su cuerpo que la incomodaba y su carácter se tornó severo e impenetrable.

—Ho – hola. —Tuvo que forzar su voz—. ¿Estás bien?

—Sí y ¿tú? —Él tomó sus manos y las apretó con cariño.

Una sonrisa forzada apareció en sus labios. La princesa no se engañaba. Ese gesto él lo utilizaba cuando se presentaba ante las personas en algún acto público.

Helena colocó la mano en el pecho de Erik con la excusa de encontrar estabilidad, si bien, su única intención era recordar ese calor familiar.

—Un poco de náuseas matutinas. —Ella dibujó una sonrisa amplia en su rostro mientras se preguntaba si la cirugía plástica podría devolverle lo que algún día fue—. Tú debes saber cómo es.

Erik negó mientras reía con naturalidad. En sus ojos se encendió ese fulgor que existió en la cena la noche anterior.

—En realidad, no. El embarazo de Mirela ha sido tranquilo en cuestión de síntomas.

Ella asintió y mordió el interior de su pómulo. Entonces dijo —:

—Y ella, ¿cómo está?

—Creo que bien... —Él hizo una pausa y bajó la cabeza—. No lo sé.

—Lamento haber dicho la noticia así. —Los labios de la princesa en una línea recta pues esa mujer lastimó a Erik al salir como lo hizo del salón—. A veces es muy fácil olvidar lo que pasó.

—No pienses en eso. —El tono de él gentil y suave—. Solo concéntrate en tu bebé que fue lo que siempre anhelaste.

—Anhelamos... Tú y yo —susurró con la mirada fija en él.

Helena lo conoció hacía muchos años en una ponencia de las historias de los hermanos Grimm. Su cinismo a la hora de exponer sobre los cuentos y las películas basadas en ellos le robó a ella una carcajada impropia. Tras una conversación descubrió que él los admiraba y sucumbió con facilidad a sus encantos.

Desde entonces se mantuvo cerca de su círculo de amigos y acudió a algunas actividades en común. También se aseguró de tomar una clase a la que él asistiera. La idea era que Erik conociera de su existencia, pero mantener el misterio... Y funcionó.

Esa etapa de amistad duró un par de años y hasta estuvo una temporada furiosa con él. Con inocencia aceptó la invitación de Erik de pasar un fin de semana juntos y volar en una avioneta sobre la isla. Ella devolvió durante todas las maniobras. Lo odió porque la viera en ese estado y le ordenó que la llevara a casa. El viaje a Preslav fue eterno y Erik la dejó frente a su puerta con un «bien hecho» y se marchó. Por orgullo y coraje Helena decidió salir con un príncipe griego mientras Karl y ella se volvían mejores amigos. No obstante, Erik y ella mantenían su compañerismo en la cama.

Cuando Erik ganó el primer campeonato de caballeros durante la semana medieval, colocó una rodilla en el suelo y le ofreció a Helena una rosa. Desde entonces fueron una de las parejas más queridas por los medios y el pueblo. Erik le habló de boda a los pocos meses y comenzaron a planificarla. Sin embargo, la fecha se pospuso en varias ocasiones. La primera vez por la enfermedad de Bertil y después por razones que Helena ya no recordaba, aunque, las misiones de rescate y operaciones de paz parecían estar siempre en su camino.

—Helena... —A ella no le pasó desapercibida la advertencia en el tono de Erik.

Ella asintió y una lágrima se deslizó por su mejilla. Él la recogió con la yema del dedo a la vez que dejaba una caricia pasajera en su piel.

—¿Alguna vez me miraste así? —La voz de la princesa estaba congestionada pues debía contener el cúmulo de emociones que la embargaban.

Ella lo amaba. Erik era el amor de su vida, pero Helena no podía perdonarlo... No existía el futuro que ella tanto soñó.

Él soltó una bocanada de aire.

—Yo...

Helena sonrió, si bien, su rostro se mantuvo sombrío. La línea de sus

labios permaneció recta y su mirada vacía.

—Compartimos tanto... menos tu afición por volar.

Él se acercó y mientras la abrazaba dijo —:

—¿Acaso eso importa? El pasado ya fue. Deja los juegos y haz que mi hermano se comporte. Solo tú puedes hacerlo.

«¿Él estaba dispuesto a perdonarla? ¿Sin importar todas sus locuras en los últimos meses?», la esperanza se instauró en el corazón de la princesa.

A pesar del rubor que incendió sus mejillas ella rio. Él dejó un beso sobre su frente y caminó por el pasillo hasta entrar a la pequeña cocina del ala real.

Al trote, Helena recorrió con energía renovada los alrededores de palacio. Varios paparazzi le tomaron fotografías. Buscaban ojos llorosos y un matrimonio infeliz, mas, ella siempre lucía perfecta y mantenía su frente en alto con una sonrisa. Ante las cámaras ella y Karl eran una pareja envidiada. Ni el palacio de Visby, ni el de Preslav emitieron un comunicado de prensa cuando se reenviaron las invitaciones de la boda con el cambio en el nombre del novio. Todos la consideraron fría y egoísta. Ninguno comprendió su dolor... Que ella también era una víctima.

Helena regresó dos horas después cuando se aseguró que los paparazzi tuvieran las fotos que tanto anhelaban. Trotó por los pasillos de palacio, no obstante, se detuvo al ver a Erik abrir la puerta de la habitación que compartía con Mirela una vez más. Él le entregó una bandeja a uno de los sirvientes, quien al retirarse hizo una cortesía.

La princesa esperó. Le pareció extraño que él aún estuviera allí.

«Erik siempre entrena.», pensó.

Ella decidió seguirlo cuando él salió del lugar y se dirigió hasta la sala de estar de la familia. Esperó a que él entrara y se acercó con sigilo.

La rutina que Helena todavía seguía la aprendió de Erik. Solían correr juntos al menos dos horas diarias. Pero después del accidente el doctor se lo prohibió a él por los injertos de piel. Tenía que esperar un año para poder retomar su vida. Una que ya no la incluía a ella.

Helena se pegó a la pared para que no pudieran verla.

—¿No vas a practicar hoy? —La princesa reconoció la voz de Signe. Erik se quedó en silencio—. Si tanto te preocupa, yo me quedaré al pendiente.

—No quiere comer y no entiendo por qué. —Erik se escuchaba exhausto... y perdido.

Los puños de Helena se cerraron con tal fuerza que sus cortas uñas se

enterraron en sus palmas.

—Solo cansancio —aseguró Signe—. Los días son calurosos y ella lleva un peso adicional. Déjala dormir.

—No lo sé. —El tono de él poco convencido.

—La competencia será en un par de días —le recordó Signe en un tono demandante—. Tienes que presentarte y ganar. Para que nadie se atreva a desafiar quién eres. ¿De qué más la vas a proteger? ¿De sus propias acciones? Es una adulta y está en palacio, ¿qué podría pasarle?

Los labios de Helena se mantuvieron en una línea recta cuando decidió marcharse.

No comprendía a Mirela. Tuvo la oportunidad perfecta para irse cuando ese soldado por poco acaba con su vida y seguía allí. Además, Erik resplandecía junto a ella y le permitía dominarlo.

Helena quiso acompañarlo en incontables ocasiones en el hospital y él nunca se lo permitió. Sin embargo, esa mujer se le imponía y él no la detenía como lo hizo con ella.

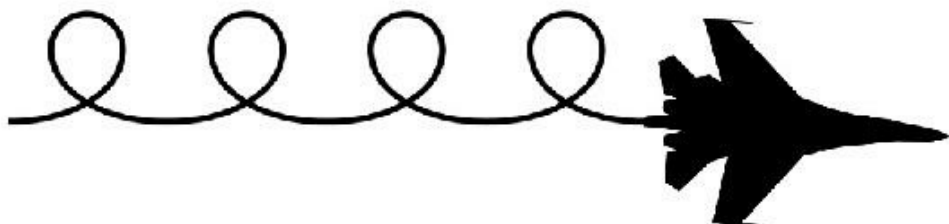
Sus ojos se humedecieron. Lo peor era que no podía estar molesta con Mirela. Sus personalidades eran muy distintas, pero su objetivo era el mismo. Hacer feliz al hombre que amaban. Mirela era una mujer inteligente y su porte sereno... perfecta para Erik. Tal como una princesa debía ser. Incluso creía que podrían ser amigas.

«¡Todo era culpa de Karl!», pensó Helena. Sabía que él siempre fue un majadero e insolente que hizo lo que quería. Si no se hubiera casado con Mirela, ella no habría llegado a Gotland y su plan habría funcionado. Tendría una nueva oportunidad con Erik... En sus ojos podía ver que ya no la odiaba, ni le recriminaba por casarse con otro.

La princesa entró a su habitación y rebuscó en sus cajones. Encontró la carta que interceptó en la semana medieval y la destruyó como debió hacer en aquel momento.

Ella sí amaba a Erik y lucharía por él. Sabía que esa carta ya no le serviría. Él tenía que pensar que ella solo deseaba ser la amiga de Mirela y volver a ganarse su corazón.

Helena salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Ese día tomaría un *fika* temprano.



Erik encendió el Gripen. Revisó sus instrumentos y se colocó la mascarilla de oxígeno. Transitó por la pista según las indicaciones del personal. Después de la última inspección, el jefe de mantenimiento levantó el pulgar en señal de aprobación. De inmediato el oficial llevó la mano a la frente en un saludo militar y Erik le respondió.

Era una señal de respeto entre el personal de tierra y el de aire. En ese movimiento que pareciera simple el jefe de mantenimiento le dejaba saber al piloto que le entregaba un jet en buenas condiciones. Al responder significaba que él cuidaría del aparato y lo regresaría intacto.

Recordó el día del accidente y ese intercambio de saludos. El mecánico que lo ayudó trabajó durante horas para asegurarse que su avión estuviera en perfecto estado. Y lo estaba, pero las altas temperaturas afectaron una vez más sus instrumentos, además también luchaba contra la densidad del humo. Después de dos viajes de reabastecimiento perdió la conciencia. Al recobrarla tuvo que luchar contra el aturdimiento para dar la voz de alerta. Las palabras de precaución de Mirela fue lo único que le dio fuerzas. Para el caballero fue él quien rompió ese acuerdo tácito. Le molestaba que, en lugar de recibir una sanción, la república de Croacia le entregara la medalla de la gran orden del rey Petar Krešimir IV por sus servicios al pueblo croata.

Erik esperó la orden del controlador aéreo de la base para comenzar el ascenso. No sentía la misma adrenalina... No sin ella en la torre. Añoraba recibir la autorización de despegue en la voz de Mirela y que fuera ella misma quien lo recibiera. Y solo la había escuchado dos veces. Sin embargo, fueron suficientes para saber que

no deseaba a nadie más en su radio. Con ella se sentía seguro... protegido. Y

no es que con otro controlador fuera diferente, es que ella era especial. Era probable que solo fuera lo que vivieron juntos. Ella fue la voz que lo dirigió a un puerto seguro cuando pensaba que caería en el Mediterráneo. Y si la hubiera escuchado, su lado izquierdo del cuerpo no estaría cubierto de quemaduras.

—Gripen 314, aquí base de Gotland, despejado para despegue, pista 1, frecuencia 122.9.

—Base de Gotland, despejado para despegue, pista uno, Gripen 314.

Circuló por la pista aumentando la velocidad con la mano izquierda sobre el acelerador. Hasta que acercó el *stick* a él, con la mano derecha, y levantó el vuelo. En su pierna derecha tenía atada la libreta que le entregó Mirela.

Amaba la ciudad, sobre todo esa especie de limbo que existía entre el pasado y el presente. Volar sobre la muralla, las edificaciones en piedra y los techos rojos siempre le resultó muy pacífico al caballero. Para ese momento el Gripen alcanzaba Match 1.2, si bien, la cabina se mantuvo inmóvil.

En pocos segundos llegó a los acantilados. El *g – suit* comenzó a ejercer presión en sus piernas y abdomen cuando colocó el avión en vertical para girar a 360° en repetidas ocasiones.

Sintió su pecho caer cuando regresó a la normalidad. Por la velocidad cada movimiento sucedía en segundos. Cuando se colocaba bocarriba su rostro se inflaba y la manga de oxígeno flotaba en cabina. Su cuerpo aceptó la fuerza *g* negativa. También lo hizo cuando llegó a 9*g* y sus piernas parecían de plomo. Su condición física no era un problema... La movilidad en su mano derecha sí.

Cuando el tren de aterrizaje tocó la pista, levantó el vuelo una vez más e hizo un looping preciso. Erik sonrió. Esa era la única maniobra que decía «perfecto» junto a varios corazones en la libreta.

Aterrizó con fluidez mientras sus latidos estaban frenéticos por el ejercicio realizado y su pecho subía y bajaba descompasado. Guardó la libreta en el bolsillo y soltó una bocanada de aire... No estaba listo y él lo sabía.

Al bajar del Gripen el segundo al mando lo esperaba. El oficial llevó la mano a la frente en un saludo militar.

—Señor, su madre llamó. —Erik frunció el ceño—. Su esposa se desvaneció en los acantilados.

Sus ojos se oscurecieron contrario a sus nudillos que palidecieron por la fuerza en sus puños.

—Quiero que cuatro pilotos sobrevuelen el espacio aéreo hasta los límites de nuestra frontera. —Su tono impenetrable—. Que en la documentación diga que es una práctica del escuadrón de acrobacias.

—Sí, señor.

Cada uno de los pasos de Erik demostraba seguridad y comando, aunque, el malestar en su estómago a penas le permitía moverse.

—¿Los fuegos?

—Están controlados, señor. Los helicópteros de Francia e Italia regresarán esta tarde a sus bases.

—¿Puedes encargarte?

—¡Sí, señor! —El militar se detuvo, llevó la mano a la frente y se retiró.

Erik subió al S90 y le pidió al chófer que lo llevara a palacio. El caballero apenas pestañeaba. Su cuello y hombros rígidos. Sus piernas inmóviles, pero la sangre recorría con vigorosidad sus venas.

Su madre lo recibió en cuanto bajó del automóvil. Ella se agarraba las manos, las soltaba y repetía el movimiento.

—Unos locales estaban en el lugar y la reconocieron. ¡Gracias a dios! la agarraron a tiempo y no cayó. Wilma está con ella. —Él asintió a la vez que se obligaba a controlar cada paso que daba—. La dejé sola unos minutos, hablaba con su padre. Además, se comió una manzana que nos sirvieron con el *fika*. —Él continuó su camino—. ¡Di algo!

Erik se detuvo y bajó la cabeza. Entonces respondió —:

—Ya no sé si está dolida con Karl o es que no acepta quién soy.

Signe entrecerró los ojos. Apoyó uno de sus brazos en el abdomen y llevó los dedos a los labios.

—¿Cómo se comportó el día de la boda? ¿Qué hizo? —Erik se quedó en silencio y su madre fijó la mirada en él como lo hacía cuando era pequeño. No pudo evitar el calentón que sintió en sus orejas. Ella abrió los ojos en exceso —¡Erik!

Estaba seguro de que si no estuviera preocupada se reiría a carcajadas.

—¿Preferías que me cogiera a Helena? —Las mejillas de su madre se ruborizaron por las palabras tan despectivas que utilizó, si bien, yacer con Helena aquel día solo hubiera sido algo carnal—. No sé cómo logré escapar de ella, pero lo hice. Fui a casa, madre, con mi esposa... Le hice el amor y ella me aceptó.

Signe chasqueó la lengua. Un gesto impropio de su persona, pero se sentía responsable por lo que le sucedió a la muchacha. Su único pensamiento

era que no debió dejarla sola.

—Helena es como una hija para mí, no obstante, no cabe duda de que le hace honor a su nombre.

Erik quiso continuar con su camino. «¿Por qué la habitación estaba tan lejos?», pensó. Un gruñido reverberó en su pecho. «¿Por qué?... ¡Jävla! Sabía que era prohibida. ¿Cómo le permitió entrar a su vida y su corazón?»

Signe colocó la mano en su hombro. Él giró.

—Solo quiero saber qué le sucede a mi esposa. —Sus ojos como la granada recién aplastada.

Su madre se cubrió la boca mientras un jadeo escapaba de su garganta.

—Jamás pensé que tu recuperación hubiera empezado desde el mismo día de tu boda —dijo ella en un tono bajo. Se quedó en silencio unos minutos—. No creo que esa muchacha esté dolida con Karl.

Él fijó la mirada turbia en ella.

—Entonces su rechazo es peor. —Su voz rota.

—Vas a tener que aprender a confiar en ella y sus sentimientos.

Erik asintió. Sin embargo, para ese momento sentía sus músculos adormecidos... Comenzaba a perder la carrera a la que estaba sometido desde que tuvo el accidente.

Cerró el puño antes de llevar la mano al picaporte de rosas en un intento de controlarse. Abrió la puerta. Wilma insertaba una aguja en la muñeca de Mirela quien, a pesar del calor, temblaba.

Erik sintió sus rodillas flaquear cuando al aproximarse observó que no era la primera vez que la matrona intentaba inyectarla.

—No logro que tome líquido y su temperatura es alta —dijo la mujer al entrar y sacar la aguja en varias ocasiones—. Quiero evitar que le dé un golpe de calor. Pero si no lo consigo la tendremos que llevar al hospital. Solo necesito que su temperatura baje, su alteza.

Actuó. Así era como él funcionaba.

En solo dos pasos llegó hasta la cama, apoyó la rodilla en el colchón y encerró a Mirela con su cuerpo.

—Rodéame con tus brazos y piernas —le ordenó a su esposa.

—Su alteza, el bebé —susurró Wilma al adivinar sus intenciones.

Erik le dedicó una mirada penetrante. La matrona asintió y se colocó a los pies de la cama.

A pesar de la debilidad Mirela lo obedeció. Él la agarró por las caderas con su brazo izquierdo mientras ella se sostenía. El comando en los pasos del

caballero era irrefutable cuando entró al baño y abrió el grifo... El agua fría los cubrió al instante.

Erik sintió como el cuerpo de ella se estremeció, pero se aferró a él. Ella descansó la cabeza sobre su hombro, rodeó con las piernas sus caderas y se sostuvo del cuello con los brazos como si fuera un salvavidas.

Su garganta hizo un movimiento brusco. Erik cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el hombro de ella. Una bocanada de aire desinfló su pecho. Muy pocas veces el caballero no supo qué hacer y esa fue una de ellas.

Él limpió el rostro pálido de los mechones de cabello húmedo que lo cubrían. Al fijar la mirada en ella descubrió el tiritar de sus ojos... Miedo.

La aprisionó a él con precaución. Estaba seguro de que ella podía sentir el desboque en los latidos de su corazón... Al igual que con cada gota de agua fría que bajó por el drenaje, también lo hizo su energía y fortaleza.

—Si crees que no puedo protegerte, te dejare ir. —Su voz apenas fue audible.

A pesar del ruido del chorro de agua sobre sus ropas, él creyó escuchar —:

—Sal.

Erik entrecerró los ojos y volvió a mirarla. No comprendió si le pedía que la dejara sola o a qué se refería.

Pero Mirela tiró la cabeza atrás y abrió la boca. Un gemido rasposo floreció de su garganta cuando las gotas de agua tocaron su lengua, al mismo tiempo que su estómago rugía.

Cada músculo en la espalda de Erik se movió como un engranaje. La rodeó entre sus brazos una vez más y aunque intentó contenerse se aferró a ella. Llevó la palma a su vientre y sintió ese leve empujón que tanta alegría le causaba, aunque en ese momento él contenía el aliento.

—Protégelo, por favor —susurró ella. Los ojos del caballero se humedecieron ante la súplica en su voz.

Se mantuvo en silencio. La rigidez en sus músculos creó una tirantez dolorosa en su piel. Erik no se atrevía a moverse por temor a no saber contener la furia que lo recorría.

Dejó que el agua la cubriera solo un par de minutos más. La sujetó de las caderas para salir y quitó la ropa mojada. Secó su piel. La vistió con una de sus propias camisas para que se mantuviera fresca.

Su madre y la matrona seguían cada uno de sus pasos sin atreverse a intervenir.

Las mujeres comprendieron que algo grave sucedía pues el hombre que salió del baño con su mujer en brazos les pareció enorme, distante y sobreprotector con ella.

Erik pasó la toalla en el cabello de Mirela hasta dejarlo húmedo y la ayudó a recostarse. Una vez más llevó la mano a su vientre. Intentó sonreír cuando ella la cubrió con su propia mano, pero la tristeza en su mirada era apabullante. Dejó un beso en su frente y se alejó.

Se acercó a las mujeres y en un tono bajo dijo —:

—Wilma, después de pasar cuatro habitaciones encontrará una pequeña cocina a la izquierda. Prepárele lo que usted considere adecuado, pero cuídese de probar antes todos los ingredientes que vaya a utilizar. Incluso el agua.

—Enseguida, su alteza —respondió la mujer segundos después al comprender la situación. Se apresuró a salir de la habitación.

—¡Por dios! —dijo Signe al cubrir la boca a la vez que sus ojos se abrían con desmesura.

—Madre... —advirtió él. Sus ojos oscurecidos y los nudillos blancos por la fuerza con que cerraba los puños.

—No. —El tono de Signe autoritario. Entonces susurró—: Quédate con ella, Erik. Quien sabe que más podrían intentar. Si estás junto a ella no se atreverán.

Él giró una vez más y observó a su esposa recostada de lado con los ojos cerrados y su respiración serena. Se maldijo a sí mismo por reclamarle abandonar la mesa, por no insistir más o probar la comida cuando ella la rechazó.

Asintió con imperceptibilidad y su madre se fue.

Con pasos lentos él se acercó a la cama y se sentó en el borde. Soltó el aire con lentitud para no molestarla. Bajó la cabeza y cerró los ojos mientras pasaba una y otra vez los dedos en la frente. Su rodilla derecha subía y bajaba sin parar.

Él se sobresaltó al sentir la mano tibia de Mirela tomar la suya. Aún con los ojos cerrados ella le dijo —:

—Sabes que no eres omnipresente, ¿verdad?

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—Tenía que acercarme a ti, preguntarte qué sucedía. Llevamos juntos semanas y debería conocerte. En lugar de eso actué con irracionalidad y egoísmo.

—Yo hice lo mismo —susurró ella al abrir los ojos—. Y como dices solo han pasado semanas. Tendremos una vida juntos y jamás nos conoceremos por completo.

—¿Tendremos una vida juntos? —Una risita incierta floreció en su pecho mientras aprisionaba la mano de ella entre las suyas. Su postura encorvada, sin atreverse a fijar la mirada en ella.

—Un hombre decidido se casó conmigo y él asegura que es el único indicado para mí. Yo le creo. Además, se ha adueñado de mi corazón en incontables ocasiones.

Erik tomó una bocanada de aire profunda y la contuvo.

—¿Aunque se convierta en duque y sea general?

Ella asintió mientras volvía a cerrar los ojos. Era evidente que el cansancio la vencía.

Tocaron a la puerta y Signe entró a la habitación, seguida por una de las sirvientes de palacio, quien, dejó una bandeja de comida encima de la mesa de centro y se retiró.

Él dejó un beso en la mano que todavía sostenía y se puso en pie. Su rostro se mantuvo pétreo y cada uno de sus pasos retumbó en los rincones.

Signe le entregó una cuchara y ambos probaron la comida al mismo tiempo. Una mueca desfiguró sus rostros y sacaron el bocado. Tomaron un sorbo de agua, pero el líquido también contenía el mineral.

—¿Quién es? —exigió él en un susurro para que Mirela no se percatara.

—Hay que despedirlos a todos. —Signe tenía los ojos abiertos con desmesura, su piel pálida. El gesto en su rostro indicaba que no lo podía creer.

Erik abrió los ojos mientras su cuerpo comenzó a temblar por la furia que contenía. Cuando pequeño él jugó con los hijos de esas personas y como duque ayudó a muchos con cartas de recomendación para internados y puestos de trabajo. Siempre pensó que eran seres humanos correctos. Aquellos en los que confiaba pues conocían su intimidad y no la divulgaban a la prensa. Recibieron juntos a destinatarios de todo el mundo y siempre demostraron tolerancia y respeto ante ellos.

El caballero se preguntó qué cambió. Acaso él era quien estaba mal por creer en el honor y esas leyes de antaño que conformaron las sociedades. No tenían excusa. Intentaron matar a su esposa y a su hijo. Tuvo que forzarse a pensar en ella. No lo podía ver en ese estado. No quería asustarla.

Tocaron a la puerta una vez más y Wilma entró con una bolsa.

—Esa cocina tiene que ser limpiada a conciencia. De algún modo se las

ingeniaron para que el agua del grifo también contenga sal... Yo nunca vi algo así.

Ella se quedó de pie con la mirada ausente como si hubiera esperado para decir esas palabras y entonces quedarse perdida en sus pensamientos.

Erik le quitó la bolsa y la matrona ni se inmutó. Él se sentó en la cama una vez más y deslizó la mano por el rostro de la mujer que amaba.

—Princesa...

Ella escondió por unos segundos el rostro en la almohada, si bien, se incorporó hasta sentarse. Su estómago se quejó una vez más.

Él le entregó la botella de agua y una gelatina.

La matrona salió de su trance y dijo —:

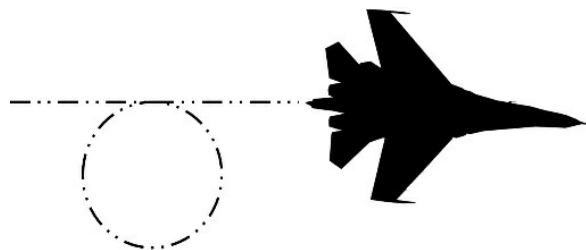
—La voy a dejar en dieta líquida veinticuatro horas para que se reponga por completo, su alteza.

—Gracias, Wilma —respondió. Entonces fijó la mirada en Mirela y le dedicó una sonrisa que no logró engañarla—. Tengo que... Wilma se quedará contigo unos minutos.

Erik ya no podía contenerse. No quería a esas personas bajo su techo ni un segundo más. Sentía la sangre fluir en sus venas, exigiéndole que tomara acción. Se aseguraría que el responsable cumpliera la pena máxima en la cárcel.

Agarró el rostro arrebatador entre sus manos. A pesar de lo que ella vivía le dedicó una sonrisa que tambaleó su interior y él respondió el gesto con sinceridad.

A través de sus miradas se transmitieron tanto que se creó una burbuja a su alrededor. A las dos testigos que los acompañaban no les quedó ningún resquicio del amor que existía entre ellos. La adoración y el respeto que uno sentía por el otro. Una sonreía, la otra se sorprendió. Mas las dos sintieron temor por ellos y su futuro.



Mirela abrió los ojos. Observó a su alrededor y encontró a Erik sentado a los pies de la cama. Un suspiro brotó desde su pecho y el pequeño ser en su vientre le reclamó estar lejos de su padre. Fijó la mirada en él, sin embargo, ninguno hizo el intento por acercarse.

Ella tenía muy presente la regañina de su padre.

«¿Desde cuándo él crio a una mujer prejuiciosa? ¿Su profesión lo convertía en un hombre diferente al que conoció aquel día en Brčko? ¿Cómo se atrevía a dudar de él cuando la acobijó en su momento de mayor necesidad? Ella tenía que ser su apoyo y guía. ¿Acaso su reciente arresto no era prueba suficiente de lo correcto que era su esposo? Él siempre respetaría la ley y ella era la esposa ideal para un hombre así.»

Su padre le hizo ver que ella se contenía por la misma razón de Erik. Karl estaría entre los dos si ellos no aprendían a superarlo. Si él fue capaz de ignorar su error, por qué ella no se perdonaba así misma.

«No siempre se toman las decisiones acertadas, pero tenemos oportunidad de corregir nuestros caminos.», le dijo Halim.

Mirela no pudo esperar a que Erik regresara a palacio. Caminó hasta el acantilado y vio su rutina... Todavía no estaba listo.

En sus pensamientos solo existía él y su bienestar. Necesitaba hacerle saber que ella no quería lastimarlo. Que el amor que sentía sería capaz de traspasar esa barrera en su interior, solo necesitaba un poco de tiempo.

Aguardó por él como cada mañana. Sin embargo, los días eran calurosos y no pudo consumir alimento o líquido desde la tarde del día anterior. La deshidratación que sufrió antes empeoró.

Ella también fue irracional y egoísta.

Le sorprendió la decepción en la mirada de Erik pues pensaba que el

embarazo de Helena y Karl la afectó. Y lo hizo, pero no como él creía. Lo único que sintió fue tranquilidad porque así Karl se olvidaría de ella. No sufrió por su bebé. Erik no lo concibió, no obstante, él era su verdadero padre.

Sin embargo, su corazón se cimbró porque él dudara de ella y su cabeza solo se llenó de reclamos.

Después temió que él no le creyera.

—Ven a la cama —susurró ella al extender la mano.

—Aquí estoy bien. —Reconoció la severidad en su tono y la rigidez en su postura. Debía sentirse herido por la traición de personas tan cercanas.

No obstante, no le gustaba que él estuviera tan lejos. Cuando estaban solos era el único momento en que ella le demostraba cuán importante era tenerlo en su vida. Podía ser cariñosa. Él tenía un título nobiliario, era figura pública y un general. Ella debía tratarlo con respeto cuando estaban rodeados de personas. De la misma manera en que él lo hacía con ella por sus creencias.

Mirela bajó los pies de la cama y caminó los pocos pasos hasta estar frente a frente. Colocó las manos en la nuca de Erik. Con los dedos acarició el corto cabello.

Por primera vez él tuvo que levantar la mirada.

—Ya te dije, no puedes estar en todos lados. —Se acercó. Besó su frente, nariz y barbilla.

—Debería.

La certeza en su tono la hizo estremecer. Él mantenía los hombros cuadrados y la espalda recta. Mirela deseaba poder atravesar esa barrera. Dejar de pensar que fuera de esas cuatro paredes el odio hacia lo que ella representaba crecía con el pasar de los días.

Mirela solo necesitaba sentirlo cerca. Estar segura de que ellos dos estaban bien y que la decisión de casarse al final no fue un error. Ellos podrían ser el compañero de vida del otro, pero sus mundos eran muy distintos.

—¿También vas a controlar sus pensamientos? ¿En lo que creen? —Ella mantuvo su tono sereno a la vez que con los dedos dibujó el contorno del rostro de Erik hasta llegar a sus ojos.

—Sí —aseguró él con terquedad.

—Entonces nada te diferenciará de ellos —susurró mientras colocaba las palmas en su rostro para que no pudiera escapar de ella.

Mirela percibía que él se contenía. Estaba furioso y los ojos de ella eran como la grana por prohibirse llorar. Pero no podía derrumbarse porque eso les permitiría ganar a los demás.

Por más que temblara por dentro, al siguiente día, saldría a la calle con la frente en alto y una seguridad autoimpuesta. No obstante, en ese instante solo deseaba que él le abrazara y no lograba conseguirlo.

—Están mal —insistió él.

—Tienes que respetar sus creencias. Tomar venganza no resolverá nada.

La pierna derecha de Erik comenzó a subir y bajar con rapidez. Él cerró los ojos y su cuerpo cayó como si el peso sobre sus hombros fuera excesivo.

—Escuchaste la conversación con Karl.

—Sí —musitó ella.

—¿Completa? —Él tuvo que aclarar la garganta.

—Sí. —Ella hizo una pausa y continuó en un tono bajo—. No me engaño. Sé que la guerra fue para todos lados, pero dime, ¿quién ganó? Yo porto el hiyab, mi amiga croata su rosario y mi amiga serbia su falda. Sé que la paz que vivimos pende de un hilo desde que se instauró y que el discurso de odio vuelve a crecer en estos días. No obstante, responder con violencia solo logrará extinguir lo que tanto se ha luchado por mantener.

La pierna de él se detuvo y su cuerpo se dejó ir hasta encontrarse con el vientre de ella. Sus manos la rodearon como si la hubiera necesitado por mucho tiempo.

Mirela entrelazó los dedos en el cabello de macadamia mientras una lágrima se deslizó por su mejilla.

Ambos hombres deseaban protegerla, pero ella no lo solicitó. A pesar de lo que vivió, de que por poco murió por los golpes recibidos, sus padres y ella lograron escapar y se convirtió en una de las mejores en su profesión. Se ganó el respeto de las personas. Sí, ese hombre era su vecino, y tenía que ver como ella portaba con orgullo su hiyab. Él fue testigo de cómo los representantes de Brčko la escogieron con unanimidad durante las inundaciones y posterior fuego en Croacia. Él era quien debía sentirse avergonzado. Ella no tenía remordimientos por incomodar a los demás. Desde que sobrevivió a la guerra estaba determinada a no esconderse.

Erik la aprisionó entre sus brazos con precaución. Mirela sonrió cuando su bebé dio un salto de felicidad. Sus latidos se tornaron serenos. Eso era lo único que deseaba.

—Y aún cuestionas porqué te llamo mi princesa de la paz.

Ella negó en repetidas ocasiones. Aferrándose a él... Al hombre que amaba.

—No lo merezco. Porque en mí vive el prejuicio a tu profesión. Aceptar

quién eres y la decisión que debes tomar me cuesta. —Su voz se rompió—. Alá me entregó un hombre maravilloso y yo cuestiono sus decisiones.

Él levantó la mirada, en sus labios una hermosa sonrisa.

—Mi Dios me envió una bosniaca admirable y también le reclamé. —Las manos de él comenzaron a subir por su espalda lo que provocó un estremecimiento en todo su cuerpo—. ¿Crees que se burlan? Pobres humanos que no entienden que quienes mandan somos nosotros.

—Estoy segura de ello. —Mirela se quedó en silencio y deslizó la mano en el pecho de Erik—. Ven a la cama. Tienes que descansar. Si no me quieres escuchar a mí, hazlo por el pequeño caballero que hay dentro de mí.

Él colocó la mano sobre la suya. Ella podía sentir el corazón desbocado de su esposo, si bien, no le hizo ningún reclamo por sus palabras.

«Él la aceptó sin preguntas y ella lo traicionaba como una ingrata.», pensó.

—Los dos son importantes para mí. No sé qué haría si algo les sucediera. —La voz de Erik estrangulada.

—No tiene por qué sucedernos nada. Estaremos bien. Los cambios son difíciles y cuando entiendan que nos amamos nos aceptaran.

No era ingenua. Esas personas quisieron lastimar a un ser inocente, al hijo que tanto amaba. Pero se sentía cansada. Él también lo estaba. Solo quería dormir hasta el siguiente día asegurándose de tener su calor junto a ella.

Él se levantó y con la mano de ella aprisionada a la suya la llevó hasta la cama. La rodeó. Al acostarse él pegó su cuerpo a su espalda a la vez que colocaba el brazo entre sus senos y el vientre. Le transmitía su calor y compañía. Eso era lo único que necesitaba.

En la mañana Mirela despertó con el tiempo justo para realizar el zalá. Le pareció gracioso que Erik refunfuñara dormido cuando ella se levantó. Además, le extrañó que siguiera junto a ella a pesar de la hora.

Engrandeció a Alá y en silencio le oró por ella misma, su esposo y su matrimonio. Le rogó que le abriera el entendimiento, que plantara en ella la semilla de la tolerancia y el respeto, que apartara las dudas y los miedos. Bendijo y pidió por las personas que intentaron hacerle daño y le solicitó que encontraran un nuevo trabajo pronto.

Mirela respiró profundo y envolvió el vientre entre sus manos. En una semana estaría a mitad del embarazo. Ansiaba vivir cada etapa, pero también

ya quería tenerlo entre sus brazos.

Ambos sabían que era un varón desde hacía tres semanas. Erik solía reír cuando —con sus movimientos— él bebé la tomaba desprevenida. Era un niño muy despierto y Wilma aseguraba que eran de los pocos padres que percibían las patadas de su retoño tan temprano.

Mirela se levantó con cuidado y se acercó a la cama una vez más. Para ese momento, Erik dormía bocarriba con un brazo debajo de la cabeza y el otro sobre su pecho.

Ella se sentó en la esquina y recorrió el rostro de él con los dedos. Como si hiciera algo malo la retiró con rapidez cuando lo vio sonreír con los ojos aún cerrados.

—Si ya terminaste con el zalá vuelve a la cama —le dijo Erik con suavidad.

Mirela sonrió. Esos momentos normales eran gratificantes.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Un gemido quedó reverberó en el pecho de Erik. Él abrió los ojos y fijó esa mirada de Neptuno en ella. Poco a poco se incorporó.

Mirela cerró los ojos al sentir las manos sobre su rostro y el impulso en la cama para estar más cerca de ella. No estaba acostumbrada a que él fuera tan cercano.

—Si hubiera sabido que despertar contigo sería así lo habría hecho desde el primer día... Estás hermosa. —La ternura en la voz de él siempre la tomaba desprevenida. Él le dio un beso que le supo a poco, se levantó y se puso una camisa para tapar su torso. Y en un tono más severo añadió—: No te quiero fuera de la cama. Wilma fue muy clara. Tienes que descansar y tomar mucho líquido.

Una risita escapó de su garganta. Ese era el hombre que conocía. Por ese día lo escucharía pues no deseaba arriesgar a su bebé con una caída.

Ella siguió cada uno de sus pasos. Erik de seguro iría a preparar el desayuno. Cuando él abrió la puerta se encontró de frente con Helena. La princesa lo abrazó con familiaridad y Mirela se puso en pie. Él las observó durante unos segundos. Ella lo siguió con la mirada aun cuando ya había desaparecido de su vista... Helena hizo lo mismo.

—Es un hombre imponente. —Un malestar se apoderó del estómago de Mirela. Se quedó inmóvil y a la expectativa—. Tu embarazo es un milagro.

—¿Por qué lo dices? —Esas palabras... Una electricidad cimbró su cuerpo.

—Después del accidente el médico fue muy claro. —Helena hizo una pausa como para asegurarse de tener toda su atención—. No tendríamos hijos.

Mirela contuvo el aliento. Eso ella no lo sabía. Aunque intentó prohibírselo sus ojos se humedecieron. Sus pensamientos y alma se trasladaron hasta el lugar donde él estaba... Erik era un hombre magnánimo. La hoguera que la consumía se avivó ante el descubrimiento. Su hijo tendría a un padre excepcional. Con cada día que pasaba él lograba que lo admirara más. Mirela se aseguraría que su hijo lo amara por sobre todas las cosas... Ella ya lo hacía.

Sin embargo, una opresión en el pecho apenas le permitía respirar. La mujer frente a ella fue muy importante en la vida de él y al igual que ella estaba embarazada. «¿Y si Erik prefería formar esa familia añorada con ella?», se preguntó. «Solo se conocían unas semanas. ¿Y si él confundía el agradecimiento que le tenía con amor?»

—¿Ese día era el día de su matri... —Pero la voz de Mirela no le permitió continuar.

Helena asintió a la vez que la tristeza se adueñaba de su mirada azul.

—Acepté ese protocolo riguroso por él, cuando la princesa soy yo. —Mirela no le pudo responder—. Si tan solo hubiera sabido que Erik aceptaría al hijo de otro... Incluso el de su propio hermano. —No era un reproche. Solo la esperanza de lo que pudo haber sido. Mirela comprendió cuánto Helena amaba a Erik en ese instante pues guardó silencio a pesar de tener el arma para destruir su matrimonio con él. Una lágrima se deslizó por la mejilla de Mirela, no podía dejar de pensar que ella estorbaba. Después de quedarse en silencio unos segundos la princesa continuó—: Te di una razón plausible para regresar a Brčko y la desperdiciaste.

Frunció el ceño. Abrió y cerró la boca en varias ocasiones, hasta que se forzó a decir —:

—¿A qué te refieres?

—La convicción en la religión es muy arraigada. —Helena hizo una pausa—. Las personas no suelen aceptar los cambios. Para ellos fue suficiente la creencia de que su religión es la correcta y la tuya no. El personal de palacio es el primero en enterarse de lo que sucede en nuestra intimidad y, aunque, la prensa aún desconoce mi embarazo, ellos lo sabían. Aman a Erik, pero desean que la mujer correcta esté junto a él...

—¡Habla de una vez! —Mirela no solía tener paciencia con las personas que no eran directas.

La satisfacción cubrió la mirada azulada y se dio a desear unos minutos más.

—Simplemente decidieron que mi bebé era más importante que el tuyo. Esas fueron sus palabras cuando bajé esa mañana a tomar un *fika*. Deseaba encontrar la forma de espantarte, no obstante, no tuve que hacer nada. No se los ordené, Mirela, pero tampoco los detuve. —La bosníaca llevó los brazos a su vientre, se abrazó a sí misma y dio un par de pasos atrás. La princesa fijó la mirada desafiante en ella—. Dime, Mirela, ¿qué va a hacer Erik? ¿Despedir a los sirvientes cada mes porque alguno te miró mal? Están en su derecho de disentir contigo, ¿no es así? Eres una mujer respetuosa, de eso estoy segura, si no él no se habría enamorado. Pero los demás no lo saben.

Mirela enderezó la espalda. Sus labios en una línea recta. La mujer frente a ella se mantenía en calma pues se sabía vencedora.

—¿Qué quieres? —La firmeza en su voz fue palpable.

Helenaladeó la cabeza. Una sonrisa angelical adornaba su rostro.

—¿No le pediste a Karl escapar? —Su tono como si le hablara a un niño de cinco años, recordándole sus travesuras—. ¿No le suplicaste que Erik no se enterara? Te proveí el medio para que el orgullo y reputación de Erik quedaran intactos. Se sincera, ¿Erik te dijo que te dejaría ir? —Mirela tuvo que esforzarse por no abrir los ojos con desmesura. Un fuego peligroso corrió por sus venas al percatarse que Helena conocía demasiado bien a su esposo—. Sin embargo, sigues aquí.

Mirela fijó la mirada en ella, percatándose de que podía llevar el título de princesa, pero a su personalidad aún le faltaba educación y valores.

—Encontraste la carta. ¿Por qué no la usaste en mi contra?

—Hasta ahora he sido buena contigo, Mirela. Pensé que tú velarías por mi hombre. Alguien de afuera, ajena a lo que se espera de él y por tanto incapaz de exigirle todo lo que los demás le reclamamos.

Esa maraña de pensamientos y sentimientos apareció una vez más. Mirela asumía que Erik en algún momento se cansaría de luchar con todos los demás solo por ella. Creía que Helena tenía razón.

—Tu hombre es Karl —aseguró—. Tu responsabilidad es velar por el orgullo y reputación de tu esposo, no del mío.

Una risa cínica escapó de la garganta de la princesa.

—No debiste venir. Mirela Imamović jamás pisaría Gotland. Cuando Erik se percatará que Karl me dejaba sola durante tanto tiempo, por unos viajes que no estaban en la agenda real, se volcaría hacia mí. Erik no lo

reconoce, pero es muy protector de su mujer. Él me perdonaría.

Mirela negó con la cabeza en repetidas ocasiones.

—No sé de qué me hablas.

La respiración de Helena se escuchaba a través de la habitación. Su mirada impenetrable.

—¡Le pedí y supliqué a Erik que no fuera a ese viaje! Él no tenía que ir en persona. Gotland podía enviar ayuda sin su duque, pero él insistió en que era su deber. —Helena comenzó a caminar hasta estar frente a frente a Mirela. Su postura era desafiante y su rostro estaba sonrojado por la furia que la recorría—. ¡No me escuchó! ¡Me quitó la oportunidad de que fuéramos padres! ¡Él y yo!

—Era su deber —respondió Mirela en un tono suave pues podía comprenderla.

—¡Su deber era conmigo! —gritó Helena. Mirela contuvo el aliento. La ira que consumía a la princesa no era buena para su bebé. Ella respiró con profundidad y se alejó un par de pasos. Más tranquila añadió—: Frente a todos declaré que continuaría con el matrimonio. Mi suegra suspiró aliviada hasta que especifiqué que me casaría con Karl. Él aceptó, ya que, se convertiría en príncipe y tendría un rango mayor a su hermano. —Una lágrima se deslizó por la mejilla de Helena—. Yo forjé mi camino al elegir la venganza. Al pensar solo en mi dolor. Cumplí con mi palabra cuando le aseguré a Erik que nuestros hijos serían sus sobrinos. Por supuesto que cuando el coraje se diluyó descubrí que solo deseaba estar junto a él, aunque sea un imposible.

Mirela tuvo que llevar la mano al pecho pues los latidos de su corazón se desbocaron. Apenas podía respirar por la opresión que sentía en la boca del estómago. Se preguntaba cómo esa mujer decía amarlo cuando lo abandonó sin misericordia.

—Y mientras te percatabas, lo engañaste con su hermano y medio ejército. —No pudo evitar el tono filoso en su voz—. Planeaba irme cuando mi bebé naciera, liberar a Erik del compromiso que adquirió conmigo porque...

—Si así piensas —la interrumpió Helena—, no lo conoces. Cuando Erik da su palabra, nada podrá quebrantarla y...

—Déjame terminar. —El tono de Mirela fue descortés. Caminó hasta estar de frente, enderezó la postura y observó a la princesa. En su mirada era evidente el desafío—. Porque después de escucharte, haré todo lo que esté a

mi alcance por hacer que ese hombre me ame para siempre. Jamás he intervenido en tu matrimonio y espero recibir la misma cortesía. Esta será la última vez que hablaremos de esto, Helena.

La puerta de la habitación se abrió y Erik entró con una bandeja que contenía té, jugos, yogurt y gelatina. La dejó en la mesa de centro que estaba frente al sillón.

Erik la observó primero a ella y después a Helena con el ceño fruncido. Mirela caminó hasta él con una sonrisa que no lograba borrar la tristeza en su mirada.

—Gracias, se ve delicioso —dijo ella mientras aprisionaba la mano izquierda de Erik entre la de ella para capturar toda su atención.

—¿Te sientes bien? Te ves más pálida. —Él deslizó los dedos de la mano derecha en su rostro. Su preocupación era evidente.

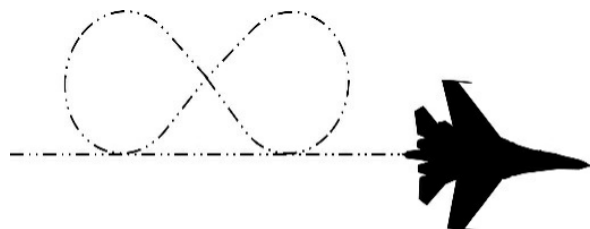
—Sí, lo estoy. —Mirela cubrió la mano con la suya y se lanzó sobre su boca.

Lamió y empujó la comisura de sus labios hasta que él los entreabrió. Se deleitó en la tibieza y humedad mientras él la aferraba entre sus brazos y un gruñido afloraba en su garganta.

Cuando terminaron de desayunar Wilma le hizo una revisión exhaustiva a Mirela. El bebé seguía sano y fuerte. Después de asegurarse de que sus pacientes seguían bien la matrona se retiró.

Mirela y Erik se quedaron sentados en el sillón Bergère en la habitación. Ella apoyó la cabeza en el hombro de su esposo mientras él le leía.

Como si se encontrara en el desierto Mirela bebió con ansias cada una de las palabras que emanaron de sus labios. Podía sentir las vivencias de los protagonistas pues Erik era un lector magnífico... Y lo amó aún más por que sabía que leía en voz alta solo por halagarla.



Mirela caminó hasta los acantilados. En esa ocasión se tardó más que de costumbre pues fue muy precavida. Se quedó a tres metros de distancia del borde y se arrodilló en el suelo. Luego de purificarse le oró en alabanzas a Alá y pidió su misericordia. En esa ocasión le rogó que le permitiera siempre tomar las decisiones correctas. También le suplicó que cuidara a su bebé de los peligros en el exterior.

Cuando terminó se sentó en el lugar. La neblina aún estaba presente y el viento jugaba con su hiyab. A pesar de la altura se podía escuchar el romper de las olas y un azul como el topacio de Neptuno era el dueño del horizonte. El sol apenas comenzaba a ofrecer los primeros rayos que la entibiaban y le daban la bienvenida a un nuevo día. Mirela ya no temía encontrarse en el final de la isla, incluso hizo las pases con el mar. A pesar de todo, por primera vez, un lugar se sentía propio, aunque era consciente que el responsable de ese sentimiento era el hombre que amaba.

El día anterior se debatió entre contarle a Erik de la conversación con Helena o si podría confiar en que esa mujer no intervendría más. No quería darle más importancia a la princesa. Además, siempre estaba la posibilidad de que él no creyera en sus palabras y pensara que ella exageraba la reacción de la princesa. Después de todo, a ella solo la conocía desde hacía unas semanas.

Sin embargo, en la noche, cuando estaban recostados en la cama y él dibujaba el contorno del encaje en su negligé, le susurró —:

—No quiero a Helena cerca.

Sintió esa pausa de segundos en sus movimientos y su corazón comenzó a desbocarse pues imaginó que Erik le haría algún reclamo por esa petición o al menos le pediría una explicación. No obstante, él respondió —:

—Me aseguraré de que sea así.

No existió duda en su voz y eso la ayudó a sentirse tranquila.

Mirela ya no sabía qué pensar o cómo actuar. Deseaba que el festival aéreo llegara pronto para pedirle a Erik regresar a la mansión Stora. Allí se sentía más tranquila. Además, planeaba dejar el puesto en el aeropuerto.

No tenía necesidad de trabajar pues sus ahorros le permitirían una vida holgada por los próximos años. Era una mujer frugal cuya pasión era el cielo y los aparatos en él. Si no los dirigía desde la torre de control entonces estaba dentro de uno. Su dinero lo gastaba en viajes y siempre compraba los más económicos, no por el precio, sino que, por los múltiples transbordos que solían tener. Mirela sentía un fuego que la colmaba al abordar un avión. Podía observar al personal de pista dando las señales para el correcto desplazamiento. En el aire se perdía en la inmensidad de los paisajes y las estructuras complejas creadas por el hombre.

Sabía que en unas pocas semanas alguien más dependería de ella y desbordaría todo su amor en él. Se concentraría en su bebé y ser la mujer que Erik necesitaba a su lado como futuro duque de Gotland. Además, el cielo era una pasión que tenían en común. Estaba segura de que Erik compartiría con ella sus vuelos, las acrobacias y la emoción de planificar una rutina aérea. Con eso sería suficiente para mantener la flama de la pasión por el aire viva.

Miró al cielo al reconocer el crujido indiscutible del Gripen. Su mirada compitió en luminosidad con el sol y sus labios estallaron en una sonrisa arrebatadora que permaneció intacta durante la práctica.

No era la misma mujer que llegó a Gotland. Ese tiempo de introspección y saberse bajo el amparo del hombre excepcional que encontró le permitieron reencontrarse a sí misma. Todavía advertía el odio de las personas, ese por el que su padre le suplicó que huyera, si bien, era muy consciente de la burbuja que Erik construyó para ella y su bebé. Allí vivía una cotidianidad que no experimentó en cuatro años por la enfermedad de su madre.

—Buenos días, princesa.

Ella reconoció el tono severo y su sonrisa se amplió.

—Buenos días, duque. —Una risita escapó de su garganta al escuchar un gruñido desde lo más profundo del pecho de Erik—. Hoy tus *snap rolls* fueron perfectos.

—Ven, acompáñame a un *fika*.

Ella se puso en pie y observó a su alrededor una vez más. Las nubes en un arbol que robaba el aliento. Tomó una bocanada profunda para llenar sus pulmones del aire puro y el yodo del mar.

Erik le permitió el paso y caminó con lentitud. Junto a ella el muro de piedra que la llevaría hasta las puertas de palacio. En el camino ojeó al hombre que, por algún motivo, decidió mantenerse unos pasos atrás. Cada vez que Mirela volteaba sus ojos brillaban plenos y en sus labios se mantenía una sonrisa pícaro.

—Puedes caminar junto a mí. —Llevó la mano sobre los labios para esconder la sonrisa. Su tono melifluo encantaría al más previsor.

A la vez Erik se sabía observado. Existía un aire sensual en su porte y una sonrisa cautivadora. Mirela era la única mujer que podría hacerlo sentir así.

—¿Y qué más puedo hacer? —Él mantenía la mirada fija en ella sin recordar cuándo fue la última vez que una mujer lo sedujo con esa inocencia.

—Tomarme de la mano.

Ella giró la cabeza una vez más y parpadeó. Erik percibió cómo sus largas pestañas tocaron el párpado inferior y en segundos el superior. No entendía por qué, pero eso lo volvía loco de deseo. Tuvo que aclarar la garganta mientras Mirela continuaba con ese contoneo de cadera tan suntuoso. Sus movimientos eran como dejar planear un avión de un lado a otro.

—Y ¿acercarme a ti hasta que nuestros cuerpos se rocen y respiremos el mismo aire? O ¿Qué mis labios redescubran la miel de los tuyos?

La escuchó tomar aire y su sonrisa se amplió. Le engrandecía que ella sintiera deseo por él. En los ojos de Mirela nunca existió aversión, desagrado o compasión. Ella aceptaba al hombre en el que se convirtió después del accidente.

—En público no —susurró ella sin aliento.

Erik dio las gracias por llegar a la avenida principal y encontrarse rodeado de personas. No sabía cuánto tiempo más podría contenerse. Aunque lo pareciera, no estaban solos. Cuatro soldados cuidaban que no le sucediera nada a ella. Él no podía estar en todos lados, pero lo intentaría.

—Entonces estoy bien aquí. —Su tono de voz fue tan bajo que dudó que ella lo escuchara.

Mirela se detuvo, giró y en un tono acusador le dijo —:

—¿Ya dejaste de ser gruñón?

Él abrió los ojos y contuvo el aliento.

—No lo soy.

Una sonrisa radiante estalló en los labios de ella. Erik no alcanzaba a comprender cómo podía sonreír de ese modo después de lo que sucedió.

Cuando él dudaba de cada paso que daba... de todos a su alrededor.

El malestar en su estómago era constante. Desde el arresto de ella sentía que el corazón le latía más rápido y no podía pensar con claridad. Al caballero le robaron la certeza de que allí Mirela estaría bien.

—Es cierto, no lo eres, pero sí severo.

Hubo un tiempo en que no lo fue, a pesar de su entrenamiento como militar. Las personas lo consideraban un hombre afable.

Erik reconocía que el accidente lo cambió. Su cuerpo ya no era el mismo. Su novia de más de cinco años con facilidad lo abandonó por su hermano y sus padres pretendían que él continuara como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, era testigo de la compasión y dolor en sus miradas. Erik tuvo que protegerse y demostrarles que no podían dominarlo. Lo mismo hizo con el público y su guarnición para que no dudaran de que el hombre que los dirigía seguía ahí. Solo Mirela... solo ella era capaz de apreciar a ese hombre y aun así llegar hasta el otro.

—Aunque quisiera ya no podría.

—Bien. —Una sonrisa complacida se adueñó del rostro de ella cuando giró una vez más para observarlo. Ese gesto tan simple le borró los pensamientos negativos a él. Deseó pasar el tiempo junto a ella y disfrutarlo. Caminaron en silencio unos minutos—. ¿En qué cuento estamos? Por más que intento pensar en alguno no lo consigo.

—Eso es porque todos terminan en la boda y se supone que creas que vivieron felices para siempre.

Erik sonrió cuando ella tuvo que detenerse para reír. Tenía la cabeza echada atrás y se sostenía el vientre. El viento creaba ondulaciones en el hiyab color amarillo pálido. Se veía radiante y su belleza robaba el aliento.

—Se me olvidaba que eres un experto.

—Sin embargo, yo no olvido que tenemos una cita en el cine en diciembre. —Le gustaba recordárselo. Asegurarle a Mirela que entre los dos existía un futuro. Cuando ella continuaría hacia palacio dijo—: A la derecha.

Mirela se detuvo durante unos segundos, si bien, siguió la indicación.

Ninguno de los dos se escondería. Se amaban y ambos respetaron a todos a su alrededor. El caballero pensaba que merecían lo mismo.

—Creo que en esas fechas tendré una cita con otro hombre. Estoy segura de que no sentirás celos. —La sonrisa de él se amplió al reconocer la burla en el tono de ella.

—Y yo estoy seguro de que podré ponerla en la televisión mientras lo

traes al mundo... —Por supuesto que no lo haría, pero reía ante esa especie de broma que existía entre los dos al pensar que vivían una historia de princesas —. Es aquí.

Ella se detuvo frente al café.

Era un lugar diminuto, en piedra, con puertas de madera pintadas de negro. A la entrada te recibía una banca en madera, sobre esta, cajas del mismo material con lavanda, menta y otras flores. En el interior había solo siete mesas y una escalera que conducía al segundo piso.

Erik se acercó al mostrador. Un hermoso papel tapiz azul cielo y repleto de rosas decoraba la pared. Sobre la vitrina decenas de platos blancos, azules y crema. Al lado de ellos una maqueta de palacio. Dentro una variedad de aperitivos dulces y salados.

Cuando la encontró observando todo a su alrededor dijo —:

—Venía aquí cuando era estudiante.

—Es acogedor.

Él asintió. Ordenó dos cafés y el rollo de canela con azúcar de perla. Le señaló el camino hasta las escaleras y colocó la mano en su espalda para ofrecerle estabilidad al subir.

Arriba era mucho más cómodo. Varios sillones mullidos y de distintos colores ocupaban el espacio con una luz tenue. En las paredes cuadros de las calles de la isla y una ventana que daba al muro, si bien, estaba ubicada en el lugar perfecto.

Se sentaron en el sillón rojo y de inmediato les llevaron su orden.

Mirela fijó la mirada en él y Erik comprendió que lo que le diría no sería fácil. Tomó la taza de café entre sus dedos y la llevó a la boca. Se mantuvo sereno. Dispuesto a escuchar lo que ella le pidiera y seguro de que se lo cumpliría.

—¿Quieres que nuestro bebé pertenezca a la Iglesia de Suecia?

Conocía el motivo de la pregunta, no obstante, lo tomó desprevenido pues no esperaba que ella consultara ese tema con él. Siempre pensó que Mirela criaría a su hijo en el islam. El corazón de Erik latió con fuerza, se sentía invencible... Honrado de que ella lo incluyera en esa decisión. Sus ojos se humedecieron cuando la felicidad fue tan inmensa que no la pudo contener... La amaba.

—¿Qué pensaste tú?

Ella llevó las manos a su vientre y lo acarició. El cuerpo de Mirela destilaba una ternura que lo embriagaba. Erik atesoraba cada uno de los

momentos de ese embarazo porque no lo volvería a vivir.

—Quiero que sea un hombre de fe. Que lo criemos en las leyes de Dios, pero que sea él quien decida, una vez que alcance la adultez, a cuál religión pertenecer.

A Erik se le dificultó tragar. Tuvo que soltar la taza con la mayor delicadeza de la que fue capaz. Ella que tenía derecho a imponerse... que podía decir que la religión de él era equivocada porque las personas a su alrededor no predicaban con su ejemplo, una y otra vez le demostraba tolerancia a él y sus creencias.

—Se hará como tú desees. —Aunque su voz lo traicionó estaba seguro de que ella lo escuchó.

Su esposa le dedicó una sonrisa sincera y radiante. El café se enfrió cuando se sostuvieron la mirada llena de promesas y futuro.

Después de eso hablaron de cosas triviales. Era necesario y se lo debían como pareja.

Fue como una primera cita, no obstante, no existía el nervio de fingir ser perfectos, solo las miradas furtivas y las sonrisas inconscientes. La seguridad de estar junto a la persona que te acompañaría durante toda la vida. Ambos ajenos a las murmuraciones y miradas reprobatorias porque sumidos en su burbuja no existía cabida para lo que pensarán los demás.

Cerca de tres horas después, almorzaron una sopa de hongos y ensalada fresca de espinacas y melón rojo con camarones y un buen pedazo de pan recién horneado.

Cuando terminaron, caminaron despacio por la avenida principal y entraron en las tiendas que desearon para comprar ropa y accesorios para el bebé. Mirela reía cuando él le decía que algún mono no era apropiado pues el niño nacería en invierno, aun así, él siempre lo agarraba después de amonestarla pues quería que tuviera todo lo que ella deseara. Al pagar se dividían la cuenta. Erik por honrar la independencia económica de ella y Mirela como respeto de que él era el padre de su bebé.

Llegaron a palacio tarde. Se dirigieron a la pequeña cocina y Erik preparó un sándwich sencillo para ambos mientras Mirela le mostraba cómo hacer la *tufahija* entre risas y bromas por el desastre que él le llevó cuando lo preparó.

Su madre se unió a ellos. Los tres estaban solos en palacio pues todavía no se contrataba a los sirvientes y los príncipes asistían a un evento.

Él guardó silencio cuando ambas mujeres se concentraron en planificar la

gala en donde se leería el decreto del rey promulgándolo como duque de Gotland. Percibía que para Mirela era importante ese día y que conocía cómo se debía tratar a los destinatarios del mundo que serían invitados. El orgullo floreció en él. Antes de ese momento esa fecha lo desalentaba. No obstante, comenzó a ilusionarse. Deseaba verla brillar y que enamorara al mundo, así como lo hizo con él.

—¿Creen que el presidente de Finlandia acepte la invitación?

Su madre y él rieron a carcajadas cuando los tomó desprevenidos la genuina preocupación en su voz.

Erik observaba a la mujer frente a él con detenimiento. Su piel estaba cubierta con un negligé muy elegante de encaje blanco que no dejaba nada a la imaginación. Era largo, sin embargo, estaba abierto de los costados y se cerraba sobre los senos con una diminuta cinta. El conjunto contrastaba con el cabello sedoso que tanto apreciaba. El rostro de ella sin un ápice de maquillaje, pero no por ello menos hermoso y arrebatador.

El caballero sabía que ella utilizó la prenda solo por complacerlo y se sintió muy mimado. Deslizó los dedos a través del encaje y dibujó los bordes. Ese contraste ligero lo enardecía. Ella estaba cubierta por completo en el día por lo que solo él podía adorar su piel. Fijó la mirada en la mujer que se entregaba sin restricciones, con candor y pasión... La mujer que amaba.

—¿Sabes?

Él le acomodó a ella un mechón de cabello. Una capa de sudor recorría sus cuerpos. Estaban abrazados en esa posición de loto que tanto disfrutaban. Los latidos del corazón de Erik eran vigorosos. Su esposa creaba un cúmulo de emociones en él que lo incitaban. Deseaba estar junto a ella a cada segundo del día, observar su sonrisa y la forma en que abrazaba su barriga. Añoraba poder verla con su hijo en brazos.

—Mmm... —Erik sonrió porque creía que era la primera vez que Mirela no le respondía con palabras.

Se amaban sin prisas. Disfrutaban de las caricias y suspiros, así como de la respiración y concentración en el otro.

—No quiero pertenecer a un cuento. Lo nuestro es real y más hermoso. Construyamos nuestra propia historia, aunque nadie la conozca.

Ella... Su esposa... apoyó la frente en la suya y soltó un suspiro. El calor que ceñía la virilidad de Erik se multiplicó y una serie rápida y cadente de

contracciones lo envolvieron. Él inhaló profundo y soltó el aire poco a poco. Se obligó a relajar sus músculos para retener su eyaculación, si bien, cada fibra de su ser se estremeció en un orgasmo avasallador.

Erik aprendió a contenerse de eyacular después del accidente. Helena no pudo ocultar el horror ante su aspecto. No obstante, lo seducía para que aceptara el tratamiento láser contra las quemaduras. Las secciones eran muy dolorosas y no le garantizaban recuperar la tersidad de su piel por completo por lo que tuvo que aprender a dominar su cuerpo. Para Helena si no existía eyaculación no había orgasmo. Fue como único pudo ocultarle la humillación que sentía por deseársela como lo hacía pues intentar mover sus extremidades lo hacía gritar de dolor. Ante las noches de insomnio y su retraimiento Olof y Saga intervinieron y siempre inventaron excusas para que Helena no pasara y también lo hicieron con su familia cuando le reclamaron lo mucho que hería a su novia con sus comportamientos.

Mirela acunó su rostro entre las delicadas manos y poco a poco se inclinó sobre él hasta quedar recostado en la cama... Con ella era diferente pues detenía su avance ante cualquier gesto suyo. Su esposa escondía las manos en su pecho y se concentraba en sus labios hasta que su corazón volvía a latir con normalidad. Además, uno de los beneficios de contenerse era que podía permanecer excitado durante mucho tiempo. Recordó el día en que la abrazó por primera vez. Cuando ninguno de los dos creyó que podrían amarse y él estaba seguro de jamás tocarla.

Su virilidad se avivó al sentir el peso de ella sobre su cuerpo. Cerró los ojos por la manera en que Mirela veneraba su piel con los labios mientras ahogaba suspiros y gemidos de placer... A él no lo quedaba dudas de cuánto lo amaba.

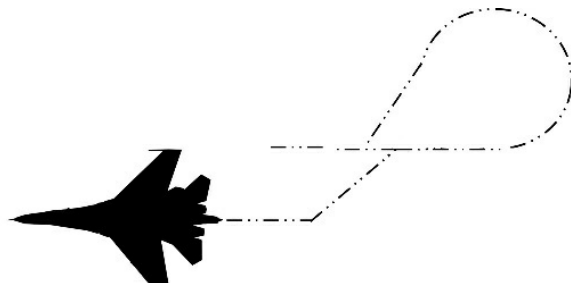
Fijó la mirada en ella... la necesitaba. Erik no sabía qué sería de él si por algún motivo la perdiera. Mirela reavivó sus días con su sonrisa y palabras. Entrar en la cama y poder abrazarla lo engrandecía. El caballero amaba la cotidianidad con su esposa. Esos pequeños detalles por los que el amor surgió.

Dio un respingo cuando ella dejó un beso húmedo sobre su hombría. No pudo evitar sonreír por el sonrojo en las mejillas de ella. Logró incorporarse y la levantó entre sus brazos con el mayor de los cuidados y volvió a hundirse en ella.

Con el cuerpo recostado en el suyo ella echó la cabeza atrás y él aprovechó para recorrer sus senos y subir por la garganta de ella hasta cubrir

sus labios. La cadencia de las caderas de ella creó un vaivén de amor que lo hizo latir en el interior húmedo y caliente.

—Te amo, Erik —susurró ella mientras se recostaba en su hombro y acariciaba con los labios su cuello. Y él ya no pudo contenerse. Sintió la sonrisa de satisfacción de ella al sentir la humedad de él.



Mirela sintió el hundimiento en la cama y escondió el rostro en la almohada. Un gemido quedó escapó de su garganta pues deseaba dormir un poco más. No obstante, era feliz. El día anterior fue como una luna de miel antes de tener que enfrentarse a los cambios que los esperaban.

Bertil le envió una carta al rey para solicitar su permiso y que Erik recibiera la investidura de duque de Gotland. El decreto sería oficial el día de la gala y ella estaría junto a él. Compartiría con destinatarios de todo el mundo en un nuevo rol y estaba nerviosa. Si bien, Erik le aseguró que se respetaría el periodo de maternidad establecido. Durante ese tiempo Signe se encargaría de su educación nobiliaria y como ser una digna representante de la familia.

Mas lo que enfrentaría en unas horas era lo que le provocaba un nudo en el estómago a la bosniaca. Erik subiría al Gripen para defender su campeonato de acrobacias aéreas.

Ambos eran conscientes de que no estaba listo, así que, lo único que le quedaba por hacer a ella era permanecer junto a él y darle su apoyo. La posición en la que él quedaría no era importante. Lo que la angustiaba era que él forzara demás la mano derecha y no pudiera volver a pilotar con la misma libertad con que lo hacía antes.

—¿Por qué tan temprano? —Los ojos de ella cerrados y el sueño evidente en su voz.

Extendió la mano y él la tomó entre las suyas para dejar un beso en su muñeca.

—Hoy es el festival, ¿lo recuerdas?

Mirela asintió. Aun acostada abrió los ojos y lo observó.

—¿Pretendes subir sin descansar? —Su tono fue bajo pues no deseaba imponérsele—. Tienes varios días de desvelo.

Él volvió a llevar la mano a la boca y con los labios acarició con delicadeza su palma hasta llegar a la punta del dedo corazón. Entonces fijó la mirada en ella.

—¿Qué mejor que salir de tu interior e ingresar al del Gripen?

Estaba embelesada con cada uno de los movimientos y palabras de Erik. Era una sensación de placidez que jamás experimentó. A pesar de lo que los rodeaba deseaba sonreír en todo momento y tenerlo siempre cerca.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi esposo?

Una risa queda brotó de la garganta de Erik.

—Lo mismo podría decir yo. ¿Dónde está la mujer que no me permitía tocarla?

—Eres mi esposo —susurró ella y no pudo ocultar el rubor que cubrió sus mejillas.

La sonrisa de él se amplió.

—Sí, lo soy. —Él dejó un beso fugaz en sus labios—. Duerme un poco más. Todavía falta para el zalá.

Mirela extendió los brazos hacia el espaldar y se estiró. Erik no perdió detalle de los movimientos. Sus ojos asemejaban las aguas profundas.

—¿A dónde vas tú?

Él deslizó los dedos por el costado de su pecho hasta llegar a sus brazos. Estaba apoyado sobre la rodilla en la cama. La piel de Mirela se estremeció al reconocer el deseo en su mirada.

—A hacer ejercicio. —El tono de voz de él fue más bajo y penetrante.

Él dejó las manos sobre las suyas y se inclinó. Con los labios recorrió su cuello hasta llegar a la boca y dejar besos cortos como si se prohibiera llegar a más.

—Voy contigo.

Una sonrisa divertida iluminó la mirada de él.

—¿Sabes jugar tenis?

—No, pero puedo observarte.

—Y no haré nada por estar distraído contigo y necesito oxigenarme, ¿de acuerdo? —Ella asintió incapaz de apartar la mirada de él—. Otro día será. Descansa, ¿sí? —Le dio otro beso y se incorporó. Estaba dispuesto a marcharse, no obstante, giró y la observó en silencio durante unos minutos—. Sabes que yo te protegeré, ¿verdad?

Los labios de Erik en una línea recta. Mirela se sentó en la cama y le

dedicó una sonrisa que provenía desde lo más profundo de su corazón.

—Lo sé.

Él asintió.

A Mirela le dolía más el que le robaran a él la seguridad de que ella estaría a salvo que el propio atentado en contra de su vida. Ella ya conocía hasta dónde era capaz de llegar la intolerancia. Ese día saldría con su frente en alto pues no le permitiría a la ira ganar. Solo faltaban unas horas para regresar a casa y tener unos días tranquilos. Pero antes se aseguraría de que a su esposo no le quedara duda de que ella estaba allí.

Se puso en pie, se acercó y llevó las manos al rostro de Erik. Lo exploró en una caricia ligera. Por un instante se regodeó en su hermosura. Entonces tomó las manos de él entre las suyas y las aprisionó.

—Después del festival tendremos un día para los dos otra vez. No tiene que ser de inmediato, ¿quieres?

—Sí —respondió él tras aclarar la garganta—. Recorreremos la isla.

—Eso me agradaría. —Una sonrisa iluminó su rostro—. Ahora ve a oxigenarte.

Mirela dejó una caricia en los labios de Erik. Él deslizó el pulgar por el contorno del rostro de ella y colocó la mano en su vientre.

—Cuida a mamá. —Ella rio por la severidad en su tono.

Siguió cada uno de los pasos de él hasta que se cerró la puerta.

La pierna derecha de Mirela subía y bajaba sin parar. Bertil junto a ella tenía una risita que en cualquier otro momento sería contagiosa. Mientras a Signe y Helena les brillaba la mirada. Mas ella seguía con minuciosidad cada acrobacia de los pilotos en la categoría *unlimited*.

La mayor competencia para Erik era un caza ruso que ejecutó la secuencia compulsoria y la desconocida —donde se les informaba a los pilotos una hora antes de la competencia qué acrobacias debían realizar en la segunda secuencia— a la perfección. Los otros cuatro participantes tenían puntuaciones muy parecidas a la de su esposo.

Mirela supo que algo no iba bien cuando Erik hizo una maniobra brusca al salir del Immelman. Él se forzó demasiado en los vuelos para contener los fuegos y su mano debía resentir los movimientos que tenía que hacer para controlar el jet. Ella le restó algunos puntos durante los *snap rolls* y en el Hammerhead, pero el Immelman era una de sus acrobacias más fluidas.

Mirela comprendió lo que tenía que hacer. Se disculpó con Bertil al informarle que debía ir al baño. Caminó con decisión y aplomo. Contaba con que la confundieran con una espectadora perdida.

Atravesó la entrada de la base que Erik le mostró y con un paso apresurado llegó a la torre. Tocó a la puerta. Le abrió el mismo controlador de tierra con quien ella trabajó, si bien, el compañero del oficial la observó con el ceño fruncido. Ella tenía poco tiempo pues Erik tendría que volver a salir para ejecutar la secuencia de cuatro minutos de estilo libre.

—Necesito hablar con él. —Mirela contenía las manos con fuerza y le dedicó al soldado una sonrisa débil.

La indecisión se adueñó del rostro de él. El aeropuerto de Visby era el administrador del festival. La única función de su compañero y él era mantener el espacio aéreo cerrado para los aviones ajenos a la actividad de ese día.

Se escuchó el gruñido de un Draken y en segundos sobrevoló la torre de control de la base en giros de 360°. Después del despliegue de los aviones históricos Erik tendría que volver al cielo. A Mirela no le quedaba mucho tiempo.

—Nosotros no somos los controladores encargados. Todas las instrucciones provienen del aeropuerto principal.

—¿Puedes ayudarme?

Él asintió y decidido se acercó al radio.

—¿Qué haces? —dijo su compañero con los ojos muy abiertos—¡Nos van a despedir por esto!

—Vete de aquí y di que no sabías nada —contestó el soldado.

El otro hombre se levantó y los dejó solos. El oficial le extendió los auriculares a Mirela quien los tomó con manos temblorosas.

—Gripen 314, aquí VBY^[23], autorizado a despegar, pista 2, viento 15 nudos. Le deseamos la mejor de las suertes, duque —escuchó Mirela la indicación del controlador aéreo encargado del festival.

El soldado le señaló a ella que comenzara a hablar cuando logró invadir la frecuencia en la que Erik estaba.

—Gripen 314, cancele. —El tono de Mirela fue profesional. Si bien, sus ojos parecían una granada recién aplastada por prohibirse llorar.

Le impediría a Erik volar tal y como Helena lo hizo. En el fondo de su corazón ella esperaba que él comprendiera que su única intención era verlo brillar en un futuro. Mirela tenía la certeza de que él sería el mejor en cuanto recuperara la movilidad total de su mano.

—Quien esté en la frecuencia identifiqúese —exigió el controlador aéreo del aeropuerto de Visby a través de la frecuencia general.

—VBY, aquí Gripen 314, repita —pidió Erik.

—Gripen 314, no estás bien. —La frecuencia se quedó en silencio—. Le exigiste demasiado a tu cuerpo hace menos de setenta y dos horas. Tu cerebro necesita recuperarse. El próximo año será.

El corazón de Mirela retumbó en su pecho. El bebé en su vientre comenzó a moverse de un lado al otro al reconocer la angustia de su madre.

—VBY, aquí Gripen 314, si no lo hago mis hombres se quedarán sin líder. Ellos confían en mí. Esta presentación es una clara demostración de que Gotland es capaz de defenderse a sí misma y a Suecia.

—Segunda advertencia. Quien esté en la frecuencia identifiqúese de inmediato. Está en clara violación de leyes nacionales. Su castigo será severo.

Mirela comprendió cuál sería la sanción. Enderezó su postura y con mayor convicción dijo —:

—Gripen 314, debes confiar en tu guarnición. Ellos saben que su líder daría la vida por ellos. Se lo demostraste cuando subiste a apagar esos fuegos...

El soldado junto a ella ratificó sus palabras al asentir.

—Conocemos su ubicación —La interrumpió el controlador aéreo del aeropuerto de Visby—. Desista de sus intenciones.

La determinación de Mirela era inamovible. Estaba muy segura de sus decisiones. En esa ocasión Erik no lograría persuadirla.

—Gripen 314, tú y yo sabemos que tu espectáculo libre es magnífico y que se hablará de él por mucho tiempo. Es solo que hoy no es el día de mostrarlo.

—Vamos en camino —dijo el controlador aéreo—. Le aconsejo que no se resista al arresto.

Mirela sabía que la encontrarían pronto. Tomó una bocanada profunda de aire y de sus labios afloraron las palabras que jamás pensó en decir.

—Gripen 314, la guerra nunca será opción para mí y jamás la aceptaré, pero yo decidí amarte y eso implica que te acepto por completo. Eres el general de Suecia y yo dejaré mi alma en las conversaciones de paz, aun así, si las amenazas se vuelven realidad y tienes que defender las libertades de nuestros ciudadanos, yo seré quien te dé el permiso de salida pues reconozco que los cielos y el mar serán los únicos medios de combate.

—Princesa... —La voz de Erik lo abandonó.

—Gripen 314, que no sea porque yo te lo pido. Esta decisión solo puede ser tuya. Si lo haces por mí vendrán días en que me odies y yo... No soportaría que me rechazaras... Tú no.

En ese instante se escuchó un estruendo y la puerta de la torre de control se salió de su marco. Cerca de veinte policías armados la rodearon en segundos.

—¿Qué hiciste, princesa? —Un estremecimiento la recorrió al escuchar la alarma en la voz de Erik.

—Señora, está arrestada por violar la ley nacional de tráfico aéreo. Desista de su postura —le advirtió uno de los policías con el arma en alto.

—Perdóname... —Una lágrima se deslizó por la mejilla de ella—. Falté a la ley.

—Mire...

Mirela se quitó los auriculares y se mantuvo serena. No le importó perder su licencia como controlador aéreo pues hizo lo correcto. El compromiso de Erik por su país no iba a estar por encima de su bienestar.

Uno de los hombres se acercó a ella y le colocó las esposas.

La confusión y el desorden se apoderaron de los asistentes que estaban cerca de la pista pues el Gripen 314 no salió a hacer su presentación de estilo libre y los jueces no sabían qué ocurría.

—¿Dónde está Erik? —Signe observó de un lado a otro mientras la preocupación se adueñaba de ella—. ¿Y Mirela?

—Fu – fue al baño. Tranquila, m – mujer. Los muchachos están bi – bien —le aseguró Bertil.

—Pero ha tardado demasiado, ¿no? —intervino Helena—. A ver si es tan solidaria con Erik como lo hace parecer.

Karl negó con la cabeza. Helena jamás comprendería que el cielo era una extensión de ellos mismos. Si Mirela captó su atención aquel día fue por su interés en los aviones. El brillo en su mirada cuando los observaba en el cielo. Y Erik lo amaba mucho más. Tan así que volvió a volar antes de recuperarse por completo. Mientras que Karl no calificó para el festival. Solo los mejores demostraban su pericia en el aire... Y Erik era uno de ellos. «¿Alguna vez él podría ser el mejor en algo? ¿Podrá brillar en los ojos de una mujer?», se preguntó el príncipe.

Un gruñido floreció en la garganta de Bertil. Ante los ojos de Signe la

princesa era una digna representante del ducado y tendía a escuchar sus opiniones con rigurosidad. Él alguna vez actuó igual, pero Helena rompió su corazón, al igual que hizo con el de Erik y el de Karl. Lamentaba el día en que ella apareció en la vida de sus hijos.

—Enviaré a alguien a buscar...

La batahola de las sirenas acercándose no le permitieron a Signe continuar. Todos dirigieron la mirada hasta las patrullas y fueron testigos de cómo la policía bajaba a Mirela Imamović esposada. Las murmuraciones a su alrededor no se hicieron esperar.

A Mirela no le pasó desapercibido el recelo de las personas. A pesar de que nadie conocía lo sucedido las especulaciones surgieron. «¿Acaso intentó un nuevo atentado en contra del caballero?», se escuchó de boca en boca.

A veces, cuando algo no se comprende, la frustración hace acto de presencia.

Bertil no consiguió retener a Signe cuando se soltó de su agarre y a grandes pasos se acercó a Mirela. La bosníaca no pudo hacer nada contra la bofetada que recibió de su suegra. No obstante, mantuvo la cabeza en alto. En su mirada se reflejaba paz.

—Sabía que intervendrías e impondrías tu forma de pensar a la suya. — La nívea piel de Signe se tornó rojiza. Ella pensaba que cualquier cosa que haya hecho esa mujer le costaría la posición de general a su hijo sin saber que ya Erik estaba activo—. ¿Así agradeces que le dé la paternidad a un hijo que no es suyo?

—¡Madre, cállate! —exigió Karl al detener su embiste.

—¡Tú eres el único culpable de todo esto! —gritó Signe al abofetear a su hijo menor también.

El jadeo colectivo fue contundente. Un halo de flas los rodeó a los tres. Los periodistas se peleaban por ser los primeros en difundir la noticia. Mientras Erik descendía del Gripen ajeno a lo que sucedía.

Una especie de horro embargó a Mirela. Ni siquiera el día en que logró escapar de la guerra se sintió tan libre como en ese momento.

En ese estado de elación no sintió la primera piedra... Ni las demás.

La policía se esparció en un intento de controlar a la iracunda muchedumbre, mas, la veintena de hombres no era suficiente para las miles de personas que los rodeaban... Se movían sin rumbo fijo.

Los cuatro soldados que protegían a Mirela también intentaron intervenir, pero se les dificultó el paso.

Horrorizado por lo que sucedía Karl corrió para proteger a Helena de cualquier golpe. En cuanto llegó junto a ella la cubrió con su cuerpo y la apartó del lugar.

El corazón de Bertil latía desenfrenado mientras él intentaba gritar que se detuvieran. Por más que quería ponerse de pie su cuerpo no le respondía. Sus mejillas se salpicaron con lágrimas de impotencia.

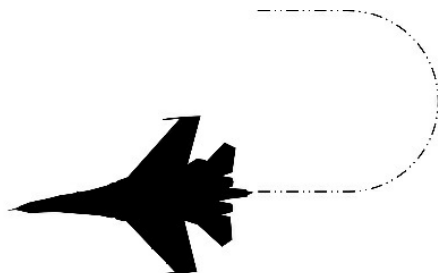
Signe era incapaz de moverse ante la atrocidad que presenciaba. Las piedras pasaban junto a ella sin tocarla. En su aturdimiento pudo comprender el poder de destrucción de las palabras.

Una fuerza contundente lanzó a Mirela al suelo como un escudo. Erik la protegió sin importarle si era él quien recibía el castigo inmerecido.

Al ver al caballero en perfecto estado y cómo protegía a su esposa el ataque cesó. Las personas que no participaron los rodearon. «¿Qué hemos hecho?», los murmullos se perdieron entre el ir y venir de las olas.

Sin importarle los golpes y con toda la ternura de la que fue capaz Erik la levantó. Mirela no tenía fuerzas para rodearlo con sus piernas y brazos — como en otras ocasiones— por lo que todo el peso de ella cayó sobre él. Un hilo de sangre manchaba el hermoso vestido premamá en color azul cielo. El pringado hiyab blanco se levantó en el aire hasta caer al suelo.

El gruñido desgarrado que escapó de la garganta de Erik se grabó en la memoria de los presentes. El esfuerzo de Mirela fue en vano pues a él no le importó perder la movilidad de su muñeca con tal de intentar salvar a su hijo y a su mujer.



El médico se presentó frente a Erik una hora después de ingresada Mirela al hospital. Los golpes causaron el desprendimiento prematuro de la placenta. El bebé dejó de recibir el oxígeno y nutrientes necesarios para vivir.

Aunque rodeado por su familia, Erik se sintió más solo que nunca. Ninguno podía comprender la ilusión que sintió en esas semanas. Las veces que rio a carcajadas cuando el bebé sorprendía a Mirela. O las ocasiones en que se quedó embelesado observándola a ella cuando le cantaba o le enseñaba las leyes de Dios y el hombre.

Él era un protector y a las dos únicas personas que en realidad debía su amparo, les falló. Su postura cayó y las rodillas le flaquearon. El pueblo que juró defender fue el mismo que atacó a su esposa. Solo porque ella tenía una visión diferente del mundo.

Levantó la mirada arrebolada y la fijó en el hombre frente a él.

—Su alteza, lo mejor será realizar un legrado. Su esposa estará anestesiada y no sentirá dolor. Ya un equipo con los mejores profesionales nos espera en sala.

Erik tuvo que forzar la garganta para decir —:

—¿Qué quiere ella?

El doctor soltó una bocanada de aire y llevó la mano a la sien para masajearla.

—Creo que en este momento la señora no tiene un buen juicio.

Erik enderezó la postura. Los músculos en su espalda se movieron como un engranaje. Sentía cada fibra de su cuerpo temblar a pesar de que estaba estático. Él no permitiría que la cuestionaran.

—¿Qué le pidió?

Al doctor se le erizaron los pelos por el tono inclemente del caballero. Parecía un hombre sin escrúpulos.

—Qu — quiere pasar por el proceso de parto.

—¿Y por qué discute sus decisiones? —Erik dio un paso al frente y el doctor retrocedió.

—Le... le repito, el procedimiento será solo unos minutos... No sufrirá.

Erik negó con vehemencia. Sin apartar ni por un segundo la mirada.

—Se hará como ella ordene. —Su tono zafio—. Ninguno de ustedes le dirá si está bien o mal. No tienen derecho.

El doctor asintió una y otra vez mientras se retiraba.

Él observó a las personas a su lado y un bufido retumbó en su pecho. Se preguntó cuándo iban a entender que no debían interferir. Se preguntó por qué no confiaban en sus decisiones. Era como si fuera responsable por el accidente y no pudieran creer que él era capaz de hacer su vida.

Signe se acercó. Erik arrancó la mano de la de su madre cuando esta intentó tocarlo.

—Perdóname, Erik. Yo no sabía que tú...

—Me preocuparía que lo hicieras pues es información clasificada. —Sus ojos estaban tan turbios que parecían negros.

—Entonces ¿estás activo? —Él comenzó a alejarse—. Yo pensé... pensé...

Erik se detuvo y giró en un movimiento obtuso.

—¿Crees que mi posición en el ejército se determina porque sepa hacer figuritas en el aire o por la mujer que escoja como esposa? —Aunque no levantó la voz en ningún momento, los demás llevaron la mano a sus bocas. El hombre frente a ellos no era el mismo diplomático que conocieron—. Esto no es un espectáculo y mi posición jamás estuvo comprometida por la presencia de Mirela.

—Erik... —Helena quiso intervenir.

La ignoró. En ese instante la intolerancia recorría cada poro de su piel y no sabía si podría contenerse. Tenía muy presente la súplica de Mirela por mantenerla lejos de ellos. Más le valía a Helena no estar involucrada en lo que sucedió, si no él mismo sería capaz de... Respiró profundo y soltó el aire poco a poco. Quien único importaba en ese instante era su esposa.

Caminó por los pasillos para llegar a la habitación. La vida lo obligó a cambiar una vez y ese era el hombre que su esposa amaba. Necesitaba estar junto a Mirela pues temía perderse a sí mismo.

Erik llevó la mano temblorosa al picaporte. Durante unos minutos se quedó frente a la puerta. El malestar en su estómago lo tenía mareado y tuvo que abrir la boca para obligar al aire llenar sus pulmones.

Tenía que mantenerse sereno para ser la fortaleza que ella requería en ese instante, pero con cada paso una lágrima salpicó sus mejillas.

Se acercó a la cama. Los cardenales eran visibles en todo el cuerpo de su esposa. El monitor fetal rodeaba su vientre mientras una línea recta se dibujaba en la pantalla que estaba silenciada. Al verlo, ella le dedicó una sonrisa débil y le extendió las manos. Él se apresuró a tomarlas mientras dejaba un beso en su frente.

—Lo comprendes, ¿verdad?

Tuvo que esforzarse antes de poder contestar —:

—Creo que sí. —Su voz salió ahogada—. Nuestra labor es traerlo al mundo.

Mirela asintió con vehemencia.

—No quiero que lo saquen como si fuera algo más. Es mi hijo y quiero pujarlo de mis entrañas. ¿Me puedes acompañar, por favor?

Erik aceptó tras contener las lágrimas. No merecía estar allí, pero ella se lo pidió.

—Para esto nos preparamos.

Wilma se limpió los ojos mientras sorbía por la nariz. Se encontraba en el hospital cuando llegó el aviso de que trasladaban a la dama en estado grave. En el televisor de la sala de espera el noticiario informaba de lo sucedido y mostraban las imágenes.

Tuvo que apartar la mirada por la crudeza de los periodistas. Mostraban con fruición el momento en que la condesa le pegaba a la joven y casi se podía percibir su alegría por la forma en que fue tratada luego de eso. Incluso especulaban que el niño no era hijo del duque Erik si no que del príncipe Karl.

Ella jamás imaginó que algo así pudiera suceder. Recordó la primera vez que vio a Mirela... La furia la consumió. Lo primero que pensó fue pedirle a sus superiores no atenderla pues su hermano murió en uno de los atentados de Estocolmo. Mirela no merecía recibir sus atenciones. Pero la dama la trató con respeto y una sonrisa en sus labios. Wilma percibió que se sentía asustada y eso le permitió desechar esa furia mal encaminada. Ella no podía juzgar a toda una religión por las acciones de los individuos que decían ser sus devotos. Con el pasar de las semanas Mirela dejó de ser su paciente y se convirtió en una amiga. Algo que tomó a la matrona desprevenida pues no

solía aceptar a las personas con tanta facilidad.

Wilma observó cómo ese hombre tan imponente se hacía minúsculo ante la presencia de su mujer. Sus ojos estaban turbios por prohibirse llorar, en su mirada azulada el anhelo de ser el pilar para ese momento tan desgarrador para la mujer que amaba. Minutos antes la matrona sostuvo a Mirela entre sus brazos pues pensó que se desmayaría por el dolor de la noticia.

Él se sentó frente a su esposa sin dejar ir ni por un segundo las manos. La resguardó entre sus brazos. Wilma reconoció ese escudo protector que él creaba con su familia. La devastación en el duque era palpable y era evidente que quien lo mantenía de pie era Mirela.

Ambos respiraron profundo y soltaron el aire con lentitud cuando llegó una contracción. «Quien iba a creer que esas clases de Lamase tempranas serían necesarias.», pensó Wilma.

El duque acomodó el cabello de su esposa detrás de las orejas y deslizó con suavidad las manos por sus brazos.

—Eres una mujer fuerte, princesa. —La matrona llevó la mano a la boca para detener el jadeo que escapó de su garganta. Esa voz rota estaba cargada de veneración y honorabilidad. La mujer pensó que no existía una palabra mejor para describir a la bosníaca.

Wilma lo vio sonreír. Sabía que solo lo hacía para infundirle valor y tranquilidad a su esposa... En esa habitación solo existía amor.

Y permaneció junto a ellos agradecida de poder presenciar la fortaleza de la pareja.

Seis horas después Erik percibía que Mirela estaba muy débil. Limpió el sudor que humedecía su cabello mientras ella se removía con incomodidad en la cama. El dolor por el que ella pasaba se reflejaba en su mirada, a pesar, de la sonrisa débil que tenía en sus labios y los intentos de contenerse para no aprisionar las manos de él.

Aunque permaneció en todo momento frente a ella tenía el corazón desbocado. Sus movimientos eran incongruentes. Por momentos pasaba las manos una y otra vez por los brazos de ella. En otros le sonreía. A veces acariciaba el vientre... A la espera de sentir ese empujón o cosquilleo al que se acostumbró... Se sabía inútil. Desde hacía tiempo que se prohibió llorar y sus ojos escocían por contenerse. Por muy egoísta que sonase deseaba que todo terminara pues el sufrimiento al que ella se sometía era inmenso. No

obstante, era consciente de que ese dolor ella lo asumía con el amor más puro que él jamás presenciara. Uno que lo alcanzaba a él y lo colmaba de paz.

Erik se impulsó sobre la rodilla y rodeó a su mujer entre sus brazos. Se aferró a ella en un intento de absorber su angustia... El único culpable era él por anteponer a su comunidad sobre el bienestar de su esposa.

Mirela se sujetó a él con las últimas fuerzas que le quedaban a la vez que las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas... Y pujó.

La habitación se quedó en silencio.

—Estoy tan orgulloso de ti —murmuró él al sonreírle. Pese a tener el corazón destrozado, solo podía transmitirle amor a ella—. Muy orgulloso.

Wilma se apresuró a limpiarla y en muy pocos minutos dejó en los brazos de Erik a su bebé, si bien, era tan pequeño que apenas ocupaba la palma de su mano... Mirela y él cumplieron con la promesa que una vez le hicieron a su hijo.

Mirela se dejó caer en la cama exhausta y muy adolorida. Su rostro manchado de lágrimas y una sonrisa, que no llegaba a su mirada, en los labios. Le extendió la mano a Erik y él se acercó.

—Realiza el *Azān*. —La respiración de ella era laboriosa. El esfuerzo de traer al niño al mundo a pesar de sus golpes fue exánime.

—No sé qué es. —Erik tuvo que forzar la garganta para contestar.

—Enséñale que hay un Dios. —La voz de Mirela apenas se escuchaba.

—Tu padre ya no tarda en llegar —susurró él.

Ella negó y colocó la mano en su pecho.

—Tú eres su padre. Acércate a su oído y dile que es hijo de Dios, el grandioso, el divino. Pertenece a Él y a Él regresamos.

Erik se quedó inmóvil. Creer en un Dios en ese momento le era imposible. Fijó la mirada en su hijo. Llevó el dedo a su rostro y lo colocó en la diminuta nariz. Era consciente de que no sentiría el aire caliente salir, pero aun así lo hizo. Como también cumpliría con todo lo que ella le pidiera.

Se acercó al oído de su hijo.

«¡Bendice al Señor, alma mía! ¡Eres muy grande, oh Señor, mi Dios, vestido de gloria y majestad^[24]...» Si bien, su fe se tambaleaba, Erik pensó en las palabras más que decirlas pues su voz se negó a salir. «Tu madre te ama. Creo que lo hizo desde el primer instante en que conoció de tu existencia. Yo no estaba. Te conocí después. Cuando ella me permitió amarte. Fui tu tío y hoy soy tu padre. Eres mío y yo tuyo. Por favor... perdóname.»

Mirela sostuvo su mano libre en todo momento... Ella era su fortaleza. Él

observó a su hijo unos segundos más pues, aunque no quería desprenderse de él, sabía que tenía que entregárselo a ella... A la mujer que le dio todos los derechos que jamás pensó tener.

—¿Le dará algún nombre? —susurró Wilma.

Erik vio cómo Mirela contaba cada uno de los dedos del bebé y acarició hasta el último centímetro de su diminuto cuerpo. Ella sonrió pues un halo de pelusa negra rodeaba su cabecita y abrió los ojos con fascinación al percatarse de las uñas largas y traslucidas.

—Sí... Erik Bertil Halim. —Ella fijó la mirada en él—. Si estás de acuerdo pues nunca lo hablamos.

Su esposa lo tomó desprevenido. Tan alto como era Erik cayó de rodillas. Lágrimas de amargura corrieron con libertad por sus mejillas. Como el día del accidente intentó llevar aire a sus pulmones con desesperación. La opresión en su pecho hacía que este subiera y bajara agitado, pero nada de lo que hacía parecía surgir efecto.

—Perdóname, por favor, perdóname. —Su voz era rasposa—. Por creer que nosotros éramos mejores... Por aseverar que aquí estarías más segura.

Mirela se deslizó hasta el suelo. Cargaba al bebé con delicadeza. No existía dudas del amor puro e infinito que sentía por su hijo. Entrelazó la mano con la de Erik y se acercó para dejar un beso en sus labios. Sus lágrimas se unieron... Sus almas se convirtieron en una.

—No me quedé por creer que aquí no me sucedería nada. Veo el odio de las personas en cada lugar que voy... —Ella acarició el rostro de su esposo con ternura—. Pero sí estaba segura de algo. Y eso es el amor que sentiste por él desde el primer momento. Fuiste su padre y quisiste darle una infancia feliz y lo fue... —Y mientras él sentía que algo se quebraba en su interior, ella fue capaz de dedicarle una sonrisa genuina. Las lágrimas de ella, por ese segundo, de felicidad—. Gracias por entregarle todo tu amor y hacerlo sentir bienvenido. Eres el mejor padre del mundo.

El punto de quiebre de Erik llegó.

La mano de Mirela cayó cuando él se levantó de golpe. No estaba listo para recibir el amor y perdón que ella le entregaba... Quizás jamás lo estaría.

Giró, y a grandes pasos salió de la habitación.

—¿A dónde vas?

Karl se interpuso en su camino cuando estaba muy cerca de la salida del

hospital. Erik lo empujó por el hombro para que se apartara, pero su hermano le hizo frente y lo sujetó.

—¡Suéltame! —Erik intentó alejarse, si bien, Karl le aprisionó la mano herida lo que lo lastimó aún más. Sin embargo, su cuerpo estaba adormecido. Lo único que le recordaba que estaba vivo era la punzada en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

—¿La abandonas?

El rostro de Erik se tornó bermellón. Sus ojos rutilaban con furia. De algún modo logró agarrar a Karl por el cuello mientras resoplaba.

—Yo no le puedo dar lo que perdió. Fui testigo de cómo reía por ese pequeño ser que crecía en su vientre. No acabas de presenciar lo que yo. No nos odia. —Hizo una pausa y gritó—: ¡No me odia!

Karl se obligó a mantener la calma pues jamás vio a su hermano tan descompuesto. Erik parecía perdido y dispuesto a cometer una locura.

—Según tú, ¿quién sí se lo puede dar? —El tono de Karl bajo.

Erik soltó a su hermano mientras sus hombros caían. Al parecer no podía controlar el temblor que lo recorría de pies a cabeza.

—Tú —susurró él—. Dale otro hijo... Entrégale lo que yo le robé por tenerla aquí. Por creer que estaría mejor protegida.

Karl negó con la cabeza.

—Ella te ama a ti. —Su certeza era contundente.

—Entonces vuelve a enamorarla —le suplicó Erik como si el corazón se le hubiera trasladado a la garganta. Un dejo de esperanza se apoderó de su mirada.

—Soy un hombre casado —intentó razonar Karl—. ¿Cómo pretendes que haga eso?

Erik frunció el ceño. No lograba comprender a su hermano. Sus pensamientos se anteponían unos sobre otros y se sentía confuso. Sin embargo, se preguntaba dónde quedó ese amor que juraba Karl por ella días antes. Por fin comprendió que él se tenía que hacer a un lado. Que amarla era someterla al odio e intolerancia de la que una vez escapó. Karl podría huir con ella... Hacerla feliz.

Erik intentó hablar en varias ocasiones hasta que se forzó a decir —:

—Pide la anulación. Eso era lo que ibas a hacer con Helena, ¿no?

Karl mantuvo la mirada fija en él y con tranquilidad aseguró —:

—No lo haré. Helena es mi esposa y Mirela la tuya.

Erik llevó las manos a la cabeza y las dejó caer en un movimiento

controlado.

—¡*Fan ta dig*, Karl!

Karl enderezó la postura. Por una vez seguro de lo que iba a decir. Dispuesto a enfrentar a su hermano y expresar lo que en realidad sentía. Él quería a la Mirela a la que le brillaba la mirada solo con verlo. La que lo seguía con una sonrisa y en silencio. Él amaba el espejismo mas no a la mujer real.

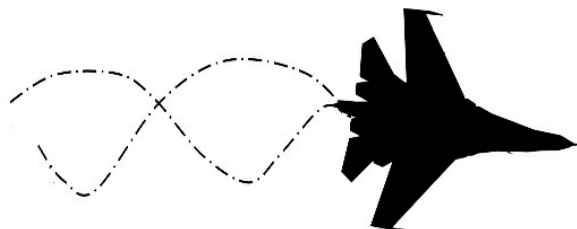
—Yo no amo a Mirela de esa forma en que tú lo haces. Contigo ella es diferente. Ella te completa, Erik. Ambos respetan como ninguna otra persona las leyes en las que creen y son felices juntos. Déjame amarla a mi manera y eso es exigiéndote que no la abandones.

—¡Eres un egoísta!

El rostro de Karl se desfiguró con una sonrisa cínica y dijo —:

—Eso siempre lo has sabido.

Karl jamás esperó el puño en la mandíbula.



Los hermanos estaban sentados en el suelo pues los mantenían encerrados en uno de los cubículos del hospital. Cada uno se encontraba en la esquina opuesta de la habitación. Sus ojos, mandíbulas y manos amoratados e inflamados por los golpes que se propinaron el uno al otro. La policía no se atrevió a encarcelar al general del ejército de Suecia y a uno de sus coroneles. La actitud del caballero los tenía anonadados pues su conducta fue intachable hasta ese día. Además, el arresto provocaría más disturbios en el país. Cerca de cinco mezquitas fueron apedreadas en las primeras horas de sucedido el incidente.

Alrededor de ciento cincuenta personas fueron llevadas a la jefatura de policía, quienes esperaban los videos de seguridad para mantener bajo custodia a los culpables. Cuarenta y tres civiles, cuatro militares, cinco policías y dos periodistas recibieron golpes de leves a moderados y eran atendidos en el hospital. Los reporteros se mantenían a las afueras a la espera del comunicado de la familia.

Existía mucha confusión y Erik le prohibió a la sala de prensa emitir declaraciones... No le debían ninguna explicación a los civiles. No obstante, su segundo al mando llevaba a cabo la investigación a cargo de la base. Erik testificó sobre lo ocurrido. Tanto Mirela como el controlador aéreo de la base y él recibirían un castigo. En el caso de ella tenía prohibido ejercer su profesión en territorio nacional por ser su segunda infracción. Mientras, el controlador aéreo y el general serían removidos de su cargo.

Los hermanos guardaron silencio durante horas.

Erik apoyó la cabeza en la pared. En ese tiempo pensó en cuán estúpido fue. Esperaba que Halim estuviera junto a Mirela.

Su pierna derecha comenzó a subir y bajar a pesar de la posición y un

latido retumbaba en su cabeza. Se preguntaba por qué estaba junto a Karl. Pensaba que el hospital era lo bastante grande como para tener que mantenerlos en el mismo lugar.

—¿Quieres dejar de hacer eso?! ¿Qué diablos te sucede?! ¡Es como estar con un niño de cinco años!

Al parecer su hermano estaba hastiado de su presencia. A Erik no podría importarle menos. Fijó la mirada en Karl y dijo —:

—Si hubiera sido tu hijo, yo lo habría protegido. ¿Tanto me odias?

Karl tuvo que apartar la mirada. Erik se percató del instante en que la habitación se le hizo demasiado pequeña, a su hermano, para contenerlos a los dos.

—Nunca te he odiado... —respondió Karl después de unos minutos en silencio—. Es solo que...

—Tú tienes mi vida. ¿No era suficiente con eso? —lo interrumpió. El caballero ni siquiera entendía qué lo llevó a hablarle en primera instancia. Se sentiría satisfecho si ninguno de los dos volvía a encontrarse.

Karl negó con vehemencia.

—Nunca la quise... —Se quedó en silencio. Erik tampoco diría más. Hablar era un ejercicio inútil. Las palabras siempre le pertenecieron a Mirela. Ella era quien las dominaba. La que lo engrandecía y lo volvía nada con ellas. Pero entonces Karl añadió—: Creo que me enamoré de Helena.

Un bufido mezclado con una risa cínica escapó de la garganta de Erik y dijo —:

—¿Apenas te percataste? ¿Después de tantos años?

Karl entrecerró los ojos y su cuerpo se echó atrás.

—¿Qué?

Erik no le permitiría hacerse el tonto respecto a eso.

—Has estado enamorado de ella desde el día en que la conociste. ¿Por qué crees que prolongué el compromiso por tanto tiempo?

Karl tenía la mirada perdida. Negaba con la cabeza una y otra vez.

—¿Por qué? —musitó.

Erik soltó una bocanada de aire. Cerró los ojos. Al abrirlos dirigió la mirada hasta su hermano. Se preguntó si de verdad se sentía tan perdido con sus sentimientos... Cuando él los tenía tan claros. Mirela era su compañera de vida... Sin ella ni siquiera las acrobacias tendrían sentido.

—No podía casarme con la mujer que mi hermano amaba, aunque eso significara mi propia infelicidad.

Una risa triste retumbó en los rincones de la habitación. En ese momento, Karl se percató de que él no le regaló lo mismo a su hermano. Fue egoísta. Debió alejarse cuando comprendió que Erik la amaba y que Mirela también comenzaba a sentir algo por él, no obstante, se aferró a ella. Él era el culpable de orillar a Erik al estado en que estaba. No podía creer que todo fuera por amar a Helena y que él mismo no comprendiera lo que le sucedía.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Su hermano volvió a apoyar la cabeza en la pared. Era evidente que no deseaba estar allí. Cuando Erik siempre fue su modelo a seguir.

—Desde que llevaste esa estúpida muñeca inflable a la gala.

—¿También sabes que me es infiel? —Una sonrisa amarga se dibujó en los labios de Karl.

Erik guardó silencio, pero Karl lo conocía y su pregunta no lo sorprendió. Después de unos minutos, su hermano dijo —:

—Yo también la perdoné una vez. Cuando salió con aquel príncipe griego.

—Erik... —No pudo decir más. Una lágrima salpicó su pantalón.

—¿Por qué te casaste con Mirela? —El tono de Erik fue distante y seco. Como si fueran desconocidos.

—Como iluso pensé que todo eso que viví con ella en esos dos días sobreviviría nuestra separación por un año y mi propia falta de amor.

La mirada de Erik estaba fija en algún punto de la habitación. Sus labios se desfiguraron en una mueca y su espalda hizo ese gesto mecánico como cuando estaba a punto de investir sobre el caballo.

—¿No crees que pudiste esforzarte un poco más? —Karl tragó ante el tono adusto.

Karl se quedó en silencio unos minutos. Aún incapaz de aceptar sus verdaderos sentimientos.

—Ella lo hace todo tan fácil, ¿sabes? —Hizo una pausa. Estaba seguro de que Erik lo sabía. Él resplandecía cuando Mirela estaba cerca y entre ellos la complicidad fue evidente desde el inicio. Jamás los vio discutir, aun cuando el mundo luchó contra ellos—. Pensé... Creí que... Me mantendría lejos de Gotland, formaría mi propia vida. Pero una de las mezquitas en Estocolmo sufrió un ataque y después estalló una bomba que fue adjudicada al estado islámico. Como duque de Gotland tenía que regresar... —Karl llevó los dedos al puente de la nariz y lo aprisionó—. Te maldije por acobijarla, por ser el hombre que ella merecía... Porque tenías el amor de Helena y me robabas la

admiración de Mirela. —Su voz se quebró cuando dijo—: Asesiné a mi hijo... A nuestro hijo. —Sin llegar a moverse de la esquina en la que estaba se arrodilló y suplicó—: Perdóname, Erik, porque era más tuyo que mío y ni siquiera actué como tío.

Lágrimas de amargura bajaron por su rostro. Erik inclinó la cabeza y no respondió. Al parecer no podía comprender cuán importante era la petición de Karl pues él nunca se absolvería a sí mismo.

Karl permaneció en la misma posición a la espera de una absolución que nunca llegaría. El silencio se convirtió en el único dueño del lugar.

Cerca de una hora después la puerta se abrió y su madre empujó la silla de su padre hasta entrar a la habitación. Bertil tenía el rostro pálido. Era evidente que Erik heredó la rigidez en su postura. Su padre era un hombre benevolente. No obstante, severo cuando debía mantener el orden y Erik fue igual hasta el día del accidente. Nunca trató mal a alguien, pero existía cierta aspereza en su persona que antes de ese día no estaba.

—¿Ya se van a comportar como adultos? —Los hermanos se levantaron al mismo tiempo y se mantuvieron en silencio. Sabían que cuando su padre llegaba a la intransigencia era mejor escuchar y obedecer. Dirigiéndose a Erik, Bertil continuó—: ¿Y tú? ¿Vas a actuar como el hombre que le prometiste a esa muchacha o también la vas a abandonar?

Erik negó con la cabeza.

—Ve con ella y no te separes de su lado —le ordenó Signe a su hermano. A veces Karl le llegaba a temer más a ella que a su propio padre—. Wilma te hizo el favor de aplicarle un sedante. Mirela ha dormido todas estas horas y no sabe que no estuviste junto a ella.

Helena entró a la habitación y Karl dejó de escuchar a sus padres.

Para él era tan hermosa. Esa fachada angelical siempre lo volvía loco pues él sabía lo malévolas que podía llegar a ser y le encantaba provocarla. Cada rincón de palacio tenía su esencia pues él le hacía el amor como si no existiera un mañana después de los compromisos que tenían como parte de la familia real.

Caminó hasta sentir su aroma dulce penetrar hasta el último resquicio de su piel. Necesitaba tenerla cerca. Solo tocándola estaría seguro de que ella estaba bien.

—Mi príncipe, ¿por qué no vas a que te revisen esa mano? —Karl se detuvo en seco y guardó silencio. Sabía que ella no se refería a él. Sin embargo, Erik ni siquiera la escuchó. Al parecer lo único que le importaba era

llegar a la habitación de Mirela. Karl metió las manos a los bolsillos mientras sus padres se retiraban. Entonces Helena dijo—: Hicimos lo mismo y a ella puede perdonarla.

Karl la observó «¿De verdad estuvo tan ciego por años?», se preguntó. Si cuando Helena estaba cerca él actuaba como la polilla hacia la luz. No le importaba hacer el ridículo o ser el hazme reír de sus propios hombres.

Helena no percibió su presencia o, si lo hizo, no le importó. Mantenía los ojos —de cielo despejado— fijos en el pasillo por el que Erik se fue. Y en ese instante Karl comprendió que ella nunca lo amaría.

—Mi abogado se comunicará contigo para los papeles del divorcio. —Su tono se mantuvo en calma. Con ella nunca existió esa desazón que se adueñaba de él cada vez que veía a Mirela.

Helena giró. Por primera vez él obtuvo su atención. Ella entreabrió sus labios mientras los cubría con los dedos. Sus ojos muy abiertos. Karl deseó tanto abrazarla, asegurarle que entre los dos todo estaría bien. No obstante, se contuvo.

—¿Qué? —Ella aclaró su garganta. Un gesto que Karl jamás presenció—. Pensé que estábamos bien. Sabes que eres mi mejor amigo y creí que nos llevábamos bien en la cama.

Una sonrisa, que no llegó a su mirada, se dibujó en el rostro de él. Ella no tenía idea de cómo se sentía. Saber que otros hombres ensuciaban su cama lo enfurecía, si bien, nunca fue capaz de hacerle algún reclamo a Helena. Karl pensaba que ya bastante suerte tuvo cuando ella lo eligió como su esposo, a pesar de sus verdaderos motivos.

—A nuestro hijo no le faltará nada. Tienes que saber que cuando un Bernadotte hace una promesa la cumple.

Ella intentó acercarse, pero él tomó distancia. Con un solo toque de ella podría permanecer a su lado y al menos uno de ellos merecía encontrar la felicidad. Esperaba que ella de una vez se olvidara de Erik y encontrara el amor.

—¿Por qué? —susurró Helena.

—Es lo mejor, cielo.

El entendimiento cubrió los ojos de Helena. Abrió y cerró la boca en varias ocasiones. Karl incluso creyó que ella se sentía traicionada. Ella negó con la cabeza en repetidas ocasiones.

A él se le humedecieron los ojos por su reacción, como si fuera la peor noticia que recibiera en años.

—Tú amas el cielo —murmuró ella para sí misma.

Una sonrisa amarga desfiguró el rostro de él. A pesar de su dolor, cuando la tenía presente era incapaz de sentirse infeliz.

—Y tú lo detestas.

Ella extendió la mano y él se alejó un poco más.

—Prometo amarte.

En ese momento fue él quien negó.

—Si hasta ahora no lo has hecho, nunca lo harás.

—Karl... —Por primera vez Helena olvidó el protocolo para el que fue criada y sus mejillas se cubrieron de lágrimas. Siempre creyó que Karl permanecería junto a ella, a pesar de los defectos de ambos.

Cojeando y con el uniforme rotó en varios lugares, él salió de la habitación. Sin darle tiempo a decir nada más. Ya no era el duque de Gotland y sabía que el título de príncipe de Preslav nunca le perteneció. Acababa de perder a su primogénito por sus propias acciones. Esperaba que Mirela lo odiara por siempre y entendía el alejamiento de su hermano... No tenía a dónde ir y a nadie le importó que Erik por poco lo matara a golpes.

Erik se detuvo frente a la puerta de la habitación de su esposa pues Halim lo esperaba. Su suegro no demostró ninguna reacción por presentarse con las manos y la mandíbula inflamada. Lo agradeció pues en el estado en que se encontraba sabía que no entendería de razones... Necesitaba a Mirela y esa burbuja de bienestar que siempre existía junto a ella, pero se creía egoísta.

Su hijo ya no estaba y palacio se preparaba para un funeral de estado. *Herr*^[25] Erik Bertil Halim de la casa de Bernadotte sería enterrado, al siguiente día, con una réplica del vestido de bautizo que utilizaba la familia Bernadotte desde 1906. Erik no necesitaba el permiso del rey para ungirlo como caballero pues era hijo de un miembro de la familia real.

Erik le extendió la mano y Halim se la estrechó. Entonces su suegro lo abrazó. Erik sintió sus rodillas flaquear. Tenía los sentimientos atorados en la garganta.

—¿Por qué?

El padre de su esposa lo observó. Su mirada de paz era la misma de Mirela mientras que todo en él era un tumulto. En ese momento no podía comprenderlos.

Contrario a los hombros tensos y movimientos rígidos de Erik, Halim, el

padre de Mirela, mantenía la fluidez en su cuerpo.

—Antes tengo que saber, ¿tú la culpas? —Su voz mantuvo un tinte de cariño. El hombre frente a él acobijó a su hija en su momento de mayor necesidad. Cuando él, a pesar de su posición, no pudo ofrecerle su protección. Le dolía verlo tan perdido, incapaz de perdonar. Esperaba poder llevar un rayo de luz en el camino tan oscuro que transitaba pues de él dependían las vidas de las personas que tanto daño le hicieron.

—Jamás. —La convicción de Erik lo engrandeció. Su hija no estaría en mejor lugar pese a lo sucedido y su yerno tenía que entenderlo.

—¿Te culpas a ti mismo?

El rostro de Erik se tornó como la granada recién exprimida. Su entrecejo se arrugó y Halim podía experimentar el dolor en su mirada.

—La retuve aquí.

No existía una persona que pudiera comprenderlo mejor que él mismo. Los horrores que su esposa e hija vivieron en la guerra albergó odio e ira en su corazón. Mirela no lo sabía, pero una semana antes de estallar la guerra él y Emela, su esposa, recibieron la noticia de que serían padres otra vez... Por muchos años Halim se sintió culpable. Sin embargo, no deseaba lo mismo para su yerno. A pesar de esa aspereza en su porte, Erik demostró que era un hombre benevolente y magnánimo.

Fijó la mirada en él. El hombre frente a él era una muralla impenetrable. Halim no quería recordarle al caballero que su religión lo obligaba a ser un hombre compasivo pues reconocía que él en ese momento se cuestionaba la existencia de su Dios.

—He compartido con ustedes a la distancia. Fuiste un buen esposo y padre. Su camino al paraíso está completo.

Una lágrima saltó hasta el pecho de Erik.

—No así. —A Halim se le dificultó entender sus palabras.

Se acercó a él y colocó la mano en su hombro.

—Los designios de Dios no se cuestionan. De Él somos y a Él regresamos. Alá tendrá más bendiciones para ustedes.

Erik negó mientras su garganta se movía con brusquedad.

—No le puedo dar lo que perdió. Después del accidente soy estéril.

Halim guardó silencio pues no sabía si Mirela estaba consciente de ello. Y si lo sabía no podría ofrecerle a su esposo la certeza que él necesitaría, pues primero, tenía que cumplir con la Ley. Esperaba que su yerno fuera un hombre que pudiera cultivar la paciencia.

—¿Mi hija lo sabe?

Él negó con vehemencia.

—No... —Tomó aire como si no existiera suficiente a su alrededor —. Creí que tendríamos tiempo. Es difícil creer que solo nos conocemos unos pocos meses. Primero quería tener a nuestro hijo en brazos.

Halim recordó la conversación con su hija. «Él lo ama, papá.» En aquellos días de dolor y confusión para su hija, ella tuvo la certeza de que, si en su vientre crecía un niño, se llamaría Erik por el hombre que le hizo compañía y fue su sosiego. Aun cuando no estaba segura de que se casaría con él.

—Erik. —Halim le recordó el nombre de su hijo.

—¿Sí?

—Tu hijo tiene un nombre... Erik. —Un cúmulo de lágrimas salpicó el suelo—. Oraré por ti. Espero que en estos dos meses hayas conocido a mi hija. Duras pruebas te esperan y solo un hombre fortalecido podrá superarlas.

Lo dejó entrar a la habitación de su hija pues sabía que eso era lo que más deseaba su yerno en ese momento.

Erik se acercó a la cama y aprisionó a Mirela en un abrazo. Ella se aferró a él. La angustia por el estado en que él se encontraba era palpable en ella. Halim comprendió que el camino que les esperaba a ambos sería igual de doloroso para los dos. Sin embargo, esa era la Ley a seguir. Ambos lloraron en silencio por su hijo. Erik asía a Mirela como si deseara fundirse con ella y absorber su dolor. Dejaba besos furtivos, pero cargados de amor en sus labios. Le susurraba palabras de aliento al oído... Solo existían ellos.

A Halim se le humedecieron los ojos pues no había visto llorar a su hija desde que era una niña muy pequeña. Ni siquiera cuando su madre murió lo hizo.

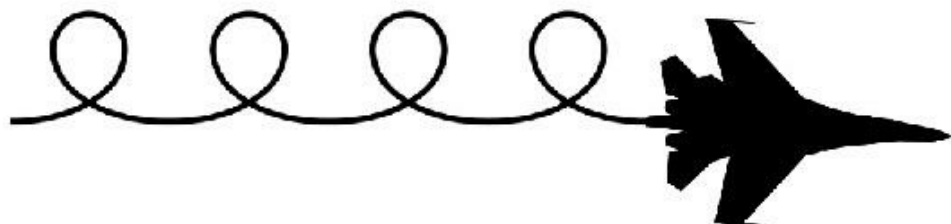
Le sorprendió ser testigo de su amor. No había duda de que esas dos almas se pertenecían. No importaba que fueran de culturas distantes o de religiones que parecían muy diferentes, pero tan cercanas por compartir el precepto básico de tratar a los demás como quieres ser tratado. Como imam le fue difícil aceptar que su hija se casara fuera de su religión, no obstante, como padre era feliz por ella.

—Partiré en dos semanas y Mirela regresará conmigo a Brčko —anunció él cerca de una hora después. Asegurándose de no decir «a casa» pues entendió que el hogar de su hija era al lado de su esposo y la responsabilidad que él tenía con su gente.

Erik se separó de ella. Siempre cuidando de tratarla con delicadeza. Ambos se observaron en silencio. Él a la espera de unas palabras que no llegarían hasta mucho tiempo después. El tiritar en los ojos de Mirela fue evidente. Halim percibía la desesperación de su hija por ofrecerle consuelo a su esposo. Intentar explicar lo que sucedía, quizás, incluso decirle cuánto lo amaba.

Su yerno entrecerró los ojos y quiso hablar en varias ocasiones, pero su voz lo traicionó. Después de varios intentos dijo —:

—Se hará todo lo que Mirela desee. —En sus labios una sonrisa cargada de angustia y confusión.



El sepelio fue un evento privado donde la prensa tenía prohibida la entrada. Destinatarios políticos y representantes de las casas reales del mundo se reunieron para asistir a las exequias. A excepción de Karl, toda la familia real sueca permaneció al lado de Erik de Bernadotte, futuro duque de Gotland.

Después de que todo terminó, Halim acompañó a su yerno las horas que permaneció de pie frente al mausoleo de su familia. Mirela permanecía hospitalizada, Signe y Wilma le hicieron compañía pues nadie se atrevía a dejarla sola por temor a un nuevo atentado.

—Siento que lo abandono —le dijo Erik a Halim cuando este le recomendó regresar a casa. Su mirada como la grana por prohibirse llorar.

Después de su salida del hospital, Mirela pasó los días en el jardín de rosas de la mansión Stora... En silencio. Su suegro le hacía compañía mientras sostenía sus manos con firmeza.

Erik los observaba a través de la ventana de su oficina, prohibiéndose a sí mismo acercarse. Halim estaba muy preocupado por él. Erik tenía la culpa dibujada en su rostro... El imam temió que el matrimonio se resquebrajara. Así que cuando Erik se sentó junto a Mirela, cuatro días después, con los hombros rígidos y un movimiento constante en la pierna derecha, pensó que tendría que cuestionar la Ley que su hija debía seguir. Pero entonces ella colocó la punta de los dedos en la rodilla de su esposo con tanta ternura que parecía irreal. Y la reacción de él... Como si el mundo desapareciera y encontrara paz.

Una vez más Halim fue testigo del amor entre los dos pues Erik cubrió la mano de Mirela y la resguardó como si fuera lo máspreciado. Entonces se preguntó si separarlos era lo más adecuado.

La noticia de lo sucedido recorrió el mundo y los reporteros ansiaban la exclusiva. Sin embargo, Erik le concedió la entrevista a un periodista de nombre Oscar Nilsson.

El pueblo de Gotland escuchó como Mirela Imamović le salvó la vida a Erik de Bernadotte. Lo rescató de caer en el Mediterráneo, además de que su advertencia lo mantuvo en alerta y pudo sobrevivir al accidente. También se hicieron públicas las conversaciones entre la controladora aérea y el piloto en la base de Gotland. Los espectadores fueron testigos del respeto y orgullo que Erik sentía por ella. Si bien, él nunca explicó cómo se reencontraron.

Con su arrogancia y empecinamiento —sobre quién era Mirela Imamović, cuál fue la fecha real en que llegó a Gotland, cómo conoció al futuro duque y sobre todo el hostigamiento al que sometió a Erik a confesar que el bebé no era suyo— el periodista perdió adeptos. La entrevista fue el único horario en el que pudo brillar, después fue relegado a la sección de clasificados.

El amor por el futuro duque fue unánime. Cada ciudadano de la isla lo acompañó en su dolor cuando con certeza, una y otra vez, le respondía al periodista.

—Es mi hijo.

Una persona dejó un peluche a las afueras de palacio con una nota dirigida a Mirela donde le pedían perdón.

Halim observó a Mirela sentada en la primera fila. Pese a lo sucedido portaba con fidelidad su hiyab. La prensa la rodeaba deseosos de conseguir alguna reacción, pero ella se mantuvo serena y en oración. A él se le humedecieron los ojos. Siempre podía contar con el apoyo de su hija.

Halim se levantó y caminó hasta el micrófono.

—El odio no vive en mi corazón. El que carga con odio no piensa en su bienestar, ni el de su vecino, ni el de las futuras generaciones. En este mundo globalizado mi patio puede ser el jardín de un judío, hindú, cristiano o budista. Y tenemos que coexistir. Del mismo modo en que nos reunimos hoy porque creemos en una entidad superior, pero sobre todo confiamos en la justicia y la paz. Quiero pedirle perdón a mi hermano católico, mi hermano ortodoxo y mi hermano luterano por los errores que he cometido. Yo los acepto y deseo que exista paz entre nosotros.

Halim se dirigía a las más de ocho mil personas que se dieron cita en el parque de Almedalen. Los líderes de las distintas religiones en el mundo

acordaron reunirse en Gotland para una jornada de oración por la paz. Era la primera vez que él coordinaba un evento de esa envergadura. La familia real le ofreció su apoyo. Signe fue una pieza fundamental en la planeación.

Él sonrió cuando el general de Suecia —con su imperioso uniforme y el pecho cubierto en medallas— se sentó al lado de su hija. Reconoció la cinta de la Orden de la Libertad. Una banda en color verde y blanco que entregaba el presidente de Bosnia y Herzegovina a quien se esforzaba por conservar la libertad y el respeto de los derechos humanos de los ciudadanos del país. En el lado izquierdo de su pecho la medalla de esta. La admiración por su yerno se multiplicó.

Erik fue muy cuidadoso de no tocar a Mirela pues estaban en público. El corazón de Halim dio un salto de júbilo al percatarse de cómo su hija llevó la mano al pecho —un gesto que hacía desde pequeña en un intento de controlar sus emociones—. Él pensó que Erik no asistiría dado su profesión, no obstante, allí estaba demostrándole a Mirela que siempre permanecería junto a ella.

Esa misma tarde, un mes después de lo sucedido, los tres subieron a un avión privado rumbo a Brčko. Erik era el capitán de vuelo y solo cinco asistentes los acompañarían.

Frente al palacio de Visby un segundo peluche, tres notas dirigidas a Mirela pidiéndole perdón y un ramo de rosas eran la evidencia de cómo poco a poco los residentes en la isla sintieron su corazón tocado por la bosníaca.

La grandeza de Mirela radicaba en que, a pesar de profesar una religión distinta a la de ellos, fue una mujer respetuosa con sus leyes y en ningún momento intentó imponer sus creencias en nadie.

El avión despegó con una fluidez elegante. Era evidente quien era el piloto. Por primera vez en esos treinta días Halim observó como una sonrisa tímida apareció en los labios de su hija, la cual, logró erradicar por unos segundos la tristeza en su mirada.

La pesadumbre de ella por abandonar el lugar que consideraba su hogar inundó la cabina. Su hija estaba sumida en ese ensimismamiento al que solía someterse cuando desconocía el rumbo que tomaría su vida. Sin embargo, el destino todavía no decía la última palabra.

A mitad de vuelo Erik salió de la cabina y se acercó al asiento de Mirela. Halim percibía el deseo de ella por permanecer al lado de su esposo... El

debate en su corazón la desgastaría por las próximas semanas y él esperaba que saliera victoriosa.

—¿Podrías ser mi copiloto? —Percibió la duda en la voz de Erik. Sabía que él no comprendía su proceder, quizás hasta asumía que ella fue la que decidió ese viaje, pero Halim solo pensaba en ellos y su felicidad incluso después de la muerte.

Con la mirada Mirela le suplicó poder acompañar a su esposo y Halim no tuvo corazón para impedirselo. Erik tomó su mano con suma delicadeza y en ese simple gesto convergieron tantos sentimientos encontrados que el imam se preguntó una vez más si hacía lo correcto.

Erik esperó a que Mirela tomara asiento. Los movimientos de ambos fueron fluidos y en todo momento trabajaron en equipo.

Su corazón de padre se llenó de orgullo pues era la primera vez que veía a su hija al mando de un avión.

Después de dos horas y media transitaron por la diminuta pista del helipuerto de Brčko hasta detenerse. En cuanto apagaron los motores Halim soltó una bocanada de aire y esperó. Durante el viaje se mantuvo en oración, solicitándole a Alá su guía y consejos.

Observó a Erik girar en el asiento. En el diminuto espacio que era la cabina, el futuro duque encontró cómo colocarse de rodillas. Retiró los auriculares de Mirela y los dejó en un movimiento pausado encima del tablero... Halim intuyó que intentaba ganar tiempo. Erik tomó a Mirela entre sus brazos mientras le decía algo al oído que torno los ojos de ella rojizos. El imam se removi6 con incomodidad en el asiento. No era ajeno al comando en su yerno. Erik podría prevalecer sobre cualquier dictamen suyo.

Los minutos se le hicieron eternos. Deseaba estar en casa. Contaba con que Mirela no saldría en las próximas semanas y así poder protegerla hasta que pudiera regresar a Gotland. Estaba convencido de que ese era el lugar más seguro para ella. Levantó la mano y miró el reloj. La comunidad no tendría dudas sobre quién se encontraba en el interior del avión privado que con claridad pertenecía a la familia real sueca —por el emblema de las tres coronas—.

La pareja salió de la cabina con las manos entrelazadas. Erik le dedicó una mirada furtiva a Mirela antes de darle la espalda por completo y bloquear la visión que Halim tenía de ella. Entonces dijo —:

—Señor Halim Imamović, como padre e imam de Mirela le pido que me permita convertirme en su esposo bajo su ley.

El corazón del imam dio un vuelco antes de que sus latidos se precipitaran. Su yerno debía de ser consciente de que lo que le pedía era ilegal. Él no podía officiar un matrimonio en el suelo que pisaban.

Un leve encogimiento de dolor se adueñó de Erik, pero Halim no podía ver a su hija. Cerró los ojos. Los minutos reinaron sobre el filoso silencio. Sin embargo, de sus labios floreció todo aquello que distaba de lo que le exigía su cabeza.

—¿Durante cuánto tiempo será este contrato?

—Todo el que ella me permita.

Erik mantenía la mirada fija en él. Sus hombros delataban la altanería y desafío tan poco característicos en su persona. Durante unos segundos, Halim pensó que le prohibía el acceso a su hija como si declarara ser su dueño, si bien, pronto se percató de su error. La postura de su yerno era extraña y él comprendió que la protegía. Si la puerta del avión se abría Mirela estaría a salvo en segundos.

—¿En dónde vivirá?

—Conmigo. En la mansión Stora que es nuestro hogar.

Emires y jeques respondieron a esas mismas preguntas. Incluso soldados de todos los frentes y la respuesta de Halim fue negativa pues su hija nunca mostró interés por alguno de ellos. Investigar a Erik, duque de Gotland, fue un desafío y, aunque, no contaba con una fotografía de él, el imam sabía que era el hombre adecuado para ella... A quien único podía confiarle su tesoro máspreciado. Le agradeció a Alá porque el destino los encontrara y corrigiera sus caminos.

—¿Pasarás todas las noches junto a ella?

—Sí, si ese es su deseo.

Cuan diferente era un hermano de otro. Erik la anteponía a cualquiera de sus deseos. Era cuidadoso. Al parecer sabía que ese contrato debía ser solo entre caballeros. Mirela después conocería los pormenores. No obstante, ella escuchaba cada una de sus palabras e intenciones.

—¿Quieres que sus economías se unan? O ¿durante este contrato ella tendrá que mantenerse? ¿Respetarás que su fortuna es suya?

—Todo lo que poseo será suyo pues yo le pertenezco.

Un femenino jadeo se perdió en los rincones del avión. Erik aferró la mano que mantenía entrelazada con la de Mirela como para no permitirle escapar.

—¿Eres un hombre de fe?

Halim se percató de ese momento de imperceptible flaqueza en Erik y como su hija con un mínimo movimiento le infundió valor.

—Lo soy.

Así eran ellos. Combatían en un frente común tanto lo bueno como lo malo. Halim comprendió su error. Desde que se presentó en Gotland no se sintió en armonía con sus decisiones pues no eran las correctas. Ellos necesitaban permanecer juntos en esos días de tanto dolor. Tenía que confiar en su hija y el hombre que escogió para amar.

—Bajo la ley de Alá el fin del matrimonio es permitir que el hombre y la mujer experimenten el amor, el gozo sexual, la felicidad y tener descendencia. ¿Son estas tus intenciones?

—No. Si me acepta Mirela no podrá concebir y faltará a su Ley. —No hubo vacilación. Ese hombre era así de honesto y directo. Si temía la reacción de Mirela no lo demostró. La estima que Halim le tenía se acrecentó.

No era el momento de hablar de ello, pero, al parecer, su yerno no pensaba lo mismo. Halim soltó el aire en un movimiento pausado. Se preguntó cómo se sentiría Mirela ante esa confesión.

No quería ser duro con él, no obstante, le debía la misma integridad. Se sentó derecho en el asiento en un intento de parecer un poco más alto. Esa mirada azul era una tormenta desafiante.

—Entonces no puedo entregarte a mi hija en matrimonio.

—Lo sé. —La voz de Erik le falló.

Halim supo que ese era el último intento por retenerla. El silencio se apoderó del lugar, aún no podía ver las reacciones de su hija por lo que se sentía inseguro.

El cuerpo de Erik se movió como un engranaje. La aspereza en su porte se volvió zafia, al parecer, con el propósito de proteger su maltrecho corazón.

Mirela se mantuvo callada, sin acercarse a su esposo. Eso era lo que se esperaba de ella. Su hija mostraba fidelidad... La vacilación se adueñó del imam. Sin embargo, por un instante bajó la cabeza y lo vio... Erik había aflojado el agarre en la mano de ella, sabía que de una forma inconsciente porque la mirada del hombre se encontraba perdida. Pero ella seguía aferrada a él.

La manzana de Adán de su yerno hizo un movimiento brusco cuando sintió, aun entre sus manos, la calidez de ella. Giró. Halim observó los ojos — como la manzana más roja— de su hija, si bien, no había sorpresa.

Un nudo se formó en el estómago del imam... Sabía lo que tenía que

hacer.

Erik deslizó la yema de los dedos en el rostro de ella. En su mirada se conjugaron muchas emociones, si bien, en sus labios apareció una sonrisa sincera... La primera en más de un mes.

El esfuerzo por no ceder al impulso de besarla le robó cada gramo de energía en su cuerpo. Y fue fuerte a pesar de que le dejaba su corazón a la única mujer que podría amar en su vida. No entendía cómo, pero tendría que vivir solo con el recuerdo de su princesa.

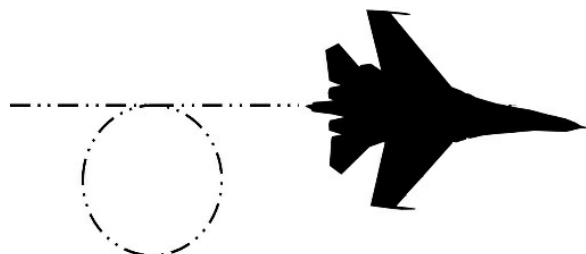
—Gracias por el regalo que me diste hoy.

Halim contuvo el aliento ante la voz rota de su yerno, si bien, con un dejo de veneración hacia su hija. Él jamás imaginó que pronunciaría esas palabras y menos en una segunda ocasión... No obstante, el contexto no podría ser más diferente.

—Sin embargo, Alá es misericordioso y Él conoce lo que hay en sus corazones. —Erik giró en un movimiento obtuso con los ojos desmesurados mientras negaba con la cabeza. Una sonrisa de comprensión apareció en los labios del imam cuando su yerno pretendió proteger a su propia hija de él. No obstante, nada lo detendría. Uniría a Mirela con quien debió hacerlo la primera vez. Entendió al hombre fiel al que sus palabras estaban dirigidas. Él rompía con las leyes terrenales, si bien, cumplía con las divinas. Erik sabía que, en la religión de ellos, en realidad, él no era el esposo de Mirela y resarcía ese error, a pesar de su temor. Cuando su hija saliera de ese avión nadie podría hacer ningún reclamo. Mirela no tendría que esconderse pues su esposo cumplía con su palabra de protegerla hasta las últimas consecuencias —. Solo te puedo ofrecer a mi hija en un contrato temporal y le añadiré la siguiente clausula: será ella quien decida si permanece a tu lado bajo las condiciones que expusiste o si su deseo de ser madre le exige salir del mismo.

La culpabilidad se adueñó del rostro de su yerno y Halim sonrió con benevolencia. Solo él y Mirela sabían lo que ocurría pues, por lo visto, Erik lo había olvidado.

—Así será —dijo él tras forzar la garganta. Giró hacia su esposa, el temblor evidente en todo su cuerpo y añadió—: Ahora yo soy tu esposo viajero. No me pidas que te acompañe a casa porque no sé si tendré la fuerza de voluntad de irme si es lo que tú deseas. Regresaré a nuestro hogar y siempre te esperaré. Vuelve a mí si es que algún día puedes perdonarme.



20 semanas después

En un segundo fugaz la imagen de Mirela en el suelo con el hilo de sangre entre sus piernas se adueñó de los pensamientos de Erik. El molesto pitido del Gripen estrellado recorría cada rincón del simulador. Cerró los ojos e intentó rotar la muñeca derecha. Una mueca se adueñó de su rostro mientras dejaba escapar una bocanada de aire.

—Apaguen la alarma, por favor. —Al instante el cubículo quedó en silencio—. ¿Están todos bien?

—A Jimmy le acaba de caer un avión encima, pero él dice que aguanta eso y más. —Las carcajadas no se hicieron esperar—. ¿Quiere intentarlo una vez más, general?

—Por hoy, no. —En sus labios un dejo de sonrisa.

Se desabrochó el cinturón, soltó la libreta —con los apuntes de Mirela— de su pierna derecha y se impulsó para poder salir. Hacer un looping con precisión le tomaría tiempo.

Afuera, el segundo al mando lo esperaba.

—El doctor aún no te ha dado el alta. No puedes hacer eso... —El oficial corrigió su postura y añadió—: señor.

Los dos hombres caminaron a través de los pasillos de la base.

—Sabes que en mayo tenemos los ejercicios de entrenamiento con más de diecisiete países. El vecino del norte invade a su gusto nuestro espacio aéreo.

—Todavía faltan meses. Y para eso nos ha entrenado. Tal vez debería dejar descansar a los chicos y también aprovechar el tiempo usted, señor.

Erik se detuvo y lo observó.

—¿Qué te dijeron?

El oficial enderezó aún más su postura.

—Quieren una evaluación psicológica, general.

Una sonrisa amarga creó una mueca en su rostro. La presión de la opinión pública obligó al *Regeringen* a reestablecerlo como cabeza del ejercito dos meses después de lo ocurrido. Ni su familia, ni su suegro le permitieron declinar el ofrecimiento.

—No será la primera vez o ¿sí?

—Claro que no, señor. —El militar hizo una pausa—. Vaya a casa, junto a su esposa.

Una risita escapó de la garganta de Erik.

—¿Me das órdenes?

—¡Señor, no, señor! —El oficial llevó la mano a la frente en señal de saludo.

Erik subió al S90 y se dirigió a casa.

Su suegro bajó solo del avión aquel día hacía veinte semanas. Mirela regresó junto a Erik a Gotland y estableció la mansión Stora como su hogar.

En los primeros días él se sintió como un canalla egoísta por tener aquella conversación con Halim. Por aceptar el matrimonio sin que ella dijera nada. «¿En qué se había convertido?», se preguntó. «Nada lo diferenciaba de Karl.» El terror de perderla se unió al de dejarla en Brčko y actuó. Esa era su naturaleza. No obstante, cada vez que su mirada se encontró con la de Mirela, ella se mantuvo serena. Cuando él se sentaba en la banca del jardín ella se acercaba. Allí la sostenía entre sus brazos sin que ella lo rechazara e incluso —alguna vez—, cuando ya no podía contenerse, dejó un beso casto en los labios de ella. Erik no se permitió llegar a más. Durante esas veinte semanas ella no le habló, durmieron en habitaciones separadas y no existió intimidad entre ellos, ni siquiera compartieron el postre de manzana... Mirela abandonó ese ritual.

Erik mientras deseaba darle su espacio. Sabía que ella regresaría a él cuando fuera el momento adecuado.

Viajaba a diario a Visby para cumplir con las responsabilidades del día, pero en cuanto terminaba volvía al lado de su esposa. A pesar de que sus padres estaban al pendiente de ella, separarse de Mirela —aunque fuera unos minutos— era difícil para él.

El mundo continuó como si no les hubieran arrancado algo tan amado. Las primeras semanas pasaron con demasiada rapidez y él se encontró frente al rey para recibir la investidura de duque de Gotland.

Nadie comprendió que esa insignia en su pecho lo asfixiaba. Él no quería salir de casa. Si antes su condición física lo hacía pensar ser incapaz de regresar, desde aquel día, su estado mental era un obstáculo. No estaba seguro de ser justo con las personas que dependían de él. Se volvió más reservado e intratable.

Sin embargo, allí estuvo ella. Sentada en la última fila de la capilla real en el palacio de Estocolmo. Mirela mantuvo la frente en alto mientras portaba el velo que él le regaló. Con ese solo gesto ella lo engrandeció y lo llenó de paz. Además, él pudo percibir el orgullo en esa mirada de regaliz.

Desde entonces, intentó que en cada compromiso la impaciencia no se apoderara de él. Le molestaba que los demás intentaran forzarla a hablar, que les aseguraran que lo olvidarían con el tiempo y cuando menos lo esperaran tendrían a otro bebé entre sus brazos. Incluso le enervaban los cientos de notas, juguetes y rosas que su pueblo dejó en palacio.

Ellos no eran testigos de cómo —en las noches— él tenía que aprisionar a su esposa entre sus brazos por temor a que se cayera por el llanto desgarrado que la consumía. O las veces en que ella olvidó lo sucedido y colocó la mano en su vientre a la espera de un empujón que nunca llegaba. Tampoco estuvieron cuando la sacó helada de la ducha pues se quedaba perdida en sus pensamientos... Ninguno comprendía la ilusión por una risa que jamás escucharían y unos ojos que nunca se abrieron.

Al llegar a casa, una hora después, Erik atravesó el sendero y se sentó en una de las bancas. Como cada día Mirela caminaba despacio por el jardín de rosas en la mansión. Era diciembre y la isla se cubrió de nieve, si bien, a pesar de que ella estaba tapada de la cabeza a los pies él reconocía esa silueta tan femenina que despertaba sus recuerdos e instintos.

En cuanto ella lo vio, se acercó para sentarse junto a él. Erik respiró profundo y cerró los ojos para percibir mejor ese olor a manzana y miel.

Levantó el brazo derecho y rodeó a Mirela con él mientras entrelazaba la mano izquierda con la suya... Necesitaba su contacto. Sintió el instante en que su esposa apoyó la cabeza en su pecho y sonrió. Un suspiro quedó escapó de la garganta de Erik al poder tenerla tan cerca.

Sintió el uniforme humedecido en su pecho y tragó con dificultad. Tenía que mantener la fortaleza. Ese sería el día más duro que enfrentarían pues era la fecha de nacimiento pautada para Erik... Su hijo.

Mirela se observó en el espejo un largo tiempo, después de pasar la

toallita desmaquillante por segunda vez.

Llevó la mano al pecho y cerró los ojos.

«Te amo y tú siempre estarás en mi corazón. Tu memoria vivirá en mí, pero papá también me necesita. Sé que algún día nos encontraremos en el *Yanna*^[26] y podré levantarte entre mis brazos... Perdóname si cada día lloró menos. Te aseguro que no es porque no piense en ti.», sus pensamientos estaban dirigidos al niño que debía tener ese día entre sus brazos.

Levantó la mano con un pulso estable y delineó el párpado. Luego cubrió las pestañas con el rímel. Ella sabía que sus ojos eran uno de los rasgos que más le gustaban a Erik. Deseaba verse hermosa por ella misma y para él.

Al terminar, tomó el celular que estaba encima de la mesa de noche y salió. Uno de los chóferes de la familia la esperaba.

Cumplir con el *iddah* fue más difícil de lo que esperaba.

Cuando Erik se fue de la habitación de hospital entró quien menos ella imaginó. Frente a Bertil como testigo, Karl la liberó del lazo que los unió. Uno que no cumplió con las leyes, pero por el que ella no llegó pura a su matrimonio con Erik. No le guardaba rencor a Karl pues él también fue víctima de la situación. Ella jamás se atrevió a decirle que él no era el hombre que ella creyó aquel día en el festival pues no deseaba lastimarlo. Le aseguró que no tenía que pedirle perdón y le suplicó que encontrara a Erik e intentara tranquilizarlo, ya que, salió muy alterado por sus palabras. Entonces su padre llegó y le recordó la Ley.

Mirela no pudo derrumbarse del todo. Tuvo que encontrar una fortaleza que no tenía pues Erik se sentía culpable por lo sucedido. A lo largo de esas semanas se aferraba a ella —de rodillas— en el jardín para pedirle perdón. Algunas veces se encerró en el baño para que él no la viera llorar y causarle más dolor. Y otros... otros días se sentó junto a ella y le leyó hasta quedarse sin voz... Su corazón le suplicaba que absolviera a su esposo de una falta que no cometió.

A pesar del frío que calaba sus huesos Erik esperaba a Mirela a las afueras del cine desde hacía una hora. En ese tiempo se mantuvo inmóvil con las manos dentro de los bolsillos. Era una tontería creer que ella llegaría. Ni siquiera comprendía por qué no se iba. Su deber era estar junto a ella y mostrarle cuánto la amaba.

Una sonrisa sincera se adueñó de sus labios al recordar cómo, al

conocerla, le sorprendió la cantidad de palabras que salían por esos jugosos labios. Cuanto daría por tenerlas una vez más. El duque soltó una bocanada de aire y bajó la cabeza ante ese pensamiento. Tenía que agradecer que ella se mantuviera a su lado y dejar de ser egoísta.

Y cuando pensó que comprar esos boletos fue un impulso y que no debía obligarla a actuar como él lo hacía, la vio caminar despacio. Por como cuidaba sus pasos sabía que se sentía perdida, ya que, desde hacía meses que no estaba en la ciudad. Ella miró a un lado y a otro y se detuvo cuando una pareja pasó a su lado.

Para él era una sensación muy agridulce pues desde aquel día percibía cómo las manos de ella temblaban cuando las personas se acercaban. Mirela por siempre se sentiría temerosa. Sin embargo, ella encontraba fuerzas y nunca lo dejó solo. Ya fuera en algún compromiso de la base o como duque, si estaba invitada, ella siempre estuvo allí.

Un estremecimiento lo recorrió de la cabeza a los pies y sintió todos sus músculos tiritar ante la expectativa.

La hermosura y elegancia de Mirela le robó un suspiro. Ella llevaba un abrigo largo de lana en color negro y pantalones del mismo color. El maquillaje intenso resaltaba sus sublimes ojos y su mirada logró que el corazón del duque retumbara en el pecho. Una vez más ella utilizaba el velo que él le compró aquel día en el aeropuerto... El entendimiento lo envolvió. Aun en el silencio su esposa le decía cuanto lo amaba.

Cada fibra de su ser despertó y, aunque intentó contenerse, una sonrisa radiante se adueñó de su rostro. Era el hombre más afortunado del mundo.

Como si fueran entes propios sus pies comenzaron a moverse y se encontró con ella a mitad del camino. No pudo evitar levantar las manos y como si al tocarla pudiera romperla acercó la yema de los dedos al rostro de la dueña de su corazón.

—¿Llegué a tiempo? —A él no le pasó desapercibido la urgencia de que fuera así.

Entonces los ojos de Erik se abrieron en desmesura y una lágrima de felicidad salpicó su mejilla. El júbilo en su mirada iluminó la fría noche. Lo menos que le importó al duque fue que la película había comenzado hacía veinte minutos. Una tardanza jamás fue tan adecuada.

Quiso responderle en varias ocasiones, no obstante, las palabras no podían agarrarse a sus cuerdas vocales... En lo único que pensaba era en que volvió a escuchar la meliflua voz de su esposa.

—Muy puntual —aseguró tras aclarar la garganta minutos después. En su tono una ternura mezclada con veneración.

Erik temió moverse y que ella desapareciera... Quizás solo era un espejismo... Uno que se convirtió en real cuando con el temblor en los labios ella dijo —:

—Me costó llegar.

Erik le envió el boleto a través de un mensaje. No deseaba presionarla. Ella tenía que dar el último paso. El duque salió de casa sin ninguna esperanza...

Él asintió mientras su garganta se movía con brusquedad. Dio un paso vacilante sin poder apartar la mirada ni por un segundo de ella. Con su cuerpo logró crear esa burbuja de protección que los demás reconocían. Si pudiera la levantaría en brazos y la fundiría con él, mas estaban en un lugar público y de por sí ya transgredía las leyes en las que ella creía.

—Estás aquí —susurró. La sonrisa en sus labios resplandecía más y más con el pasar de los minutos... ¡La amaba!

Mirela estaba eclipsada por el hombre que amaba. Podía sentir el calor que emanaba su cuerpo y con cada movimiento de él percibía ese olor a limpio y a pino que la reconfortaba. Él vestía un traje de lana en negro y un abrigo largo cruzado del mismo color. Su porte era gallardo y garboso. Llevaba el cabello más corto y su aspecto era impoluto. El júbilo en esa mirada azulada era un bálsamo ansiado pues en esas semanas pensó que no volvería a ver esa sonrisa que tanto amaba.

Sintió el desboque en su corazón cuando al pestañear perdió esos ojos fijos en ella por un milisegundo. Él era el hombre que amaba... Su compañero de vida. El que la aceptó sin importarle su etnia, religión e incluso estar embarazada de su hermano. La grandeza de su amor iba más allá de si Erik era duque, general o estéril.

Aunque en silencio, intentó demostrárselo. Su esposo se engrandeció en esas semanas... Compartieron su dolor y se refugiaron el uno en el otro. Incluso tuvo días en que enfurecía con él por ser tan respetuoso de su sigilo. El hombre que la acompañó en sus primeros días en Gotland palidecía en comparación al que lo hizo en esas semanas después de perder a Erik, su hijo. La fortaleza y veneración que Erik le demostró día con día la obligó a aprender a vivir una vez más para obligarlo a él a hacer lo mismo.

Ambos seguían inmóviles uno frente al otro, solo se observaban y en sus miradas era evidente la veneración y el respeto que se profesaban.

—¿Quieres verla? —Erik señaló la puerta del cine —. Te juro que me importa muy poco.

Un brillo cubrió sus miradas y sus labios dibujaron una sonrisa tímida hasta convertirse en una carcajada queda. El corazón de Mirela dio un salto lo que la obligó a llevar la mano al pecho en un intento de contener la hoguera que la abrasaba... La risa de Erik siempre le pareció fascinante.

Levantó la mano y con la delicadeza que la caracterizaba dibujó tanto la tersidad como los surcos que conocía de memoria... Cuánto lo extrañó. Percibió ese malestar que se apoderaba de él y sus latidos se dispararon. Él no debía culparse más.

—Solo cumplía con el *iddah*. Papá me aconsejó que demostrara arrepentimiento por mis faltas y sabes que hablo sin parar. Perdóname porque no pensé en ti. —Los ojos de ella se tornaron como la grana —. No recordé lo difícil que fue que tu padre no te hablara.

Él pestañeó y entrecerró los ojos. Al parecer no comprendía que ella tenía que cumplir con el *iddah* para que su matrimonio con él fuera válido. Al estar embarazada el tiempo de espera era hasta el final de este lo que se cumplía ese mismo día. El entendimiento llegó a esa mirada de Neptuno. Erik la levantó entre sus brazos y la aprisionó a su cuerpo mientras escondía el rostro en su cuello... Al parecer deseaba que ambos se convirtieran en uno. No le importó que un grupo de personas salía del cine en ese momento... Y ella no lo detuvo.

—Ese día en quien menos debías pensar era en mí —susurró. Y Mirela creyó escuchar—: ¡Dios! Solo era el *iddah*... Solo eso.

—Me necesitabas... Tú también perdiste un hijo.

Sus miradas se encontraron cuando él la depositó con ternura en el suelo. La serenidad en sus miradas logró reconfortarlos.

—Has estado conmigo en cada momento. —Ella reconoció ese tono severo y sonrió —. A pesar de todo.

Rodeó el rostro del hombre imponente, si bien, cercano entre sus manos. Junto a él siempre se sintió segura y no tenía dudas de que ese era su hogar.

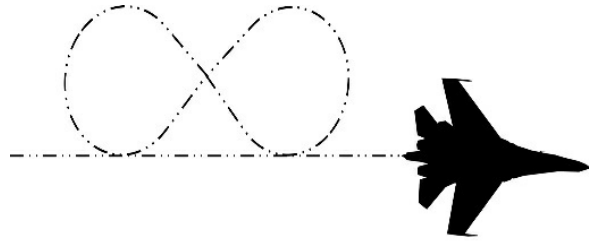
—Te prometo que te cansarás de escucharme.

Erik le guiñó un ojo mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa radiante.

Esa noche y frente a un cine, su alteza el Caballero y Comandante de las Órdenes de su Majestad el Rey Erik Gustaf Olof Fredrik Bertil de la casa de Bernadotte, duque de Gotland, declaraba a Mirela Imamović, una bosníaca,

como suya.

Le extendió la mano a ella. En cuanto Mirela la tomó con esa delicadeza que la caracterizaba recorrieron con lentitud las calles de Gotland... Su hogar.



Dos días después Erik tenía que viajar a Estocolmo pues la presencia de la familia era necesaria para recibir a los laureados de los premios Nobel. Sin embargo, Mirela no fue invitada. Pudo insistir en que lo acompañara y hospedarse en una de las propiedades en la península, pero antepuso la comodidad y tranquilidad de ella a sus deseos.

A pesar de no necesitarlo, Erik permitió que ella abotonara su camisa. Después, cruzó la cinta en azul claro con la insignia de cruz de Malta —sobre su chaleco— lo que permitía divisarla a la altura de su cadera izquierda. Por último, le colocó el frac y prendió en el lado izquierdo de este la estrella que denotaba su pertenencia a la Orden de los Serafines y lo convertía en un caballero del rey.

Al terminar, Mirela levantó las dos manos y acarició su rostro. Erik cerró los ojos para disfrutar de ese toque dócil y grácil que tanto extrañaba. No sabía cómo hacerle el amor a su esposa. El deseo por ella era incommensurable y no podría ser paciente. Pensaba que su ímpetu por hundirse en ella era indecoroso pues su esposa necesitaba ser tratada con adoración y delicadeza... Que de su unión germinara algo más que solo placer.

—No pienses en mí. —El tono de ella melifluo—. Saga ya no tarda en llegar.

Erik tomó las manos entre las suyas y dejó un beso en cada una de sus palmas. Una bocanada de aire salió de su garganta al decir —:

—La cual no es muy habladora.

La burla bailó en la mirada de Mirela y una sonrisa breve apareció en sus labios.

—¡Que novedad! Un sueco que no habla.

Un gruñido reverberó en el pecho de él al tiempo que besaba los labios de ella con devoción y entrega.

Arribó a la Sala de Conciertos de Estocolmo justo a tiempo pues partió

hasta el último minuto de Gotland. Su familia lo hizo el día anterior como era lo esperado. No obstante, él asistiría a la entrega de los reconocimientos y al finalizar el banquete regresaría a casa.

Erik escoltó a la ganadora del premio de física. Una mujer afable y locuaz. En esas horas estuvo rodeado de la opulencia acostumbrada. Vestidos de gala los asistentes demostraron su comportamiento más íntegro.

Pudo pedir que se extendiera una invitación a su esposa, pero el premio Nobel de la Paz, que fue entregado en la tarde en Oslo, era muy cercano a las vivencias de ella y no accedió a exponerla a ello. Sin embargo, la llama del amor por su país se encendió una vez más tras el discurso inicial que llamaba a dejar atrás el nacionalismo insano y respetar los derechos humanos.

Cuando regresó a casa Mirela estaba dormida. Dejó un beso en su frente y otro en sus labios... Las mejillas de ella manchadas en lágrimas como sucedía siempre que se quedaba sola. Él se recostó junto a ella tras un suspiro y la abrazó toda la noche.

La sintió removerse entre sus brazos cuando faltaba una hora para que saliera el sol. En silencio observó cómo tomaba un baño y se colocaba la indumentaria que utilizaba para el rezo. Mirela se dirigió a la Meca y oró... Su fe nunca se resquebrajó. Erik cerró los ojos. Por ese instante el desasosiego se diluyó y levantó su propio ruego al cielo. Algo que no hacía desde el accidente. Pidió por su matrimonio, le dio gracias a Dios por la mujer que amaba y le suplicó —con la angustia aferrada a su corazón— que ella fuera feliz.

Una sonrisa radiante se dibujó en el rostro de ella al ponerse en pie y girar. Con ese movimiento pausado que la caracterizaba llegó hasta la cama y subió de rodillas hasta acercarse a él.

Ella entrelazó las manos en su nuca y enredó los dedos en su corto cabello mientras con las piernas rodeaba su cadera. Besó sus labios y con la lengua los empujó para tener acceso a su boca. Un gemido lastimero escapó de la garganta de Erik al tener ese cuerpo tan suave apoderándose de él.

Al sentir pruebas inequívocas de su excitación ella disminuyó la intensidad del beso hasta que se convirtió en una caricia.

—Ni siquiera escuché cuando llegaste. —La luminosidad en su mirada lo obligó a sonreír—. Erik debería tener unos buenos pulmones para escucharlo.

Los ojos de ella se enturbiaron y Erik la entrecerró en sus brazos.

—Encontraría la forma de pegarlo a tu seno, aunque ni por un instante creo que no lo escucharas. —Su tono salpicado de esa ternura a la que ella

lograba llegar. En un mimo reconfortante su mano subió y bajó por la espalda de ella en repetidas ocasiones—. Está bien hablar de él.

—Lo sé. —Una leve chispa de felicidad se adueñó de la mirada de Mirela.

Erik dibujó el contorno del rostro de ella mientras sus ojos estaban fijos en cada reacción. Absorbía cada línea y valle, si bien, los conocía a la perfección.

—¿Por qué no tomamos el *fika* en la ciudad, recorremos el muro y llegamos a los acantilados? Después podríamos ir a palacio y platicas un rato con mi padre.

—Pero tienes varias reuniones y...

—Y deseo estar contigo —la interrumpió.

En ese instante ella parpadeó. Erik percibió cómo sus largas pestañas tocaron el párpado inferior y en segundos el superior. Ella lo observó con aturdimiento cuando él salió de la prisión de sus piernas y se alejó al baño con pasos veloces.

Mirela no sabía cómo buscar a su esposo. Estar en silencio esos meses le permitió rehuir de él. Se mantuvo alejada a pesar de apoyarse en él para sobrevivir sus días. Pensaba que sus acciones eran egoístas. Creía que no podría volver a ser cariñosa... Tener ese contacto que solo aparecía a puertas cerradas. Cuando necesitaba demostrarle lo importante que él era en su vida.

Temía que Erik no aceptara a la mujer que ardía en deseo por él, pero al siguiente segundo deseara llorar con amargura... Una que recibiría su semilla en incontables ocasiones y tendría que enfrentar la decepción en la mirada de él por no poder fecundarla. Eso era lo que la detenía de hacer el amor con Erik.

Caminó hasta acercarse al Gripen y extendió las manos para poder tocar el ala. Poco antes de llegar a la ciudad él recibió una llamada de la base. Le aseguró a su esposo que estaría bien y que podrían dejar la salida para otro día, pero él insistió en que lo acompañara. Sin sospechar que para ella era un suplicio tenerlo tan cerca.

Oraba con fervor. Pedía que Erik pudiera entender que ella lo amaba a él y solo a él. No sus posesiones o la carestía de ellas.

Llevó la mano al pecho en un intento de calmar la hoguera que la consumió al percatarse que el caza portaba su nombre. Su esposo no era un

hombre de palabras, pero sus acciones le demostraban cuanto la amaba.

—¿Hay algún motivo por el que estés aquí?

Sonrió al reconocer el tono severo.

—Lo dirigí en un par de ocasiones mas no lo conocía. —Giró y observó como mantenía las manos tras su espalda. Ella eliminó la distancia entre los dos, si bien, se contuvo de tocarlo.

—¿Lamentas haberlo hecho? —Él fijó la mirada en la suya. La escrudiñaba como en aquellos primeros días.

—Han sido de las mejores decisiones en mi vida. —No existió vacilación en su voz—. Así como viajar a Gotland porque te encontré y permitir que papá realizara el matrimonio *misyar* entre los dos porque pude permanecer junto a ti. —Guardó silencio unos minutos, no obstante, ninguno de los dos apartó la mirada. Presenció el momento en que él contuvo el aliento y el palpitar en su cuello fue más que visible. Ella señaló al *cockpit* y dijo—: No sabía que Mirela fuera un nombre común en estas tierras.

—Es un recordatorio de a quien debo mis lealtades... Y a quien le pertenece mi corazón. —Con ese porte imperioso se acercó a ella. Mirela se quedó tan inmóvil como pudo pues sentía las exhalaciones de él en su piel, aunque, respetaba que no debía tocarla. En un tono bajo y ronco él añadió—: ¿Quieres volar?

Ella tuvo que levantar la mirada para poder seguir observándolo.

—¿P – podemos? —Mirela no pudo evitar el rubor en sus mejillas por esa mirada de Neptuno penetrante.

—El general de la base nos da su permiso. —Si bien la haló, existía una delicadeza enternecedora en su agarre.

Durante un par de horas les hicieron análisis sanguíneos, pruebas optométricas, físicas y cardíacas.

En cuanto el doctor les dio el visto bueno a los dos se dirigieron al simulador de vuelo. Erik se acuclilló al lado de ella y con paciencia le mostró cada uno de los controles que le eran en cierta medida familiares. Mirela agarró el joystick sin vacilación y sobrevoló la isla. Erik permaneció en todo momento junto a ella para darle indicaciones y que saliera victoriosa en la prueba.

Luego la guio hasta el modulador de fuerzas g. Le ajustó el cinturón y como el instructor perfecto le indicó las puertas de salida, la mascarilla de oxígeno en caso de necesitarla y lo más importante el botón de emergencia que detendría todo. Cuando Erik colocó la mano sobre su abdomen ella recordó

ese hormigueo dulce que él le provocaba. Mantuvo la mirada en esos ojos como las profundidades del mar mientras él le empujaba el abdomen y la instaba a mantener el aire ahí en todo momento.

Con imperceptibilidad él trazó el interior de su mano hasta la punta de los dedos. Mantuvo la mirada fija en ese lugar durante unos minutos. Entonces sintió su aliento en el oído mientras decía —:

—Soy yo quien controla la centrífuga. No te pasará nada. ¿Confías en mí?

—Sí —susurró ella.

Él asintió tras un movimiento busco de la garganta. Entonces salió.

—De acuerdo, chicos. Será rápido. Las emociones fuertes solo se las puedo provocar yo. —Mirela lo observaba a través de la pantalla frente a ella.

La severidad en su tono y ese porte inmutable no logró engañarla. Cada fibra de su ser se estremeció y el color en sus mejillas no tenía nada que ver con el maquillaje.

—¡Sí, señor! —respondieron los soldados que lo acompañaban en la cabina.

Saber lo que los pilotos que volaban a velocidades supersónicas experimentaban y vivirlo eran dos cosas en su totalidad opuestas. Mirela sentía que la hundían en esa silla con tanta fuerza que sus pulmones estallarían. Sin embargo, la sensación pasó pronto y escuchó a Erik decir a través del micrófono.

—Bien hecho, princesa. —La última palabra cargada de veneración y honorabilidad.

La puerta de la centrífuga se abrió de inmediato y él se acuclilló frente a ella. Mirela imitó su forma de respirar y en muy poco tiempo el mareo que sentía desapareció.

—¿Lista para estar en el aire?

—Eso se sintió como nada —dijo ella con la respiración un poco acelerada refiriéndose al tiempo.

—Fueron dos minutos. —Erik comenzó a soltar el cinturón—. Los suficientes para saber que no te me desmayarás allá arriba.

Mirela se impulsó para salir del modulador mientras él la agarraba de los antebrazos. Al parecer, Erik olvidó dónde estaban pues la tomó de la mano. Con suavidad y un paso certero la llevó a través de los pasillos de la base. El rostro de ella estaba iluminado. No solo por las experiencias del día, sino que, por cada uno de los movimientos del hombre que amaba.

Se sintió privilegiada. Ese tipo de recorridos estaban dirigidos a

periodistas, inversores o compradores interesados en el Gripen y su maniobrabilidad en el aire.

Erik la dejó en el vestidor. Sobre la banca junto a los casilleros se encontraba un *jumpsuit* y botas de su talla.

Mirela pasó los dedos con cierto resquemor sobre la tela. Era consciente de que solo tendría que vestirlo unos minutos, máximo una hora. También que los pilotos antincendios los utilizaban, pero no por ello dejaba de ser un uniforme militar. Se obligó a tomar una bocanada profunda de aire. La fortaleza y solidaridad con su esposo la invadió y dejó de tener dudas.

—¿Puedo pasar? —Erik tocó a la puerta.

—Sí.

Entreabrió sus labios cuando él entró con un uniforme igual al que ella portaba. Sintió la necesidad de tocar su cuello para controlar la maraña de emociones y pensamientos que la embargaron... Esa tibieza que se expandía en su cuerpo y reseca su garganta.

Erik se acercó con el *g-suit*. Con movimientos metódicos se acuclilló enfrente para que ella pasara las piernas por el traje.

Colocó las manos en los hombros de él y cerró los ojos al sentir ese roce pausado que le era tan conocido. No pudo evitar un estremecimiento cuando él comenzó a ajustar la prenda en su cuerpo. A pesar de las capas que la cubrían podía sentir el calor del cuerpo de él y hasta creyó percibir una sonrisa de plena satisfacción en su rostro.

Él tomó el chaleco y la entrecerró entre los brazos para llevarlo a su espalda y ella poder colocárselo. Mirela inhaló profundo y se llenó de ese olor a limpio entremezclado con pino que la reconfortaba. Erik lo ajustó a su pecho y brazos por lo que sus dedos la recorrían sin prisa.

Por último, su esposo le colocó el casco sobre su cabellera recogida en una trenza —se quitó el hiyab pues era consciente de que no podría llevarlo bajo el protector—. Mirela cerró los ojos cuando él acomodó un mechón errante.

—¿Lista? —La voz de él baja y profunda.

—Sí —susurró ella con labios temblorosos.

A pesar de cargar con siete kilos adicionales Mirela sentía que flotaba en el aire. Su mirada solo podía mostrar la adoración que él le provocaba.

Un quejido escapó de su garganta cuando tuvo que separarse de Erik al llegar al hangar. Con precaución subió la plataforma y se sentó en la parte posterior del Gripen 833. Él subió tras ella y se aseguró que estuviera

amarrada con corrección. Reviso su casco y la manga del oxígeno. Cuando estuvo satisfecho con la inspección se acomodó en el asiento.

A través de los auriculares ella escuchó las instrucciones del controlador aéreo de la base. El mismo que la ayudó aquel día. Él guio a Erik en la pista hasta que estuvo en posición de despegar. Observó ese intercambio entre el personal de tierra y el del aire y el orgullo que sentía por su esposo se incendió en su corazón.

—Gripen 833, aquí base de Gotland, permiso de salida pista 1. Le deseamos un buen vuelo, general. Los chicos piden que cuide a nuestra controladora aérea. —Mirela sonrió por la muestra de cariño.

—Base de Gotland, aquí Gripen 833, pista 1. Tienen la tarde libre. — Una risita efímera escapó de la garganta de ella pues la severidad de su esposo daba a entender que castigaba a sus subordinados de por vida.

Desde el asiento trasero del caza Mirela presenció cómo cientos de soldados salieron de prisa y se detuvieron junto a la pista.

—Tenemos público. —Escuchó a Erik por medio de los auriculares.

—Siempre lo has tenido, duque del cielo. Regálales un buen espectáculo. Oyó la carcajada queda y su sonrisa se amplió.

Sintió el impulso en su cuerpo y en segundos estaba en el aire. Era como si persiguieran el último rayo del sol. Mirela alabó y le oró a Alá. Agradeciéndole la majestuosidad de la isla y la tranquilidad que estaba segura no volvería a sentir. A pesar de la velocidad todo era estable y en calma.

—¿Lista? —preguntó Erik minutos después.

—¡Sí! —Lo escuchó reír una vez más.

Él llevó el Gripen a quinientos metros. Volarían en la categoría de principiante por la lección en la mano derecha de Erik y para que ella no perdiera la consciencia en caso de tener que tomar el mando del caza.

Tomó velocidad y lo levantó hasta quedar al revés. Durante unos segundos la manga del oxígeno voló en la cabina. De inmediato lo colocó a 45°, bajó en esa posición y repitió los mismos pasos para crear un ocho en el aire.

A pesar del empuje sobre su cuerpo Mirela estaba extasiada con las vistas. Tener las nubes tan cerca y poder observar el cambio del cielo a la tierra era maravilloso.

—¿Sigues conmigo? —Un tinte de preocupación manchó la voz de Erik.

—¡Sí! —Mirela escuchó una risita de satisfacción a través de los auriculares.

—Ahora tú.

Ella agarró el joystick y con mínimas instrucciones ejecutó la misma acrobacia. El de Erik no fue perfecto y el de ella fue más relajado e irregular. Imitó cada uno de los movimientos cuando él se lo indicó y sobre voló la isla. Después de unos minutos, Erik tomó el mando una vez más y aterrizó en la base. Los aplausos y vítores de la guarnición se escuchaban lejos... Maravillados con el duque y la duquesa del cielo.

Erik abrió el *cockpit* donde se encontraba ella. El rostro de él resplandeciente y una sonrisa contagiosa en los labios. Ella le devolvió el gesto. La adrenalina todavía recorría cada poro de su cuerpo. No obstante, su pecho subía y bajaba con vertiginosidad.

—¿Lo hacemos otra vez? —En el tono de él una mezcla de júbilo, certeza y hasta picardía.

—E—en cuanto recupere el a—aire.

La carcajada de Erik retumbó en el hangar. Mirela percibía el ir y venir de emociones en su mirada. Pasaba entre el amor, el orgullo, fascinación y... deseo.

La ayudó a salir y con pasos seguros la llevó hasta los vestidores para retirar el *g—suit*.

El calor de él la envolvió cuando el traje se deslizó por sus hombros. Erik estaba tan cerca que ella pudo sentir la virilidad palpitante en su vientre. Mirela no podía apartar la mirada pues la tenía embelesada. Con cierto recelo lo besó. La castidad de éste discrepaba del ansia que traspasaba sus miradas.

—Hablé con el doctor. —El tono de Erik bajo.

Mirela asintió mientras apoyaba las manos en su pecho y pudo sentir el retumbar de su corazón.

—¿Te dijo cuánta movilidad vas a recuperar?

Él guardó silencio durante unos minutos y los latidos del corazón de Mirela se dispararon. El semblante de Erik se tornó circunspecto. Ella subió las tiritantes manos hasta la nuca de él y con la delicadeza que la caracterizaba acarició el corto cabello de macadamia.

—Y consulté con tu padre. —La duda en la voz de él era evidente.

Ella frunció el ceño y musitó —:

—¿Mi padre?

Él asintió con convicción mientras retiraba las manos de ella de su cabello y las entrelazaba con las suyas. Un estremecimiento recorrió a Mirela al sentir la gelidez en las manos de él.

—El doctor puede extraer mi esperma en un procedimiento invasivo. — Mirela se quedó callada, sus ojos desmesurados. Erik retuvo sus manos cuando intentó alejarse y se apresuró a decir—: Le informé del estricto protocolo que exige tu religión para la fertilización in vitro. Estarás presente durante la cirugía y tan pronto se fecunde el huevo lo implantará en ti. Todo se hará en el mismo día como tu padre me explicó y...

—¿Tú estás dispuesto a pasar por algo así? —Ella tuvo que interrumpirlo. La hoguera en su pecho la volvió cenizas y sus ojos se tornaron como la grana por prohibirse llorar.

Erik soltó sus manos como si estuviera avergonzado.

Mirela se sintió impotente pues sabía que sus palabras no serían suficientes para Erik... El miedo, ese con el que luchaba a diario, la consumió.

Se lanzó contra él y golpeó los labios con los suyos. La respiración de ella era laboriosa y enfureció consigo misma cuando las lágrimas comenzaron a bajar por sus mejillas. Con manos temblorosas bajó el cierre del *jumpsuit* y con ansiedad buscó la virilidad de su esposo.

Su corazón latía frenético y sus pensamientos se anteponían unos sobre otros... No estaba preparada para esas palabras. Erik estaba dispuesto a arriesgar su vida y eso no era lo que ella deseaba.

Sus labios recorrieron con frenesí el rostro de él y su pecho... Ella estaba por todos lados... perdida.

Un gemido agónico escapó de la garganta de ella pues su esposo se mantuvo sereno, con las manos pegadas a su cuerpo. Mirela arremetió con nuevo brío necesitaba que en la piel de Erik se quedara grabado el amor que sentía por él... El terror a que él no fuera capaz de aceptar su destino la inundó. Besó los labios de su esposo con tal vehemencia que un quejido lastimero escapó de la garganta de él.

Ella bajó las manos hasta la virilidad de él para masajearla. La zozobra que le recorría el cuerpo se trasladó a sus dedos... Sus movimientos se tornaron toscos y exigentes.

—Mójame, Erik. —suplicó con el dolor grabado en su voz. Mirela no pudo contener el rubor rabioso que se adueñó de sus mejillas pues jamás utilizó palabras tan crudas. Sin embargo, se obligó a continuar—: Quiero que lo hagas cada vez que hacemos el amor.

Se apartó de él y cubrió el rostro con sus manos. La opresión en su pecho le arrancó un grito mientras se desplomaba al suelo.

Contuvo el aliento al sentir cómo una fuerza endeble la impulsaba y en segundos quedó bajo el cuerpo de Erik. Mirela se quedó inmóvil a pesar de los latidos frenéticos de su corazón.

Por primera vez vio el bermellón en el rostro de su esposo... Ella no era la única que sufría.

Él sujetó sus manos por las muñecas cuando intentó acariciarlo. El pecho de Erik subía y bajaba descompasado.

—Soy un hombre que actúa. —A Mirela le costó comprender sus palabras pues su mandíbula estaba muy apretada—. Por favor... No me quites esto.

Los labios de su esposo apenas rozaron los suyos. Un estremecimiento la recorrió al sentir ese toque de Erik en su piel... Como si ella en algún momento fuera a desaparecer.

Erik jamás imaginó que lastimaría tanto a la mujer que amaba. Su cuerpo temblaba sin control mientras sus labios descendieron por la piel de su esposa. La besaba despacio y con una ternura que su interior le reprochaba.

Él solo deseaba hacerla feliz. Sabía que nunca recuperaría el candor en la mirada de ella. Enfrentar ese procedimiento quirúrgico no tenía importancia. Demostrarle a ella cuánto la amaba, el respeto que sentía hacia esa identidad que preservaba y la lealtad a sus creencias era lo único que tenía valor para él.

Mirela contuvo el aliento como si deseara alejarse de él cuando sus labios recorrieron una diminuta estría en su vientre... El único indicio de que su hijo estuvo ahí.

Una lágrima silenciosa bajó por la mejilla de ella al sentir una gota tibia recorrer un camino corto en su piel antes de ser absorbida.

—Erik... —En su voz la súplica para que se detuviera.

Él atendió a su llamado de inmediato. Se incorporó llevándola con él y la sostuvo entre sus brazos. Con la yema comenzó a subir y bajar en ese vaivén tan reconfortante y conocido en su espalda y los dedos se enredaron en las hebras de su cabello.

Ella llevó las manos a su rostro y recogió las lágrimas en ellos con sus labios, dejó besos en sus mejillas y encontró su boca. Con castidad los recorrió una y otra vez.

—Perdóname —dijeron los dos al mismo tiempo.

Esos ojos de Neptuno encontraron los de regaliz y se observaron infinitamente... Solo existía amor y devoción.

Con temor y vacilante Erik acercó sus labios a los de ella. Mirela experimento un hormigueo dulce cuando sus dedos se deslizaron por sus brazos.

Su esposa se movió sobre él como si anhelara sentirse más cerca. En un movimiento pausado él bajó el cierre del *jumpsuit* de ella y lo deslizó por sus hombros. Se acercó a ese punto entre el cuello y el hombro e inhaló profundo. Anhelaba ese olor a manzana y miel.

Al desnudarla se recreó en su piel de oliva y sus dedos redescubrieron hasta el último rincón. Mientras la mujer que amaba consumía sus labios con besos lentos cargados de devoción.

Él respiró con profundidad al encontrar la adoración en esos ojos. Su virilidad palpitó con avidez, ansiosa de encontrar el interior cálido que recordaba.

—Quiero hacerte el amor —susurró en el oído de ella. Una sonrisa se apoderó de sus labios al sentir el estremecimiento en el cuerpo de ella.

Mirela lo rodeó con los brazos para retenerlo como si él deseara escapar.

Empujó los labios de ella y sus lenguas recrearon las mismas maniobras que hicieron en el aire y algunas más complejas. En la yema de sus dedos sentía esa cosquilla tan placentera por poder recorrer tan delicada piel. Mirela se deshizo en caricias delicadas. Las manos sobre las ondulaciones en su propia piel lo mimaban, le demostraban un amor que lo mantenía centrado, incapaz de permitir que el resentimiento que a veces amenazaba con consumirlo saliera a flote. Su mujer era una guerrera y sus armas eran el amor, la tolerancia y el perdón.

Con facilidad la levantó y con dolorosa lentitud sintió como ese calor avasallante del interior de ella lo envolvía. La cadencia de las caderas de ella creó un vaivén de amor que lo hizo latir en el interior húmedo y caliente.

—Te amo —susurró ella con una seguridad aplastante.

El corazón de Erik se sintió engrandecido y le agradeció a Dios por tenerla a su lado.

Sus manos se aferraron a las caderas de ella y se empujó con ímpetu. El cuerpo de su esposa ondulaba debajo del suyo lo que lo enervaba y robustecía en la misma medida.

Se amaron con la crudeza de sus sentimientos a flor de piel.

Un gruñido agónico escapó de su garganta y derramó su semilla en ella, esa que no germinaría. Mirela se aferró más a él y Erik no tuvo dudas en reconfortarla. En hacerle sentir que sus almas ya eran una pues él solo la

necesitaba a ella.

Mirela y él estaban sentados en la sala de espera de la oficina médica.

Durante dos meses lo dialogaron sin llegar en ningún momento a una decisión final. Incluso ese día ninguno de los dos estaba seguro. Solo deseaban estar allí para el otro pues ninguno tenía claro en cómo actuar.

Sus manos se mantuvieron entrelazadas y se distrajeron en la planificación del próximo tour real que comenzaría en un par de semanas. Visitarían cerca de once ciudades y sería la primera vez que Mirela daría un discurso frente a las Naciones Unidas.

En la mirada de Erik solo existía orgullo, veneración y amor por su esposa. Su corazón latía con vigorosidad pues ella portaba el hiyab verde monte con flores de oro incrustadas.

La enfermera los llamó y se pusieron en pie. Erik sintió la vacilación en ella. Al percatarse que se quedaron solos no pudo contenerse y con delicadeza tomó a su esposa entre sus brazos.

Con pasos pausados caminaron hasta la oficina médica. Antes de abrir la puerta Mirela acarició su rostro y le susurró —:

—No importa lo que pase.

La manzana de Adán de Erik se movió con brusquedad y el malestar en su estómago se acrecentó... Tuvo que recordarse que solo deseaba hacerla feliz.

Abrió la puerta y retuvo a su esposa durante unos segundos. Fijó la mirada en ella y de sus labios floreció una sonrisa reconfortante. Ella respondió el gesto con timidez y colocó la mano en su pecho lo que desbocó su corazón.

Aunque Erik deseaba mantenerse en calma, su rodilla derecha comenzó a subir y bajar sin parar. Entonces sintió esos dedos suaves que siempre lograban calmarlo y cubrió la mano de ella con la suya.

—Lo siento. No podemos realizar el procedimiento en ustedes.

El cuerpo de Erik se quedó inmóvil. Sabía que esas eran las palabras que recibirían, pero en su alma quedaba un resquicio de esperanza. Apoyó los codos en los muslos, bajó la cabeza y pasó las manos en su cabello en repetidas ocasiones.

El doctor continuó con las explicaciones. La posibilidad de sufrir otro desprendimiento de placenta era muy alta. Además, él no podía asegurar que en una sola inseminación se pudiera dar el embarazo. Era un procedimiento

que se debía hacer en varios intentos pues no sabían si la esperma contendría los espermatozoides necesarios para la fecundación. Los óvulos de Mirela tendrían que ser congelados... Un procedimiento que su religión le prohibía.

El doctor guardó silencio y decidió salir de la oficina pues su presencia ya no era necesaria.

A pesar de que era Erik quien sostenía la mano de ella, Mirela encontró la forma de transmitirle su entereza.

El sosiego lo cubrió. Él hizo todo lo que estuvo en sus manos y no se iba a aferrar a un imposible. La religión de Mirela era muy estricta entorno al proceso mientras que la de él permitía ciertas libertades. No obstante, él estaba seguro de respetarla a ella tanto como ella lo hacía con él.

—Lo siento. —Los ojos de Mirela eran como la granada recién exprimida.

Erik la observó con los ojos desmesurados y la garganta atorada. No lograba comprender por qué se disculpaba pues él era quien no le podía dar hijos.

—El que debe pedir perdón soy yo —susurró.

Ella negó con la cabeza, en sus ojos una pena insondable. La situación lo hacía sentir como dentro del mar embravecido cuando te atrapaba entre sus olas y te revolcaba a su antojo.

—Soy feliz junto a ti. No necesito nada más. —Una solitaria lágrima bajó por la mejilla de Mirela y él se sintió impotente. Sabía cuán vulnerable eso la hacía sentir.

El bajó la cabeza una vez más pues por un instante se sintió indigno de ese amor tan puro... Respiró y cuando soltó el aire sintió su corazón liviano y engrandecido... Y se supo pequeño ante la grandeza de ella.

Pudo comprender aquella desesperación tan poco característica de su esposa en el vestidor de la base. Lo único que le preocupaba a ella era que para él no fuera suficiente ser solo ellos dos.

Esa fue la última vez en que no se comprendieron.

Ese amor tan fiel logró derrocar al duque al mismo tiempo que lo erguía. Con una sonrisa que iluminó la oficina en la que se encontraban llevó una rodilla al suelo pues depuso sus armas ante la mujer que amaba.

—Y soy tuyo... Lo que poseo y lo que carezco te pertenece.

Mirela cerró los ojos ante el tono severo lleno de convicción. Esa hoguera que Erik siempre le provocó le infundió vida y esperanza.

En un impulso de él terminaron de pie. Erik la entrecerró entre sus brazos

con devoción y entrega. Él escondió su rostro entre el cuello y clavícula para entonces aferrarse a ella y levantarla del suelo. Giraron con suavidad. Sus miradas se encontraron y ambos se dedicaron una sonrisa radiante. El cuerpo de Mirela se deslizó a través del de su esposo. Ella llevó las manos a la nuca y acarició con delicadeza el corto cabello de macadamia mientras él se inclinaba sobre ella, aferrándola a su cuerpo con los brazos... Y fueron uno.

Erik rozó los labios de su esposa. Llevó una mano al rostro arrebatador que lo conquistó y la otra a la nuca. Consumió los labios jugosos con besos lentos que la veneraban.

—Te amo.

Mirela no pudo detener la risita que escapó de su garganta. Esas palabras fueron dichas con una severidad que haría huir al más valiente.

—Duque, podría acostumbrarme a tus palabras. —En su mirada bailaba la burla, pero fue desterrada por la mirada de una mujer enamorada y feliz.

Una carcajada muy masculina retumbó por los rincones de la oficina.

—Entonces hazlo, princesa.

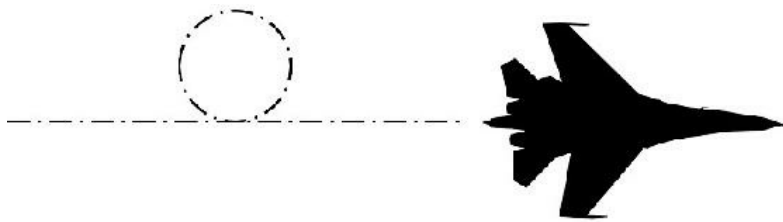
En la mirada de Erik solo existía adoración por ella.

Con sus miradas se transmitieron tanto que una vez más el destino tuvo la certeza de que todo estaba en su lugar.

Érase una vez que un duque se enamoró de una princesa sin título. Su escudo era la devoción y su espada la verdad y la virtud... Su guerra era hacerla feliz cada día.

Y colorín colorado procuraron ser felices.

Epilogo



Mirela se detuvo ante la gran puerta de la capilla real en el palacio de Estocolmo. Llevaba un vestido de seda liviana en color rosa con un corte estilo griego hasta los pies, de manga larga y un cuello redondo alto. El hiyab de la misma tela y color caía por su espalda lo que le brindaba un aire etéreo. En su pecho y mangas un bordado fino de cristales que capturaban la luz natural y competían con la luminosidad de su mirada. Sus rasgos arrebatadores eran resaltados por el maquillaje cargado que contrastaba con la sutilidad del vestido. Completaba el ajuar una tiara de un camino de diminutos diamantes que formaban un círculo perfecto al centro donde destacaba un topacio de Neptuno perteneciente a las joyas reales durante siglos. La misma fue regalo de su esposo quien recreó en la prenda la acrobacia por la que ella lo admiraba tanto... La más sencilla de todas, pero por la que se conocieron.

Dos guardias vestidos con el uniforme real —en azul Prusia con ocho botones en oro. En sus cascos el escudo en oro de la familia con las tres coronas— abrieron las puertas del lugar.

En el interior todos los caballeros y miembros^[27] de las Órdenes del rey montaban guardia de honor en el pasillo. Los únicos ausentes fueron Helena que se encontraba en Preslav junto a su hija de pocas semanas de nacida y Karl que se embarcó a Hungría como piloto en una misión de paz.

La magnificencia del lugar robaba el aliento. El techo era muy alto y en las bóvedas había frescos de ángeles, arcángeles y serafines. El blanco del

mármol y las molduras en oro predominaban a su alrededor.

Cada una de las personas presentes hizo una cortesía ante Mirela al pasar junto a ellos. Con la delicadeza de sus pasos ella parecía flotar en el aire... Estaba regia.

Al llegar al altar llevó la mano derecha al corazón y se inclinó. El rey respondió a su saludo mientras los caballeros y miembros tomaban asiento. A la izquierda de Mirela apareció Bertil y a su derecha lo hizo Erik. Ambos portaban el imperioso uniforme de Suecia que hacía resaltar la cinta azul en sus hombros derechos y la insignia de cruz de Malta de su investidura como caballeros. Su suegro estaba muy guapo, pero su esposo lucía gallardo y garboso, mas, la mirada de júbilo en sus ojos era lo que lo hacía arrebatador.

Y mientras el mariscal de la corte, Sir Liam Jensen, se dirigía hacia los presentes para recordarles sus deberes para con Dios, el rey y el país, ellos se dedicaron miradas furtivas y sonrisas inconscientes.

El canciller que se encontraba al lado del rey se puso en pie y dijo —:

—¿Quién propone a este miembro ante el rey para ser investido en la Real Orden de los Serafines?

—Yo, su real majestad —respondió Signe.

Para la condesa conseguir el perdón de su hijo fue una tarea titánica, no obstante, su defensora más fiel era la mujer que le presentaba al rey.

Mirela abrió los ojos con desmesura y llevó la mano al pecho para aplacar la hoguera que la abrasaba. Ojeó a Erik quien le dedicó una sonrisa radiante mientras le hacía un guiño.

Su esposo le explicó que ese día ella se presentaría ante el rey pues a partir de ese momento formaría parte de la familia real. Nunca le mencionó una ceremonia o que le entregarían algún tipo de reconocimiento.

Lo que ella no sabía era que Erik le envió una carta al rey donde detallaba sus méritos y acciones para con el pueblo de Suecia y por eso solicitaba que se le restaurara su licencia como controladora aérea y le fuera entregada la insignia de la cruz de Malta y a partir de ese momento perteneciera a la familia, aunque no estuviera bautizada en la Iglesia de Suecia ni fuera ciudadana del país. El rey no solo recibió la petición de Erik, sino que, la de Bertil y Signe.

—Detalle los méritos a considerar —pidió el canciller.

Signe recordó las conversaciones entre piloto y controladora aérea y añadió —:

—Ningún otro extranjero ha demostrado el gran amor y respeto por nuestro país como lo ha hecho Mirela Imamović. Salvó la vida del general de Suecia al menos en dos ocasiones y ha prometido dirigirlo en tiempos de paz y de guerra.

Mirela se sobresaltó al escuchar las trompetas y tambores. El canciller se dirigió a ella e hizo una cortesía.

—Por favor acérquese.

Erik levantó un poco el brazo izquierdo y lo extendió. Con la delicadeza que la caracterizaba Mirela colocó la palma de la mano sobre la suya y con pausa caminaron hasta quedar frente al rey. Erik se arrodilló mientras que ella llevó la mano al corazón una vez más y bajó la cabeza.

El canciller continuó con la ceremonia —:

—Ante Dios, ¿prometes honrar, defender y preservar las leyes?

—Sí. —En el tono de voz de Mirela no existió duda.

—Ante Dios, ¿prometes procurar el bienestar del país?

—Sí.

—Ante Dios, ¿prometes contribuir a una vida de paz y unión entre nuestros congéneres?

—Sí.

La ceremonia fue diferente pues a la bosníaca no se le pidió su fidelidad al rey de Suecia, así como tampoco se le solicitó derramar su sangre por la iglesia evangélica luterana ni defender la gloria ancestral de Suecia.

El rey se puso en pie y agarró el collar de oro con once cruces patriarcales esmaltadas en azul y once serafines, del cual, colgaba una medalla con la corona real en oro y en el anverso las tres coronas símbolo de la realeza de Suecia. Se acercó a Erik quien se levantó y tomó la joya entre sus manos —pues por las creencias de Mirela él era el único que podía tocarla en público—. Entonces Erik se paró frente a Mirela y le colocó el collar mientras el rey decía —:

—Yo, Carl XVI Gustaf, rey de Suecia, te recibo a ti, Mirela Imamović, como miembro de nuestra Orden de los Serafines. Sé digna de ello. —El sonido de tambores y trompetas retumbó en el lugar una vez más y el rey añadió —: ¡Que Dios sea tu guía y protector!

Los caballeros y miembros que se encontraban en el lugar exclamaron al unísono —:

—¡Que Dios sea tu guía y protector!

Con manos temblorosas y una sonrisa absoluta de felicidad Erik la rodeó

con los brazos para colocar la cinta en azul claro sobre su hombro derecho y la ajustó en la cadera donde colgaba el escudo de la Orden.

Las trompetas y tambores sonaron otra vez mientras Erik le ofrecía una vez más su mano. Caminaron detrás de la procesión, encabezada por el rey, hasta una pared donde se encontraban los escudos de armas de todos los caballeros y miembros presentes.

El canciller se acercó a Erik y le ofreció el escudo de armas que identificaría a Mirela.

Con recelo Erik le mostró a Mirela una torre de piedra cubierta con una enredadera de rosas y coronada con una manzana. Sobre ella las palabras: «*In veritate, devotione et pax*». Mirela levantó la mano y dibujó cada relieve... Era perfecto.

—Es el lema de mi escudo de armas.

Ella alzó la cabeza y fijó la mirada en su esposo. Con imperceptibilidad dejó una caricia en su mano pues Erik parecía nervioso. Se inclinó hacia él y como si fuera un secreto murmuró —:

—¿Qué significa?

—En la verdad, la devoción y la paz —susurró él—. Si deseas cambiarlo...

Mirela negó con la cabeza, su mirada solo reflejaba adoración por su esposo. Con certeza dijo —:

—Ese también será mi lema.

Erik sonrió con timidez mientras le entregaba el escudo. Mirela lo recibió y lo colgó en el lugar asignado.

El rey hizo una cortesía ante ella y Mirela la respondió. El rey se dirigió al altar y su séquito lo siguió.

Erik le extendió la mano una vez más y comenzaron a caminar detrás de ellos.

—¿Qué hiciste? —musitó ella.

—Y no sabes lo mejor. —le susurró él al oído. En la mirada de Erik se reflejaba el júbilo y la picardía.

—¿Qué es lo mejor?

—Eres la controladora aérea del rey.

Mirela detuvo su andar pausado lo que obligó a Erik a hacer lo mismo. Sus ojos estaban desmesurados.

—¿Tenemos que dejar Gotland?

Su esposo sonrió con cariño.

—No. —Se escuchó como Bertil aclaró la garganta. No obstante, Erik continuó —: Todos los aviones de Suecia son del rey. —El corazón de Mirela estalló de felicidad al comprender que su licencia como controladora aérea fue reestablecida y que por mandato del rey nunca más sería revocada. Un hormigueo dulce la recorrió al sentir el cálido aliento de Erik en su oído —. Sé cuán protectora eres con tus pilotos y yo soy tuyo, princesa. Solo me aseguro de que no vuelvas a romper la ley.

Llegaron hasta el altar una vez más. Bertil otra vez estaba a su izquierda y Erik a la derecha.

—Toda una vida contando las palabras y frente al rey es que decide parlotear como chiquillo —refunfuñó Bertil mientras los demás regresaban a sus lugares. El rostro de Erik permaneció imperturbable.

Una risita femenina quedó atrapada en cada rincón de la capilla. Mirela se inclinó y dejó un beso en la mano de su suegro sin importarle su semblante pétreo, que, fue olvidado por el gesto de ella.

El rey tomó asiento con un dejo de sonrisa en sus labios. Todavía le tenía preparada una sorpresa más a la feliz pareja. Pues no solo recibió una petición por parte del duque y sus padres, sino que, de todos los habitantes en la isla de Gotland.

Sir Liam Jensen levantó el decreto real y con una voz fuerte y segura proclamó —:

—Les presento a su alteza la Miembro Gran Cruz de las Órdenes de su Majestad el Rey Mirela de Bernadotte, duquesa de Gotland.

Fin

Agradecimientos



En diciembre de 2017 me propuse varias metas a cumplir durante ese año. Si leíste la historia de Avikar sabes que ese libro fue escrito en orden desde el capítulo uno hasta el final y era un reto pues no solía escribir así. Quiero compartir contigo que en esta historia también respeté dicha meta y fue escrito desde el prólogo hasta el final. Si bien, en esta creé un bosquejo pues mis protagonistas tenían su historia muy bien definida. Pero la meta principal en esta historia fue escribirla en tercera persona en un intento de retarme a mí misma, ya que, todas mis historias son en primera persona. También intenté arreglar y respetar esos detalles que ustedes como lectores me comentan para mejorar mis historias. Espero haberles entendido porque este trabajo es para ustedes y mi único deseo es entregarles un momento de entretenimiento y por qué no de reflexión.

Sin embargo, con esta historia es cuando más nerviosa me he sentido al entregártela. Pues a pesar de que para mí el amor está presente en cada página, quizás pienses que no es una novela romántica.

Y es así como en abril de 2019 te hago entrega de la que debió ser mi primera historia y, en realidad, es la número catorce. ¿Te preguntas por qué? Pues tiene mucho que ver con la dedicatoria. Cuando a mi esposo lo enviaban del trabajo a los distintos estados de México él siempre tenía música. Desde pop, baladas, banda, ranchero, salsa, rock, rock en español y un largo etc. Pero había una canción que siempre me hacía soñar y mis palabras textuales para mi esposo eran: «De esa canción deberían escribir una historia.» Eso fue años antes de yo pensar en que en algún momento escucharía las voces de mis protagonistas pidiéndome que compartiera sus vidas. Esa canción es Duerme Tranquila escrita por Fato y cantada por Alejandro Fernández. Y jamás imaginé que sería yo quien la escribiera.

Se tuvieron que conjugar muchas cosas para que Erik y Mirela me

contaran su historia. El periodo de investigación fue extenso y quedé prendada de Gotland.

Los primeros capítulos fueron muy fáciles y la historia corrió con fluidez. Sin embargo, llegar a esa escena que estuvo ahí desde el borrador fue difícil y procrastiné en exceso. ¿Me la pude haber saltado? Quizás tienes razón, pero sería una falta de respeto hacia ellos y su historia. Mirela pudo ser judía, budista o atea. Se hace referencia a la religión que pertenece porque hay una gran migración de islamitas a Suecia y el país se encuentra dividido entre el odio y la aceptación.

La belleza de los personajes de Mirela y Erik radica en que ambos fueron respetuosos consigo mismos, con el otro y con lo que creían. Si se percataron desde el principio el prejuicio del uno hacia el otro fue evidente. Esa distinción que Erik hizo de nosotros y tú. El prejuicio de Mirela hacia la profesión de él hasta el final. Sin embargo, se fue transformando, se fueron aceptando y dejaron el pensamiento de tú estás mal y yo bien. Por eso al principio quizás no te parezca romántico o que no existe complicidad entre ellos. No obstante, cuando se dieron la oportunidad de conocerse se respetaron. Y al ambos ser personas de leyes les permitió amarse. Al igual que tú en muchas ocasiones quise que ellos mandaran las leyes al @#€@, pero ellos fueron fieles... y me enamoraron.

¿Recuerdan ese maravilloso grupo de lectura al que pertenezco? Pues hace un tiempo leímos un libro sobre la ira. Y, para mí, desde la primera palabra de ese libro el odio hacia el país donde se desarrolla la historia es palpable. Leerlo fue muy difícil porque yo no quería odiar a ese pueblo, — aunque el narrador me llevaba a ello— mi coraje tenía que estar dirigido contra el personaje que provocó los sucesos que llevaron a los protagonistas a lo que sufrieron. Además, sí existía esa prepotencia de yo tengo la verdad y tú no, lo que yo creo es más importante que tu ley, siendo la justificación el amor. Desde ese instante se sembró otra semilla más para esta historia. Sé que quizás mi narrador no es del todo neutral y por eso te pido una disculpa.

Tengo miles de dudas con esta historia. Sé que es imperfecta, sin embargo, para mí es una gran historia de amor. Yo no quiero dejar ir a Erik y Mirela, los siento parte de mí y su dolor es mío. Para ti podrá ser increíble, pero llevo un duelo por ellos. Deseo darles la luna, mas, también tengo que mantenerme fiel a ellos...

Espero lector entregarte oraciones mejor redactadas, que cada hilo de la historia esté cerrado. Sobre todo, darte un trabajo de calidad, mas, eso solo lo

puedes calificar tú.

Le agradezco a Lymarie y su mamá Carmen porque en cada historia están dispuestas a darme una oportunidad. Porque se dejan enamorar por ellas y me dan todo el aliento del mundo. Además, de varios jalones de oreja si algo no va bien. Gracias por siempre estar ahí en las buenas historias y en las malas.

Tengo que agradecerle a Elvia porque con su entusiasmo ha sido un gran aliciente para que termine la historia.

A Cynthia porque me dio su opinión honesta y me dijo agrega aquí, explica allá... ¡Y la pobre sufrió con mi sufrimiento! Yo creo que ella nunca va a volver a aceptar ser una lectora cero.

Una mención especial a María Mercedes porque leyó la historia en estos últimos días y fue capítulo por capítulo diciéndome aquí falta, aquí no entendí bien, aquí me falta amor y entrega y pasión y dudas y miles de cosas que sin «sus ojos» yo no me habría percatado. Y sus comentarios tienen mucho valor para mí. ¡Gracias!

Le agradezco desde el fondo de mi corazón a Las Lecto Adictas de Puerto Rico porque con sus lecturas asignadas es que nacen mis historias. Escuchar la opinión de veinte mujeres con criterios tan diversos es muy enriquecedor y si de algún modo he crecido ha sido gracias a ellas.

Por último y, es el agradecimiento más importante, es para ti lector por darme la oportunidad de entregarte la historia de Erik y Mirela. Sé que es una historia difícil. Quizás no la creas una historia de amor. Tal vez estás decepcionado de ella, pero no dudes que mi corazón está ahí y su amor será como en un cuento.

Si llegaste hasta aquí, ¡gracias!

Con mucho cariño,

R.M. de Loera



Acerca de la Autora



R.M. de Loera nació en San Juan, Puerto Rico. Por ocho años vivió con su esposo e hijos en la Ciudad de México ya que fue estudiante de maestría en psicología social de la UNAM.

Decidió comenzar a escribir en junio del 2015 tras una noche de insomnio cuando Edmund y Evelyn decidieron contar su historia y nació su primer libro **Cuando las zarzas florezcan...**

Le apasiona involucrarse en las historias de sus personajes, tener una lucha constante con los protagonistas cuando quiere llevar la historia por un lado y ellos insisten que va por otro. En ese ir y venir conoció a Gareth y Amie de **Mi acuerdo con el arquitecto** y **La petición de mi arquitecta**. Su siguiente novela es **Eres mi modelo** donde un pastor, candidato a la gobernación, decide declararle su amor a una exitosa modelo. De ahí, un viejo conocido decide contar su historia y nace **Chocolate**. Al cumplirse diez años de un tema personal, en 2017, decide contar la historia de **Ángel**. En su siguiente trabajo conocimos al gigoló más famoso de Nueva Zelanda en **La chica de Gent**. Entre esas historias aparecieron algunos relatos como: **Comenzar de Nuevo, Ángel: la primera Navidad, El fiador, Volver a empezar**, donde hace una colaboración con las escritoras puertorriqueñas Carmen Aponte y Estela Torres. En agosto de 2018 publicó la historia que más difícil se le ha hecho escribir por los grandes retos que conlleva... **Avikar**. En diciembre del mismo año decidió intentar algo cómico y presentó el relato: **Un estafador robó mis chocolates... ¡En Navidad!**

Muy pronto conocerán la historia que la tiene enamorada... Un amor entre un piloto y su controladora aérea en **El duque del cielo**.

^[1] Irina Sendler fue una enfermera polaca que, durante año y medio, ayudó a escapar a 2,500 niños del Holocausto. Cuando fue arrestada, y a pesar de ser torturada, jamás reveló los lugares a los que envió

a esos niños. Al terminar la guerra fue perseguida por la policía secreta polaca por pertenecer al partido socialista lo que le provocó un parto prematuro. Su bebé murió dos semanas después. Tuvo otros dos hijos. Cuando se conoció su historia en 1999 le fueron otorgados varios reconocimientos y fue postulada para el Premio Nobel de la Paz, si bien, se lo entregaron a Al Gore.

[2] Persona nacida en Bosnia y Herzegovina y que practica la religión islámica. Esta identificación existe más en el término cultural que en el estricto seguimiento de los preceptos de la religión.

[3] Maniobra en la que se completa un círculo cerrado con el avión.

[4] El hiyab es un velo que cubre la cabeza y el pecho que suelen usar las mujeres islámicas desde la edad de la pubertad, en presencia de varones adultos que no sean de su familia inmediata, como forma de atuendo modesto.

[5] Las responsabilidades de la Policía de Seguridad Sueca son contraespionaje, actividades antiterroristas, protección de la constitución y protección de asuntos confidenciales, incluyendo protección real y política, su trabajo está normalmente cubierto por un acuerdo de confidencialidad.

[6] Orden de caballería sueca creada por Federico I de Suecia junto con la Orden de la Espada y la Orden de los Serafines. Es la de menor rango y se otorga como recompensa para suecos y extranjeros por mérito cívico.

[7] El período que una mujer debe observar después de la muerte de su cónyuge o de un divorcio, durante el cual no puede casarse con otro hombre. Su propósito es asegurar que el padre de cualquier descendiente producido después del cese de un matrimonio sea conocido.

[8] Es un término legal islámico que se refiere a las relaciones sexuales fuera de matrimonio. Si se comprueba la falta el castigo es la lapidación o latigazos.

[9] Expresión soez que se utiliza en Suecia cuando se está muy enojado.

[10] ¡Maldito seas, Karl! – Traducción aproximada y sutil.

[11] ¿En qué estabas pensando?

[12] Dama en sueco.

[13] Clase de Lamaze. Donde te enseñan técnicas de respiración y estrategias físicas para controlar el dolor y estrés durante el parto.

[14] El hueso cantarín Cuentos de niños y del hogar J. y W. Grimm.

[15] Lo siento en bosnio.

[16] Por favor en bosnio.

[17] Perdóname en bosnio.

[18] Traducción literal: Gobierno del Reino de Suecia. Está compuesto por veinticinco miembros que incluyen: al primer ministro y el gabinete de ministros.

[19] Rango más bajo en el ejército sueco.

[20] 1,500 km/h.

[21] Diseñadora nacida en Estocolmo. Fue premiada con la primera edición del Söderberg Prize en 2014 por sus contribuciones al diseño Nórdico.

[22] Fuerza de paz de Chile que participó hasta septiembre de 2018 en la operación militar Althea en Bosnia y Herzegovina en tareas de formación de efectivos bosnios, impedir la formación de grupos armados y evitar la aparición de la violencia entre los diferentes grupos étnicos.

[23] Siglas del aeropuerto de Visby en Gotland, Suecia.

[24] Salmo 104:1 del libro de los Salmos, la Biblia.

[25] Caballero en sueco.

[26] Paraíso en el islam.

[27] A las mujeres que son investidas en las Órdenes del rey se les llama miembros y no damas.